BREVE HISTORIA de la...

GUERRA CIVIL DE LOS EE. UU.

Montserrat Huguet

1861-1865, la cruenta guerra de secesión y sangrienta batalla contra la esclavitud que significó el fin de una época. Custer, Grant, Sherman, Whitman. La Unión contra los Confederados, Gettysburg, el asesinato de Lincoln y el resurgimiento de los Estados Unidos como Estado moderno



Breve historia de la guerra civil de los Estados Unidos

Breve historia de la guerra civil de los Estados Unidos

Montserrat Huguet



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la guerra civil de los Estados Unidos
Autor: © Montserrat Huguet

Director de la colecciónr: Ernest Yassine Bendriss

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y Adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Conversión a e-book: Paula García Arizcun
Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

ISBN edición impresa: 978-84-9967-683-8
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-684-5
ISBN edición digital: 978-84-9967-685-2
Fecha de edición: Marzo 2015

Depósito legal: M-4964-2015

¡Arriba, soldados. Mantened el alto el fuego hasta que los tengáis encima.

Entonces disparad y clavadles la bayoneta. Y cuando carguéis, gritad como furias!

Coronel Thomas *Stonewall* Jackson a sus hombres en la primera batalla de Manassas

Índice

Introducción

En la costumbre de recordar los hechos históricos al ritmo de las conmemoraciones, no está de más poner a la vista una que, no por lejana en el tiempo, tiene menos interés para la historia presente y global: el final de la guerra civil americana en 1865, del que se cumplen en 2015 ciento cincuenta años. Unos acontecimientos como aquellos, tan antiguos y seguramente tan mitificados por la cultura popular como para suponer que nada nuevo e interesante puede surgir de su visión, están hoy sin embargo de plena actualidad si, al contemplarlos, logramos plantear las preguntas adecuadas.

La guerra civil americana, también conocida como guerra de Secesión, guarda en sí misma todos los elementos de las grandes guerras que lamentablemente se hicieron merecedoras de atención por su escala mundial. Pero además fue una guerra revolucionaria en muchos aspectos concernientes a los cambios en las relaciones entre la administración y regulación del poder y las sociedades de la época. Tema central de la historiografía estadounidense y anglosajona en general, al escribir ahora sobre esta guerra no pueden faltar algunas cuestiones que los americanos han considerado relevantes para su propia historia, por ejemplo el peso de la herencia colonial y europea del país, el trasfondo institucional que configura el país, o el marco jurídico que, incluso siendo estable evoluciona con las circunstancias de cada momento histórico. En la narración de la guerra civil americana está presente también la génesis de un tejido social y productivo que, aun como resultado de la suma de individualidades, evoca siempre el interés de la comunidad o la alianza entre ética y política de los Estados Unidos y de su relación con el resto del mundo.

Como es habitual en las guerras de todo tiempo y condición, en el verano de 1861 nadie de entre quienes habían contribuido a provocarla pensó que la guerra para acabar con la secesión habría de durar más de unos pocos meses. Sin embargo, la guerra se prolongó durante cuatro largos años llevándose por delante a más de medio millón de víctimas directas y asolando extensas regiones del país en sus condiciones naturales y humanas, las infraestructuras y recursos materiales. Para ser del todo justos, la guerra también trajo consigo –o reforzó– una peculiar revolución tecnológica e industrial, acabando con los últimos vestigios de unas formas de sistema de relación humana y organización productiva –la esclavitud– más propios del antiguo régimen europeo y colonial que de la sociedad contemporánea industrial. Durante los años siguientes a la guerra, la reconstrucción del país consolidó las alteraciones provocadas por la misma y favoreció un panorama nuevo en el que, sin embargo, no todos iban a ser cambios ventajosos. El final de la esclavitud trajo de la mano el comienzo de la segregación racial.

Con la perspectiva que da el más de siglo y medio transcurrido desde la guerra, quizá resulte fácil comprender que la Unión ganase la guerra frente a la Confederación. La industrialización y la emancipación de los esclavos parecen razones de peso para una victoria que nos hemos acostumbrado a considerar justa y natural. No obstante, poniendo la vista en los años en que el

presidente confederado, Jefferson Davis, y el resto de políticos y militares del sur encararon la rebelión contra el federalismo uniformador de los republicanos del norte, cabe también ponerse en la piel de los primeros once estados secesionistas que no daban por sentado que el modelo de modernidad del norte fuese ni mucho menos más legítimo o mejor que el suyo. En 1861 la Confederación se veía a sí misma como una entidad estatal moderna en la que existía una nación que justificaba el deseo de identidad estatal. Los demócratas que apoyaron la secesión lo hacían por considerar que el país se encaminaba hacia un exceso de federalismo y que las leyes que el Congreso intentaba aprobar eran normas que limaban su libertad de acción. De modo que, en el inicio de la guerra, fue sólo tangencial el deseo de poner fin al sistema esclavista por razones éticas, siendo más verosímil el interés pragmático de los estados del norte del país que no veían ya suficiente para su crecimiento económico la convivencia de los dos sistemas productivos.

Durante los años que duró la guerra las autoridades aprovecharon la difícil coyuntura para abrir nuevos horizontes, especialmente por lo que se refiere al medio oeste, a la organización de la propiedad y de las comunicaciones, sin descuidar una deriva fundamental de esta guerra, el llamado frente doméstico, más y mejor organizado que en cualquier otra guerra occidental previa. Los ciudadanos tanto del sur como del norte se implicaron en la guerra de lleno, primero mediante los programas de recluta voluntaria que afectaban a los nativos, y luego a los inmigrantes. La emancipación de los esclavos a mitad de la guerra, uno de cuyos objetivos sería desmoralizar al sur e ir privando a los terratenientes de la mano de obra que aún pudiera quedarles, tardó mucho tiempo en traducirse en la aparición de una sociedad de personas libres, pues los negros no esclavos del norte y los esclavos liberados del sur se habían criado en ambientes sociales y culturales muy distintos y tuvieron dificultades para aceptarse mutuamente.

En la guerra los americanos –que exigían la no intromisión de otros países– demandaban no obstante atención del resto del mundo, un reconocimiento internacional de los cambios profundos que el país estaba llevando a cabo, enviando el mensaje de que lo que sucedía en América era relevante para el resto del mundo. En el exterior, la guerra se contemplaba como un enfrentamiento peligrosamente contagioso al resto del mundo, pues su razón aparente, el nacionalismo, parecía universal. De manera que, aun siendo una entidad estatal, Estados Unidos era aún como una empresa participada por todas las demás naciones, algo que cambió la guerra y el afán de Lincoln por interiorizar o nacionalizar el conflicto.

La escala del drama vivido durante esta guerra dejó noqueado a los Estados Unidos durante varias décadas. Especialmente en el sur, la devastación sería comparable en sus características a lo que algunos países como Francia o Rusia llegarían a vivir en 1945. Como toda guerra civil nacional, la guerra civil americana no terminó en el momento del alto el fuego definitivo. Muy al contrario, la tensión social permaneció latente una vez concluida la lucha armada durante la etapa de la reconstrucción en las dos décadas siguientes. Y se mantuvo además en la muy activa memoria de las sucesivas generaciones de estadounidenses ligados a ella. De este modo puede entenderse que la historia de la guerra civil americana sea, como tantas otras, una historia permanentemente inacabada y, en la medida en que queden preguntas por hacer, siga despertando interés en los sucesivos lectores e investigadores de cada presente.

1

Secesión: un país, dos Estados

Expansión y democracia americana

La expansión más espectacular de la frontera americana precedió a la guerra civil en los años cuarenta, cuando la ruta de Santa Fe, *Santa Fe Trail,* enlazó Independence con la ruta española, *Old Spanish Trail,* que llegaba a Los Ángeles. Otras rutas complementaban la anterior, por ejemplo, entre Misuri y California, la *Oxbow Route*. La línea más larga seguida por los pioneros fue la que llevaba de Oregón al oeste, a través de más de dos mil millas de pradera salvaje, desiertos y montañas. Se calcula que más de trescientos mil pioneros habrían seguido esta vía hacia occidente asentándose y obteniendo la propiedad legal de la tierra ocupada. Las miles de tumbas –más de treinta mil– atestiguan el gran contingente de población desplazada en los años cuarenta, época central de las migraciones hacia el oeste.



Familia de emigrantes en viaje hacia el oeste a mediados del siglo XIX. Las miles de tumbas son testimonio de toda la población desplazada hacia occidente en los años cuarenta, época central de las migraciones hacia el oeste.

Para entonces, la era jacksoniana (1829-1837) había introducido un juego político más intenso con la inclusión de opciones políticas diversas. El Partido Demócrata, el más antiguo en el país, aglutinaba a mediados de siglo los intereses de los industriales del norte y los plantadores del sur en una insólita alianza. Siendo el primero de los dos grandes partidos en constituirse –Convención Nacional de 1840–, el origen del Partido Demócrata se halla en los grupos de antifederalistas, también llamados demócrata-republicanos o jeffersonianos de la primera década del siglo. La mayor parte de los políticos se consideraba adscrita a esta corriente. El sistema de elecciones se racionalizó gracias a la introducción de las hoy habituales convenciones de los partidos. Para los estadounidenses de aquellas décadas centrales del siglo XIX, la importancia de los partidos políticos radicaba en que les facilitaban el voto, organizando y simplificando las opciones. Los partidos eran los promotores de los cambios y abordaban las inquietudes ciudadanas. A medida que el país se hacía territorialmente más extenso y más complejo en sus actividades económicas y sociales, se tensaban las relaciones entre el Partido Demócrata y el Partido Whig, pero también se daba paso a una estructura política que denotaba el perfil de una democracia pensada para las masas y no las élites que habían hecho libre y soberano al territorio de las trece colonias. Tras años de lucha política contra los demócratas, en 1854

los *whigs* desaparecían como formación política, dejando hueco al Partido Republicano.

A partir de 1856 pues, la primera vez que los republicanos presentan su candidatura a la presidencia, comenzaría la alternancia pública de las dos fuerzas hoy activas en el sistema político estadounidense: demócratas y republicanos. El Partido Republicano se oponía a la expansión de la esclavitud por los estados que se iban incorporando al mapa nacional y defendía el clásico programa hamiltoniano conocido como «sistema americano». Su primer candidato a la presidencia fue John C. Frémont, un comandante del ejército y explorador que perdió las elecciones de 1856. No sucedería lo mismo con el siguiente, Abraham Lincoln, victorioso en dos elecciones consecutivas, 1860 y 1864, la segunda en plena guerra civil. El programa de Lincoln se construía sobre dos presupuestos, el fortalecimiento de la nación frente a los derechos de los estados y la oposición a la expansión de la institución esclavista.

Desde sus orígenes, demócratas y republicanos eran partidos muy divididos internamente. A los matices por razones de programa se añadían, en el caso de los demócratas, las diferencias entre las regiones del norte y las del sur. Aquí, en los estados meridionales, el partido estaba compuesto por granjeros y propietarios blancos, en tanto que en los estados septentrionales sus miembros eran trabajadores de procedencia inmigrante casi siempre. Durante décadas los principales argumentos de las discusiones en el seno de la actividad de la Cámara de Representantes fueron de índole económica. Los demócratas eran partidarios de fomentar las actividades bancarias de los estados, en tanto que los federalistas y luego *whigs* y republicanos pedían la creación de un banco nacional central. Los estados del sur exigían siempre la reducción de las tasas y los impuestos. Algunos políticos defenderían con éxito el principio según el cual cualquier estado tendría potestad para anular una ley nacional, en especial las tarifas proteccionistas. Este punto de vista, exhibido por los estados del sur, era contrario al fortalecimiento del Gobierno nacional, incluso en los departamentos militares. La fuerza de la Unión se desvirtuaba ante los intereses comerciales de los estados. Los del norte demandaban leyes proteccionistas para sus actividades, algo que muchos políticos tachaban de inconstitucional porque beneficiaba a un sector del país a costa de otros. Se exigía pues el hacer valer el derecho de anulación para las leyes tarifarias. Pero dicha anulación se identificaba también con la desunión y la traición a la propia idea de unión.

En esta batalla interna entre las posiciones de unos y otros políticos y de sus votantes, surgía de tanto en tanto la cuestión de si era o no lícito disolver la Unión, pues era esta en definitiva la fuente de las principales fricciones que entorpecían el desarrollo de las regiones. El asunto de las tarifas se acabaría resolviendo, pero sería sustituido por el de las tasas o impuestos y el de las políticas migratorias..., manteniéndose el clima de división entre el norte y el sur. Para los presidentes no resultaba en absoluto fácil equilibrar los intereses de todos: las demandas de las regiones occidentales para llevar adelante costosas infraestructuras de comunicación y fortalecer los departamentos militares; del noreste, que se quejaba de los enormes fondos federales que costaba mantener las políticas de la apertura de la frontera hacia el oeste, o las presiones de aquellos que pedían la prevalencia de su independencia, los intereses particulares de los estados, ahogados –decían– por el peso de las leyes federales.

El Norte y el Sur

Las transformaciones fundamentales en los Estados Unidos se producen entre las décadas de 1820 y 1850. El impacto de la primera revolución industrial en las regiones del noreste, la llegada de los colonos al medio oeste, la implosión de los centros urbanos y el desarrollo inicial del transporte a gran escala fueron cambios de tal magnitud que promoverían la rápida sustitución de los viejos hábitos económicos, sociales y políticos.

En términos globales, la organización social de los Estados Unidos a mediados del siglo XIX conservaba elementos de su raíz europea original con la salvedad de que la estructura de clases sociales guardaba un rasgo muy específico: la población afroamericana, esclava o libre. La élite social era rica en el sentido de posesión de bienes raíces y mercancías, compuesta por propietarios de tierra, negocios industriales o comerciales y, en los estados del sur, los plantadores, una especie de aristócratas locales. Por lo general la gente en América a mediados del siglo XIX estaba acostumbrada a cambiar de actividad y lugar de residencia. Los hijos heredaban y ampliaban el negocio de los padres al modo europeo, pero atentos siempre a las nuevas oportunidades, lo que podía implicar cambios importantes. Estos grupos de clase media trabajadora, propietarios o no, iban a estar en una buena disposición para aprovechar las oportunidades que la guerra pudiera proporcionarles. Las clases bajas lo eran casi siempre por haber inmigrado recientemente al país. Solían emplearse como jornaleros del campo, mano de obra barata en los puertos, asalariados en las industrias y negocios urbanos…, y cuando podían arrendaban alguna tierra para trabajarla directamente.

Los afroamericanos libres eran un grupo social caracterizado porque sus miembros tenían habilidades manuales o talentos particulares. Su pericia en los diversos oficios les permitía ofrecer su fuerza de trabajo de modo fijo o ambulante por todo el país y ganar así un buen dinero con el que establecerse y crear una familia propia al modo burgués de los blancos. Algunos habían llegado a este estatus tras su liberación como esclavos, otros en realidad no habían sido esclavos nunca. Incluso en las ciudades del sur vivían este tipo de ciudadanos, respetados en su libertad, muchos de los cuales sabían leer y escribir pese a la práctica inexistencia de aulas públicas en las que escolarizar a los niños negros. La existencia cotidiana de los negros libres era no obstante insegura pues temían caer en manos de traficantes de esclavos para su venta a los plantadores. Fuera del territorio no esclavista la vida de los negros libres valía casi tan poco como la de los esclavos. Como tales, finalmente, vivían los negros no libres, cuyo trabajo carecía de cualquier tipo de valor remunerado pues sólo eran herramientas de trabajo en manos de propietarios blancos.

Con unas características de la sociedad como las descritas, la estructura de la propiedad de la tierra marcaba en gran medida la distancia entre norte y sur. En el norte, los pequeños lotes de tierra eran cultivados directamente por sus propietarios. Allí se articulaba un paisaje de pequeñas y confortables granjas en las que no existía el concepto de *gentry* o 'aristocracia terrateniente'. En el sur, en cambio, enormes extensiones de límites imprecisos estaban en manos de unos pocos propietarios, cuya noción de aristocracia, diferente en apariencia a la europea, participaba de unos rasgos que sólo podían provenir del antiguo régimen europeo. Las políticas de ayuda federal concitaban enormes diferencias entre los grupos políticos y los estados. Desde los años treinta habían dominado los regímenes democráticos, cuyo ideal –jeffersoniano– prometía un Gobierno limitado. En los años anteriores a la guerra civil, la tendencia del Gobierno federal había sido la de disminuir su función

directora o promotora de acciones inversoras para el desarrollo económico del país. Por ello, se redujeron las tarifas del arancel y se suspendieron los subsidios a ciertos sectores emergentes, como los barcos movidos a vapor.

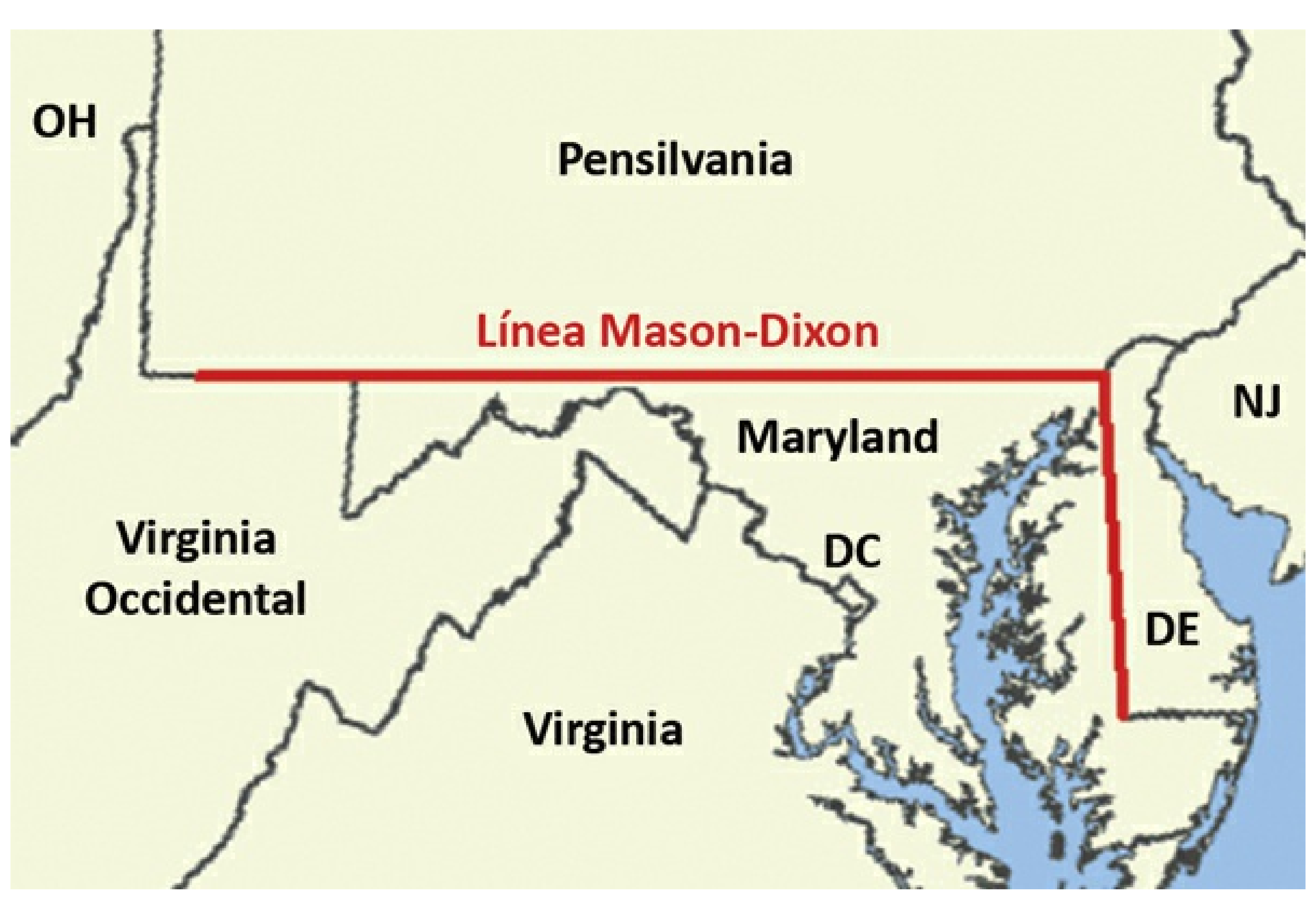
En el centro de los asuntos nacionales, los líderes del sur mostraban su afección a la institución esclavista pues, al defenderla, estaban en realidad exhibiendo lo que entendían era su derecho a decidir sobre sus propias estructuras económicas y sociales por encima del poder federal. Los sectores tradicionales estaban ya sufriendo el hostigamiento y la conquista de grupos sociales emergentes y de nuevos capitales ligados a renovados sectores de actividad, que exigían cuando menos el mismo trato en el terreno de las subvenciones o apoyos gubernamentales. Los agricultores consumidores de manufacturas importadas, por ejemplo, se resistían a pagar los altos precios derivados de las políticas de protección a la industria nacional rebelándose por medio de sus representantes en la Cámara. Ciertos sectores liberales junto con los demócratas del sur supieron ver esta circunstancia y se hicieron con la bandera de la resistencia contra las políticas arancelarias, obteniendo en las décadas precedentes a la guerra aranceles más reducidos o logrando modificar los aranceles al alza antes de 1861.

Junto con los aranceles, los estados del sur consideraban que la política de apoyo a la rápida conquista y colonización de tierras en el oeste les perjudicaba. Hasta los años cincuenta, los condados y regiones del noreste, aún en vías de industrialización, compartían al respecto el punto de vista de los del sur. Entendían que la facilidad con que se estaban dando tierras a los recién llegados provocaría escasez de mano de obra, elevaría los salarios y haría finalmente disminuir la rentabilidad de los negocios. Pero a partir de los años cincuenta las dos zonas del país se distanciaron en sus posiciones. El impulso general en todo el territorio al tendido de líneas ferroviarias y de telégrafo en los años cincuenta agudizó aún más los recelos de unas regiones con respecto a otras, creándose circunstancias que fueron aprovechadas por el Partido Republicano para lanzarse a la carrera presidencial en 1856. La sintonía entre las políticas de liberalización del suelo y la expansión del ferrocarril alarmaban al sur, temeroso de ser invadido por una sociedad ajena a su tradición. Al mismo tiempo, en las regiones del norte se temía que la rapidez de las comunicaciones llevase la esclavitud –o, si se prefiere, el mercado de trabajo no libre– a otras regiones del país, hasta entonces ajenas a la organización del trabajo del sistema esclavista.

A la altura de 1860, la Unión estaba perdiendo peso pues el país era –en términos federales– ingobernable, si bien los estados se manejaban con cierta soltura en sus asuntos internos. Durante los años previos a la guerra había escasez de capital privado en circulación, había riqueza y proyectos pero escaseaba el dinero que exigían las necesidades del desarrollo. El país se había acostumbrado a una presencia constante del capital mixto, público y privado, que –mediante políticas de estímulos– impulsaba los sectores emergentes de la economía. Los capitales británicos fueron los que menos reparos pusieron en las inversiones en los Estados Unidos. A diez años de la guerra la afluencia de capitales exteriores en el país era muy relevante allí donde se necesitaban: en la expansión algodonera, en los transportes y los servicios de las zonas urbanas e industriales. Por su parte, la actividad relacionada con el impulso al desarrollo local fue también clave en las décadas centrales. A mediados de siglo muchas ciudades y condados radicados a lo largo de las rutas del ferrocarril compraban las acciones de los ferrocarriles con la ayuda del Estado. Las comunidades de ciudadanos sin embargo no siempre fueron receptivas a los beneficios producidos por las inversiones públicas en el país. Veían, eso sí, los signos de la corrupción y los desfalcos, los vicios del sistema que, sobre todo en períodos de

contracción económica, saltaban a la luz.

La guerra tiene lugar en una época de tránsito entre un modelo básicamente agrícola y ganadero a un modelo industrial. Durante la segunda mitad del XIX, el espacio territorial ocupado por lo que enseguida se denominó la moderna industria estadounidense se concentró en las regiones al norte de la línea Mason-Dixon. El nombre de esta linde se originaba en las figuras de Mason y Dixon, el astrónomo y el topógrafo que en el siglo XVIII habían delimitado una línea de 233 millas entre los estados de Pensilvania y Maryland. A comienzos de los años sesenta al sur de la línea la actividad era sobre todo agraria y exportadora, dependiente de un mercado externo incontrolable desde las áreas de producción.



La línea Mason-Dixon indica la separación de los estados del norte y del sur. Recibe el nombre del astrónomo y el topógrafo que en el siglo XVIII habían delimitado una línea de 233 millas entre los estados de Pensilvania y Maryland.

En el comienzo del siglo XIX el algodón era ya la exportación más valiosa de los Estados Unidos, y en la década de los años cuarenta su peso exportador superaba al del resto de las producciones juntas, pues los estados del sur proporcionaban a los mercados dos tercios de todo el algodón. Algo que, sin embargo, no se compensaba con la capacidad manufacturera, muy pobre, de los estados productores. Tampoco en los sectores financieros y de los transportes alcanzaba el sur del país los niveles esperables de una economía productora tan solvente. Así que la ventaja económica del negocio provenía de la utilización de mano de obra –esclava– abundante y barata, tanto en las plantaciones como en la manufactura. Se vendía todo el algodón producido a otras regiones del país

y también a Gran Bretaña y Francia, y aunque las herramientas, la mano de obra esclava, no eran gratis ni mucho menos baratas, sí resultaban muy eficientes y a la larga rentables, especialmente cuando la nómina de esclavos se incrementaba y disminuía su valor relativo para la plantación. El modo de vida de granjeros y plantadores podía llegar a ser suntuoso. Con los beneficios de las exportaciones de algodón y tabaco compraban ropa y mobiliario de procedencia europea que luego exhibían en sus casas como rasgo de su prosperidad. Hacia 1860 lo que calificaremos ya como *el sur* comenzaba a ser visto desde fuera como una isla en medio de un vasto panorama.

Pero en el norte la república estadounidense funcionaba de manera diferente. Hacia 1860 la economía era esencialmente manufacturera y comercial, proporcionando estos estados nororientales al país casi un noventa por ciento de todas las exportaciones de manufacturas. En el noreste también se daba –y en gran abundancia– el algodón, además de lana o pieles, con la enorme diferencia de que para su producción se utilizaba la mitad de la mano de obra que en las regiones meridionales, ya que se mecanizaba la producción. Con mucha menos mano de obra, la productividad era sin embargo mayor. La mitad del maíz y cuatro quintas partes del trigo producido en el país se obtenían de los campos del norte. Allí había manufacturas y fábricas, de acero o de armas, que se exportaban con pingües beneficios. Las ciudades comenzaron a especializarse en la producción de maquinaria agrícola, herramientas industriales y en equipamientos necesarios para las industrias del resto del país. Las oleadas de inmigrantes procedentes de Europa esencialmente, aunque no sólo, iban formando el tejido obrero e industrial en las ciudades en crecimiento y en los pequeños núcleos de población en el oeste. A mediados del siglo XIX los estados norteños y centrales de la Unión contaban ya con una población que casi triplicaba a la de los estados del sur. De manera que hacia 1860 en el norte había cerca de diez millones de trabajadores, de los que unos tres millones y medio eran trabajadores agrícolas, directamente beneficiados del *boom* agrario. Más de cinco millones y medio trabajaban en las manufacturas, la minería, la industria mecánica, el transporte, los servicios..., eran artesanos o comerciantes.

El asunto de las tarifas aduaneras, cuyo importe era destinado al Gobierno federal, produjo enormes tensiones entre el norte y el sur. La elevación de las tarifas instada por el Gobierno federal en el período anterior a la guerra era apoyada por los congresistas que representaban a los estados del norte y contestada por los de los estados del sur que veían perjudicial para su economía el incremento de los aranceles pues la práctica totalidad de su consumo procedía de importaciones. Las tarifas *abominables* se incrementaban a favor de la economía septentrional porque encarecían las importaciones de las manufacturas europeas con las que había de competir la naciente industria norteamericana. Al plantear la secesión, los estados que huían de la Unión no trataban de imponer su visión al resto del país, sino de preservar para sí la que creían conveniente para ellos: un sistema de clases que en el resto del mundo estaba desapareciendo definitivamente, en el cual los esclavos, en tanto seres considerados no del todo humanos, se beneficiaban de la generosidad civilizadora de sus dueños.

La esclavitud fue –además de un tema de naturaleza económica que afectaba a los modos de organización de la propiedad y la producción– una cuestión de verdad moral. El Partido Republicano, que era proabolicionista y dominaba las circunscripciones del norte, ganó las elecciones de 1860 en tanto que ningún estado del sur apoyó a Lincoln, seguramente no tanto por la cuestión de la esclavitud en sí misma sino por el sentimiento hostil a que los republicanos –federalistas– fuesen a restringir las libertades particulares de los estados. En cuestión de los cinco años que duró

primero la secesión y más tarde la guerra civil la evolución de las posturas a propósito de la esclavitud se transformó radicalmente, no quedando en 1865 grandes defensores de la institución. En la realidad del sur, la mayoría de los granjeros blancos trabajaban ellos mismos sus campos y carecían de esclavos. Los esclavos se compraban y vendían, pero también eran arrendados, alquilados o prestados a otros agricultores que no tenían dinero siquiera para adquirir una herramienta propia. La historia de la esclavitud en estas zonas es una historia también de fugas de esclavos casi siempre frustradas y duramente castigadas. Un terreno a menudo selvático rodeaba las propiedades en cientos de millas a la redonda, lo que impedía subsistir a los esclavos que habían logrado escapar de las plantaciones. De entre los propietarios de esclavos, se estima que la mayoría, cerca del noventa por ciento, no eran grandes plantadores sino estos agricultores con pocos recursos; si bien el diez por ciento de los propietarios eran terratenientes y poseían las grandes plantaciones que suelen dar imagen al sistema de propiedad del sur. Las manumisiones, o cesión de la libertad a un esclavo, no eran frecuentes. Un amo podía tomar afecto a algún esclavo y regalarle su libertad en la mayoría de edad, enseñándole un oficio o a leer y a escribir. En los años previos a la guerra hubo familias esclavistas que tomaron conciencia de la indignidad de la esclavitud y abrazaron el abolicionismo. En estos casos se dictaban testamentos en los que se liberaba a los esclavos de su propiedad.

Desde 1820, el debate de la esclavitud en los nuevos estados ocupó intensamente al Congreso, que llegó a admitir la esclavitud para Misuri y Arkansas, pero la prohibió al oeste y norte de Misuri: como figura en el Acta de Misuri de 1820. El debate sobre la extensión de la esclavitud se apaciguó finalmente gracias a un nuevo acuerdo entre los estados representados en las Cámaras en 1850. Se admitía a California como estado libre de esclavitud, pero se aprobaba que tanto Nuevo México como Utah decidieran por sí mismas a propósito de si deseaban tener o no esclavos. Kansas y Nebraska recibieron la misma autorización en 1854, no sin una ardua disputa civil en el estado de Kansas. El Acta Kansas-Nebraska establecía la posibilidad de la esclavitud al oeste de Misuri (36º, 30 ′) haciendo tambalearse el Acta de Misuri, declarada inconstitucional por el Tribunal Supremo en 1857. El Acta o Ley de Kansas-Nebraska fue parte decisiva en el origen del Partido Republicano, ansioso por recuperar la capacidad legislativa del Congreso. Además, en 1857 la Corte Suprema hizo público el fallo Dred Scott, que sostenía que los negros no tenían derechos como ciudadanos estadounidenses y que el Congreso carecía de autoridad para proscribir la esclavitud en los territorios del oeste.

1860, LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES Y LA SECESIÓN DE LOS ESTADOS

Al comienzo de la guerra eran muchos los estadounidenses que pensaban ciertamente que existían dos sociedades en el país y que ambas correspondían a los estados del norte y los del sur, sociedades bastante desconectadas entre sí, con valores e ideologías si no incompatibles, al menos propiciatorias de lo que podría ser antes o después un conflicto entre ambas. Tras una convulsa década la crisis final de la Unión tendrá como referencia la elección de Lincoln en 1860. Puede afirmarse que toda la campaña presidencial durante los meses previos denotaba ya la atmósfera de crisis. Pero para el sur, la elección de Lincoln fue además la primera en la que se producía la victoria de un candidato del Partido Republicano, contrario a muchos de los aspectos que hacían posible la vida en el sur. Lincoln había perdido la contienda senatorial contra el senador Douglas, pero en 1860 él y Douglas volvieron a enfrentarse: esta vez como los candidatos presidenciales de los partidos republicano y demócrata respectivamente. Douglas sugería que Lincoln estaba interesado en promover una nación mixta, mediante los matrimonios interraciales y Lincoln aseguraba que la abolición no conllevaba la amalgama de las razas. La figura de Lincoln no era la de un político nuevo en 1860, pues tenía tras de sí una carrera política de dos décadas. Su moderación, frente al radicalismo de otros republicanos como William Seward o Salmon Chase, le hizo ganar los adeptos que necesitaba para ser designado candidato presidencial de los republicanos.

La de 1860 fue una de las elecciones a la presidencia más ásperas de la historia americana hasta aquella fecha. En la convención de los demócratas en abril en Charleston, Carolina del Sur, el asunto de la esclavitud enquistaba la posibilidad de acuerdo. El representante elegido para la candidatura y presidencia –sin el apoyo de cien delegados sudistas que abandonaron la convención– fue finalmente el senador Stephen Douglas. El Partido Republicano por su parte organizó su convención en Chicago estableciendo como fundamento de su campaña la limitación a expandir la esclavitud a otros territorios. Contendían para la nominación dos pesos pesados del partido: William Seward, de Nueva York, conocido abolicionista radical, y el juez Salmon Chase de Ohio. De modo que en principio Lincoln no figuraba entre los elegibles pues, aunque tenía apoyos suficientes, su moderación en los asuntos centrales de discordia con los demócratas no le hacían atractivo para muchos de los delegados. La carrera a la presidencia en 1860 fue ya la expresión de la regionalización de la política americana, quedando el territorio electoral dividido en dos zonas. Mientras Lincoln –que no iba en la candidatura del sur– y el demócrata Douglas disputaban por los estados del norte, John Bell, del volátil partido Unión Constitucional, y el demócrata Breckinridge contendían en los del sur. Fue la aguda división en el Partido Demócrata lo que les costó las elecciones favoreciendo la victoria de Lincoln, que el 6 de noviembre de 1860 ganó con un cuarenta por ciento del voto popular y, lo que es más importante aún, con los votos de los estados más grandes del norte y el oeste, prefigurando así lo que sería el núcleo de la Unión en la guerra.

Pero en 1860 el país como tal se había vuelto ingobernable. El candidato Douglas conminaba a los demócratas sureños a permanecer en la Unión, en tanto su partido amenazaba con la secesión si, como era factible, los republicanos resultaban victoriosos. La decisión de secesionarse ya se había tomado en once estados: Carolina del Sur, Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana, Texas, Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte. Los acontecimientos que produjeron la secesión *de facto* entre 1860 y 1865 comenzaron el 20 de diciembre de 1860, cuando Carolina del Sur

declaró su separación de los estados de la Unión, y se prolongaron hasta junio de 1865 con la disgregación de la Unión de los estados meridionales y septentrionales del sur. Primero abandonaron la Unión siete estados del sur meridional –Carolina del Sur, Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana, Texas– y más tarde, tras los sucesos de Fort Sumter en la bahía de Charleston el 12 de abril de 1861, los fronterizos de Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte. El 1 de febrero de 1861, el Congreso de Montgomery, en el estado de Alabama, sancionaba el nacimiento de los Estados Confederados de América, designaba a Jefferson Davis como presidente y establecía la capital del nuevo Estado en Richmond, en el de Virginia. Virginia tuvo un papel decisivo en todos los aspectos de la secesión, especialmente en lo que corresponde a la consideración y autoestima como nación. En 1861 Virginia rezumaba eso que en la época se consideraba un nacionalismo al uso, en sintonía con los existentes en otras regiones del mundo y en especial con los europeos.

En junio de 1861, con la guerra ya en curso, la Unión se había quedado con veintiún estados, incluidos los fronterizos Maryland, Delaware, Kentucky y Misuri, que, aunque en el norte, también tenían soldados voluntarios en la Confederación. Cincuenta condados en Virginia occidental se mantuvieron fieles al Gobierno federal y, en 1863, esta zona se constituiría estado bajo la denominación de Virginia Occidental. La Unión quedaba privada de un tercio de la población y de los recursos correspondientes.


N
W
E
S
Wash. Terr
Oregon
Dakota Territory
Minn.
Wis.
Mich.
N. Y.
N. H.
Mo.
Vt.
Mass.
R. I.
Ct.
N. J.
Del.
Md.
Pa.
Washington. D. C.
Ohio
W. Va.
Ind.
Ill.
Iowa
Nebraska Terr.
New. Terr.
Utah Terr.
Colo. Terr.
Calif.
Kans.
Mo.
Ky.
Richmond
Va.
Indian Terr.
New Mexico Terr.
N. C.
Tenn.
S. C.
Ark.
Miss.
Ala.
Ga.
Ft. Sumter
Texas
La.
Fla.
Estados de la Unión
Border states
Estados confederados
Territorios
Capitales
* Virginia Occidental
era parte de Virginia en 1861,
pero se vinculó a la Unión
como estado libre en 1863.

Mapa de la secesión en 1860-1861. El término «secesión» se utilizó por vez primera en 1776 cuando Carolina del Sur, colonia británica, amenazó con separarse ante la exigencia de impuestos a las colonias por parte del Congreso Continental.

El término «secesión» había sido utilizado por vez primera en los Estados Unidos en 1776 por la entonces colonia Carolina del Sur, que amenazó con separarse cuando el Congreso Continental exigió impuestos a las colonias sobre las bases del recuento de población total, incluyendo a los esclavos. En este caso, una minoría entendía que una medida referida a la totalidad de la región era hostil a su particularidad. En los primeros tiempos de la nación había partidarios del reconocimiento de este derecho a los estados y otros que pretendían establecer una prohibición explícita de la secesión en la Constitución ratificada por los primeros estados de la Unión. Finalmente se aceptó que el ejercicio del poder soberano quedara repartido entre el Gobierno nacional y los estados, y la Constitución y sus sucesivas enmiendas recogerían qué aspectos de la soberanía recaían en el Gobierno de la nación y cuáles en el de los estados. El apoyo de los oficiales de los ejércitos en los estados del sur a la decisión de los políticos tenía su razón de ser en los nacionalismos locales antes que en la defensa de la institución esclavista, ya que por regla general y salvo excepciones la mayoría de los oficiales y soldados confederados carecían de esclavos en propiedad. En los estados del sur se veía la secesión como una segunda oportunidad para refundar la nación, estimándose que el país en el que ahora vivían había surgido de acuerdo a los intereses y cultura política de los estados del noreste. Puesto que el sur había iniciado la partida, su estado de ánimo en la primavera de 1861 no podía estar más alto. Para la ciudadanía se trataba de defender el territorio, el modo de vida y la independencia para tomar decisiones. Además, la tradición militar, más fuerte en el sur que en otras regiones del país, daba confianza de éxito a los secesionistas. En todos los estados secesionistas la población respondió ampliamente a la llamada a la acción del presidente Jefferson Davis. Sin embargo, y aunque esclavistas, los estados de Delaware, Maryland, Kentucky y Misuri, situados entre el norte y el sur, se mantuvieron leales a la Unión.

2

La transformación del territorio en escenario de batalla

CONDICIONES NATURALES Y RECURSOS HUMANOS

Desde sus inicios, en Fort Sumter, a las afueras de Charleston, en Carolina del Sur, la guerra tuvo como escenario de operaciones el sur de los Estados Unidos, extendiéndose hacia el oeste por el Misisipi y hacia el norte por Gettysburg, Pensilvania. Por ello, la mayoría de las batallas tuvieron lugar en varios estados fundamentales: en Tennessee, Virginia del norte y Maryland sur. Los estrategas de ambos ejércitos planificaban sobre el mapa las acciones de las tropas en territorio enemigo, de modo que los aspectos geográficos del área de acción fueron sopesados al milímetro durante la guerra. Sólo el conocimiento pormenorizado de las condiciones costeras del sur permitió a la Unión diseñar el bloqueo comercial que acompañó al plan Anaconda en el comienzo de la guerra. El sur, territorio que acogió la mayor cantidad de acciones bélicas, había sido una región escasamente comunicada, aislada por barreras naturales y dividida en diversas áreas: las llanuras costeras a lo largo del océano Pacífico y el golfo de México, las crestas y picos, los valles, los montes junto al Piedmont, destacando las montañas Great Smoky, en Carolina del Norte y Tennessee. Tenía además grandes praderas de suelo negro, colinas de arcilla al oeste de las montañas, llanuras interiores, la meseta de Ozark, acantilados, pantanos y llanuras fácilmente inundables, y por supuesto un enorme delta, el del Misisipi. Tan variado relieve era homogeneizado por un clima subtropical, con inviernos no muy largos ni proclives a la congelación de la tierra. Una larga estación de creciente calor húmedo de hasta nueve meses se instalaba en la zona del golfo, y un suelo ácido, fértil pero en muchos lugares ruinoso a propósito de la erosión, acogía ricos y variados cultivos. Las plantaciones de azúcar, tabaco, algodón, arroz, frutas, cítricos… eran características de una zona bien conocida por la explotación para uso agrícola del suelo.

Las condiciones asociadas al tiempo atmosférico conformaron en parte la forma de esta guerra: campañas estacionales casi siempre para evitar los rigores del invierno que paralizaban a hombres y animales y que hacían casi imposible el uso de los transportes y de las armas a campo abierto. La planificación –estrategia y tácticas– tuvo muy en cuenta, pues, la climatología. A mediados del siglo XIX, en los años de la guerra civil y en los previos, la Tierra experimentaba los epígonos de lo que en meteorología ha dado en llamarse una «pequeña era glacial», desde mediados del siglo XIV, cuyos efectos climatológicos eran las acusadas fluctuaciones del tiempo atmosférico: intensos fríos invernales con heladores vientos del este, seguidos de intensas olas de calor y lluvias muy copiosas. Hacia 1861, aunque los rigores de la miniglaciación se hubieran atemperado, muchas áreas en guerra

experimentaban aún la crudeza de inviernos extremos, precipitaciones abundantes y, sobre todo, semanas de un calor asfixiante. En los teatros de operaciones de los estados del sur el calor del verano, la sequedad del ambiente y el polvo de los caminos se alternaban con las lluvias que anegaban campos y ciudades bajo un clima de calor extremo. La población civil se hacía eco de la importancia de la información meteorológica durante la guerra y tomaba mediciones diversas para uso particular o, sencillamente, por interés informativo general.

La campaña de primavera elevaba la moral de los soldados, que, prácticamente habían pasado los meses previos hibernando. Claro que con la primavera las cosas tampoco eran sencillas. El deshielo y la lluvia inundaban los campos y los ríos se desbordaban impidiendo a los soldados avanzar. El movimiento de tropas era en estos momentos desquiciante, y propensos los hombres a caer víctimas de las enfermedades asociadas a la insalubridad en las zonas empantanadas, cerca de los ríos: el tifus, el paludismo, la disentería, etcétera. Un soldado de Illinois, Charles Wright Wills, estacionado con la tropa cerca de Corinth, Misisipi, escribía en sus cartas a propósito de las bajas por enfermedad y también por los efectos de los cambios bruscos de temperatura en los cuerpos agotados de los soldados. La así llamada «marcha del barro», en enero de 1863, se produjo tras la derrota de la Unión en Fredericksburg, en el mes de diciembre anterior. En ocasiones, los soldados, anclados en el barro, perdían allí el calzado y tenían que avanzar sin él. Esto fue lo que sucedió el 15 de mayo de 1864 en la batalla de New Market en la que los soldados intentaban cruzar un campo de cereal embarrado: el *field of lost shoes* [campo de los zapatos extraviados]. La lluvia podía arruinar una batalla pues la humedad estropeaba la pólvora y las municiones, además de restar precisión a los disparos y crear una enorme confusión en ambos bandos.

Además de la lluvia, el calor intenso regalaba incomodidad por igual a los dos bandos. Un enemigo invisible propiciaba los incendios que consumían los bosques y diezmaba a las tropas: los colapsos, cuando no las heridas causadas por el fuego de los incendios, se sucedían en las batallas como la de Wilderness, en mayo de 1864. En el azote del calor extremo, la gangrena o la erisipela, una infección de la piel, se cebaban con los soldados heridos. Y si la tropa sufría todas estas penalidades añadidas al combate por culpa del tiempo, qué decir de los prisioneros, más expuestos si cabe a los cambios de temperatura, a la humedad o el frío extremos, sin cobijo digno ni mantas, desprotegidos excepto por los harapos que llevaban encima. En el mar, las galernas podían arruinar las operaciones o provocar la pérdida de naves, como el USS *Monitor* en la costa del cabo Hatteras, en Carolina del Norte, el 31 de diciembre de 1863. Algún superviviente llegaría a poder contar la ferocidad de la tormenta durante el hundimiento, si bien la mayoría de los hombres a bordo sucumbió.

Los soldados en el frente se tranquilizaban contando en sus cartas y sus diarios los pormenores de una vida tediosa y miserable. En sus narraciones los soldados se extendían en la descripción de los fenómenos meteorológicos. El tiempo era parte sustancial de la batalla, de los avances o del escenario. Por otra parte, el hecho de desplazarse por lugares desconocidos para ellos, les instaba a intentar describir las peculiaridades de la climatología y de los accidentes geográficos distintos a aquellos en los que habían crecido. La vida al aire libre, que incluía dormir casi siempre al raso, les exponía a un conjunto de elementos naturales nuevos. Se quejaban del frío o del calor, del polvo, de la humedad, del dolor de músculos y huesos…, de todo aquello que les desbarataba la salud. Este conjunto de testimonios era en definitiva el mejor barómetro de la moral de la tropa. Pero el tiempo era también un tema en los relatos de la guerra que aparecían en prensa. El periodista William Swinton del *The*

New York Times, acompañaba al ejército del Potomac en la antes mencionada *marcha del barro*. En sus crónicas hablaba del caos de los pontones, de los transportes, de la artillería río abajo, contaba que mulas y caballos morían exhaustos por el esfuerzo ímprobo, incapaces de mover sus cargas, y de cómo, pese a tanto esfuerzo, la debacle hundía la moral de la Unión.

En esta guerra la sangría de recursos humanos fue enorme. Los datos a propósito de los empleados en la guerra hablan por sí solos, aunque han de remitirse a datos demográficos globales. Para 1860 el censo de los Estados Unidos indicaba la existencia de un total de casi treinta y un millones y medio de personas, unos veintidós millones de los cuales habitaban en los Estados de la Unión. Los estados que luego serían la Confederación tenían una población cercana a los cinco millones y medio de personas, a los que había que añadir los cerca de tres millones y medio de esclavos. Es obvia la ventaja numérica del norte. Durante la guerra los ejércitos de la Unión emplearon aproximadamente dos millones setecientos mil hombres, incluyendo cerca de dos mil negros y tres mil quinientos indios nativos americanos. La fuerza de la Confederación se compuso de la mitad de hombres, pues en el momento de mayor participación no llegaba a un millón trescientos mil. No obstante, tampoco son estos datos certeros al cien por cien, pues si bien existen archivos que permiten conocer la situación de los ejércitos de la Unión, no sucede lo mismo con los confederados, que se perdieron.

A mediados del siglo XIX el comportamiento demográfico en los Estados Unidos sugería un descenso de nacimientos de población blanca, sostenido desde principios de siglo, frente a un incremento de la fertilidad de la población negra: entre siete y ocho hijos por mujer en las zonas rurales esclavistas. La mortalidad, elevada, de los afroamericanos se compensaba con la alta tasa de fertilidad, reduciéndose tan sólo hacia la década de los años setenta, una vez había concluido la guerra civil. La alta mortalidad no era regular y estaba afectada además, especialmente en los años treinta y cuarenta, por picos de incremento relacionados con epidemias y crisis de producción. Los negros tenían así una mayor fertilidad que los blancos pero también mayores índices de mortalidad. Antes y durante la guerra el número de nacimientos de los niños negros descendió como consecuencia seguramente de factores como la escasez alimentaria y el incremento del costo de los alimentos. Entre 1860 y 1870 la esperanza media de vida no superaba los cuarenta y cinco años. Pero el comportamiento natural de la población estadounidense a la altura de 1861 resulta menos decisivo que los datos referidos a los procesos migratorios que, soportados en la década anterior, se aprecian en tiempo de guerra. A partir del censo de 1850 –el primero en el que se indica si el censado es o no nacido en el país– se comprueba que hay en Estados Unidos en torno a los dos millones doscientos mil residentes nacidos en el extranjero. En el censo de 1860 la cifra se eleva a cuatro millones cien mil, un trece por ciento del total de la población o unos cuarenta millones de personas. Así pues, todo indica que en los años previos a la guerra civil, el país había sufrido algo que podría calificarse de refundación demográfica. La especificidad del comportamiento demográfico de los Estados Unidos en el inicio de la guerra civil tiene pues mucho que ver con el acceso al país de población procedente de Europa y otros lugares del mundo.

Ya en 1861 Estados Unidos no era ni mucho menos un país homogéneo, al menos al estilo de aquel de los padres fundadores de finales del XVIII. Hacia mediados del XIX se apreciaba el influjo exterior, si bien aún muy escorado hacia la tradicional procedencia anglosajona. La de los años cincuenta fue la década en que se duplicó el censo de población. A las tres bases de procedencia de los inmigrantes de la década de los años cincuenta –británicos, escoceses y galeses– se sumó ahora, en

los años sesenta, la población procedente de Irlanda y Alemania, los «nuevos inmigrantes», como pasó a denominárseles. Muchos americanos pensaban que los irlandeses eran un tipo de población *no asimilable* en América, debido a dos cualidades culturales: el catolicismo y el ruralismo. Aun así, en 1860 cuatro de cada diez nacidos fuera del país eran irlandeses. Junto con ellos, se estima que llegaron un millón doscientos mil alemanes, población en general mejor valorada por los autodenominados *nativos* y el tercer grupo más numeroso de los hasta entonces inmigrantes en los Estados Unidos. No fueron pocos tampoco, si bien a gran distancia, los escandinavos, los checos, húngaros, suizos, mexicanos o chinos, cuya entrada al país por los puertos del Pacífico fue seguida por el establecimiento de los primeros *chinatowns* en todas las ciudades del país. La mayor parte de todos estos inmigrantes, nueve de cada diez, se instaló en el norte y una minoría comenzó a viajar buscando asentamientos alternativos, de manera que más de un treinta y cinco por ciento de la población de Minnesota, de Wisconsin o de Dakota del Sur estaba formada por estos inmigrantes asentados en torno al inicio de la guerra civil.

En los estados del sur apenas hubo inmigración. En Carolina del Sur, donde comenzó la guerra, sólo había un dos por ciento de residentes nacidos en el extranjero y en Georgia la tasa descendía hasta el uno por ciento. Independientemente de qué pensasen en relación a la abolición, la mayoría de los inmigrantes no quería vivir en estados esclavistas, y esto por razones más prácticas que morales. Competir con mano de obra esclava era un negocio pésimo y sus oportunidades de supervivencia en los estados esclavistas eran prácticamente nulas, condenados estos inmigrantes al desempleo o a la realización de tareas cualificadas aunque por salarios ínfimos. En el sur, donde la propiedad se heredaba y la compraventa de tierra era infrecuente, los inmigrantes tenían escasas posibilidades de progreso. Sin duda, en 1861 la fuerza con que los inmigrantes se aferraban a sus raíces históricas y las dificultades para una asimilación en los términos requeridos por la nación de Lincoln fueron condicionantes de peso en el diseño de las estrategias que sacaron la guerra adelante. Los recursos humanos estaban ahí pero había que saber cómo manejarlos adecuadamente.

La estructura de los ejércitos

Los ejércitos de ambos bandos se organizaron de manera que el mando antes, durante y después de las batallas pudiera ejercerse de un modo flexible. Sin embargo, puede imaginarse que la organización fue evolucionando con el curso de los acontecimientos. De entrada, durante la guerra de Secesión americana, el ejército se componía de cuatro piezas: la infantería, la caballería, la artillería y la fuerza naval que incluía a marines. Durante los años de la guerra se crearon algunos de los reglamentos que aún hoy ordenan el ejército estadouinidense. La estructura interna de ambos ejércitos obedecía al siguiente patrón: cuatro regimientos de infantería formaban una brigada, comandada por un general de brigada; tres brigadas componían una división, comandada por un brigadier o un general en jefe; dos o más divisiones formaban un cuerpo del ejército que en la Unión era dirigida por un general en jefe y en la Confederación por un mayor o un teniente general. Teóricamente un regimiento de infantería a pleno rendimiento tendría mil hombres; cada brigada, cuatro mil, y una división estaría compuesta por doce mil. Cada cuerpo de ejército se componía de veinticuatro mil o más hombres. Las divisiones y cuerpos de la Confederación eran mayores que los de la Unión porque en el sur las divisiones a menudo contenían cuatro brigadas y los cuerpos de ejército, cuatro divisiones. Aproximadamente el ochenta por ciento de los soldados de la Unión y la Confederación luchaban en infantería, un catorce por ciento en caballería y un seis por ciento en artillería. En el ejército rebelde la caballería era algo más numerosa, no obstante.

En 1861 todos los soldados, del norte y del sur, entonaban *Dixie,* una canción muy popular que inauguró los mandatos de Abraham Lincoln y de Jefferson Davis. Sin embargo, *Dixie* acabó convirtiéndose en el himno emblemático de la Confederación. Como la música, también el aspecto y uniforme de los soldados en la guerra civil de los Estados Unidos es sin duda un elemento muy sensible a la memoria colectiva, objeto de culto a lo largo de las décadas y, en cierto modo, una seña de identidad americana insensible al paso del tiempo. Y puesto que el reclutamiento de los soldados se hizo a partir de las milicias locales, en un principio la variedad de casacas confería a la tropa un aspecto poco uniforme y muy peculiar. Añadamos que tanto en el norte como en el sur hubo, como veremos más adelante, soldados procedentes de otros países y ejércitos europeos, lo cual incrementaba el exotismo de ciertos batallones. Por ejemplo, el muy llamativo uniforme de los *zuavos* franceses, de los *bersaglieri* italianos o de los *highlanders* escoceses.

En líneas generales los uniformes en ambos bandos no eran muy diferentes. En algunas batallas hubo trágicas confusiones precisamente por esta causa. No obstante, el norte se distinguía por el uso de una casaca de color azul oscuro y un pantalón azul claro, un gorro a modo de quepis francés y adornos de color en función del cuerpo: azul en la infantería, rojo en la artillería, amarillo en la caballería o verde para el cuerpo de médicos. En el sur se usaba el muy conocido terno de color gris para la casaca y azul claro en el pantalón. La gorra, de visera y también gris, llevaba una borla o pompón del color de la rama de servicio, en este caso azul claro en la infantería, rojo para la artillería, amarillo en la caballería –similar, pues, a los usados en el norte– y negro en cambio para el cuerpo de médicos. Según avanzaba la guerra, el Norte –con capacidad industrial suficiente– pudo mantener el abastecimiento de los uniformes, algo que le resultaba muy difícil al Sur, donde se teñían los tejidos de tonos pardos o marrones y se usaban a modo de uniformes las ropas de civil puestas a disposición de la tropa, e incluso los uniformes trasformados que se arrebataban a los soldados heridos,

prisioneros o muertos del Norte.



Entre los soldados de la Unión había doscientos mil alemanes, ciento cincuenta mil irlandeses, otros tantos británicos y unos cincuenta mil canadienses. Una cuarta parte del total de los ejércitos del norte se componía de inmigrantes aún no nacionalizados.

Especial relevancia tuvo en esta guerra el cuerpo de ingenieros. En el comienzo de la guerra se sentía aún la reticencia de la opinión pública hacia los ejércitos, generosamente financiados en época de paz sin una aparente utilidad. La gente e incluso los líderes políticos veían con mejores ojos a las milicias y fuerzas de voluntarios que a los ejércitos profesionales, ya que la organización puntual de aquellas, cuando se las necesitaba, evitaba el costoso mantenimiento de un ejército estable. De entre todos los cuerpos de ejército, el cuerpo de ingenieros era el brazo permanente con más tradición, pues había sido establecido en West Point en 1802 durante el mandato de Thomas Jefferson. Muchos de los mandos de esta guerra pertenecían al cuerpo de ingenieros: George Meade, George McClellan, Andrew Humphreys, Robert E. Lee, P. G. T. Beauregard..., todos ellos procedentes de West Point. Fue de hecho la preparación militar en este cuerpo la responsable del trazado de muchos de los planes de la guerra elaborados por los generales. Las funciones del cuerpo de ingenieros eran concretas y casi nunca cuestionables. Se ocupaba de construir y mantener las infraestructuras, de explorar y proteger las fronteras, siendo su educación técnica el núcleo central de la instrucción militar. Su figura estaba ligada, en las épocas de paz, a la épica de la frontera, a la apertura de nuevos caminos o a la construcción de puentes sobre los peligrosos cauces de los ríos, además de a la edificación de las fortificaciones para salvaguarda de colonos y tropa en sus desplazamientos por el medio oeste.



La mayoría de los soldados de la Confederación eran locales. Apenas había entre ellos una décima parte de inmigrantes: mexicanos, irlandeses, alemanes y españoles. También se alistaron indios americanos.

Cuando estalló la guerra, muchos de los oficiales graduados en el cuerpo de ingenieros prefirieron tomar las armas como voluntarios en el cuerpo de infantería. Eran muy valiosos por su gran preparación militar, pero sobre todo porque estaban habituados a lo inesperado, a reconocer el terreno y a adaptarse a los imprevistos. Al dejar sus funciones de ingenieros temporalmente muchas de las posiciones que guardaban y mantenían, las infraestructuras que hacían posible y más seguro moverse por el territorio americano, quedaron eventualmente desatendidas. Hacia 1863, de los cuarenta y seis puestos de ingenieros en el cuerpo, veintiséis se habían integrado en las fuerzas de voluntarios y en la administración del ejército. Los mandos del cuerpo eran reticentes a completar las vacantes con ingenieros civiles que, a su juicio, podían menoscabar la calidad del trabajo.

Los ingenieros militares se ocuparían fundamentalmente de trabajos de fortificación y algunos hubieron de atender a la construcción de las defensas de Washington. Las fortalezas –sesenta y ocho en 1865 al finalizar la guerra– y el anillo que las conectaba fueron concebidos para proteger la capital pero también en función de la estrategia del ejército del este. El hecho de organizar una fortificación impermeable a los ataques confederados en Washington evitaba tener que mantener activo un ejército entre la capital y la Confederación, liberando recursos para las propias campañas ofensivas de la Unión. Los ingenieros trabajaron en Washington desde mayo de 1861 en las colinas de Arlington y Alexandria, ya que por entonces entre la Unión y la Confederación apenas existían unas cuantas

defensas vulnerables. La Confederación consideró, no obstante, inexpugnables, retirándose y permitiendo así que los ingenieros trabajasen en reforzar los fuertes existentes que habrían de evitar el avance del sur hasta la ciudad. El Congreso autorizaría además el desplazamiento de compañías de ingenieros para la salvaguarda de la región fronteriza en la guerra de México, a resultas de lo cual el ejército sufrió una grave merma de ingenieros en las compañías regulares. Se creó además un batallón de ingenieros, compuesto de voluntarios, la mayoría procedentes de Nueva Inglaterra que, no siendo propiamente ingenieros de profesión, pues procedían de actividades manuales diversas como la carpintería o la construcción, aprendieron técnicas de ingeniería para los trabajos esenciales en el campo de batalla.

De que los inmigrantes se implicaron de lleno en la guerra civil no dejan lugar a dudas los estudios realizados al respecto. Y ello a pesar de la reticencia de ciertos grupos de nativos estadounidenses cuyo núcleo de pensamiento político era lo que hoy en día entenderíamos por xenofobia. A mediados de la década anterior un grupo de así llamados «patriotas» había abordado la cuestión de los nuevos inmigrantes constituyendo una especie de partido político, el Know Nothing, de perfil nativista y contrario a que los inmigrantes que iban llegando al país obtuviesen derechos constitucionales. Entre los *know nothingers,* miembros del Partido Republicano antiinmigrantes, había convencidos antiesclavistas, si bien el núcleo de su posición política descansaba en el nativismo y, ahora, en la no implicación de los extranjeros en la guerra.

La discriminación, violencia y prejuicios durante las dos décadas precedentes eran palpables en la guerra civil. El mecanismo de defensa de los inmigrantes a la hora de afrontar la negativa de los *nativos* a que formaran parte activa y responsable de la guerra –tenían serias dificultades para acceder a la oficialidad si eran católicos o no hablaban inglés– fue el asociacionismo, la solidaridad del grupo y el establecimiento de denuncias por prejuicios. Ahora los inmigrantes que se alistaban voluntarios –alemanes o irlandeses, por ejemplo– tuvieron que enfrentar la hostilidad pública inicial a su implicación en la guerra. Pero en la tropa luchaban mano a mano con aquellos que les habían rechazado y además lo hacían por una causa que reforzaba precisamente la identidad nacional. La presión republicana para que los voluntarios hablasen inglés parecía insistir en este tipo de prejuicio. Puesto que la mayoría de los inmigrantes vivía en el norte, el ejército de la Unión fue su elección más natural. Sin embargo los irlandeses defendieron con ahínco a los demócratas del sur: veían en ellos similitudes con su afán nacionalista y además detestaban el anticatolicismo de los republicanos que lideraban la Unión, en su mayoría protestantes. El sistema inicial de milicias propiciaba que grupos de hombres de procedencia similar se agruparan para formar regimientos radicados en los estados donde se habían asentado, o bien se uniesen a las unidades locales para servir junto con sus vecinos nacidos en los Estados Unidos.

Un cálculo aproximado nos dice que de los millones de soldados alistados en el norte –sobre una población de unos veintiún millones de personas entre nativos o autóctonos e inmigrantes– un tercio no había nacido en los Estados Unidos o, como se decía entonces, *no eran nativos.* De entre todos ellos, se calcula que había unos doscientos mil alemanes, ciento cincuenta mil irlandeses, otros tantos británicos, unos cincuenta mil canadienses, y aproximadamente setenta y cinco mil procedentes de otros lugares, pero sobre todo de Europa. De este modo, es fácil deducir que el norte estuvo defendido por tres cuartas partes de soldados originarios del país, y una cuarta parte de extranjeros de diversas procedencias, lo cual no es desde luego un dato desdeñable. Estas gentes fueron parte esencial en el proceso militar y también en la victoria final del modelo del norte frente al

del sur. La política de unificación lingüística fue pionera, y sin ella difícilmente hubiera podido ser efectivo el esfuerzo de tantos soldados procedentes de muy diversas partes de mundo. Una orden, conocida como Orden General n.º 45, de julio de 1861, establecía que no se aceptaran voluntarios que no hablasen inglés.

De este modo, escandinavos, franceses, alemanes, irlandeses, italianos, polacos… constituyeron unidades específicas en los ejércitos que participaron en esta guerra. Los alemanes, por ejemplo, provenían de áreas muy diversas: de los estados alemanes, Austria, Alsacia y Lorena, Suiza… Les unía el idioma y el deseo de escapar a la escalada de violencia que la mayoría había vivido en sus regiones europeas de origen durante el año del 1848 al hilo de las revoluciones liberales en el viejo continente. Se les conocía como *germans* para diferenciarlos de los *dutches* u holandeses. El secretario McClellan permitió crear una división compuesta por regimientos de alemanes en el ejército del Potomac: la Blenker's German Division. Un regimiento mixto de alemanes e italianos formaría parte de la División *Blenker*: eran los Garibaldi Guards, denominación popular para el 39.º de Voluntarios de Infantería de Nueva York. Además del contingente mayoritario de soldados de las mencionadas procedencias, la Guardia Garibaldi incluía entre sus hombres a zuavos procedentes de Argelia, soldados de la legión extranjera, cosacos, turcos, españoles, austriacos, indios spoys, eslavos o suizos. Su comandante era un húngaro, el coronel D´Utassy. De llamativo atuendo, la unidad era distinguible por el uniforme verde y con plumas que llevaban los italianos *bersaglieri* de la infantería ligera. Los *zouaves,* o zuavos habían sido formados en Argelia por las fuerzas expedicionarias francesas en 1830, para la conquista de África del norte. La dureza de las condiciones de la zona –terreno y clima– les dio fama de tropas aguerridas. Los soldados zuavos procedían de las tribus bereberes de la etnia zuaua, tradicionalmente reclutada por los turcos. Ya en las filas francesas, eran especialistas en las tácticas de la infantería ligera, y muy hábiles en la lucha con bayoneta, en el cuerpo a cuerpo.

Los irlandeses que habían llegado a América en las dos décadas previas a la guerra eran por lo común gente muy pobre, ahora asentada en los suburbios de las ciudades principales del norte, en Pensilvania, Nueva York, Massachusetts. Si bien muchos irlandeses se incorporaron a las filas regulares del ejército, la brigada específicamente irlandesa más reputada –tenía en su haber el no haber perdido ni banderas ni armas en manos del enemigo– sería la conocida como Irish Brigade, organizada por Thomas Francis Meagher, de Nueva York, y compuesta por varias unidades: milicias en origen del área de Nueva York y de Massachusetts. Polacos y escandinavos estuvieron bien representados en las brigadas de la Unión, con la Pulaski Guard, o 58.º de Nueva York, en la que había también polacos germanohablantes, o las unidades de noruegos y suecos que, asentados hacía poco tiempo en el medio oeste –Wisconsin y Minnesota–, respondieron a la llamada a filas entrando al servicio en unidades *étnicas* durante el desarrollo de las campañas occidentales. Los escoceses por su parte, constituyeron la 79.ª o Highlanders. Su atuendo peculiar: *kilts* de diferente tartán, boinas y hasta gaitas, era muy llamativo. Sus acciones se consideraban efectivas, a pesar de que en ocasiones protagonizaban episodios de insurrección. Los emigrantes ingleses y canadienses se integraron en las diferentes compañías y regimientos del noreste de la Unión y hubo regimientos específicamente indios en el oeste. Los judíos en los Estados Unidos habían llegado al país en los tiempos de la independencia, un momento preciso dentro de la diáspora. Procedentes de la época de las grandes oleadas, algunos miles de inmigrantes judíos –centroeuropeos y muchos de ellos germanohablantes, asentados tras los acontecimientos revolucionarios de 1848– serían muy activos en el servicio militar durante la guerra. No existía entre los judíos un claro sentimiento abolicionista, y de hecho en los

estados esclavistas los judíos también tenían esclavos en propiedad, dando para ello una justificación bíblica. Algunos rabinos sin embargo, como el rabí David Einhorn de Baltimore –que sería tras la guerra el líder del movimiento de reforma de la comunidad judía americana–, utilizaron todos los medios a su alcance para atacar la esclavitud, aunando los argumentos de defensa de las minorías: negros, judíos, inmigrantes, en un solo discurso.

Numéricamente hablando la casi totalidad de los soldados de la Confederación eran locales y entre ellos apenas había una décima parte de inmigrantes. Al igual que en el ejército federal, destacaron los irlandeses, pero también había jóvenes alemanes, británicos, franceses o mexicanos, la mayor parte de estos nacidos en las regiones de México que luego se incorporarían a los Estados Unidos. Había entre los soldados rebeldes algunos nativos americanos indios, de las etnias choctaw, cherokee, chickasaw y creek, y españoles. En casi todos los casos estos se alistaban en las filas de la Confederación, debido a la afinidad ideológica y a que en el sur, en estados como Florida o Luisiana, los vínculos con España estaban aún presentes en la figura de los descendientes de antiguos colonos. Hubo también soldados españoles en el ya mencionado 39.º Regimiento de Nueva York o guardia Garibaldi, por lo tanto en la Unión. Al igual que los componentes de otras nacionalidades, se trataba de inmigrantes recientemente llegados a Manhattan. La compañía hispanoportuguesa estaba constituida por inmigrantes procedentes de la península ibérica, y en la documentación del 39.º Regimiento, en el Museo de Historia Militar de Nueva York, figura el registro de Francisco Navarrete, el soldado español que capturó una bandera confederada en la batalla de Gettysburg y fue condecorado por ello con la medalla del Congreso, un honor –se dice igualmente– que por razones desconocidas no llegaría este soldado español a recibir. Como aspecto curioso, los soldados españoles lucharon en ambos bandos durante la batalla de Gettysburg, del 1 al 3 de julio 1863.

Pero, como se ha dicho, la mayor parte de los españoles elegía el sur. Cuando se alistaban los soldados indicaban su nacionalidad, pero no así su ciudad de origen. Una estimación realista sugiere a lo sumo unas decenas de combatientes. Algunos se alistaron en el 10.º Regimiento de Luisiana y hubo otros en el 13.º, con uniforme de zuavos. Se conservan sus nombres: Gustavo López, Pedro Barau, Alejandro Berthancourt, Juan Basco de Orleans, Antonio Campos, Manuel Castaño, Antonio de León, Juan Fernández, Juan Gutiérrez..., el registro de sus acciones militares, los casos de muerte, de desaparición y de transfuguismo… Existía un regimiento de cazadores españoles de la milicia de infantería de Nueva Orleans, y una guardia española o *Southern Star Guards*, del 21.º Regimiento de Infantería de Alabama. En la región de Texas, los partisanos de Santos Benavides, texano, eran una tropa formada por canarios. Además, algunos de los más heroicos militares tenían origen o vínculos con España, en concreto el sudista David G. Farragut, estadounidense hijo de menorquín, Ferragut, que americanizó el apellido cambiando la «e» de la primera sílaba por una «a». A quienes amaban el modo de vida del sur y conocían España les gustaba encontrar similitudes entre ambas. El general Pettigrew, que había vivido en España publicó precisamente en 1861 el libro de viajes titulado: *Notes on Spain and the Spaniards* [Apuntes sobre España y los españoles].

La causa rebelde contó entre sus filas con notables carlistas, pues el carlismo hizo suyos los principios de la secesión americana. Había familias de carlistas que habían participado en la segunda guerra carlista y emigrado luego a los Estados Unidos. Eran de procedencia vasca y catalana, también navarra y valenciana, y se habían asentado en Florida, Luisiana, Texas… La afinidad de esta gente con el modelo del sur se hallaba en el respaldo a la tradición y el modelo agrario del carlismo. Así no es de extrañar que cientos de aquellos expatriados se adhiriesen a las filas rebeldes. Lo curioso es que

muchos lo hicieron adscritos a unidades de combate francesas, pues existía también una comunidad vendeana procedente de Francia exiliada por razones de credo en América al hilo del establecimiento de la III República. Algunos carlistas formaron parte de los *Louisiana Tigers,* división en la que por no faltar, había también irlandeses. El Regimiento 35.º de Tennessee, conocido también como Regimiento Nueva España, facilitó con sus acciones la marcha del 19.º de Arkansas, lo que permitió a su vez al general Lee derrotar a las tropas de McClellan. Los fusileros de Navarra en el 41.º de Tennessee hicieron muchas víctimas y, en 1863, entró en combate un regimiento conocido como los Húsares del Maestrazgo, por la presencia en él de los carlistas. Hablando de oficiales, el general español Echegaray mandó un cuerpo de tropas carlistas: los piquetes confederados de la segunda división de Tennessee, que venció al ejército del norte en West Woods. También voluntarios carlistas procedentes de la brigada Zumalacárregui se unieron a las tropas de Virginia del norte. En definitiva, en la memoria del carlismo quedaron cientos de acciones militares en la guerra civil americana, interpretadas como la continuación natural en América de la misión del carlismo peninsular.

Armas y tecnología

Se considera que esta fue la guerra en la que se hizo uso por vez primera del rifle de repetición o la metralleta, y del ferrocarril para el transporte de tropas y provisiones. Era la primera vez que se montaba la artillería sobre raíles, o que se construían trincheras y fortificaciones de campo. También se usaron las minas terrestres, *subterranean shells*, y las navales, *torpedoes,* diversos tipos de submarinos, de embarcaciones blindadas, etcétera. Los submarinos eran sin duda aún piezas muy precoces en el juego de la guerra, sin embargo, se construyó y botó el CSS *Hunley*, movido a vapor y de unos doce metros de eslora con una tripulación de dos oficiales y seis marineros. Iba armado con un torpedo, tipo de arma habitual ya en los barcos. Evidentemente, la suerte de la guerra no quedaría vinculada a la eficiencia de estos submarinos. La Confederación contaba con un acorazado, el *Merrimac,* que en la primavera de 1862 era el navío más poderoso –se decía– del hemisferio occidental y que protagonizó una fastuosa batalla naval el 9 de marzo.

Al frente de las innovaciones tecnológicas en el ámbito naval, se pondrían las bases de la moderna propulsión de hélice, con el trabajo del ingeniero de origen sueco John Ericsson, en el moderno diseño de *Monitor,* construido en cien días. Realmente, cuando comenzó la guerra, la flota estadounidense era de madera, y la guerra propició que se construyeran barcos acorazados, más grandes y resistentes, con más tripulación y puestos para cañones: los diseñados por el industrial Cornelius Bushnell, sobre los que Ericsson trabajaría en su sistema de propulsión. En el campo de las comunicaciones, por vez primera se organizaba un servicio de señales con fines militares, que incluía el lenguaje de banderas y de luces durante el combate. Se usaron telégrafos portátiles en el campo de batalla, además de globos tripulados para reconocimiento militar. Por supuesto hubo tropas de soldados negros en el combate, y un sistema de impuestos específico para sufragar la guerra, que puso a prueba la capacidad manufacturera de los estados. También se tomaron fotografías durante el combate, algo imposible aún en Crimea, en la década anterior, cuando aún sólo era técnicamente viable captar a las tropas en reposo. Por la complejidad del proceso bélico, se acudió a profesionales muy diversos, y no sólo en el terreno militar. Se requerían ingenieros y expertos estrategas, médicos y cirujanos, tiradores de alta precisión, artesanos de las más variopintas especialidades, etcétera. Tanto el ejército de la Unión como el confederado hizo reclutas puntuales –la *Conscription Act* de 1862 en el sur sirvió para crear un ejército nacional– pero en el esfuerzo participaron también mujeres camufladas de varones, como luego se verá. La guerra llevó consigo, en paralelo y con no poca importancia, la acción de la guerrilla y de los partisanos. Los civiles terminaron por ser parte central de la guerra cuando los combates se adentraban en las poblaciones.

La marina fue un recurso mucho más importante de lo que habitualmente se piensa en relación a esta guerra. De hecho, y en paralelo a los combates terrestres, se desarrollaba una guerra en el agua, con batallas relevantes, además de una trama densa de control y vigilancia de las costas marítimas y de los ríos. El mar fue decisivo en esta guerra desde el momento en que el presidente Lincoln dictó una orden de bloqueo costero cuya finalidad era cortar el comercio del sur con el exterior y evitar así la venta de materias primas fundamentales para la economía sudista. Pero el objetivo fue más que excesivo, pues la costa de los estados del sur tenía una extensión de más de dos mil quinientas millas que habían de ser controladas con menos de cuarenta barcos. Y ello sólo en el mar, porque los ríos tenían sus propias necesidades. Para mantenerlos bajo control se necesitaban cañoneras. Tampoco el

sur tenía demasiados recursos navales: carecía de armada y contaba sólo con una pequeña marina mercante y unos pocos *shipyards*. La Secretaría Naval de la Confederación necesitaba una armada, y se esforzó en obtenerla, si quería poner fin al bloqueo del norte sobre sus costas y pasar a la ofensiva, atacando a los barcos mercantes de la Unión en alta mar.

La guerra civil americana estaba transcurriendo en un momento de transición tecnológica. En los inicios se usaron tácticas clásicas que comportaban el movimiento sobre el terreno de nutridas formaciones de soldados que portaban armas propias de las guerras anteriores. Pero rápidamente ambas condiciones, la organización de los contingentes humanos sobre el terreno y las armas que portaban, cambiaron. De entrada, el desarrollo tecnológico del armamento estaba permitiendo mayores daños, más heridos y muertos incluso con un menor número de soldados implicados en los avances y en las defensas. Los miles de muertos de las primeras etapas de la guerra fueron el resultado de una mayor eficacia de las armas bajo unas condiciones sanitarias aún poco preparadas para hacer frente al gran contingente de heridos. La realidad de aquel trauma inicial fue que ninguno de los dos bandos estaba preparado para el efecto destructivo de la nueva maquinaria de guerra. Por ejemplo, era habitual situar tropas en puestos defensivos, tanto en tierra como en los ríos o en el mar, también en la frontera, para hacer frente a las tribus indias, pero no lo era disponer a las formaciones armadas en situación de ataque sobre otras formaciones del ejército.

Las armas clásicas como los sables, o la caballería ligera, un símbolo de estatus militar especialmente por lo que se refiere a la caballería del sur, quedaron fuera de la acción sustituidas enseguida por armas de fuego e infantería pesada. Se usaron rifles de muy diversas características, también de repetición, pistolas, cargadores y cananas con balas, cañones, acorazados, globos aerostáticos… La artillería y las armas ligeras abundaron en esta guerra, desde las sencillas escopetas hasta las ametralladoras, pero sobre todo los rifles de repetición. Cada ejército tenía sus preferencias como es obvio, pero ambos avanzaban a la par en el recambio de tecnologías buscando, dentro de sus posibilidades de fabricación y compra, aquellas armas más modernas, baratas y eficaces en la destrucción del enemigo.



Rifle Enfield, de patente británica (1853). La artillería y las armas ligeras fueron esenciales en esta guerra. Se usaron desde sencillas escopetas hasta rifles de diversas características, también de repetición, y ametralladoras.

Recurso muy frecuente en los ejércitos eran las empalizadas construidas con estacas cruzadas de unos diez pies de largo y de extremo punzante, que eran también armas de hecho –*chevaux-de-frise*–, y obstáculos portátiles presentes siempre en los campos de batalla. Inicialmente servían para defender las posiciones de la infantería frente a los ataques de la caballería, en un frente de entre cincuenta y

cien pies. A esta guerra llegaron también los cañones y obuses, de tipos y cualidades muy diversas: el *6-pounder gun, M1857 12-pounder Napoleon, 12-pounder howitzer, 24-pounder howitzer*… Y desde luego la mortífera bala Minié, una munición de sección cónica, conocida comúnmente como «*la bala*». Era pequeña y muy fácilmente transportable. Al ser disparada, un gas expansivo deformaba la pieza que giraba alcanzando una mayor precisión y distancia, por lo que causaba muchas bajas. La popularidad de este «ángel destructor», pues así lo llamaban ya en Crimea, se hizo internacional.

La guerra fue un ámbito adecuado para la introducción de la mecanización y las tecnologías en el campo de batalla. Con todo, y especialmente en los momentos iniciales de la contienda, el papel de los animales: bueyes, mulas y sobre todo caballos, fue relevante. De hecho los historiadores de esta guerra han venido considerando a los animales usados en la guerra la espina dorsal de todo el evento militar. Fijémonos en que la movilidad de la artillería sobre el campo dependía de los animales, tanto que los caballos adquirieron un valor al alza a medida que los meses pasaban y era preciso ganar terreno al enemigo. Las baterías avanzaban para atacar o se retraían para repeler el ataque y estos movimientos de armas voluminosas y pesadas eran llevados a cabo por animales dirigidos por soldados. Resulta evidente la dificultad de manejar a los animales bajo el fuego de la artillería, pues el ruido les electrizaba y a menudo era complicado mantenerlos estables. Los caballos sufrían mucho en los campos y su capacidad de transporte y tracción dependía de la carga, aunque sobre todo del estado del suelo. Por lo general se estimaba que los caballos podían caminar unas veinte millas al día en condiciones del terreno en no muy buen estado y tirando de una carga de unas tres mil libras. Pero estas distancias y pesos quedaban mermados progresivamente con la dureza del terreno y el transcurso de la guerra. Para que estos animales sirvieran a los propósitos de la tropa y la lucha debían recibir los cuidados necesarios. Sobrevivir era un reto ante la metralla y el estrés, causa también frecuente de muerte entre los caballos. Manejarlos, esto es desplazarlos, alimentarlos y mantenerlos sanos era un auténtico reto militar.

En los inicios de la guerra la caballería confederada fue superior. Los jóvenes del sur se alistaban en caballería aportando sus propios caballos, en tanto que en el norte preferían dejarlos en casa y alistarse en infantería para evitar la responsabilidad de tener que cuidarlos o perderlos. Los caballos del sur eran en ocasiones purasangres bien entrenados, ágiles y muy hábiles. Los del norte en cambio podían ser animales más rudos pero muy acostumbrados a largas jornadas de trabajo muy variopinto. La formación de los jinetes era rigurosa y en cierto modo herencia de las técnicas europeas. Seis años antes del comienzo de la guerra, el capitán George B. McClellan, que formaba parte de una comisión militar para el estudio de las tácticas, el armamento y la logística europeas, tomó buena nota de la formación de las tropas de ingeniería y de la caballería. McClellan estudió intensamente durante un año y se instruyó en Crimea, para luego escribir el que se considera el manual de las tropas de caballería estadounidenses. Se inspiraba en los hábitos de monta de la caballería imperial rusa. Muchos relatos de la guerra narran las peripecias de ciertos caballos singulares, bien por sí mismos, bien por haber sido montura de militares de primer rango. Little Sorrel era el caballo del general Jackson, sobre el que fue mortalmente herido en mayo de 1863; Rienzi fue el caballo que se entregó al general Philip Sheridan, poco antes de que atacara Rienzi, Misisipi, lugar del que recibió el nombre. Cincinnati fue el más conocido de los caballos que montó el general Ulysses S. Grant, el presente de un ciudadano bajo la promesa de que no lo maltratara. Pocos, excepto Grant y el propio Lincoln, llegaron a montar a Cincinnati, que acompañó a Grant a la Casa Blanca cuando fue elegido presidente.



Cincinnati era el caballo favorito del general Grant. Lincoln tuvo el privilegio de montarlo y acompañó a Grant hasta la Casa Blanca cuando fue elegido presidente. Otro caballo memorable fue Traveller, que perteneció al general Lee.

El caballo preferido de Robert E. Lee tenía por nombre Traveller, denominación que le venía de sus buenas condiciones para el viaje. Traveller siguió a Lee a su destino, primero en Washington College tras la guerra, perdiendo gran cantidad del pelo de su cola, arrancado por los cazadores de suvenires, y finalmente el día del funeral de Lee en 1870, portando las consabidas botas del revés en los estribos.

ESTRATEGIA Y TÁCTICA

En la guerra civil comenzaron a utilizarse las tácticas heredadas de las guerras europeas pero concluyó con otras que heredarían futuras guerras. Fue pues una guerra moderna también en el sentido de incorporar el cambio. En los planteamientos inmediatos y los de larga escala que rigieron las campañas militares en esta guerra, fueron la estrategia, las tácticas y la formación de la oficialidad los aspectos técnicos que definieron la guerra. Las bases de la formación militar de los oficiales, sus ideas sobre estrategia y tácticas en la guerra civil, eran las campañas de Napoleón. De las ideas y experiencia napoleónicas se aprendía todo, hasta los errores cometidos por el ídolo francés. Los escritos de Antoine-Henri Jominie, asistente de Napoleón que había estudiado sus métodos sobre la marcha sistematizándolos, fueron referidos en los textos de Henry W. Halleck, *Elements of Military Art and Science,* base de la educación de West Point. Muchos de los generales de ambos bandos en guerra habían sido cadetes de West Point, academia especializada fundamentalmente en cuestiones técnicas ligadas a la ingeniería y estrategia. En el sur, las academias militares –estatales o privadas– de Virginia o Citadel apenas llegaban a los estándares de calidad que daban fama a West Point. En esta academia los oficiales recibieron las enseñanzas de Mahan, estratega y profesor de ingeniería y arte de la guerra entre 1830 y 1871, creador en la academia del club Napoleón. Mahan, que había estudiado a su vez en Francia, y cuya fascinación por Napoleón era incuestionable, idolatraba el texto de Jominie, *Traité des Grandes Opérations Militaires.*

Gracias a las técnicas napoleónicas adaptadas a las circunstancias se conseguían ejércitos maniobrables que podían sostener la batalla durante días. Se introdujo la división, una parte del ejército comandada por un general, como unidad en la organización. Con las divisiones los ejércitos resultaban flexibles y más fáciles de comandar. En realidad una división por sí misma no podía atacar al enemigo pues requería de la presencia de otras, de modo que enseguida se verían grandes ejércitos compuestos por formaciones de una sola línea, muy flexibles y rápidos sobre el terreno. Cuando marchaban, las divisiones constituían una columna y si se separaban durante la marcha, lo hacían con movimientos rápidos cubriendo un área extensa sin perder la unidad del grupo. Pero la influencia francesa tuvo sus limitaciones, como no podía ser de otra manera. Las principales se derivaban de los cambios tecnológicos en las armas de combate. La artillería había cambiado y los destrozos que provocaba en la tropa enemiga ocasionaban importantes huecos en sus líneas. Los rifles alcanzaban una enorme precisión y las comunicaciones telegráficas y terrestres establecían nuevas condiciones para la información en la batalla y los movimientos de tropas sobre el terreno.

Las enseñanzas de la academia de West Point se centraban en aspectos de ingeniería: matemáticas, topografía, construcción de vías de comunicación y de fortificaciones, y por supuesto la mencionada estrategia. Los oficiales de West Point habían sido entrenados según las normas recogidas en el *Field Service Regulations, Operations.* El desarrollo de los principios de la guerra tal como había sido aprendido por los generales del norte y del sur fijaba la atención en diseñar objetivos muy claros y apegados a la realidad, en dibujar planes sencillos y órdenes concisas, fáciles de entender y de ejecutar, procurando delimitar al máximo el campo de batalla. El sistema piramidal de mando era otro de los fundamentos organizativos de un ejército pensado para la guerra, que exigía unidad de mando y obediencia absoluta a la cúspide de la jerarquía militar. Las ofensivas, tal como se aprendían en West Point, exigían estrategias para llevar la guerra al enemigo de dos maneras simultáneas:

debilitándolo y aprovechando su debilidad ya existente. Los ejércitos atacados a su vez ponían en marcha estrategias defensivas y, como solían hacer los generales confederados Lee o *Stonewall* Jackson, defensivas-ofensivas.

Las enseñanzas sobre estrategia insistían en el objetivo de la derrota del enemigo, forzándole a retirarse, y destruyendo sus recursos. Se aprendía cuáles eran los centros esenciales que era preciso abatir, desde los arsenales de armas y munición hasta los centros de comunicaciones y las instalaciones industriales, los caminos o los depósitos de combustible, etcétera, y también se daban lecciones sobre cómo desmoralizar al contrario. En West Point se aprendía la autoprotección frente a los ataques del enemigo, a preservar a la población y los recursos económicos, o a hacer prisioneros y a concederles el trato correspondiente. El hecho de que la guerra fuera interna, civil, de naturaleza imprevisible en la definición de los escenarios, complicaba el respeto del principio de procurar no extralimitar el campo de batalla. Los generales fueron reacios a llevar la guerra a los escenarios civiles, procurando proteger la economía y a la gente, sin embargo a medida que la guerra avanzaba se fueron perdiendo estos escrúpulos iniciales en las estrategias y tácticas desarrolladas por generales como Sheridan o Sherman. A punto de que el sur colapsase, las razias de la caballería federal buscaban, con el beneplácito de Washington, desmoronar íntegramente al enemigo, al coste que fuese preciso. Lo que sí lograron los planes de los ejércitos confederados y de la Unión por igual fue la captura o destrucción de lugares estratégicos, y sobre todo los centros neurálgicos del enemigo. Richmond y Washington eran las capitales de ambos estados y su importancia estratégica, además del efecto moral de su caída en manos enemigas, resultaba enorme.

Algunas batallas no tuvieron una finalidad en sí mismas sino por el efecto acumulativo que producían, minando al enemigo y haciéndole retroceder. Otras procuraban conseguir superioridad numérica sobre el terreno, concentrando una elevada masa de hombres frente a un enemigo fracturado y disperso. Era una estrategia común en ambos bandos, pero sobre todo frecuente en el norte: Jackson en el valle de Shenandoah, por ejemplo. También ambos bandos utilizaron las líneas interiores con la finalidad de mover sus fuerzas hacia los frentes en activo más rápidamente que el enemigo que intentaba rodearles: a Ulysses S. Grant le gustaba esta estrategia. En la práctica, la movilidad del los ejércitos del norte solía ser más rápida que la de los del sur. Y ello a pesar de que el grueso de los movimientos recayó en la infantería. En la guerra civil estadounidense, la infantería fue sin duda la principal arma de combate. Se establecía una amplia línea de batalla con dos filas de fondo compuesta por columnas que oscilaban entre una y diez e incluso más compañías contando cada una de ellas entre ocho y veinte o más filas. El destacamento de infantería, con una sola fila, era un arma menos compacta que la columna, y las columnas masivas eran preferibles en el ataque que las líneas. También muy efectivos resultaban los ataques por los flancos contra los que se aplicaban minuciosas tácticas defensivas por parte del ejército contrario. Pero la realidad era más cruda que los ejercicios tácticos sobre el papel. Los ejércitos se movían muchas veces por un terreno complicado y boscoso, muy diferente a los amplios espacios de inspiración europea. El terreno imponía sus condiciones.

La artillería se ocupaba ahora de reforzar la defensa, con una batería adjudicada a cada brigada de infantería, y muy a menudo con un batallón asignado a una división confederada de infantería o una brigada a un cuerpo de infantería de la Unión. Ahora la artillería –proyectiles de largo alcance sobre objetivos bien visibles– era crucial para repeler los ataques del enemigo. Pero terminaron abandonándose los asaltos de la artillería al ver que se convertían en autoinmolación. Según la guerra

iba avanzando iba perdiendo peso la caballería en los usos tradicionales, sirviendo finalmente para escrutar al enemigo o llevar a cabo tácticas de inteligencia, además de para alcanzar enclaves determinantes en los que los jinetes desmontaban para luchar. Hacia 1864 la caballería ya iba armada con fusiles de repetición, quedando el sable y la pistola como vestigios del pasado inmediato.

Conviene ahora diferenciar algunos elementos que caracterizaron las estrategias de la Unión y de la Confederación. Pese a la victoria federal, la estrategia de la Unión comenzó siendo muy confusa y carente de una definición concreta. En buena medida ello era obra de la profunda división existente entre los planteamientos del ejército y las ideas con las que jugaban Lincoln y su Gabinete a propósito de cómo querían lograr el sometimiento del sur al proyecto federal. La estrategia del norte consistió finalmente en penetrar agresivamente en el sur aprovechando las dos líneas de vulnerabilidad: la primera, su costa, apenas defendida, bordeando Virginia, Florida, el golfo de México y Nueva Orleans, y la segunda, el Misisipi, desde San Luis hasta Nueva Orleans, con el fin de penetrar en el área más meridional, el *profundo sur,* y cortando la comunicación de los rebeldes con los estados más allá del Misisipi: Texas, Arkansas, Misuri. Junto al río principal, los ríos Ohio, Cumberland y Tennessee habrían de ser las vías esenciales de esta incursión territorial. Puesto que el sur tendría por fuerza que defender la trama de tierra articulada por sus ríos, tarea harto compleja, la estrategia de la Unión consistiría en aprovechar la vulnerabilidad del enemigo invadiendo la zona por múltiples lugares. Para ello, a lo largo de la guerra la Unión llegaría a crear quince ejércitos –frente a los veinticuatro del sur–, combinando operaciones tierra y mar, en Carolina del Norte y del Sur –isla de Roanoke–, en Port Royal, al sur de Charleston, y una expedición dirigida a la toma de Nueva Orleans; mientras que el ejército del Potomac, comandado por McClellan, era enviado a capturar la ciudad de Richmond. Entre tanto y a medida que avanzaban las semanas, la Unión formó los ejércitos de Ohio, el del Cumberland, Frontier, Kansas, Misisipi, Mountain, Southwest, Tennessee, West Tennessee y, ya casi al final de la guerra, el de Shenandoah. Los ejércitos cuya actividad atrajo mayor atención fueron los del Potomac y Virginia del norte, con vistosas acciones que tapaban la compleja estrategia de la Unión para desgastar al sur en sus zonas vulnerables.

El principal objetivo de la estrategia de la Confederación fue siempre defenderse de la conquista de su territorio. El presidente Jefferson Davis se veía a sí mismo conduciendo la defensa de la nación al estilo en que Washington había guiado la Revolución. En términos muy sencillos, se trataba de ganar no perdiendo en tanto que la Unión se veía obligada a ganar para ganar. A tal fin, pensaban los confederados, deberían alargar la guerra para desgastar al atacante, para disolver sus recursos y agotar su paciencia. A su favor desde luego, la enorme extensión territorial, setecientas cincuenta mil millas cuadradas, lo que equivalía a dos veces el tamaño de las trece colonias originarias de los Estados Unidos. Pero el modelo de estrategia en el sur tuvo por fuerza que combinar los dos ejercicios opuestos: el ofensivo y el defensivo y dos generales, Beauregard –Fort Sumter– y Johnston fueron los mejores en ambas estrategias respectivamente. La población exigía la defensa activa de cada porción del territorio de sus estados y no estaba dispuesta a quedarse sentada tranquilamente, esperando a que el agresor se retirara. La prensa sudista clamaba por una progresión militar que tomara Washington a la par que la del norte hacía lo propio con Richmond. En 1861 se creó un cordón defensivo, un conjunto de ejércitos pequeños dispuestos en el perímetro exterior de la Confederación, localizados en puntos entre el golfo y las costas atlánticas, también en la frontera de Tennessee y Kentucky, en el valle de Shenandoah, en el oeste de Virginia y en Manassas. Este cordón, dadas las condiciones de extensión del Sur, era sin embargo débil y fue rápidamente roto por

los enemigos. En esencia la estrategia ofensivo-defensiva confederada buscaba defender el corazón del Sur haciendo uso de las líneas de comunicación interior para concentrar las fuerzas dispersas y, de ofrecerse la oportunidad, pasar a la ofensiva incluso si se trataba de invadir el norte. Dicha estrategia, de escaso recorrido teórico en las academias militares, se pudo verificar primero en la primera batalla de Manassas o Bull Run (julio de 1861) y en campañas de gran calado como la de Virginia-Maryland, la de Tennessee-Kentucky en 1862, o Gettysburg, en 1863.

Un elemento decisivo en la estrategia de ambos ejércitos, Norte y Sur, fue sin duda alguna el ferrocarril y el sistema de comunicaciones. Herman Haupt, un ferroviario militarizado de la Unión, respaldado por el secretario de la Guerra, estableció la táctica ferroviaria utilizada en todos los escenarios de la guerra. El sistema de Haupt fue la base de la organización ferroviaria en tiempos de guerra durante las contiendas del siglo XX. En el caso de la Confederación los ferrocarriles también desplazaban muchas de sus tropas en los escenarios de la batalla. Pero el Sur comenzó la guerra con un sistema de ferrocarril desajustado y menor en dimensiones al del Norte: nueve mil millas frente a las veinte mil federales. Además, la Confederación carecía de las manufacturas que le permitían expandir o mantener la infraestructura y el Gobierno confederado logró hacerse con la autoridad sobre el sistema sólo en febrero de 1865.

3

La vida en campaña

Voluntarios y recluta

La imagen de los soldados en la guerra civil es parte central, junto con las banderas y otros símbolos guerreros, de la construcción histórica de esta guerra. La identidad y procedencia de los soldados que tomaron parte en la guerra fue muy variada, incluso dentro de cada bando: hombres blancos y negros, mujeres e indios, todos por lo general muy jóvenes especialmente en los primeros años de la guerra. Si tuviéramos no obstante que trazar el aspecto de un soldado tipo en esta guerra, y puestos a sustentarlo en las herramientas de la estadística, un soldado cualquiera, yanqui o rebelde, tendría las siguientes características: oriundo nativo americano blanco, granjero y protestante, soltero de entre dieciocho y veintinueve años de edad, una media por debajo de veintiséis en la mayoría de los casos. En las fichas que se abrían a los soldados que se alistaban en la Unión, se anotaban profesiones variadísimas. Figuran de hecho más de trescientas actividades y profesiones: maestros, carpinteros, zapateros, pintores, mecánicos, maquinistas, dentistas, etcétera. En este ejército, el ochenta por ciento de los hombres se incorporaban a la infantería, un catorce por ciento a la caballería y un seis por ciento a la artillería. En tanto que en la Confederación, tres cuartas partes de los soldados servían en la infantería y la artillería y un veinte por ciento en la caballería.

Las razones que empujaban a las personas a alistarse voluntarios en los ejércitos y la motivación que les inspiraba ya en la guerra eran coincidentes en los dos bandos. En ambos ejércitos, rebeldes y yanquis, la razón inicial del alistamiento era patriótica, aunque también chovinista, pues un sentimiento de orgullo por el estado de pertenencia empujaba a muchos jóvenes a querer defenderlo. No son desdeñables por supuesto el afán de aventura o la búsqueda de un trabajo remunerado. Poco a poco, a medida que avanzaba la guerra los motivos fueron depurándose: el patriotismo inicial dejaría paso a razones más personales o de calado nacional, como contribuir a la abolición de la esclavitud o sencillamente defenderse y sobrevivir. En el caso del sur, puede que se añadiese a todas estas razones el temor al triunfo de la Unión, con el efecto indeseado de una sociedad interracial. Por todo ello, cabe apreciar que la motivación de los soldados en esta guerra fue muy alta en los inicios: los soldados daban lo mejor de sí mismos para ganar las batallas que los generales planteaban. Sin embargo, al poco de que la guerra se hubiese normalizado, se trataba de no ser herido o de no perecer por culpa de las miserias asociadas a la contienda, lo que provocaba comportamientos poco heroicos. Matar al enemigo podía no ser una opción aceptable cuando el contrario era alguien exactamente igual a uno mismo e incluso pariente o amigo. Los jóvenes que se enfrentaban en las

batallas no eran extraños entre sí, antes bien, procedían de hogares similares, tenían gustos culturales y alimenticios muy parecidos y, además, podían ser personas cercanas a quienes una suerte adversa había situado en bandos opuestos. Toda guerra civil es una guerra fratricida y en el caso de la americana fue *de facto* en muchos casos una *brother's war*.

La paga o soldada era, como se ha dicho, un motivo más para alistarse. Los soldados eran remunerados por su trabajo y en ambos ejércitos recibieron inicialmente once dólares al mes. En junio de 1864 la Confederación elevó esta paga hasta dieciocho dólares, debido a que por la marcha de la economía en la guerra el dólar confederado se devaluaba. Como medida contrapropagandística, también en junio la Unión elevó la soldada a dieciséis dólares que, en monedas de la Unión, suponían sin duda una cantidad con más poder adquisitivo que los dieciocho de la Confederación. A los soldados negros se les daba no obstante una paga inferior, de diez dólares mensuales, de los que se les retiraba además tres dólares para pagar la ropa que se les entregaba. Sin embargo, a partir de aquellas regularizaciones de junio de 1864 los soldados negros, nacidos libres o libertos con anterioridad a la guerra, pasaron a recibir la misma paga que los blancos, esto es dieciséis dólares de la Unión. Los negros que habían sido liberados por el avance de las tropas del norte en el sur en el último tramo de la guerra se incorporaron a las tropas sin salario alguno.

La recluta de voluntarios o llamada a filas en el Norte se hizo atendiendo a las diferentes comunidades americanas de procedencia: irlandeses, franceses, alemanes…, incluso a los ya mencionados zuavos, unidades de la infantería francesa que habían servido en el norte de África desde 1831 y algunos de cuyos veteranos vivían ahora en América. Para animar a los jóvenes a alistarse, se usaban carteles en los que se apelaba al patriotismo, se ofrecían ventajas para el alistamiento y se prometía formar parte de unidades al mando de oficiales bien experimentados. Se preveía, como suele suceder en todas las guerras, una contienda breve, por lo que en sus comienzos no parecía necesaria una amplia campaña de captación de soldados. Enseguida ambos bandos comprobaron que habían estado equivocados. Por otra parte, la presión popular demandaba acción y, aun a pesar de las dudas de los mandos sobre la conveniencia de alistar voluntarios –sin preparación militar inicial– finalmente se organizaron intensas campañas publicitarias de recluta.

El imaginario patriótico fue esencial en este proceso inicial de la recluta. La representación de alas y de águilas, de oficiales de caballería con sus espadas al aire en escenas de batalla, o bien retratos de George Washington y otros padres de la nación sugiriendo la necesidad de defender lo que ellos habían construido, atendían al interés de amplios segmentos de la población. En algunos pósteres se hacía un llamamiento a grupos específicos, véanse a los germanoamericanos, francoamericanos o los americanos de origen irlandés, pues estas comunidades no habían perdido sus señas identitarias de origen, sino que las habían integrado en el propio imaginario de la nación de acogida.

Los datos de recluta hablan por sí solos del éxito de las mencionadas campañas. La guerra se alargaba en el tiempo y los voluntarios de la primera recluta eran pocos para las nuevas necesidades. De este modo, ambos bandos hubieron de pensar en reclutar más soldados. A los afroamericanos que huían de las regiones del sur siguiendo a las tropas de la Unión se les utilizó cavando trincheras y asistiendo al ejército en tareas auxiliares. También se les había situado en las tropas confederadas desde el comienzo de la guerra en Virginia, por ejemplo, aunque no en calidad de soldados. El alistamiento de soldados negros fue controvertido inicialmente, pues ni siquiera todos los abolicionistas del norte veían recomendable la entrada de los afroamericanos en el ejército regular. Pero existía una masa de población afroamericana cuyo cometido en tiempo de guerra no estaba

definido. En principio la Unión se negaba a devolver a la Confederación a los esclavos huidos –la ley de 1850 sobre los esclavos huidos así lo establecía–, pero el hecho de que estados como Virginia, en los que se producía esta situación con frecuencia, se hubieran secesionado de la Unión invalidaba a juicio de los federales dicha norma. Los esclavos huidos pasaron a ser considerados «botín de guerra», razón por la cual la Unión juzgaba que adquiría el derecho a no devolverlos. Al avanzar la guerra, las cuestiones morales y jurídicas quedaron desplazadas porque la recluta de soldados negros se vio como un recurso adecuado para cubrir las plazas que antes ocupaban los soldados blancos.

En 1863 Lincoln firmó la ley conocida como *Enrollment Act of Conscription,* según la cual todo hombre soltero de entre veinte y cuarenta y cinco años, o casado de entre veinte y treinta y cinco estaba obligado a servir en el ejército a menos que pudiera pagarse un sustituto. La leva forzosa fue la conclusión de una intensa campaña en prensa cuya finalidad era reclutar voluntarios y en la cual, a las llamadas patrióticas genéricas, se unían las específicas por grupos étnicos. El método para reclutar tras la ley de 1863 fue el sorteo. Cuando se procedió a la leva, en la ciudad de Nueva York en el mes de julio se produjeron protestas y levantamientos, muchos de ellos entre los inmigrantes irlandeses y alemanes cuya supervivencia, en trabajos mal pagados, era ya de por sí difícil al margen de la guerra. Estas personas estaban especialmente irritadas al ver cómo aquellos que tenían recursos económicos compraban su sustitución en el servicio mientras que ellos no podían elegir. Aquellas fueron unas revueltas violentas que causaron muchos muertos ya que irlandeses y alemanes atacaron los comercios de la ciudad, agrediendo a los negros, en la calle, en las iglesias..., demostrando con ello que tampoco en el norte la guerra iba a poner fin a unas tensiones que además de ser originadas en las diferencias sociales fruto de las migraciones, ahora eran además raciales.

En todas las guerras, incluso en las del siglo XX, la presencia de jóvenes adolescentes entre los soldados ha sido una circunstancia lamentablemente frecuente. Los archivos de la guerra civil americana permiten ver que cerca de medio millón de menores de dieciséis años tomaron parte activa, como soldados, en la contienda, y ello a pesar de la prohibición expresa. El alistamiento en ambos bandos se había fijado a partir de los dieciocho años pero, en la justificación de las necesidades del ejército, se hacía la vista gorda cuando se presentaban a filas chicos menores de edad. En casi todos estos casos, en el Norte y en el Sur, podía darse un fuerte componente emocional para el alistamiento, pues los menores procedentes de tranquilas zonas rurales se dejaban tentar por la atracción de lo nuevo, de la aventura. El objetivo de la liberación de los esclavos era un argumento heroico para unos, los federales, tanto como para otros, los sudistas. Lo era demostrar que era posible mantener la independencia de los estados frente a las leyes que provenían de Washington. En la recluta, a los más jóvenes se les solía ubicar en puestos de «no combate», como los de tamborileros o cornetas, tareas para cuyo desempeño no se exigía la mayoría de edad. De este modo, aproximadamente cuarenta mil chicos ocuparon estos puestos de músicos en el Norte, y otros veinte mil lo hicieron en el Sur. La de tambor o corneta, dadas las prácticas militares de la época, eran funciones esenciales en el orden militar a las que no podían dedicarse soldados en edad de combatir. Desde sus posiciones, estos chicos uniformados daban la llamada para las maniobras de la tropa en un campo de batalla caótico, a menudo cegado por el humo y el polvo y en el que los oficiales solían estar lejos de los soldados.

Se han conservado emotivos testimonios escritos de quienes fueron niños soldados en la guerra o de personas que tuvieron ocasión de tratar con ellos. La mayoría refleja la dureza de las condiciones de su vida diaria y la conmoción ante la experiencia de la guerra. William Bircher por ejemplo tenía

quince años cuando fue voluntariamente a la recluta como soldado de la Unión en Saint Paul, Minnesota. En un principio se le rechazó por ser demasiado joven, pero él convenció a su padre, Ulrich Bircher, un granjero inmigrante de origen suizo, de que fueran juntos a la guerra. Bajo esta tutela consentida, y mientras el padre se ocupaba de tareas relacionadas con el transporte, el chico fue tamborilero. Ambos sobrevivieron y narraron sus peripecias. Junto a este soldado superviviente, otros no tendrían tanta suerte y perderían la vida. Por ejemplo Henry Simmers –recordaba William Bircher–, que había sido capturado por la caballería tras quedarse atrás, agotado, con su tambor y su manta. William narró que se había encontrado con unos negros en una plantación y que estos nunca habían visto a un soldado. Diría además que los negros fueron amables y generosos con él, y que no entendían que ahora eran libres y que podían hacer cuanto desearan. El muchacho hablaba de la añoranza de su hogar, pese a la camaradería entre los soldados de la que se enorgullecía, y de la dureza de las marchas o de las acampadas al raso.

En el campo de prisioneros confederado de Andersonville, Georgia, otro niño describe las condiciones del campo, el carácter de los guardianes, las cadenas y las herramientas para doblegar a los presos, y habla de los insectos que les acosan, de la suciedad, de la locura y desesperanza de los presos: enfermos, hambrientos… que se mueren, a pesar de todo lo cual, el chico se las ingenia para mantener un objetivo cumplido: su propia higiene. Un tal Michael Dougherty, de dieciséis años, relata que se entretiene como puede. Los soldados juegan a las cartas, al ajedrez, y Michael menciona que con sus navajas tallan cucharas para la comida y dan formas diversas a la madera que cae en sus manos, todo para distraer la atención de la miseria que les rodea. También de dieciséis años, Langdon Leslie Rumph, de Alabama, es objeto de información a sus padres en una carta fechada en agosto 1861. En ella se les dice que Langdon ha muerto en el hospital. Sobre él se dice que ha sido un muchacho valiente que, junto con otros camaradas, ha servido con gloria al ejército del Sur en el campo de Manassas. Sin embargo, sigue el comunicado, Langdon no ha muerto por una herida de guerra sino por enfermedad, tifoidea quizá, pues en el hacinamiento del campo difícilmente puede un joven debilitado por semanas de privaciones, evitar el contagio. Más joven aún, Theodore Upson, de Indiana, tiene catorce años y celebra la Navidad en el ejército. Los chicos tienen dinero y se acercan a la ciudad a gastarlo en una buena cena. Comen pollos, provisiones enlatadas, y ven a los oficiales que tienen su propio banquete, cuyos alimentos –dice– son de mejor calidad que los que comen los soldados. Encontramos incluso a un niño de doce años, Johnnie Walker, de Wisconsin, de quien se cuenta que es tambor en la banda. Se dice que las señoras le obsequian con bollos y manzanas y que cuando marcha parece un hombre adulto, siempre cantando y riendo. Todos en el regimiento le quieren porque es educado y amable. Su madre le ha mandado un paquete con trajes confeccionados al estilo de los que lucen los oficiales, y el teniente Bauman suele decir que le va a dar un par de hombreras con distintivos de plata para que las luzca en ellas. El tambor Charles Bardeen, de catorce años y originario de Massachusetts, le escribe a su madre a mediados de diciembre de 1861, dándole noticia de sus experiencias. Ya ha estado en la batalla y ha visto a los heridos y a los muertos, cientos de ellos…, también caballos, igualmente dañados por el combate, todo tipo de armas. Se siente –dice– decepcionado y no cree que nunca puedan ganar al Sur, a la vista de las escenas de destrucción que contempla en el hospital. Y los testimonios continúan…

Negros en los ejércitos y mujeres camufladas de soldado

Si bien en el arranque de la contienda los negros se aprestaron a luchar, una ley de 1792 retiraba a los negros el derecho de portar armas en el ejército. En Boston hubo voluntarios que se rebelaron contra dicha ley y se solicitó del Gobierno que la modificara para poder permitir que se alistaran. Así que, en el ejército de la Unión sí hubo, en principio, soldados negros. En los inicios de la guerra, ambos bandos habían dejado suficientemente claro que los negros no tenían cabida en un ejército de hombres blancos. Sin embargo, los afroamericanos declaraban públicamente su voluntad de luchar tal y como habían hecho en períodos previos de la historia estadounidense. La publicación *Weekly Anglo-African* afirmaba que los negros eran la reserva vital y que la lucha les incumbía directamente, ya que de ella dependía su futuro, pues si el Sur no era dominado en sus posiciones, se esclavizaría incluso a los negros libres. Sin embargo, no todos los antiesclavistas estaban de acuerdo en este particular. En algunas Iglesias, los negros no creían que su participación en la lucha armada fuese una obligación para quienes carecían de derechos ciudadanos. El reverendo Garnet, de la Iglesia negra presbiteriana de Nueva York, alegaba la ausencia de razones de los negros para luchar en la guerra. Los blancos –decía– luchaban por el amor a su patria, por la promoción militar o por el honor y la gloria. ¿Qué razones tendrían los negros para coger las armas en esta guerra? Ninguna en realidad pues los Estados Unidos habían negado a los negros no sólo la ciudadanía sino el trato humanitario.

A comienzos de 1863 se anunció que el Gobierno federal había convenido en formar el 54.º Regimiento de Massachusetts. El escritor y esclavo fugitivo William Wells Brown hizo un llamamiento entre los negros para que rehusaran alistarse hasta que fueran eliminadas todas y cada una de las leyes raciales. Pero los negros estuvieron divididos en esta cuestión y la polémica, recogida en los periódicos, planeó durante el resto de la guerra. Algunos líderes, como el propio Frederick Douglass, no pensaban de igual modo e invocaban la memoria de algunos rebeldes, como Nat Turner o Denmark Vesey, cuya violencia se había desatado contra el sistema de propiedad esclavista. Algunos líderes consideraban que luchar en la guerra era un modo de avanzar en el proceso de obtención de derechos y pedían a los negros que se alistasen, que no dejasen la lucha en manos exclusivas de los blancos, pues la guerra era una oportunidad singular para huir de la degradación social y situarse en un plano de igualdad con el resto de los hombres. Así, Douglass propugnó el alistamiento de los negros en la primavera de 1863 pues –argumentaba– los negros eran hombres, ciudadanos americanos. Los negros habrían de tener la ocasión de aprender artes marciales y el deber de acabar con la esclavitud haciendo uso de ellas. Consideraba que luchar contra la esclavitud era un deber moral para los negros, que podría elevar su autoestima y que, al desenvolverse la lucha en un frente común con los blancos, se suavizarían sus relaciones en un futuro. Incluso si la ciudadanía de los negros seguía en discusión, se apreciaban las ventajas de participar en la guerra.

Muchas comunidades de negros del norte por ejemplo rechazaban la recluta de los negros para la guerra y demandaban saber si los negros iban a tener iguales derechos que el resto de los ciudadanos de la Unión, si podían promocionar en el ejército al igual que los soldados blancos. Pero nadie les respondía satisfactoriamente. La organización gubernamental impuesta señalaba que sólo los blancos podrían comandar las tropas de los negros, lo que impulsaba a muchos a rechazar la oportunidad. El periódico *Anglo-African,* sin embargo, convocaba a los negros a aprovechar la oportunidad de disparar y clavar sus bayonetas en el corazón de los esclavistas, ignorando las

restricciones impuestas por las políticas gubernamentales de alistamiento, pues «media rebanada de pan siempre era mejor que ningún pan».

Los afroamericanos no podían ser oficiales, pero tampoco obtener una paga igual a la de los soldados blancos. Sin duda la Proclamación de la Emancipación en 1863 les proporcionaba la esperanza de estar en el camino al reconocimiento de sus derechos, de ganar la guerra, liberar a los esclavos y eliminar la discriminación. La actitud de Lincoln parecía indecisa pese a todo y los líderes negros le criticaban por lo que consideraban era una timidez *ovejuna* frente a la situación. Críticos a menudo crueles con la figura del presidente, los líderes negros se ensañaron con lo que entendían era una moderación injustificable en el camino de la emancipación y de la igualdad subsecuente. Los mensajes de Washington eran confusos y hasta contradictorios pues, mientras Lincoln daba pasos en la vía de la emancipación de los esclavos, también revocaba órdenes de emancipación sobre el terreno, por ejemplo en agosto de 1861 en Misuri, o la dada por el general Hunter en mayo de 1862. El *Anti Slavery Standard* opinaba que semejantes decisiones habían sido peores que crímenes, y que difícilmente podrían olvidar los negros nacidos en América que Lincoln había defendido su expatriación con el fin de que colonizaran territorios extranjeros.

Cabía pensar que al proclamar la emancipación provisional en septiembre de 1862 se estaba dando el pistoletazo de salida de una nueva era en la historia del país, incluso si –como les parecía a muchos– su aplicación era inicialmente restrictiva, y en absoluto adecuada a las demandas de los abolicionistas. Una vez que la ley estuvo vigente, en enero de 1863, los abolicionistas, por medio del *Anti Slavery Standard,* expresaron su confianza en que la intención del Gobierno fuese liberar a los esclavos. Pero la decepción no se hizo esperar. Como se ha visto, se convocaba a los negros a alistarse en el ejército para ganar la guerra, pero el desarrollo de la ley de emancipación quedaba paralizado precisamente por argumentos de tipo político y militar. Parecía una broma cruel. El pragmatismo superaba las consideraciones morales y, tanto dentro como fuera del país, comenzó a pensarse que la de emancipación había sido una ley de oportunidad que, como tantas otras, no tendría desarrollo práctico. La prensa británica observó que, en muchas otras regiones del globo, las leyes emancipatorias no terminaban con la esclavitud. Por ejemplo, en 1856 Portugal había puesto en marcha una ley de abolición gradual que posponía otros veinte años la definitiva abolición. En plena guerra, no parecía que en los cálculos inmediatos del presidente Lincoln tuviesen cabida pensamientos de empatía para con cuatro millones de esclavos negros.

Así pues, recluta y emancipación iban de la mano, políticamente hablando. A mediados de 1862, en plena campaña de alistamiento de los soldados blancos, el ejército de la Unión incrementó su presión sobre el Gobierno para que reconsiderase el veto al alistamiento de los voluntarios negros. A resultas de lo cual, en julio de aquel año, el Congreso dio vía libre a la *Second Confiscation and Militia Act,* por la que se liberaba a los esclavos cuyos amos estuvieran en el ejército confederado. Dos días después se abolía la esclavitud en los territorios de los Estados Unidos y el 22 de julio, el presidente Lincoln presentaba a su Gobierno un borrador preliminar a propósito de la Proclamación de la Emancipación de los esclavos. Con la ley que liberaba a los esclavos de la zona rebelde, buena parte de la prensa abolicionista fijó su atención en la cuestión de la eliminación de la discriminación racial en los lugares públicos del Norte, especialmente en lo referente a las normas de restricción racial en los procesos electorales, y también en la lucha para acabar con la discriminación en el transporte público.



En el Norte el 35.º Regimiento estaba compuesto por voluntarios negros. Los regimientos compuestos por soldados afroamericanos se denominaron United States Colored Troops (USCT) [Tropas Estadounidenses de Color].

La participación de la población negra en los ejércitos tuvo como eje la creación de las USCT. Los regimientos compuestos por soldados afroamericanos se denominaron United States Colored

Troops (USCT) [Tropas Estadounidenses de Color], pero fueron constituidos al final de la guerra civil, en abril de 1865, siendo aproximadamente una décima parte de todo el ejército de la Unión. Antes de formarse la USCT existían regimientos de voluntarios que incluían esclavos liberados del Sur. En 1863, William Henry Singleton, un antiguo esclavo, reclutó a mil negros que se habían escapado en New Bern, Carolina del Norte. Se trató de los First North Carolina Colored Volunteers (FNCCV) [Primeros Voluntarios de Color de Carolina del Norte]. Singleton llegaría a ser sargento en el 35.º Regimiento. Los esclavos que habían creado en 1863 una colonia de liberados en la isla de Roanoke, antigua colonia en Carolina del Norte, entraron también a formar parte de la FNCCV. Casi todos los grupos de voluntarios acabarían perteneciendo a las unidades de las USCT.

Tras la guerra estos regimientos, reconstruidos en 1867, se ocuparon de sostener las llamadas «guerras indias» en el oeste americano. A estos soldados se les conocía como *Buffalo Soldiers*, un apodo conferido por los indios que identificaban el pelo de los negros con la piel de los búfalos. La recluta de las USCT, para los regimientos de infantería, ingenieros, artillería ligera y pesada, para la caballería..., en el ejército de la Unión se hacía a través de la Oficina para las Tropas de Color. Se calcula que los cerca de doscientos mil negros libres o liberados sirvieron durante dos años de guerra en unos ciento setenta y cinco regimientos en un momento muy crítico de la guerra. Su aporte fue fundamental para la Unión y los soldados de color padecieron todo tipo de bajas en semejantes condiciones al resto de las tropas. En Filadelfia se organizó una academia militar para quienes quisieran promocionar a los mandos de la comandancia de las USCT, dado que en principio la oficialidad de los regimientos era sólo para blancos. La desigualdad en la paga de los soldados negros fue corregida gracias a la presión de *lobbies*.

En el sur y tras la ocupación del territorio de Nueva Orleans por el ejército de la Unión, se formaron los Corps d'Afrique, en principio con fuerzas de habitantes originarios de Luisiana: *gens du couleur libre* [personas libres de color]. En Nueva Orleans desde época colonial se había desarrollado un grupo social constituido por personas mestizas y libres, leal a la Confederación y en sintonía con los propietarios esclavistas del sur. Pero la Confederación rechazó su apoyo militar y de hecho les confiscó las armas, argumentando que si se alistaban estos mestizos la agricultura quedaría desatendida. El hecho de negar el derecho a luchar a estos *creoles* o criollos nacidos libres, al igual que a los negros libres en el Sur, no dejaba lugar a dudas a propósito de la exclusión completa de las personas de color en los ejércitos confederados. La Unión sí reclutaría a los negros liberados acampados en los alrededores de las plantaciones para los Corps d'Afrique. Estas personas y sus familias vagaban desamparadas tras la emancipación y la entrada de los ejércitos del norte en los bastiones del Sur.

Más anómalo, aunque también con mayor frecuencia de lo que suele pensarse, las mujeres estadounidenses tomaron parte en las acciones bélicas y sufrieron prisión o incluso murieron por las heridas recibidas, entendiendo la defensa de la patria como un derecho ciudadano. La prohibición explícita de ambos ejércitos, el confederado y el de la Unión, de que las mujeres formaran parte de la tropa no impidió que muchas escondieran su sexo para actuar como los hombres en la guerra. En el frente, al igual que los hombres, las mujeres trabajaban en calidad de cocineras o enfermeras sin necesidad de ocultar su condición. En aquel modo de guerra las funciones de los soldados eran múltiples y por lo común todos valían para casi todo. Uno de los puestos más usuales para las mujeres sin embargo en la guerra civil fue el espionaje. Harriet Tubman, Pauline Cushman, Mary Elizabeth Bowser, son tres de los más de trescientos nombres conocidos al respecto. Las tres lograron

sobrevivir. Harriet y Mary Elizabeth eran mujeres negras del Sur. La primera trabajó para la Unión liberando a cientos de esclavos, pero nunca recibiría el justo precio por su acción en forma de una pensión digna. La segunda era esclava en una familia *antiesclavista,* y con ella ayudaba a los prisioneros unionistas a escapar de la cárcel. También del Sur, Pauline, que espió a favor de la Unión, era una reputada actriz blanca. Su labor consistía en desenmascarar a los espías confederados y a punto estuvo de ser ahorcada por ello.

Numéricamente y en comparación con la actividad masculina la lucha de las mujeres en esta guerra fue irrelevante. Sin embargo importan los individuos, su motivación y peripecias. Con respecto a la lucha en el frente, hay casos muy bien documentados. Por ejemplo el de Henry –o Mary Ann– Clark, divorciada con dos hijos y brava teniente en el ejército confederado, que por alguna razón no camuflaba su condición de mujer, según relatan los soldados en sus cartas familiares. También, el caso de un pequeño grupo de caballería bajo el mando de Sheridan cuyo descubrimiento se debió a las maniobras de resucitación de algunas de las chicas jinetes que tras una brava acción estuvieron a punto de ahogarse en un río. Con todo, de este episodio debe quedar el que, una vez salvadas, nadie anotase sus nombres o filiación, manteniéndose el asunto en el anonimato de las protagonistas. La circunstancia de que los ejércitos no quisieran reconocer su presencia en la inscripción de voluntarios ha impedido conocer los datos exactos de la participación de mujeres, si bien las diferentes fuentes –recopiladas desde comienzos del siglo XX y que incluyen cartas y diarios de las protagonistas– estiman en centenares el número total. Mary Livermore –activista y escritora– menciona a unas cuatrocientas en el ejército de la Unión. Livermore fue directora de una sección de la United States Sanitary Commission creada durante la guerra para atender las carencias del deficiente servicio médico y sanitario del ejército, y organizar las donaciones de comida y ropa, y a los voluntarios.

Mientras las soldados del Sur estaban en su mayoría casadas, dos tercios de las de la Unión eran jovencitas solteras. Siendo las voluntarias niñas de dieciséis y diecisiete años, se disfrazan ciertamente de hombres –«This lady dressed in men's clothes»– en un tiempo en el que, a falta de pruebas fiables de identidad, el aspecto lo era todo en la ubicación social de las personas, logrando pasar desapercibidas en la tropa llena de adolescentes. Los ejércitos manejaban la edad mínima de los dieciocho años para aceptar reclutas, sin embargo no tenían pruebas fiables de la edad de los chicos. Los adolescentes menores de esta edad podrían tener un tono agudo de voz –como el de las chicas– lo que les facilitaba a ellas pasar desapercibidas, máxime si se ocultaban bajo ropas holgadas, los pechos vendados y el pelo más corto, al estilo de los hombres. Por lo general, los jóvenes voluntarios se sometían a pruebas de capacidad auditiva o visual muy someras, siendo descartados para el servicio sólo aquellos con evidentes signos de retraso mental. La parte de la acción teatral era añadida por las chicas que adoptaban poses masculinas en el comportamiento o el habla. Siendo tan jóvenes, el vello facial no era un problema, pese a lo cual algunas se camuflaban con bigotes o barbas falsas. Las condiciones del combate –la dureza de la vida cotidiana y la ausencia de higiene– facilitaban la adquisición de la rudeza que posiblemente les faltara en el momento de introducirse en la tropa.

El caso de las mujeres del Sur llama especialmente la atención de los historiadores americanos, que abundan en la idea de que no existía en ellas –mujeres amas de casa, blancas y pobres en su mayoría– conciencia feminista por lo que a la consecución de derechos civiles se refiere. Se rompe con su ejemplo la dicotomía tradicional en la que vemos a mujeres sufragistas o peticionarias por un lado, y mujeres patrióticas defensoras del mantenimiento del modelo socioeconómico confederado.

En la primavera de 1863, entre los meses de marzo y abril, cientos de esposas de soldados se organizaron para llevar a cabo más de doce ataques contra almacenes de comida, armas, depósitos de ferrocarril… Iban armadas y atacaban a la luz del día. En estas acciones –fácilmente confundibles con los clásicos motines del pan propios del final del antiguo régimen o de algunos eventos de las revoluciones liberales– hubo sin embargo elementos nuevos que las hacían trascender de los fenómenos meramente sociales, y una fuerte carga cívica, pues contenían activismo y organización eficiente. Con los maridos en la guerra, las esposas eran a efectos oficiales, y junto con los niños y ancianos, personas *dependientes del Gobierno,* lo que enfatizaba sin duda su condición de ciudadanas sin mayoría de edad. Al prolongarse la guerra se organizaron en grupos para afrontar las dificultades materiales. A título individual primero, colectivo después, sin duda torpemente redactadas y con tono agrio, las mujeres escribían cartas de queja a las autoridades adoptando una vía política de autorrepresentación.

Durante los años de guerra, los campos de prisioneros, los llamados POW, que fueron muchos y variados en condiciones y recursos, se extendían por todo el país. Algunos habían sido antiguos fortines militares, otros fueron acondicionados expresamente en la guerra, y muchos, terminada la guerra, fueron demolidos y sobre sus ruinas construidas instalaciones carcelarias federales. Los más grandes y poblados fueron los de la Unión, aplicada en reducir al enemigo lo antes posible, privándole, como se ha dicho, de soldados útiles para el combate. El campo de Point Lookout en Maryland por ejemplo llegó a albergar a más de veinte mil hombres en una superficie destinada a la mitad. La de North Fort Jefferson en las Dry Tortugas, cayos de Florida, era conocida por la brutalidad de sus condiciones, en un clima además extremo, tremendamente caluroso y húmedo, superpoblado de hombres enfermos.



Hubo muchos campos de prisioneros, los llamados POW. Se extendían por todo el país, y algunos habían sido antiguos fortines militares. Las penurias en ellos eran extremas. En Libby, Richmond, o Elmira, Nueva York, los presos morían de inanición.

El campo de la ciudad de Elmira, en Nueva York, recibía popularmente el nombre de *Hellmira* debido a sus condiciones infernales. Allí cerca de tres mil soldados confederados recluidos, una cuarta parte del total, morirían a consecuencia del hambre y de las enfermedades, pero sobre todo del frío, pues los presos carecían de cualquier ropa de abrigo que les permitiera soportar las temperaturas bajo cero del invierno. La dureza del comportamiento del ejército de la Unión constituye para muchos uno de los aspectos más oscuros de su historia. En teoría una Comisión de Sanidad debía supervisar la situación de los campos y procurar a los presos, especialmente a los oficiales, paquetes

de provisiones –los llamados *care packages*–, cuyo destino no obstante solía ser incierto pues la corrupción en los campos, como siempre sucede en las guerras, desviaba dichos paquetes a los propios guardias. Si Clara Barton había denunciado las condiciones del campo de Andersonville, por su parte la activista Dorothea Dix hizo lo propio con Alton, una prisión militar de la Unión, en realidad la primera prisión del estado de Illinois, campo de prisioneros desde 1862. Dix pondría de relieve las epidemias y cómo los enfermos habían sido transportados a una isla desierta en el Misisipi, donde murieron y fueron enterrados. Durante toda la guerra, campañas sostenidas por algunos periódicos se ocupaban de hacer llegar comida o mantas en atención especialmente a este tipo de prisioneros.

LA NUEVA MEDICINA MILITAR

La cruenta destrucción humana de esta guerra es considerada uno de sus rasgos más significativos, pues en la ferocidad de los combates se explica, no solamente el alto porcentaje de heridos y víctimas mortales, sino también los suicidios, casi un tercio de los decesos, por encima incluso de los datos de Waterloo y computados en un veinticinco por ciento de los fallecidos. Las enfermedades hicieron especialmente mella en la tropa. Los archivos hospitalarios y de los servicios de sanidad de ambos bandos proporcionan datos muy claros al respecto. Durante la guerra civil americana se contabilizaron casi medio millón de heridos, además de unos seis millones de enfermos no relacionados con las heridas de guerra. Dos de cada tres de los soldados enfermos fallecían por causa de su dolencia. Para los soldados era cinco veces más fácil morir de una enfermedad que para la población civil. La diarrea o disentería era sin duda el trastorno de salud más mortífero. Distintos tipos de fiebres, como las tifoideas y la malaria, arrasaban la salud de las tropas. Los soldados padecían innumerables afecciones de tipo respiratorio: bronquitis, neumonía, etcétera, y por supuesto desórdenes de la alimentación muchos de ellos causantes de enfermedades graves y muerte. De manera que las heridas de bala no fueron las causantes principales del fallecimiento de los soldados. Muy por delante de ellas, la disentería fue causa central de la mortalidad en la guerra.

Richmond por ejemplo, capital y centro neurálgico del Sur, se enfrentaba todos los días a las urgencias sanitarias. Incluso tras las victorias militares –Manassas en 1861 o los Siete Días en 1862– se producían heridos y muertes que sobrepasaban la capacidad de actuación de los servicios sanitarios de la ciudad. Desde 1863 la situación empeoró día a día. El Congreso de la Confederación legisló, en otoño de 1861, para normalizar un sistema hospitalario bajo control del Departamento Médico confederado. El hospital más grande de la Confederación y el que mayores tasas de mortalidad registró era el Chimborazo. En el curso de la guerra trató a cerca de setenta y ocho mil pacientes. Se permitieron otros hospitales más pequeños atendidos por voluntarios, no siempre cualificados, pero al menos sí atentos a las necesidades de los pacientes. Algunos medicamentos eran esenciales para mantener con vida a los soldados. Los de la Unión por ejemplo solían recibir una dosis de quinina y *whisky* de forma preventiva antes de las batallas. En plena era del desarrollo de la industria farmacéutica, el incremento del valor y del precio de la quinina se disparó durante los años de la guerra, alcanzando los máximos de su cotización en 1864.

La medicina de urgencia se desarrolló significativamente en esta guerra. En los campos de batalla los cirujanos trabajaban con rapidez para amputar miembros y salvar así la vida de los soldados heridos. La medicina militar contemporánea tiene su origen precisamente en aquellos acontecimientos. Durante años se indagó en las técnicas quirúrgicas y en las anestésicas que, en 1865, fueron ya universalmente empleadas en las operaciones a pacientes. Las actuaciones quirúrgicas habían de ser rápidas y eficaces. Cerca de dos de cada tres heridos que pasaban por cirugía, lo eran para ser amputados de las extremidades, pues muy pocos de los que tenían heridas en la cabeza, el pecho o el estómago vivían lo suficiente como para llegar al hospital. La munición que causaba más estragos en los huesos era la bala Minié, grande y oblonga, pesadilla de los cirujanos que, en 1870, solicitaron al unísono que se prohibiera internacionalmente el uso de esta munición.

A diario los médicos habían de enfrentarse al reto de seccionar masivamente y de forma rápida músculos, ligamentos y huesos, y acabaron siendo tan rápidos y eficientes que recibieron el apodo de

saw-bones, pues a los ojos de los soldados, parecían ansiosos de seccionarles los huesos. La ansiedad de los médicos se debía más bien a su certeza de que cuanto más tardasen en intervenir menos posibilidades de supervivencia tenían los heridos. Cuando el hueso estaba dañado más allá de una simple fractura los cirujanos tomaban decisiones rápidas, las más frecuentes: la resección y la amputación. La resección implicaba una extracción limpia del miembro dañado y era menos mortífera que la clásica amputación. Pero la maniobra quirúrgica requería por aquel tiempo una pericia poco usual en los cirujanos. De modo que en muy poco tiempo los médicos de los campos hubieron de crear las técnicas y aprender a manejarlas con rapidez y soltura. Los agentes anestésicos más frecuentes eran el cloroformo, en la mayoría de los casos, y también el éter o el nitrato óxido, y en ocasiones una combinación de ellos. Para ayudarse en las intervenciones, los cirujanos impregnaban de cloroformo un trozo de tela y lo ponían sobre el rostro del herido hasta que surtía efecto. Si bien el cloroformo no les introducía en un estado total de inconsciencia, pues algunos de los heridos –recogen sus testimonios– veían con horror el escalpelo, al menos minimizaba el trauma y los operados no recordaban la intervención. Las cantidades de anestésico se proporcionaban literalmente a ojo y el dolor del postoperatorio se calmaba con pastillas, polvos e inyecciones de opio. Los lugares en los que se operaba podían estar localizados en interiores o en el exterior. Los cirujanos preferían operar al aire libre, sobre todo si la atmósfera estaba limpia y bien iluminada y el aire era respirable. El testimonio del escritor Walt Whitman, que buscaba en Fredericksburg alguna noticia de su hermano herido, es revelador. Una de las primeras cosas con que se encontró –diría– fue un montículo de pies, brazos, piernas, etcétera, todo ello bajo un árbol frente al hospital de campaña.

La formación inicial de los cirujanos no era la más adecuada. Los datos de la plantilla médica inicial del ejército son reveladores: menos de cien médicos en la Unión y veinticuatro en la Confederación. Al terminar la guerra sin embargo la plantilla de oficiales médicos de la Unión era de trece mil y la de la Confederación de cuatro mil aproximadamente, a los cuales se unía una amplia red de voluntarios y asistentes formados sobre el terreno y la marcha, literalmente hablando, de los regimientos. Quienes ayudaban generalmente a los médicos en el campo de batalla eran mujeres, miles de voluntarias para el servicio sanitario durante la guerra. Las que trabajaron de un modo regular y reconocido eran enfermeras. Hubo cuatro mil en la Unión, tres mil de las cuales habían sido reclutadas por Dorothea Dix, voluntaria ella misma con cincuenta y nueve años en 1861. Se desconoce el número de enfermeras en los campos y hospitales confederados, si bien se presume que pudiera ser similar al de la Unión. Esa red de asistencia a los hombres en la campaña tuvo mucho que ver con el trabajo realizado, además de por Dorothea Dix, por una mujer muy adelantada a su época, si bien característica de la sociedad americana de mediados del siglo XIX, abundante en mujeres activistas, abolicionistas, peticionarias y feministas como Clara Barton.

Clara Barton trabajaba como oficinista para el Gobierno en Washingon D. C. durante la guerra y veía la enorme cantidad de bajas, la inadecuación de los servicios médicos a las necesidades bélicas y la ausencia de recursos tan elementales como la ropa de abrigo para los soldados. Hubo muchas voluntarias procedentes de todo el país y en circunstancias económicas muy diversas. Llegaban a los escenarios bélicos incluso desde los confines fronterizos del país y carentes de preparación profesional sanitaria. En 1861 no existía en los Estados Unidos una profesión de enfermería propiamente dicha y, de hecho, las mujeres eran excluidas de los servicios médicos por su debilidad natural –se argumentaba– ante los rigores que comportaban la enfermedad y las heridas. Figura clave en este proceso fue Clara Barton, fundadora de la Cruz Roja americana, responsable máxima durante la

guerra del abastecimiento de alimentos y médico en los campos de batalla. Cientos de monjas procedentes de los conventos católicos del país se implicaron igualmente en el servicio a los heridos en los hospitales. La madre Angela –Eliza Maria Gillespie– fundó la organización conocida como las Hermanas de la Santa Cruz. A pesar de la frialdad con que fueron recibidas por los médicos militares en los inicios de la guerra, pronto se las apreciaría por la enorme disciplina y entrega en su trabajo.



En 1861 no existía en los Estados Unidos la profesión de enfermería propiamente dicha. Clara Barton (1857), fundadora de la Cruz Roja americana, fue la responsable máxima del abastecimiento y atención médica en los campos de batalla.

En 1861 Dorotea Dix fue puesta al frente del cuerpo de enfermeras asignado al ejército de la Unión, pero pese a la relevancia de su función y de la de otras enfermeras, lo cierto es que el Gobierno nunca consideró darles reconocimiento militar alguno. Se inscribieron inicialmente unas dos mil mujeres, pero poco a poco se sumarían a la enfermería las mujeres de los soldados, las viudas…, que residían en las zonas próximas a los campos de batalla y que acabaron organizadas en las comisiones sanitarias de los Estados Unidos. El salario en enfermería variaba sustancialmente entre los hombres y las mujeres. Los varones recibían unos veinte dólares al mes en tanto que las mujeres tenían un salario diario de cuarenta centavos junto al coste del alojamiento, la comida y el transporte. En los casos de casi todas estas enfermeras se reseña su vocación maternal extendida a todos los soldados de la nación como hijos propios. La relación de las enfermeras de buena posición social con las autoridades gubernamentales y el propio presidente Lincoln favorecía el acceso rápido a los recursos para los hospitales. Y algunas de ellas prolongarían su recién aprendida pericia como enfermeras colaborando tras la guerra en la fundación de escuelas para el aprendizaje de la enfermería por todo el país. Dado el extendido hábito epistolar y de escritura de diarios de las mujeres, se conservan relatos de la memoria de la cotidianidad de la guerra civil en sus aspectos relacionados con la retaguardia hospitalaria. Algunas enfermeras escribieron libros sobre el tema, como el de Jane Woolsey: *Hospital Days* (1868).

EL ABASTECIMIENTO Y LAS DISTRACCIONES DE LA TROPA

En la larga historia de la guerra los ejércitos solían ser alimentados sobre el terreno, es decir, tomando como propia la cosecha ajena o las reservas de comida que se hallaban disponibles en el escenario en el que se desarrollaban las campañas militares. En el siglo XIX el temido pillaje de aldeas y ciudades fue dejando paso a una progresiva organización destinada a evitar la aniquilación de los medios de vida de la población. En buena ley, Estados Unidos era un país rico en alimentos de modo que no hubo problemas iniciales para dar de comer a la tropa. Los modernos sistemas de enlatado ayudaban a preservar la comida y a transportarla. Los soldados confederados, pese a la riqueza natural del país, tuvieron no obstante más dificultades para adquirir sus raciones durante la guerra a excepción de las primeras campañas porque el sistema de distribución era deficitario y errático. Pero la comida de la tropa era similar en ambos ejércitos, sometida eso sí a las variaciones que dictaban las circunstancias y a la escasez de los momentos finales de la contienda, que provocaron auténticas situaciones de hambre.



Una ración diaria de alimento en el ejército de la Unión consistía en veintidós onzas de pan –una onza equivale a unos treinta gramos– y doce de cerdo, o bien una de vacuno salado. Los soldados guardaban la comida y el utillaje en su *haversack*.

Aun así, hacia mediados de la guerra, la mochila –*haversack*– de un soldado guardaba por lo general en su interior un rancho de dos días: obleas secas y duras –*crackers*–, carne de vacuno cocida, tal vez salchicha… Una ración diaria en el ejército de la Unión consistía en veintidós onzas de pan –una onza equivale a unos treinta gramos– y doce de cerdo o bien una de vacuno salado. Los confederados recibían supuestamente doce onzas de tocino o veinte de vacuno, también salado, dieciocho de harina o bien veinte de maíz, o el pan seco ya mencionado. Era inusual el consumo de las verduras y las legumbres que, cuando se repartían consistían generalmente en alubias y guisantes. En ambos ejércitos se bebía café –lo más ansiado por los soldados junto con el tabaco–, en ocasiones con pan de maíz. Aunque pudiera parecer irrelevante no lo fue el hecho de que con frecuencia los soldados carecieran del utillaje para cocinar o comer, pues los cubiertos y otros utensilios de cocina podían ser necesarios en situaciones improvisadas, por ejemplo para cavar trincheras. En ocasiones, habiendo alimentos disponibles no había sin embargo combustible para hacer fuego o las condiciones meteorológicas impedían la realización de fogatas, de modo que los alimentos mantenidos sin refrigeración en condiciones meramente ambientales e insuficientemente cocinados podían llegar a ser un arma más mortífera que la munición enemiga.

Durante épocas largas, la vida de la tropa era tediosa, ya que en la guerra la mayor parte del tiempo se ocupaba en desplazarse y en esperar una orden de avance sobre el enemigo que parecía no llegar nunca. Es precisamente con una escena parecida: soldados acampados que no ven llegar el día de entrar en acción, como daba inicio el relato clásico de Stephen Crane, *El rojo emblema del valor* (1895). En la inactividad –especialmente durante el invierno– o en el descanso, era forzoso realizar actividades de ocio. En la correspondencia a las familias y a los amigos, tanto los soldados federales como los rebeldes mencionaban el juego de damas, el ajedrez, la talla de la madera, y el grabado, el béisbol o el juego de cartas, y por supuesto las apuestas y la bebida. La lectura de novelas y sobre todo de la Biblia era común en ambos ejércitos.

Los servicios religiosos y la práctica de la fe eran sin duda actividades muy habituales en ambos bandos. Rezar era una práctica reconfortante antes, durante y después de la batalla, y los ejércitos facilitaban, a modo de pasatiempo, las clases de aprendizaje de la Biblia para quienes lo deseaban. De las cartas y diarios de estos soldados en ambos bandos se obtiene la impresión de cómo la guerra incrementaba el fervor religioso en no pocos de ellos. Aunque la mayoría de los soldados pertenecía a las diferentes ramas del cristianismo, hubo aproximadamente unos siete mil judíos en la Unión y unos tres mil en la Confederación. En total, hay datos referidos a unos seiscientos judíos fallecidos en esta guerra. Cantar himnos religiosos era habitual entre los soldados. Algunos de los más populares fueron: *Rock of ages, Jesu, Lover of my soul* o *Just as I am*. A estos himnos, que no conocían bando, se sumaban canciones populares como: *Just before the battle, Lorena* o *Tenting on the Old Camp Ground*.

El abuso del alcohol fue algo extendido entre los oficiales de ambos bandos durante la guerra. Bien conocida era la gran afición del general Grant al *whisky* Old Crow, afición criticada por unos y bendecida por otros, como el propio Lincoln, pues vinculaban el alcoholismo del general a los éxitos en sus campañas. Pero, más allá de las anécdotas referidas al tema, lo cierto es que el uso y abuso del alcohol estuvo muy extendido en los campamentos durante la guerra. Cuando los soldados iban a entrar en batalla podía dárseles una dosis de alcohol y quinina por prescripción médica, intentando con ello minimizar los efectos de las infecciones causadas por las heridas que presumiblemente iban a recibir. El gran negocio asociado al consumo de alcohol entre la tropa llegó sin embargo a convertirse en auténtico quebradero de cabeza para los ejércitos. Los distribuidores de *whisky*, que podían ser los

propios habitantes de los pueblos circundantes, se arriesgaban a ser multados y castigados si introducían los barriles de alcohol en el campamento, pero aun así la bebida llegaba a la tropa en abundancia.

El sexo y el recurso a la prostitución fueron habituales en todos los momentos de la guerra. Fueron unos años especialmente intensos por lo que a la prostitución se refiere. Se incrementó muchísimo el número de las prostitutas o mujeres públicas, a las que se fichaba y arrestaba bajo esta denominación, entre otras. De las muchas maneras –más o menos elegantes– con que se las denominaba estaban las de *good-time girls for Union Officers*, algo así como «chicas para que los oficiales de la Unión pasen un buen rato», y a las que se toleraban algunos *illicit peccadilloes* o pecadillos, en Nueva Orleans se las demoninaba eufemísticamente *nymphs o frail women,* algo así como ninfas o mujeres de carácter débil. Los burdeles se localizaban preferentemente en los alrededores de los campamentos de soldados. Cuando no había mujeres disponibles, se leían novelas de contenido sexual y abundaba el mercadeo de fotografías de jóvenes desnudas tanto entre la tropa como entre la oficialidad. Las mujeres fotografiadas eran blancas en actitud de estar realizando actividades inocentes, pero si se trataba de sexo entonces la cosa cambiaba y las fotografiadas eran mujeres indias o negras. Las fotos costaban un centavo cada una y se vendían también por docenas, con un precio de un dólar con veinte centavos.

Sin embargo era raro que hubiera escasez de mujeres. Por lo general –prostitutas o no– las mujeres seguían a los regimientos y se instalaban en los alrededores de los campos. Toda esta actividad sexual en los campamentos de los soldados puede ser interpretada desde razones muy variadas. De entrada, en la guerra las mujeres carecían de recursos propios, una vez los hombres de las familias estaban lejos de casa y pese a la soldada. Cada una tenía que apañarse como podía. Además, era frecuente un estado de desánimo general que rebajaba los límites morales previos a la guerra. Existía también la versión de que las mujeres –como auténticas patriotas– practicaban la prostitución para propagar las enfermedades venéreas entre los soldados enemigos. En cualquier caso, la dureza de la vida para las mujeres durante la guerra había empujado a muchas, especialmente en el Sur, a llevar a cabo tareas antes insospechadas para ellas y al ejercicio de la prostitución. Las familias no podían salir adelante con los propios salarios de las mujeres, que eran siempre inferiores a los de los varones, ni con las soldadas y pensiones militares que se les enviaban desde el ejército. La clase social dejó de ser una distinción entre las mujeres, pues la prostitución fagocitaba tanto a las pobres como a aquellas mujeres que habían gozado de holgados recursos económicos antes de la guerra. En las ciudades principales, el ejercicio de la prostitución les reportaba al menos cinco dólares a la semana, más del triple de lo que se podía obtener cosiendo o sirviendo en alguna casa. Algunas mujeres adoptaban la prostitución como una ocupación ocasional, cuando el dinero escaseaba o el control familiar era menos estricto, pero otras tomaron la actividad como un modo de vida habitual. En la época, un término común para referirse a ellas era el de *hooker,* ya usado en décadas previas y ahora renovado en referencia al general Joseph Hooker que dirigía el ejército del Potomac al que seguían las mujeres. Puede inferirse que en los campos los casos de gonorrea o sífilis no escaseaban precisamente, sobre todo en los campamentos a las afueras de las grandes ciudades, en los que la promiscuidad era mayor.

La prostitución, común al norte y al sur, fue un negocio de guerra tan pingüe como podía serlo el del alcohol o las armas. Los burdeles grandes y afamados vivieron una época de esplendor. En la capital, Washington, existía un burdel muy prestigioso, el de Mary Ann Hall –abierto entre 1837 y

1878–, cuyos servicios atendían a la élite de la Unión. Estos lugares eran casas suntuosas y hasta elegantes, repletas de habitaciones, balconadas y salones para el esparcimiento de los caballeros y oficiales que acudían a ellas. En Washington, se estima que había unas cuatrocientas cincuenta casas de prostitución por aquellos días, que eran además centros de la actividad de lobistas, políticos y funcionarios gubernamentales, que encontraban estos lugares más apropiados para su actividad que los propios hogares. La moralidad no era, pese a los más críticos, el gran problema en relación a la prostitución. Sí lo era en cambio la enfermedad, pues a las clásicas venéreas se sumaban las infecciones generales que la promiscuidad sexual difundía entre la tropa y la población civil. La incidencia de enfermedades por contagio sexual sobre la tropa era justamente la mitad de la correspondiente a los heridos en combate, esto es, de un ocho por ciento. Este dato era alarmante, máxime si tenemos en cuenta que muchos de los infectados o no se apercibían de ello o, de hacerlo, eludían pasar por los servicios sanitarios. El tratamiento con mercurio para las venéreas dejaba a los soldados inutilizados para la acción durante semanas, algo que tampoco interesaba a los mandos.

4

¡Estalla la guerra! La evolución de los frentes

La planificación

Cuando en diciembre de 1860 se inicia la secesión de los estados, se genera un problema de enclaves de los Estados Unidos, ahora la Unión, que están insertos en las nuevas fronteras del Sur: islas enemigas en el corazón confederado. De entre todos los casos verificados, el más delicado sin duda fue el de las instalaciones y los almacenes pertenecientes al ejército. Resistir como enclaves en suelo confederado no era factible, de modo que en términos generales el Gobierno federal hizo entrega sin resistencia de las fortificaciones al Sur. Los soldados leales a la Unión se desplazaron hasta el Norte en tanto aquellos que eran partidarios del Sur abandonaban sus acuartelamientos para sumarse a las tropas confederadas.

Pese a esta transición ordenada, hubo problemas en ciertas áreas, principalmente en Charleston, una zona a caballo entre el norte y el sur cuyo puerto estaba protegido por varias fortificaciones. De entre ellas destacaba un fuerte de estructura pentagonal, Fort Sumter, sobre una pequeña isla en la que la presencia de un contingente de la Unión fue considerada por el Sur como un atentado a su soberanía, ya que Charleston era una ciudad representativa del estado reivindicado por la secesión. Así que, cuando Carolina del Sur se adhirió a la secesión se exigió la devolución de Fort Sumter. El aún presidente Buchanan se dejó asesorar por quienes defendían el mantenimiento de Fort Sumter en la Federación, negándose a rendir el fuerte, al que envió refuerzos y suministros a bordo del *Star of the West* esperando que con ellos pudieran resistir. Al aproximarse a puerto, el 9 de enero de 1861, el mercante fue objeto de disparos confederados y el *Star* hubo de dar media vuelta sin haber logrado descargar. Puesto que no hubo daños humanos o materiales, esta acción no se consideró una declaración de guerra.

En marzo, Lincoln, nuevo presidente del país, aseguraría a la nación que no iba a comenzar una guerra con el Sur, si bien tampoco permitiría la dejación de los derechos federales por la presión de los estados desgajados. Consideraba sin embargo obligado mantener los fuertes de la Unión, incluido Fort Sumter, de modo que la mera presencia de los soldados de la Unión en el fuerte agitaba a la población de Charleston y la situación del fuerte ponía a la nueva Administración republicana en un auténtico dilema, máxime cuando desde Fort Sumter llegaban a Washington demandas urgentes de apoyo material. El secretario de Estado Seward era partidario de enfriar el escenario del conflicto evitando el envío de refuerzos, algo que no compartían algunos generales. Para mitigar la tensión entre ambas partes, y buscando la conciliación con los estados del Sur, Lincoln propuso una solución

de compromiso que consistía en facilitar al fuerte los avituallamientos requeridos sin incrementar en cambio sus defensas. Quizá así –pensaba– Carolina del Sur entendería que el envío de una flota con ayuda al fuerte llevaba intenciones pacíficas. No obstante, la solución de compromiso tampoco fue bien recibida por la cada vez más enconada posición confederada, con Jefferson Davis ahora al frente del Gobierno.

El Sur demandaba la rendición y evacuación de Fort Sumter, y disponía sus tropas para tomarlo a la fuerza si la Unión se resistía a entregarlo. El general Pierre G. T. Beauregard fue el encargado de mandar un ultimátum al general Anderson en Fort Sumter, en el que podía leerse: «Rendición o bombardeo». Anderson respondería que, efectivamente, si no recibía suministros de la Unión, debía rendir el fuerte, por lo que no era necesario que Beauregard proyectara ningún ataque. Pero el 12 de abril se produjo el ataque. Durante dos días las bombas salían proyectadas desde los alrededores tomados por los confederados contra el fuerte. Bajo más de cuatro mil explosiones, la resistencia dentro del fuerte era imposible.

El 15 de abril de 1861 el presidente Lincoln proclamó el estado de insurrección –que no de guerra– y lanzó una llamada a los americanos para la que sería la primera recluta de voluntarios: setenta y cinco mil hombres. Ahora la organización y planificación de la contienda era una exigencia que ninguno de los Gobiernos podía postergar. En principio y hasta los dos últimos años de la guerra no podía verse la magnitud real del choque sobre un territorio de casi cinco mil kilómetros de costa a costa y más de mil quinientos desde Washington al golfo de México. De momento, tanto la Unión como la Confederación habían de contentarse con grupos modestos de hombres y una planificación improvisada sobre la marcha para atender las necesidades bélicas sobre enormes extensiones de territorio. Los ejércitos oscilaban entre los diez mil y los treinta y cinco mil hombres, en un principio sobre las regiones al este de los Apalaches aunque rápidamente también hacia el oeste. En las regiones extremas del país como Arkansas o Nuevo México, apenas habitadas, e levantaban en armas pequeños contingentes partidarios de uno u otro bando.

En los territorios de la secesión los planes parecían sencillos, pues se ceñían a la idea de mantenerse a la defensiva y evitar la entrada de los ejércitos de la Unión. El nacionalismo sureño era real, al igual que los deseos de constituir un marco territorial más extenso a partir de los estados secesionados, pero visto el desarrollo militar de la guerra, incluso bajo las campañas agresivas comandadas por Lee el Sur no dio muestras notables de la vocación expansiva del territorio, y en absoluto indicios de un especial interés por invadir el Norte. Para la mayoría en la Confederación, la planificación esencial de la guerra era resistir y esperar a ser reconocida y respetada en su identidad nacional por las potencias internacionales. De este modo el plan de Davis consistiría en interpretar el deseo de los estados esclavistas de preservar la integridad territorial asentando tropas en las fronteras y aprovechando en su favor la peculiar geografía meridional, obstruyendo el acceso de la Unión sobre el amplio perímetro territorial del Sur, apoyado en una geografía que permitía el acceso por muy pocos puntos: el corredor de Washington-Richmond, por el Misisipi desde Nueva Orleans, y desde Memphis.

Pero en la práctica eran demasiados los puntos a cubrir, lo que desvirtuaba la defensa fundamental del Misisipi que no fue lo suficientemente intensa como para evitar su pronta caída y desbaratar el plan inicial de defensa. En el segundo año de la guerra se había puesto de relieve la debilidad del plan estratégico sudista. La Confederación, dotada de una moderna red de ferrocarril, era a efectos de las capacidades de la Unión vulnerable en todos sus accesos. Por ello prácticamente

todas las batallas en las que se veía involucrado el Sur eran de carácter defensivo. Aun así, ello no significa que el Sur no planteara estrategias agresivas. Muy al contrario, tanto el Sur como el Norte abordaban la guerra con una clara intención de ataque sobre el enemigo y en ninguna de sus agendas políticas o militares se contemplaba la opción de negociar, plenamente descartada.

El Sur no tardó en pasar a considerar obligado reconfigurar sus estrategias, que, a juicio de Lee habrían de ser ofensivo-defensivas. El planteamiento constaba de tres aspectos fundamentales: evitar la dispersión de tropas en lugares demasiado lejanos al centro de la Confederación, concentrar las tropas dispersas –trasladándolas en ferrocarril– en los puntos clave donde se preveían los ataques unionistas, y dibujar líneas interiores defensivas. De este modo la Confederación sacrificaba ya en 1862 los territorios más lejanos en aras a seguir defendiendo el núcleo de los estados centrales. Bajo esta reconsideración de los planes iniciales, ahora sí, la guerra podría ser trasladada desde el sur hasta el norte, minando con ello la resistencia del enemigo y sacando la guerra de territorio confederado. Por cómo discurrió la guerra y su resolución final sabemos hoy que este plan, más agresivo indudablemente, no obtuvo sin embargo los éxitos que Lee deseaba, y que a partir de 1864 el Sur no tuvo más remedio que regresar a las estrategias netamente defensivas con las que había comenzado la guerra.

En la planificación de la guerra por parte de la Unión, algunos generales como Winfield Scott Hancock contemplaban las condiciones de la extensión del territorio a recuperar en el Sur, y hacían previsiones para una guerra larga y compleja. El hecho de que en julio de 1861 las municiones enemigas alcanzasen los alrededores de Washington mostraba su vulnerabilidad y puso al Gobierno en un estado de crispación extremo. Pero el Sur estaba formado por un conjunto de grandes estados, con problemas de accesibilidad pues, pese a la red ferroviaria interna, las comunicaciones no se habían desarrollado en la medida en que lo habían hecho las del norte. Previendo pues el Norte una guerra larga pronto se estimó necesario un gran aporte de recursos materiales de todo tipo y condición: desde los puramente militares hasta los relacionados con el abastecimiento de productos cotidianos y alimenticios para los ejércitos y la población en estado de guerra. Era preciso reclutar a los ejércitos y entrenarlos, algo que ni estaba previsto en los meses previos ni se hacía de la noche a la mañana.

El recién estrenado presidente de los Estados Unidos, Abraham Lincoln, no era un hombre de ejército y, aunque estaba al tanto de todos sus movimientos, evitaba la visita a los acuartelamientos, a diferencia del sureño presidente Jefferson Davis, de clara vocación militar. Pero en cuanto las condiciones lo requirieron, y para preparar la guerra, Lincoln se aplicó en la lectura de textos de estrategia militar, dándose cuenta enseguida de que, sobre el papel, estas lecturas no proporcionaban las respuestas adecuadas a las necesidades de la Unión. Al igual que buena parte de los generales del Norte, el presidente supo desde el comienzo que la guerra no iba a ganarse con un golpe certero, y vio con claridad meridiana la conveniencia de concentrar las acciones militares procurando que no distasen demasiado tiempo entre sí, evitando con ello que el enemigo se recuperase tras una derrota. Era preciso lograr la victoria en diversos puntos y hacerlo sincronizadamente.

Bajo estas consideraciones, en abril de 1861 el general Winfield Scott expuso un plan destinado a evitar los inconvenientes de las campañas terrestres, consistente en bloquear los puertos del sur con el fin de evitar que la Confederación se abasteciese de armas y suministros desde el exterior y que, vendiendo sus materias primas –sobre todo el algodón– pudiera obtener recursos con los que seguir comprando mercancías o armas. Además, el general propuso establecer un bloqueo terrestre en las

zonas de frontera y bajar por el Misisipi para seccionar en dos partes la Confederación. Sugería que sesenta mil hombres se desplazaran Misisipi abajo con cañoneras, haciéndose con el control del río desde Cairo hasta el golfo, enlazando este control con el bloqueo marítimo de la Unión sobre el Sur. La idea de Scott, debilitar hasta hundir al Sur sin necesidad de invadirlo, era segura y sólo exigía planificación y paciencia. La Confederación, argumentaba, podría ser estrangulada lentamente, al modo –se decía en la prensa– en que las anacondas acaban con sus víctimas. Una vez resuelta la ocupación, Scott pensaba que las tropas de la Unión podrían detener su acción a la espera de que los sudistas convencieran a los Gobiernos de los estados de que era necesario rendirse a la Unión. El general fundamentaba esta estrategia en la idea de que la simpatía por la secesión no era tan fuerte como podía parecer y que el aislamiento y la presión del bloqueo actuarían por sí solos reconduciendo la situación.



El general unionista Scott diseñó el plan Anaconda, 1861, consistente en el bloqueo de los puertos del sur para evitar que se abasteciese de armas y suministros desde el exterior, y un bloqueo terrestre en las zonas de frontera.

Lincoln tuvo serias dudas a propósito de la puesta en marcha del plan Anaconda en exclusiva y, si bien mandó proceder a organizar el bloqueo de la actividad económica del Sur, también optó por desplegar campañas militares terrestres para así acelerar la conquista de los estados rebeldes, tomando incluso en consideración la idea de cortar las fronteras terrestres del sur. De este modo, con las tropas de la Unión desplazándose Misisipi abajo, el Sur quedaría partido en dos mitades tal como convenía a los intereses de la Unión. El este y el oeste de la Confederación se verían desligados entre sí, haciéndose imposibles sus vínculos comerciales y el aprovisionamiento de armas. Lo ambicioso del plan de constricción del Sur por mar y el tiempo requerido para que diera sus frutos eran su máxima debilidad, pues obligaba a bloquear con rapidez más de tres mil quinientos kilómetros de línea de costa, de Virginia a México, y desde Nueva Orleans, por el Misisipi. El bloqueo por otra parte iba a poner en dificultades a la Unión en la diplomacia internacional, máxime teniendo en cuenta la animadversión que la Unión provocaba en las dos potencias hegemónicas del momento, Francia y Gran Bretaña, que eran también los principales socios comerciales de los estados algodoneros del Sur. Así las cosas, y ante la premura de algún resultado palpable, Lincoln optó por enviar un ejército hacia Richmond fustigando a los sudistas con lo que pensaba podía ser un golpe certero.

La dificultad inicial con que topó el plan de bloqueo al comercio sudista fue que la flota federal –siendo mayor que la confederada– era no obstante escasa para estrangular el comercio del Sur a lo largo de una costa demasiado grande. Los barcos rompían el bloqueo entrando y saliendo de los puertos con suma facilidad hasta que el Norte, avanzada la guerra y habiendo aumentado el volumen de su armada, transformando parte de su flota mercante en flota de guerra, consiguió apresar a estas naves, los *blockade runners,* que lograban romper el bloqueo unionista. Por otra parte, el Sur reforzaba involuntariamente el plan Anaconda al presionar sin éxito a Gran Bretaña y Francia para que declarasen ilegal el bloqueo al que estaba siendo sometido y enviasen refuerzos con el fin de proteger el comercio en la zona.

La «diplomacia del algodón» fue la respuesta fallida del Sur al bloqueo para presionar a las potencias europeas, chantajeando a los productores del textil con la amenaza de retirar el suministro de algodón si no recibía el apoyo deseado –reconocimiento formal y ayuda militar– contra la Unión. Para que la Unión pudiera hacer efectivo el bloqueo necesitaba más barcos y puertos costeros. Aunque la armada federal contaba de momento con Fort Monroe en la bahía de Chesapeake en el extremo sur de la península entre los ríos York y James, esta posición naval era insuficiente para poner a refugio una flota en crecimiento y sobre todo para acceder a las ciudades del sur. El Gobierno federal puso entonces su atención en las aguas de Pamlico y Albemarle, en las costas de Carolina del Norte y en agosto de 1861, la armada se apoderó de la rada de Hatteras, un acceso desde el Atlántico al estrecho de Pamlico, bombardeando durante dos días los dos fuertes en los extremos de la bahía. La Confederación no pudo aguantar el envite y el Norte se encontró en disposición de hacerse con más puertos.

El espectáculo de la guerra

El valle del Shenandoah tenía un alto valor estratégico pues desde él se accedía –por los Apalaches– a las llanuras al norte de Washington y al área de Baltimore. Aunque desde principios de 1862 estaba en poder del Norte, los hombres del general confederado *Stonewall* Jackson –unos quince mil– ocupaban también la zona. En el valle, la primera batalla de Manassas, conocida por la Confederación como primera batalla de Bull Run, fue el primer choque entre los ejércitos del Norte y el Sur. Los oficiales del Sur pretendían mostrar su capacidad para defender el territorio, en tanto que los del Norte minusvaloraron la capacidad de resistencia del enemigo. Con este doble error de visión las fuerzas confederadas, que buscaban proteger la vía del ferrocarril, se atrincheraron junto a un pequeño arroyo llamado Bull Run, cerca de Manassas, en Virginia.



En la batalla de Bull Run o primer Manassas, el general Beauregard, al ver en la batalla que las banderas de ambos ejércitos, muy similares, se confundían, propuso ir al frente con la Cruz del Sur como enseña sudista.

En realidad, la primera batalla de Manassas tuvo razones más de peso político que militar. El Sur sabía que el Norte estaba a punto de tener que devolver a casa a los setenta y cinco mil voluntarios reclutados por tan sólo tres meses, a punto de cumplirse, y que por ello mismo era razonable pensar que no contase con soldados suficientes. La opinión pública en el norte presionaba al Gobierno para que diera respuesta a lo que se consideraba un acto de agresión confederado: el establecimiento de la capital enemiga en una localidad tan cercana a Washington como era Richmond. Ambos bandos estaban motivados, por distintas circunstancias, para romper hostilidades. El ejército sureño estaba comandado por el general Pierre G. T. Beauregard, muy valorado entre sus pares por su gran capacidad táctica y haber sido el héroe de Fort Sumter. Beauregard confiaba en que una victoria rápida y contundente dejase clara a la Unión la fortaleza confederada y provocase una rápida negociación de paz. Fue él, además, quien al ver en la batalla que las banderas de ambos ejércitos se confundían, pues eran muy similares, propuso ir al frente con un diseño de enseña nuevo: la Cruz del Sur. En el norte, el general Irvin McDowell planteaba una estrategia sencilla que no contemplaba ninguno de los supuestos de Beauregard. McDowell propuso llevar sus tropas hasta las confederadas y, tras aplastarlas, avanzar hacia Richmond. Así de simple.

La batalla dio comienzo el 21 de julio. Tres ejércitos se hallaron frente a frente en el área de la batalla: a lo largo del Potomac y en el bando confederado veinte mil soldados comandados por Beauregard; en el federal, treinta mil seiscientos dirigidos por McDowell, y cerca de Harpers Ferry, doce mil hombres confederados bajo el mando de Joseph E. Johnston frente a dieciocho mil unionistas comandados por Robert Patterson. Finalmente, el general Benjamin Butler, de la Unión, se unió al frente de diez mil soldados en Fort Monroe en el extremo de la península de Virginia, que estaba defendida por una pequeña unidad confederada a las órdenes de John B. Magruder. Ni Butler ni Magruder pudieron participar en Manassas. Aunque McDowell partió de Washington con sus tropas hacia Manassas Junction el 16 de julio de 1861, no llegó hasta el día 18. Dirigía un enorme contingente de hombres que hubo que transportar en convoyes de tren suplementarios y la mayoría de los cuales eran inexpertos en materia militar. Los soldados no sólo no atendían a las órdenes sino que carecían de disciplina. Las crónicas cuentan que rompían filas a su aire, por ejemplo para ponerse a la sombra o para coger frutos silvestres. La tropa quedó desmoralizada antes de entrar en batalla, cuando una pequeña avanzadilla de reconocimiento de la Unión fue rechazada por las fuerzas confederadas.

Una vez iniciados los movimientos de las tropas, se puso en evidencia que la ventaja de la Unión provendría del mayor contingente de hombres. La infantería avanzaba e iba derrotando a las unidades confederadas. Sin embargo, cuando llegó a una pequeña meseta conocida como Henry House Hill, topó con el muro del ejército de *Stonewall* Jackson. Se dice de este general que, junto a Grant, fue el genio militar de esta guerra. Su extraño –muy religioso– y contundente carácter le hacía singular en sus decisiones y acciones. Tenía por norma desconcertar y sorprender al enemigo, algo que conseguía casi siempre. Las fuerzas confederadas causaron un total caos en las líneas de la Unión cuyos soldados, que nunca antes habían luchado, fueron llamados a retirada. Pero al hacerlo eran alcanzados por los disparos de las fuerzas confederadas de modo que más de un oficial abandonó a sus hombres, tan aterrorizado como ellos. En pocas horas habían muerto, resultado heridos o desaparecidos –deserciones incluidas– casi cinco mil soldados, de los que dos mil eran confederados y tres mil de la Unión.

La escasa preparación de la población a la hora de afrontar la circunstancia de un futuro en

guerra quedó inmortalizada en una de las anécdotas más llamativas de los inicios del conflicto: la presencia de cientos de civiles en la primera batalla, la de Bull Run o Manassas, a modo de observadores, cuyo interés al desplazarse hasta el escenario de la batalla no era otro que el de presenciar un espectáculo. El 21 de julio de 1861 se dieron cita, con sus cestas de *picnic*, sillas de campo y sombrillas, multitud de curiosos ciudadanos de Virginia de toda edad y categoría social. En Washington circulaban rumores de que un espectáculo semejante, nunca visto, podía ser muy excitante y se esperaba sin el menor resquicio de duda una victoria federal, lo cual alejaba cualquier sombra de inquietud en los observadores. Muchos turistas habían salido muy temprano para llegar al amanecer y preveían regresar a casa al atardecer. Jóvenes periodistas que jamás habían cubierto guerra alguna sentían enorme curiosidad. Muchos de ellos transportaban enormes cajones fotográficos, ya conocidos en América pero de uso aún limitado. El optimismo y el anecdotario pronto comenzarían a dejar hueco a los rostros de preocupación. Los confederados o rebeldes no caían y el sonido de la artillería era cada vez más pesado, llegando hasta los espectadores el humo, el polvo, el ruido de los percutores y los gritos. Caballos, soldados y oficiales corrían descoordinados en direcciones extrañas: la tropa abandonaba desordenadamente las formaciones, sugiriendo desobediencia e incluso deserciones.

Tras el éxito de Manassas, la Confederación mantuvo sus tropas esparcidas en el sur del Potomac, a no más de diez millas del Capitolio en Washington, con un cañón apuntando en Munson Hill. Pero a finales del verano el Norte atacó la colina con cierto éxito y el Sur, pensando que la posición era insostenible, decidió retirarse en septiembre. La pequeña batalla tuvo un gran eco en la prensa pues al acceder a la colina que albergaba el cañón, el ejército federal se topó con un gran tronco pintado de negro, «un cañón de cuáquero», dirían los periódicos, en alusión a la negativa de los cuáqueros al uso de armas de fuego. Por otra parte llegaban noticias de que los sudistas estaban a punto de abandonar Leesburg, desde la que podía accederse a Washington por el Potomac. De manera que se dio orden a las unidades del ejército para que presionasen allí donde fuera posible. El presidente Lincoln, en calidad de jefe supremo de las Fuerzas Armadas, dictó el 27 de enero la Orden General de Guerra n.º 1, *General War Order Number One*, por la que mandaba a los ejércitos en contacto con el enemigo iniciar operaciones ofensivas. El día 31 se hizo llegar la Orden n.º 1 al ejército del Potomac, exigiéndose una ofensiva contra la base enemiga de Manassas Junction, Camp Pickens, con la indicación expresa de obtener resultados en la fecha límite del 22 de febrero de 1862. De este modo, las tropas de la Unión comenzaron a moverse en varias direcciones a la vez.

EN EL TENNESSEE Y EN EL MAR

Los primeros meses de la guerra fueron decepcionantes para los federales, pero a pesar de las derrotas la Unión estaba logrando contener a las tropas confederadas en el Sur, en Virginia. El reto era avanzar hacia el llamado «sur profundo», un objetivo que los rebeldes sabían que era posible siguiendo las cuencas de los ríos Misisipi, Cumberland y Tennessee. Con todo, el primer envite de la Unión fue fallido. El general Grant tenía el encargo de romper las defensas a lo largo del Misisipi hacia Columbus, Kentucky, desde la zona meridional de Illinois. Kentucky era desde luego un espacio neutral que ambos bandos intentarían utilizar como defensa de su propio territorio. Para impedir el objetivo federal, a comienzos de 1862 el general confederado Johnston tomó el mando de los ejércitos en Arkansas y el Cumberland Gap, una línea defensiva muy amplia. En su ala izquierda, fueron situados doce mil hombres en Columbus, y cuatro mil en el ala derecha, en Bowling Green. El centro dependía de las fortificaciones de Fort Henry y Fort Donelson, defendidas a su vez por cuatro mil soldados. Desde estos fuertes se bloqueaban los ríos Tennessee y Cumberland, que eran las entradas naturales hacia el estado de Tennessee y el golfo de México.

El general Grant condujo a su ejército federal río abajo hasta el acuartelamiento confederado de Belmont y el de la fortificación de Columbus, fuertemente armada. Algunas versiones indican que Grant inició la campaña con más de treinta mil hombres, pero la historia militar lo considera un cálculo sobredimensionado, pues el volumen total de su ejército apenas superaba los cuarenta regimientos. Parece más verosímil que cuando su flotilla ascendía por el Tennessee no llevase a bordo más de veintidós regimientos incompletos, por lo que en su inicio las operaciones no habrían ocupado a más de unos catorce mil soldados, además del apoyo de la flotilla de Andrew H. Foote. Casi todas las cañoneras eran blindadas y contaban ya con las primeras bombardas de río. Junto a los hombres destinados a los puestos en las naves, se contrataba a las «ratas de río», esclavos, muchos de ellos, y fugados con experiencia en la navegación fluvial. Unas siete cañoneras apoyaron la operación desde el río. En tierra las tropas del Sur respondían bien y tomaban ventaja sobre los inexpertos soldados de la Unión. Pese a este despliegue, a duras penas consiguió el general Grant abrirse hueco entre las filas enemigas antes de retirarse sin haber conseguido tomar la fortaleza de Columbus, Kentucky.

En consecuencia, en 1862, y puesto que a la Unión le estaban saliendo las cosas francamente mal, las expectativas de éxito en la Confederación eran altas. Cierto que se habían perdido algunos puntos en el área de costa y en la zona noroccidental de Virginia, pero en el norte del estado las líneas se mantenían casi en los mismos términos que durante el verano anterior. En el oeste la Confederación había repelido el ataque de Grant, manteniendo la fortaleza de Columbus, Kentucky, en el Misisipi. Así que podía decirse que en el inicio de 1862 en el área central de Kentucky ambos ejércitos, federal y confederado, mantenían un equilibrio de fuerzas.

Ahora bien, cuanto más se alejaba la guerra de su escenario original, menos efectivas eran las capacidades militares de la Confederación con respecto a las de la Unión, cuyas derrotas no evitaban sin embargo que siguiese disponiendo de tropas de refresco y sobre todo de barcos de vapor –muchos en curso de fabricación– con los que acabar controlando el curso de los ríos de norte a sur. Y puesto que la fortaleza de Columbus parecía inexpugnable, Grant iba a intentar ahora golpear en el sur, en Fort Henry, río Tennessee.

Ulysses S. Grant fue autorizado a avanzar e inició la marcha desde Cairo el 2 de febrero de 1862. El 4 de febrero, los vapores más rápidos y las cuatro *timberclads* llegaban al entorno de Fort Henry, un emplazamiento de difícil acceso, de planta pentagonal y bastiones de tierra en la orilla este del río Tennessee, que había sido construido por el cuerpo de ingenieros de Tennessee en mayo de 1861, sobre un terreno pantanoso y afectado por las crecidas del río y, además, muy vulnerable. Se encontraba a casi veinte kilómetros al oeste de Fort Donelson, en el río Cumberland, y era complementario a este fuerte por lo que compartían una guarnición conjunta de unos seis mil hombres. Se pensaba que nunca serían atacados a la vez ambos fuertes, razón por la que en realidad la dotación de hombres era escasa: los ejércitos 10.º de Tennessee y 27.º de Alabama, a los que se sumaban unos quinientos esclavos. Así, el 4 de febrero de 1862 Fort Henry contaba de tres o tres mil quinientos hombres armados con viejos mosquetes y una artillería de escasa potencia, y aunque disponían de dos cañones de cuarenta y dos libras, no tenía la munición adecuada para usarlos. Grant desembarcó todo su contingente y envió a veinte regimientos y diez mil hombres en dos columnas hacia el fuerte por tierra. Sin excesivas bajas, la Unión logró por fin una victoria cuyos efectos mejoraban su posición en la guerra, pues desde Fort Henry ahora podía acceder hacia Fort Donelson, Nashville, Bowling Green y Columbus, poniendo a Kentucky en disposición de caer en sus manos. El 15 de febrero, los rebeldes abrieron una vía para retirarse hacia Nashville, que tampoco podrían mantener pues su ubicación, en la margen izquierda del río Columbia, la hacía vulnerable a los ataques de los barcos federales. Ahora la mayor parte del territorio de Tennessee pertenecía a la Unión. El ejército del Norte capturaría además varios barcos confederados, el CSS *Sallie Wood*, el CSS *Muscle* y el *ironclad* aún en construcción CSS *Easport,* que luego renombró como el prefijo de su armada USS.

En el inicio de 1862 la armada de la Unión había puesto fuera de combate a algunas unidades navales confederadas, pequeños vapores de servicios o transporte, y veleros como el *Gossamer,* el *Arrow,* el *Morgan* o el *William B. King,* considerados piezas no muy relevantes en capacidad militar. El secretario de Marina, Stephen Mallory, fue encargado de organizar la resistencia confederada en los ríos, y la defensa del Tennessee quedó a cargo del comandante Isaac N. Brown, que afrontó el ataque de Grant sin tiempo para armar barcos y organizar las obras defensivas del río. En el golfo de México, en enero de 1862 el Gobierno de Richmond creaba el West Gulf Blockading Squadron con base en Ship Island y al mando de David G. Farragut, acompañado de una flotilla dotada de artillería. De sus veinticinco unidades fueron requisadas veintitrés. Por otra parte, la cañonera CSS *Calhoun* sería abordada en enero de 1862 por la goleta federal *Samuel Rotan,* incorporándose a las filas unionistas con el nombre de USS *Calhoun.*

En el Atlántico, la flota confederada se refugiaba en la desembocadura del río Savannah, desde donde atacaba a las flotillas que la Unión había destinado al bloqueo y aprovisionaba el área de Fort Pulawski. Más al norte, la bahía de Charleston era objeto de bombardeos por parte de la flota de la Unión con el fin de taponar los canales de salida de la bahía, para lo cual se utilizaban veleros cargados con piedras y adquiridos a tal fin el año anterior. Hacia febrero, la flota de piedra, hundida, había conseguido cerrar el paso a la bahía. Sin embargo, el éxito de esta empresa fue relativo, ya que puesto que el fondo era inestable, la arena de los canales se tragaba literalmente los barcos, dejando en la superficie un hueco por donde pasar. Las flotillas federales sufrían además la carencia de provisiones debido a que los confederados les cortaban como podían los suministros. El hambre y las fiebres características de zonas pantanosas se cebaron con las tripulaciones unionistas.

Entretanto más al norte una flota numerosísima, de ciento treinta y cinco unidades, aunque con desplazamiento moderado, partió hacia los fondeaderos de Carolina del Norte. Llevaba entre otras unidades de combate –de los ejércitos de marina y de tierra– una división naval con un buque de mando, una división de cañoneras, de palas y de hélices. Este contingente zarpó el 11 de enero de Hampton Roads y alcanzó la boca de la rada de Hatteras. El 15 de enero el mal tiempo provocó un desastre naval, pues el primer buque cargado de tropas, el USAT *City of New York,* que intentó traspasar el estrecho, encalló cerrando el paso. Bajo unas condiciones espantosas y aunque el barco quedó inservible la tripulación pudo ser no obstante rescatada.

A pesar de la neutralidad, los barcos británicos daban apoyo a los buques corsarios confederados que intentaban romper el bloqueo, como el CSS *Nashville* que partió desde el puerto inglés de Southampton hacia América el 3 de febrero llevando a la zaga al USS *Tuscarora.* El código de la neutralidad obligaba a las naciones no beligerantes a respaldar a los buques beligerantes durante las siguientes veinticuatro horas posteriores a haber zarpado de los puertos neutrales. Según esta convención el buque neutral podía retener al enemigo del que había zarpado de su puerto durante un día entero para darle ventaja. El crucero británico HMS *Shannon* escoltó al CSS *Nashville* durante un día, manteniéndolo alejado del USS *Tuscarora,* de modo que aquel pudiese, como hizo, despistar al barco unionista. No tuvo tanta suerte el *Sumter* confederado, pues a comienzos de marzo tres barcos unionistas, el USS *Kearsarge,* el USS *Tuscarora* y el clíper armado *Ino*, le dieron caza en aguas españolas de Cádiz, la neutralidad de cuyas autoridades no era tan benevolente como la británica. Aunque España no mantenía buenas relaciones con la Unión, veía aún con peores ojos las intenciones y los movimientos imperialistas de los confederados en el Caribe español. El *Sumter* pudo ponerse a cobijo en Gibraltar, pero no obstante a ser desarmado, fue adquirido aquel mismo año por la compañía Fraser-Trenholm, que velaba por los intereses de la Confederación en Gran Bretaña. Fue renombrado como *Gibraltar,* zarpando de nuevo con el fin de romper el bloqueo de la Unión.

La campaña peninsular

A diferencia de los ríos del área de Misisipi, largos y que atravesaban núcleos de población destacados, en el norte de Virginia los ríos fluían desde la cordillera Blue Ridge en los Apalaches hasta la bahía de Chesapeake, en sentido contrario al del avance hacia Richmond, si bien atravesando el sur en dirección a Washington. Esta fue la línea principal de enfrentamiento de los dos ejércitos entre 1861 y 1862. Se trataba de un área bien cartografiada y con buenas comunicaciones, cuyos caminos se hacían inaccesibles sin embargo cuando las condiciones meteorológicas no eran óptimas, pues los campos –tradicionalmente de labranza– se enfangaban con facilidad. El movimiento de las tropas por aquella zona exigía de una amplia logística: el ensamblaje de pontones, y el empleo de barcos sobre todo, que se complicaba si además había que trabajar bajo el fuego enemigo.

En la primavera de 1862 el ejército del Potomac con McClellan al frente se movió en dirección a la península situada entre los ríos James y York. Su intención era avanzar hacia Richmond y tomar la capital confederada. En lugar de marchar contra el numeroso ejército rebelde en el norte de Virginia, McClellan llevaría a su ejército hasta la boca del río James, donde se ubicaba Richmond. Pensaba rebasar el campo de batalla de la guerra revolucionaria en Yorktown, la antigua capital de Virginia, Willamsburg, y capturar Richmond. El Gobierno de Washington aprobó el plan aunque con alguna reticencia pues, tanto a Lincoln como a Stanton, el secretario de Guerra, les preocupaba que una vez hubiera salido el ejército del Potomac, Washington quedara desprotegida y al albur de un ataque confederado. De modo que McClellan obtuvo la aprobación para mover las tropas y Washington quedó bajo el mando del general McDowell.

McClellan vio las líneas confederadas, un contingente no muy elevado, preparadas para la defensa de la ciudad. Ante la escasez de tropas los generales confederados hicieron uso de tácticas de confusión. Así, el general Magruder por ejemplo mandaba a sus hombres escabullirse y salir de entre los árboles dando a McClellan la impresión de que se trababa de un gran ejército y consiguiendo su objetivo. A finales de mayo y comienzos del mes de junio, varios choques con los rebeldes –en Fair Oaks y Seven Pines– estaban arruinando el avance del norte hacia Richmond. A pesar de lo cual, el sur tampoco conseguía detener a los federales. Buscando una mayor eficiencia y tras ser herido el general Johnston, los confederados pusieron al frente del ejército que debía evitar la toma de Richmond al general Lee. McClellan por su parte, que había aproximado ya las tropas a Richmond y, sobrevalorando la capacidad del enemigo, intentaba reforzar su ejército, solicitó sin resultado más tropas para atacar la capital confederada. Pero Washington le negaba los hombres porque el ejército confederado avanzaba hasta el valle de Shenandoah y había cruzado el Potomac, de modo que la Unión necesitaba refuerzos en la zona.

Entre el 25 de junio y el 1 de julio, se produjo un choque frontal entre las tropas de McClellan que cercaban Richmond y las de Lee y Jackson. El plan de Lee era reunir sus tropas apostadas en la defensa sur de Richmond con las de Jackson y caer sobre McClellan en el flanco norte. Pero el plan de Lee exigía una coordinación que no llegó a darse. La batalla se prolongó durante una semana; la batalla de los Siete Días terminó con un resultado militarmente incierto, que tuvo al menos el efecto favorable para el Sur de rechazar a los unionistas y evitar la caída de Richmond. McClellan tuvo que retirarse hacia el río James buscando el amparo de la artillería naval. Pero el Gobierno de Washington estaba irritado con el general. Insatisfecho con los resultados, consideró culpable a McClellan, y en

cualquier caso incapaz de llevar a cabo el objetivo propuesto debido a su proverbial indecisión. Así que le relevó del cargo enviándole al mando del ejército del Potomac.

Las unidades confederadas –Lee, Jackson y Longstreet– lograron que las fuerzas federales se replegasen hasta Washington en la segunda batalla de Bull Run o Manassas, el 30 de agosto de 1862, a poco más de un año de la primera e igualmente victoriosa para los confederados. En el segundo Manassas, el norte volvió a confiar en exceso en sus propias capacidades. El general al mando, Pope, menospreció a las fuerzas de Jackson sobre cuyas posiciones marchó con decisión pero no tuvo en cuenta sin embargo a los ejércitos de Lee y Longstreet, que se habían desplazado desde Richmond hacia el norte. Ambos generales siguieron la ruta de Jackson hasta las montañas de Bull Run sin ser vistos por el ejército de Pope. Tras la segunda derrota en Bull Run, los ejércitos de la Unión se encastillaron en las fortificaciones que rodeaban la capital.

Si hasta el momento las acciones del Sur se habían ceñido a estrategias y tácticas de tipo defensivo, ahora el general Lee y su ejército de Virginia del norte sorprendían a la Unión con iniciativas más ambiciosas. Lee estaba invadiendo Maryland con cincuenta mil soldados, un gran golpe de fuerza que, en el comienzo de la segunda mitad de 1862, minaba la moral de los federales y además tenía un alto coste: catorce mil soldados muertos sólo en la segunda mitad de agosto. Pero el Gobierno de Richmond pretendía zanjar la guerra y de paso lanzar a la comunidad internacional el mensaje de que el Sur podía ganar, granjeándose de este modo el apoyo militar necesario para culminar su objetivo. La acción de Lee debería servir para quebrar la inestable posición neutral del principal aliado confederado, Gran Bretaña. Ciertamente en el otoño de 1862, tampoco los buenos resultados de las campañas guiaban a la Unión en el oeste. Los recientes éxitos de Grant en el Tennessee podían verse comprometidos ahora por la ofensiva confederada. Lee esperaba recuperar Kentucky, avanzar hacia Ohio y conquistar Maryland para, de este modo, romper la conexión de Washington con el norte de la Unión. En los planes de Lee era factible nada menos que la toma de las grandes ciudades: Washington, Filadelfia y Baltimore.

No obstante las precauciones tomadas por la Confederación, al conocerse sus planes de romper el bloque que era el norte permitieron al general McClellan –al frente del ejército del Potomac– plantar cara a Lee en la batalla de Antietam, con el efecto de frenar al ejército confederado. Ciertamente las fuerzas federales en torno a Washington estaban desmoralizadas y el propósito de Lee no parecía descabellado a juicio del Gobierno de Richmond. Derrotar al enemigo en su propio territorio minaría del todo a la Unión y, como se ha dicho, pondría a Francia y a Gran Bretaña en la tesitura de dar el espaldarazo que necesitaba la nueva nación confederada. El objetivo de Lee era capturar el centro de actividad ferroviaria de la Unión en Harrisburg, Pensilvania. Pese a que el plan era bueno y a que el ejército del Potomac no estaba en su mejor momento para rechazar a los rebeldes, los planes de Lee sobre el papel –esbozados en un envoltorio de cigarros que quedó, literalmente, abandonado en un campamento confederado– cayeron en manos de McClellan. El choque de tropas se cobró un número terrible de bajas confederadas y el 15 de septiembre Lee planeó retirarse hacia Virginia. Pero, viendo que Jackson había tomado Harpers Ferry y que se había hecho con material militar y provisiones, decidió reunir a todas sus divisiones en Sharpsburg, Maryland, para afrontar un nuevo choque. El encuentro de los ejércitos federales y rebeldes se produjo el 17 de septiembre. Cuarenta mil soldados confederados y setenta y cinco mil unionistas entraron en combate en un área cuyo puente sobre el río Antietam, aún hoy intacto, se conoce como el *Burnside´s Bridge*.



Cuarenta mil soldados confederados y setenta y cinco mil unionistas entraron en combate en un área cuyo puente sobre el río Antietam es lo que se conoce como el *Burnside´s Bridge*. La batalla provocó un total de casi catorce mil muertes.

La batalla de Antietam –Sharpsburg para los sudistas– provocó un total de casi catorce mil muertes, cifra que se triplicaba en el capítulo de los heridos, entre ambos bandos, pero dio a la Unión la confianza que había perdido durante los meses previos. Pese a su éxito militar en Antietam, McClellan cometió el error –a juicio de Lincoln– de no perseguir y dar caza al general Lee, lo que se tradujo en un enorme malestar político y la subsiguiente destitución de McClellan –*Little Mac*– por su talante dubitativo. A finales del año 1862 el ejército del Potomac, a las órdenes de Burnside, retomó la ofensiva sobre Richmond. El general planteó llevar al ejército del Potomac directamente hacia el sur, a un emplazamiento equidistante a cien millas de Richmond y de Washington, justo en la localidad de Fredericksburg en el lado sur del río Rappahannock. Burnside consiguió cruzar el río a mediados de diciembre, pero los confederados habían tenido tiempo de construir sus defensas. Las cargas de los federales fueron inútiles ante la ventaja que suponían las defensas confederadas y Burnside, admitiendo su derrota, se retiró hacia el norte. En este episodio la Unión perdió más de doce mil quinientos soldados y la Confederación cerca de cinco mil quinientos, entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos.

EN EL MISISIPI

Si en la segunda mitad de 1862 el avance de los frentes se estancaba en los escenarios del este, no sucedía lo mismo en los del oeste, donde la Unión intentaba escindir el territorio confederado tomando el control del valle. A comienzos de marzo las tropas unionistas se hacían con el Misuri. El ejército confederado del norte de Tennessee se retiraba hacia el Misisipi, pero el general Grant, habiendo tomado posiciones ya en Fort Henry y Fort Donelson, rompió los planes confederados de establecer una nueva línea de defensa en el Misisipi. Entre el 6 y el 7 de abril se produjo un choque de ejércitos en la batalla de Shiloh.

Haciendo uso de la ventaja, Grant envió rápidamente tropas para la toma de Nashville en el Columbia y barcos, río Tennessee arriba. Johnston se retiraba hacia la confluencia de ferrocarriles en Corinth, donde se cruzaba la línea que provenía de Memphis e iba hacia el este de la Confederación con la línea norte-sur entre Mobile, Alabama, y el valle del río Ohio. Johnston intentaba así acceder a más tropas sudistas para frenar el avance de Grant hacia el sur. Pero este creía que si podía derrotar a los confederados en Corinth, Memphis caería, asestándole un golpe muy importante al Sur en el propio corazón del Misisipi, lo que permitiría a la Unión acceder al golfo de México. Así que el general avanzó con una tropa de más de cuarenta mil hombres hasta una zona, Pittsburg Landing, al oeste del Tennessee próxima al Misisipi. Y se estableció allí durante aproximadamente un mes esperando la llegada de refuerzos –los hombres del Carlos Buell– procedentes del área central de Kentucky. Los planes de Grant se vieron alterados por las acciones sudistas previas al verano. El general Johnston planeaba conducir a veinte mil soldados veinte millas desde Corinth a Pittsburg Landing para asestar un golpe a los unionistas, lo que resultaba inverosímil, pues sin duda Grant se percataría del movimiento de tropas sudistas y reforzaría su posición con las tropas de Buell antes de que pudiesen llegar. Aun así, Johnston movió a su ejército encontrando además que los hombres de Buell –encargados de apoyar a Grant– no habían hecho su aparición. De modo que, pese a todo pronóstico, la Confederación había sorprendido a la Unión. En una intensa y sangrienta lucha los confederados alcanzaron a las tropas comandadas por William T. Sherman y Benjamin Prentiss cerca de Shiloh Church, pero los soldados se desperdigaron por el campo de batalla buscando provisiones en el campamento enemigo. La desorganización de las tropas hacía cada vez más confusa la batalla, y los soldados de ambos bandos se dispersaban incapaces de encontrar sus unidades. Así, el choque central quedó fragmentado en muchos otros de menor entidad, escaramuzas que se cobraron muchas vidas en ambos ejércitos. Los confederados, de azul y gris, caían bajo fuego amigo y los soldados huían desorientados y presa del pánico, intentando escapar de un escenario bélico cuya dinámica no comprendían. Grant llegó al escenario y logró que sus soldados se reorganizaran y se las apañaran para repeler hasta doce cargas de enemigo. El general Johnston, que dirigía los asaltos confederados, fue alcanzado por una bala y murió en el campo de batalla. Fue reemplazado entonces por Beauregard. Dos mil doscientos soldados defendían la posición unionista: un avispero, *the hornet ´s nest,* como fue denominada por el fuego artillero constante sobre ella, ante el que Grant dio orden de rendirse. Cuando amaneció Beauregard se encontró frente a un ejército más fuerte que el del día anterior.

La Unión había recuperado el terreno perdido rechazando con éxito los contraataques confederados y Beauregard, que a punto había estado de ganar la batalla unas horas antes, tuvo que

retirar a sus hombres hasta Corinth, a cubierto por la caballería de Nathan Forrest. Pero Washington no podía tolerar la horrible matanza de Shiloh y Grant fue responsabilizado de los errores tácticos que habían desembocado en el desastre humano. Más de trece mil hombres del norte y más de diez mil quinientos del Sur habían sido heridos o muertos, algo que impactó a los estadounidenses de ambos bandos. El total superaba con creces la suma de todas las bajas en los choques de esta guerra hasta la fecha y ambos ejércitos estaban tocados. Para la Confederación, Shiloh era el aviso de que no iba a poder recuperar el territorio perdido tras Fort Henry y para la Unión la evidencia de que el sur defendería su independencia a cualquier precio, incluso si este había de ser en vidas.

Entre el final de la primavera y comienzos del verano las fuerzas de la Unión habían invadido casi todo el este y el oeste de Tennessee y se preparaban para controlar el Misisipi. En Misisipi todas las vías fluviales discurrían hacia ciudades importantes como Corinth, Cairo o Vicksburg. En abril, una fuerza naval comandada por Farragut penetró en las defensas confederadas de la desembocadura del Misisipi y forzó la rendición de Nueva Orleans, propinando un golpe al sur que perdía la ciudad de mayor tamaño de la Confederación. A comienzos de junio una batalla naval permitió a la Unión ganar Memphis. Parecía que los federales podían controlar todo el Misisipi y hacer efectivo el corte de comunicaciones entre la Confederación y los estados de Texas, Arkansas y Luisiana. De hecho entre otoño y el comienzo del invierno en 1862, Grant consolidaría su posición a lo largo del Misisipi. Preparaba el asalto a Vicksburg, la última fortaleza de los confederados en el escenario occidental de operaciones.

Entre tanto, el general Buell, desplazado hasta Chattanooga, Tennessee, se enfrentó a las fuerzas confederadas del general Braxton Bragg y en diciembre, el general William S. Rosecrans, que había reemplazado a Buell, siguió haciendo cara a las tropas de Bragg, ahora en la batalla de Murfreesboro. Tras haber tomado Corinth, Ulysses Grant quería avanzar con más rapidez sobre la región, pero en Washington se pensaba preferible afianzar el territorio conquistado, por lo que se le indicó que debía disgregar sus guarniciones sobre la zona. Los objetivos militares y los políticos no se conjugaban de acuerdo a los intereses de unos y otros. El presidente Lincoln ponía su atención en su propuesta de emancipación y el 1 de diciembre justificaba al Congreso el proyecto, por lo que no quería que ningún azar militar desvirtuase el clima propicio logrado para su proyecto. No obstante, a finales de otoño Grant intentaba capturar Vicksburg desde tierra en una acción conjunta con Sherman y McClernand, llevando sus tropas Misisipi abajo desde Memphis. Las dificultades para Grant surgieron a causa de la caballería confederada. En la retaguardia del ejército de Grant, el enemigo capturaba materiales y suministros, obstaculizando la toma de la ciudad de Vicksburg desde tierra. De este modo, y a la vista de que tampoco las iniciativas navales de Sherman y McClernand culminaban con éxito, Grant hubo de abandonar su propósito.



Desde 1863, debido al desgaste provocado por la guerra, hubo intentos frustrados de forzar alguna negociación de paz. La prensa, por ejemplo la revista ilustrada *Harpers Weekly* (3 de septiembre de 1864), se hacía eco de ellas.

En 1863 y de nuevo en el frente occidental, el general Lee trasladó su ejército hacia el norte, Pensilvania. De manera inusual en el ejército confederado, cortó las líneas de comunicación de Washington con el resto de la Unión, pretendiendo con ello forzar una negociación de paz.

Así que en junio un ejército confederado de setenta y cinco mil soldados marchó sobre el valle de Shenandoah y penetró en el sur de Pensilvania. El ejército del Potomac estaba compuesto por unos ochenta y cinco mil hombres y comandado por el general George Meade, con orden de detener el avance de Lee. La batalla de Gettysburg, entre el 1 y el 3 de julio, supuso un choque de fuerzas descomunal en el que la Confederación perdió buena parte de su ejército. Era el segundo intento frustrado de llevar la guerra al norte por parte del general Lee. Gettysburg, infinitamente estudiada y recreada por la historia, está considerada una batalla decisiva en la guerra civil estadounidense. Se libró cerca de una pequeña ciudad de Pensilvania, clave por sus conexiones de carreteras y ferrocarriles. En el choque armado el ejército rebelde, con el general Lee al frente contaba con más de setenta mil hombres, organizados en cuerpos de ejército comandados por los generales James Longstreet, Richard S. Ewell y Ambrose P. Hill. Además, un cuerpo de caballería era mandado por el general J. E. B. *Jeb* Stuart. El norte disponía de casi noventa y cinco mil soldados al mando del general George G. Meade, organizados a su vez en siete cuerpos y uno de caballería. En Gettysburg las bajas ascendieron a cerca de veinte tres mil muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos.

Las dificultades para Lee surgirían cuando en los días finales de junio, *Jeb* Stuart, en lugar de informarle sobre el avance federal, se internó en la retaguardia enemiga para hacer su propia razia. El 1 de julio parte de la infantería confederada se encaminó hacia la localidad de Gettysburg donde se dio de frente con la caballería federal. La importancia estratégica de este enclave derivaba de la convergencia en él de doce carreteras, por lo que la Unión consideraba de valor estratégico su toma. Los rebeldes iban llegando desde todas direcciones y los cuerpos de la Unión les iban deteniendo a medida que intentaban entrar en la ciudad. Lee decidió atacar el 2 de julio, sobre los puntos en este anillo abierto, lo que provocó que algunas tropas federales abandonaran sus posiciones defensivas, prolongándose la lucha durante todo un día en el que la Unión apenas lograría mantener su posición. Lee, optimista, preparó un ataque para el día siguiente. La artillería federal hacía creer a los confederados que sus armas habían quedado fuera de combate, de modo que trece mil soldados rebeldes marcharon campo a través para toparse de frente con la mencionada artillería que, lejos de haber sido inutilizada, disparó sobre ellos provocando muchísimas bajas, sin dejar retirarse a los soldados que aún quedaban en pie. Un tercio de los hombres de Lee se había perdido antes de que el general ordenase la retirada hacia Virginia. Entre tanto, Ulysses Grant buscaba culminar la conquista del eje del Misisipi, empeñado en la captura de Vicksburg, de modo que abordó nuevamente el proyecto en abril de 1863. Tras un largo asedio, el 4 de julio, un día después de la derrota de Lee en Gettysburg, la guarnición de la ciudad rindió Vicksburg a la Unión, que había cumplido por fin su objetivo estratégico de fragmentar la Confederación en dos zonas ahora desconectadas.

El siguiente objetivo federal era sacar a los rebeldes del este de Tennessee, Georgia y Alabama, por ello la guerra debía extenderse a los estados que aún se habían librado de ella: Georgia y Alabama. Además, tras el verano de 1863, los más de cincuenta mil hombres del ejército federal del Cumberland comandado por el general Rosecrans, conseguirían tomar Chattanooga, que no obstante se perdió enseguida por la respuesta confederada del general Bragg en la batalla de Chickamauga del 19 y 20 de noviembre. La batalla de Chattanooga, entre el 23 y el 25 de noviembre, se saldó con la victoria unionista y una retirada confederada muy desorganizada. En lo más álgido de la guerra, el 8 de diciembre de 1863, el presidente Lincoln hacía la Proclamación de Amnistía y Reconstrucción, que se aplicaría a todos los territorios ocupados por la Unión en ese momento. Se preparaban ya los planes de la restauración de los estados confederados a la Unión, esperando el momento en que se pusiese fin a la guerra civil.

En los *border states*

En tiempo de guerra un conjunto de estados, los *border states* o estados frontera, siendo estados esclavistas se mantuvieron no obstante fieles a la Federación. La peculiaridad de su situación se hizo evidente durante todo el conflicto primero, y luego en el final de la guerra pues estos estados quedaron excluidos de los procesos iniciales de la reconstrucción que sí se aplicaron a los estados esclavistas del sur. Los estados de Delaware, Kentucky, Maryland y Misuri nunca se declararon en rebeldía, y otros cuatro lo hicieron sólo tras la batalla inicial por el control de Fort Sumter. Estos fueron Arkansas, Carolina del Norte, Tennessee y Virginia. La región noroccidental de Virginia fue considerada *border state* con el nombre de Virginia Occidental, pues los condados de dicha región se apartaron del estado de Virginia secesionado, restaurando la legalidad federal durante la guerra y pasando a formar parte de la Unión en 1863.

Cada uno de los cinco estados, Delaware, Kentucky, Maryland, Misuri y Virginia Occidental tenía frontera con los estados no esclavistas y se sumó a la Unión. Pero Delaware compartía frontera con otros estados que se habían adherido a la Confederación. La simpatía de Delaware por el Sur se debía más a algunos de sus líderes que a la población en sí, que era en su mayoría profusamente unionista aunque esperaba una solución pacífica que permitiera a la Confederación mantener su independencia. El caso de Maryland era muy delicado para la Unión porque daba acceso a Washington D. C., y su adhesión a la secesión habría tenido como efecto el cerco de la capital federal. El Legislativo de Maryland había rechazado el proceso de secesión y, pese al apoyo popular confederado en Baltimore, en el sur de Maryland y otros condados, el gobernador había votado en contra de apoyar el proyecto confederado.

En Misuri tras la secesión la Convención Constitucional votó a favor de permanecer en la Unión si bien se oponía a que el Gobierno federal ejerciese ningún tipo de presión sobre los estados secesionistas. Por su parte Kentucky resultaría un estado estratégico en la guerra civil. Cuando Lincoln pidió un millón de hombres para formar el ejército, el gobernador se mostró contrario a reclutar tropas en Kentucky arguyendo que el estado no iba a ir en contra de sus hermanos, los estados del Sur. Kentucky no se secesionó pero proclamó su neutralidad el 20 de mayo de 1861 y en 1862 el Legislativo aprobó una ley por la que se privaba de derechos civiles a aquellos ciudadanos que se alistaran en el ejército confederado. El más controvertido de los estados fronterizos entre ambos bandos fue el de Virginia, dividido en dos partes muy marcadas, la occidental y la oriental. La partición se había fraguado lentamente durante décadas en las que la región occidental, que crecía económicamente, veía también disminuir el sistema de plantaciones y esclavos que, por el contrario, se mantenía en el este y estaba representada en el Gobierno estatal. Con la secesión en diciembre de 1860, en Virginia se abrió un intenso debate. Mientras el este clamaba por la secesión, el oeste no quería incurrir en lo que entendía era una traición al Gobierno federal. El 17 de abril, tras Fort Sumter, la Convención del estado se pronunció a favor de la secesión, una decisión que debía ser ratificada por un referéndum estatal. La Constitución del nuevo estado de Virginia Occidental fue aprobada por los condados unionistas en la primavera de 1862. En diciembre se aceptaba el Acta de Incorporación de Virginia Occidental a la Unión en el Congreso federal y con la firma de Lincoln.

Otros estados sufrieron también la guerra bajo circunstancias diversas. Así por ejemplo, Kansas tuvo lo que se denomina como una guerra a pequeña escala. Había sido admitida en la Unión como

un estado libre bajo la Constitución de Wyandotte, en enero de 1861, y la mayoría de sus habitantes apoyaban la causa de la Unión. Pero como veremos enseguida la actividad bélica en el estado discurría en torno a las violentas actividades de la guerrilla proconfederada. Por lo que se refiere al estado de Tennessee, si bien era secesionista, también se había escindido formalmente en dos zonas, pues la región oriental era partidaria de la Unión y había votado mayoritariamente en contra de la secesión. El presidente Davis castigó muy duramente este intento de escisión arrestando a más de tres mil hombres y ahorcándoles sin juicio previo. Pero Tennessee se puso bajo el control de las fuerzas de la Unión en 1862, si bien no entró en el grupo de estados que fueron afectados por la Proclamación de la Emancipación.

En Oklahoma, la mayoría de las tribus indias tenían esclavos negros en propiedad, y ello les empujaba a situarse junto a la Confederación. No obstante algunas tribus se pusieron del lado federal, provocándose con ello una sangrienta guerra en el territorio. Hasta cierto punto, la guerra civil estaba dando un cierto respiro a los indios, que hasta la década de los años sesenta vivían presionados por los sucesivos gobiernos federales para ceder sus tierras. Sin embargo, en 1862 las malas cosechas y el hambre llevaron a los indios a sublevarse, originando en agosto una matanza de hombres y la captura de mujeres y niños junto con el ataque a Fort Ridgely. Durante aquellos meses los fuertes federales no eran lugares seguros, pues los jefes sioux dirigían golpes certeros contra ellos, matando y secuestrando a soldados y colonos. En el otoño el Gobierno había conseguido reducir a los indios sublevados, llevándolos a prisión o condenándolos a muerte sin juicios ni garantías. Unos setecientos setenta indios *santee* fueron confinados en Crow Creek, donde ya había mil trescientos. Terminada la guerra, se siguieron firmando tratados con los distintos jefes de las tribus indias, como el jefe Nube Roja, o Cola Manchada, que no evitaron los enfrentamientos con los colonos y el ejército ni las matanzas. La cesión de tierra era constante y parecía irremediable.

Todos los estados de frontera tenían esclavos negros en mayor o menor medida, incluso los indios, ya se ha dicho, los tenían. En ellos se realizaban actividades comerciales muy similares a las de los estados confederados. Pero la industrialización crecía con fuerza en los estados fronterizos y, cada vez más, los negros –bien *de facto* o de derecho– perdían su condición de esclavos incorporándose a la vida civil. Eran estados productores de algodón y materias primas, pero sobre todo tierra de comerciantes que carecían del apego del Sur a la idea de nación y de expansión de una gran patria hacia el Caribe, para la creación de un estado en el que la esclavitud fuera un sistema de producción asimilable y en consecuencia intocable. Los estados fronterizos fueron decisivos en el progreso de la guerra, máxime si se tiene en cuenta que albergaban una gran mezcolanza de gentes y de culturas tanto proclives al Norte como al Sur. El problema más grave durante la guerra fue que los pobladores en ellos se alistaban tanto en un ejército como en el otro, dándose a menudo luchas intestinas, incluso entre los miembros de una misma familia. Se calcula que en los *border states* se alistaron cerca de doscientos mil soldados unionistas y unos noventa mil confederados.

Al margen de su participación en las campañas militares, la guerrilla era la forma de combate habitual en estas zonas, siendo sus principales manifestaciones las escaramuzas y las razias. La violencia era cotidiana e incontrolada tal como ponen de manifiesto sucesos tan sangrientos como la masacre de Lawrence en Kansas, 1863. En Misuri, las tropas confederadas habían llevado a cabo importantes incursiones, pero la mayor parte de la lucha verificada en el estado durante los años de guerra obedeció a la guerrilla. Había en Misuri partisanos sudistas, algunos de nombres luego mitificados como William Quantrill, Frank y Jesse James, llamados Younger Brothers, o William T.

Anderson. Estos y otros jefes de guerrilla dirigían pequeñas unidades tácticas que darían lugar más tarde a los Missouri Partisan Rangers. Los hermanos James, forajidos míticos del medio oeste americano, tomaron parte de la guerrilla antes de quedar al margen de la ley. Hasta el punto de que los historiadores han apuntado que Jesse James no habría sido un bandido social en la posguerra sino más bien un *terrorista* neoconfederado.

La Unión estuvo empeñada en eliminar las guerrillas, especialmente en Misuri occidental donde el brigadier general Thomas Ewing, con el apoyo de Lincoln, dictó la Orden General n.º 11 de 25 de agosto de 1863 dando respuesta a la razia de William Quantrill en Lawrence, Kansas. La orden forzaba a la evacuación plena de cuatro condados del área de Kansas City, Misuri, durante el otoño. Así, unos veinte mil civiles, sobre todo niños, mujeres y ancianos, fueron obligados a abandonar sus casas, a las que nunca regresarían. Pese a lo cual, Lincoln tuvo una enorme preocupación por no cometer errores políticos o militares graves que supusiesen una desafección de los estados fronterizos a la causa de la Unión, de ahí que fuese dubitativo con el asunto de la emancipación de los esclavos, pensando que avanzar excesivamente pronto en este terreno podía traducirse en que estos estados abandonasen la causa unionista proporcionando al enemigo hombres y recursos industriales que la Unión veía imprescindibles para ganar la guerra.

5

La ocupación del Sur y el triunfo de la Unión

1864, CAMINO DE ATLANTA

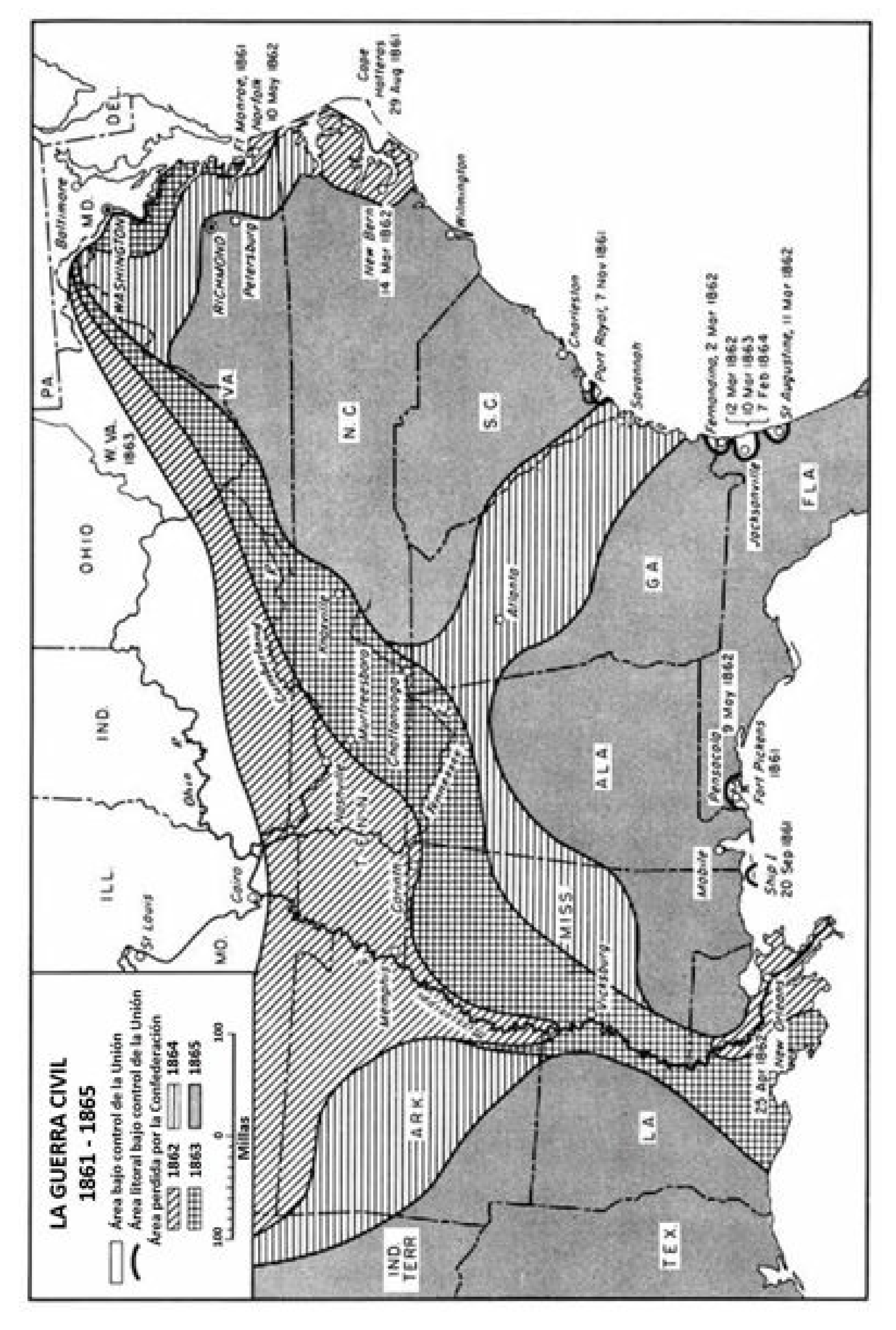
Los acontecimientos de la guerra que se sucedieron entre las campañas de la primavera de 1864 y la de 1865 fueron muy sangrientos. La escalada de violencia adquirió en los últimos meses de la guerra unas cotas nunca imaginadas. Ambos ejércitos estaban extenuados y la población civil, también al límite en muchas regiones, exigía resultados eficaces que diesen término a la guerra. De modo que algunos hábitos clásicos de respeto al enemigo quedaron arrumbados, reemplazados ahora por una guerra de desgaste y de exigencia de resultados, antecedente pleno de las formas más virulentas de la guerra total del siglo XX.

Durante el año y medio final de la guerra valles, ciudades, nudos de comunicaciones del Sur profundo fueron los escenarios primordiales de las batallas en las que se puso también de relieve el recambio de los generales: Sheridan, Grant o Sherman en el Norte, y Lee, Early o Hook en el Sur. La gran magnitud de las operaciones ahora en curso era difícilmente comprensible fuera del propio ejército. Miles de hombres desplazándose por el territorio y acciones complejas y a gran escala por parte de los ejércitos estaban poniendo en uso todos los recursos a disposición de los ejércitos. La Unión, en su estrategia de dominar el territorio del Sur para transformarlo en su naturaleza física y humana, orquestaba acciones que atendían al control o destrucción de los centros de comunicación para así fragmentar el territorio rebelde y romper el sentimiento nacional de los sudistas. La «Marcha hacia el Mar» fue seguramente la mayor operación dirigida a reconfigurar el territorio americano hasta la fecha. Pese a todo, las guerrillas seguían actuando contra las tropas federales en áreas en las que los ejércitos confederados no podían mantener el control del telégrafo y el ferrocarril.

En junio de 1864 las tropas de la caballería confederada de Nathan Bedford Forrest, tres mil soldados en total, rechazaron a una fuerza de ocho mil federales en la batalla de West Point, Misisipi. Considerado predecesor de la guerra móvil del siglo XX, la excepcional personalidad militar de Forrest –que sin embargo no había recibido formación técnica militar– sería glosada por el propio Grant en sus memorias autobiográficas. En el inicio del verano, sin embargo, la conquista de Virginia no progresaba y tras varias batallas infructuosas, el 20 de junio el general Grant lograba tomar Petersburg y cortar la línea de suministros de Richmond, en tanto –ateniéndose al plan del general– Sheridan y Sherman ocupaban el Shenandoah y Atlanta respectivamente. Atlanta fue capturada el 4 de septiembre de 1864, lo que favoreció sin duda la reelección de Lincoln. Las infraestructuras de la ciudad, unas de las más importantes y sobre todo simbólicas, fueron destruidas.

En noviembre Sherman iniciaba su Marcha hacia el Mar con un ejército de sesenta mil hombres que, devastando el territorio a su paso –el panorama de Atlanta en llamas quedaría en la memoria del Sur–, arrasó Georgia. El símbolo del valle del Shenandoah tomado por la Unión y destruido no podía tener mayor carga anímica negativa en el sur. Para los virginianos, los paisajes naturales del Shenandoah y la intensa resistencia puesta por las tropas para defenderlos de los federales eran todo un símbolo de la rectitud de su causa nacional. La población recibió con ira la invasión de los unionistas y se involucró en guerrillas de resistencia.

El general confederado John Bell Hood intentó reconquistar Atlanta, fracasando en la batalla de Nashville a mediados de diciembre. La siguiente en caer fue Savannah, que pasó a manos federales en los días previos a la Navidad permitiendo a Sherman continuar su avance en territorio del sur. A pesar de la potente acción unionista, las tropas de Sherman comenzaban también a sufrir los estragos de la escasez de alimentos por lo que se abastecían a costa de la población invadida. Sherman había comenzado la marcha con cinco mil cabezas de ganado y, al caer Savannah, contaba ya con diez mil. Se ocupó de acabar con las reses más añosas y con todas las mulas agotadas por la campaña, sustituyéndolas por reses y caballos de refresco, incautados en las plantaciones del Sur. La opinión pública estaba cada vez más desorientada sobre lo que estaba pasando. La novedad de las acciones de Sherman implicaba que la prensa desconocía su mecánica: el sentido de la marcha, las rutas, la duración del proceso…, e informaba a hechos consumados sin tener capacidad alguna de vaticinar el siguiente movimiento.



Entre la primavera de 1861 y 1865 el avance de las tropas de la Unión en territorio confederado, hacia el sur y hacia el mar, fue –salvo momentos excepcionales– imparable. Los cursos naturales de los ríos ayudaban a los federales en la conquista de los estados secesionistas.

Con la captura de Savannah, Sherman dejó desconectadas más de diez mil millas cuadradas de suelo ferroviario, provocando que las poblaciones del área quedasen incomunicadas, desinformadas e incapaces de organizar la reacción contra las tropas unionistas. En este esfuerzo de Sherman y sus tropas, la lucha contra la esclavitud fue siempre un objetivo de segunda clase. Ya en materia estratégica Sherman sostuvo ante Grant que si los federales eran capaces de sacar a Lee de sus trincheras, lo serían también de llevarle a campo abierto. El general Grant ayudó a Sherman tomando en abril la línea de ferrocarril que aprovisionaba a Richmond, y Lee, que dejaba atrás Petersburg y Richmond, hubo de guarecer sus tropas en Carolina del Norte, al oeste, a la espera de que el ejército de Johnston se le uniese en una última oportunidad. En la primavera de 1865 caían las ciudades de Mobile, Selma y Montgomery, en Alabama, en tanto Grant y Sheridan preparaban ya la que esperaban fuese una acción conjunta y definitiva sobre las tropas de Lee. El 9 de abril de 1865 Lee se rendía a Grant en Appomattox, Virginia, con lo que los demás ejércitos confederados fueron cayendo uno a uno.

Después de Chattanooga, Grant era sin duda el general federado que había cosechado más éxitos, de modo que se hacía lógico su ascenso. A principios de 1864 Grant, tras ser nombrado comandante en jefe, se propuso asestar el golpe definitivo al Sur dirigiendo, con ayuda de Meade, un gran contingente, el ejército del Potomac, con ciento quince mil unidades de tropa, contra el de Lee, en el norte de Virginia, para así poder avanzar hacia Richmond. El plan comprendía una acción coordinada con las tropas comandadas por Sherman –con quien se comunicaría mediante el telégrafo– que marcharían hacia el sur, desde Chattanooga y adentrándose en Georgia para tomar Atlanta. Un tercer ejército, a las órdenes del general Philip Sheridan, operaría en el valle del Shenandoah evitando que los hombres de Lee tuviesen acceso a los suministros necesarios.

Desde que la Unión ocupara Nueva Orleans en la primavera de 1862 se había considerado llevar a cabo una expedición que remontara el río Rojo, que desembocaba en el Misisipi río arriba desde Baton Rouge y corría hacia el norte de Texas. El objetivo de este propósito era, además de ganar terreno en la zona baja del Misisipi, mantener Arkansas y Luisiana fuera de la guerra y hacer vulnerable a Texas, intimidando a Francia para que –pese a su presencia en México– no tomase la decisión de ayudar a los confederados desde el país del sur. De modo que a mediados de marzo fue Nathaniel Banks el general encargado de comenzar la expedición en el río Rojo. La Unión ocuparía Alexandria y Luisiana, incluso sin la ayuda de las tropas de Frederick Steele que, encargadas de apoyar a Banks, sin embargo fueron obstaculizadas por la acción confederada de Sterling Price. En la primera semana de abril las tropas federales aguantaron en Sabine y Pleasent Hill, pero finalmente la expedición no llegó a buen puerto entre otras razones por las dificultades inherentes al bajo cauce del río.

La gran seguridad en su plan y en las tropas del Potomac hizo que Grant tomase la iniciativa de conducir el mismo la fuerza de ataque que debía acabar con el ejército del norte de Virginia de Lee. De modo que el general puso en marcha parte de su gran plan el 4 de mayo. Pese a haber planeado maniobrar el ejército del Potomac sobre el flanco izquierdo de Lee, finalmente optó por hacerlo sobre el derecho porque de este modo podía defender Washington D. C. y Lee buscaría defender antes Richmond que atacar la capital federal. Para acceder al flanco derecho de las tropas confederadas el ejército federal tenía que atravesar un territorio conocido como *Wilderness*, precisamente por lo que su nombre indica: ‘inhóspito’ o ‘salvaje’, antes de atacar en una zona de campos agrícolas. Sin embargo las acciones de Lee eran siempre imprevisibles y, puesto que tenía

unos sesenta y cinco mil hombres en su ejército de Virginia, frente a los ciento veinte mil del ejército del Potomac, Lee tomó la delantera a Grant. La de Wilderness sería una batalla de nuevo estilo: el choque inicial de dos días, el 5 y 6 de mayo, fue una lucha muy desconcertante en la oscuridad del bosque, que no quedó cerrada sino que se prolongó durante once meses y en el que ambos ejércitos mantenían enfrentamientos casi de continuo con bajas de soldados a diario.

Tras la confusa situación en Wilderness, Grant quiso aprovechar su ventaja sobre el ejército de Lee y aproximarse a Richmond, marchando sobre el cruce de caminos de Spotsylvania Court House. Con esta acción pretendía forzar a Lee a dar la batalla sobre una posición preparada por los federales. Pero Lee se le adelantó colocando su ejército en Spotsylvania y construyendo parapetos de madera y tierra. Las divisiones de la Unión atacaron sin éxito durante dos semanas a los rebeldes no logrando mantener fracturadas las líneas confederadas. Entre Wilderness y Spotsylvania ambos ejércitos perdieron cerca de sesenta mil hombres, un tercio del contingente que había iniciado la campaña. Lee podía recuperarse trayendo más soldados desde Richmond, no así Grant, cuyos hombres estaban más lejos.

En Chattanooga, en la primavera de 1864 el general Sherman contaba con unos cien mil hombres, veteranos de las campañas del oeste. En la planificación de Grant las tropas federales deberían marchar también para ahogar a Richmond desde este punto, hacia Atlanta, Georgia, a lo largo de la línea transcontinental del ferrocarril. Atlanta era un centro de comunicaciones sudista y además un núcleo industrial por lo que su conquista privaría a la Confederación de comunicaciones y de transportes, y asestaría un duro golpe a la moral y al prestigio confederado. La campaña que permitió a la Unión tomar Atlanta duró ciento veinte días, durante los que no cesaron los disparos y las bombas ni un solo momento. En tanto Sherman intentaba sostener su movimiento hacia Atlanta, Grant, también con un ejército poderoso, tenía enormes dificultades para reducir la fuerza de Lee y Johnston, menor pero muy capaz. Lee había conseguido situarse entre el ejército del Potomac y Spotsylvania pese a los intentos de Grant por evitarlo. A finales de mayo ambos ejércitos volvieron a enfrentarse, ahora en el río North Anna y en Totopotomy Creek. Grant se aproximó a las afueras de Richmond y cargó masivamente contra las trincheras de Lee obteniendo muchas bajas. Tampoco servían los planes de acceder a Richmond desde otras direcciones, desde Petersburg o desde el valle del Shenandoah, pues o no se ponían en marcha o fracasaban. Sí había conseguido moverse desde Virginia Occidental hasta Lynchburg, Virginia, el general unionista David Hunter, poniendo en peligro a este centro de comunicaciones esencial para mantener los suministros que requería el ejército de Lee.



Antecedente de la Primera Guerra Mundial, el recurso a las trincheras no fue infrecuente en la guerra. Los soldados confederados mandados por Lee cavaron líneas de trincheras antes de la batalla de Petersburg, Virginia, 1865.

Con todo, el principal problema de Grant para decidirse a intentar llegar a Richmond de una vez por todas eran las miles de trincheras que había construido el ejército de Virginia de Lee. Tenía que tomar Richmond desde otra dirección. De modo que en el verano de 1864 Grant puso en marcha una gran maniobra que a punto estuvo de conseguir su propósito y dar la guerra por terminada. Teniendo como objetivo Petersburg en la orilla sur del río Appomattox, donde confluían todos los ferrocarriles que llegaban a Richmond procedentes del sur, Grant movió su ejército con sigilo hacia el río James antes de que Lee pudiera reaccionar. Capturando Petersburg, Richmond tendría que ser abandonado pues la ciudad quedaría sin suministros de ningún tipo. A las primeras unidades que cruzaron el James se les urgió a tomar Petersburg que estaba muy débilmente defendida, algo que no pudieron hacer pues los confederados mantuvieron allí la resistencia. Beauregard organizó la defensa de la ciudad y mantuvo a raya a los federales en tanto llegaban las tropas del ejército de Virginia del norte. Puesto que la ciudad era inexpugnable, Grant ordenó su bloqueo.

A punto de celebrarse las elecciones, los ejércitos de la Unión apenas habían hecho progresos decisivos y, pese a que el Sur estaba sufriendo aún más si cabe la guerra, miles de hombres se habían perdido y las esperanzas de reelección del presidente Lincoln eran pocas. Sin embargo Sherman no tardaría en tomar Atlanta. Lejos de abordar la ciudad con un ataque frontal, decidió asediarla, bombardeándola con artillería pesada durante más de un mes y destruyendo todas las líneas de

aprovisionamiento. Sin embargo, el Sur no daba por perdida su ciudad y hasta finales de agosto, la caballería confederada conseguiría saltarse el asedio manteniendo algunas líneas de suministros. El 28 de agosto Sherman atacó el ferrocarril entre Montgomery y Atlanta al sur de la ciudad. Una vez Atlanta quedó sin posibilidad alguna de suministros, Sherman ordenó que los civiles evacuaran la ciudad. Era el 2 de septiembre de 1864 y las tropas de Sherman tomaron Atlanta al día siguiente. La ciudad, primero bombardeada y bloqueada, y ahora tomada por las tropas de la Unión, quedó arrasada. Los confederados que huían de Atlanta hicieron pillaje en comercios y casas, arrasando con todo lo que no había sido destruido por la artillería enemiga.

La gran Marcha hacia el Mar

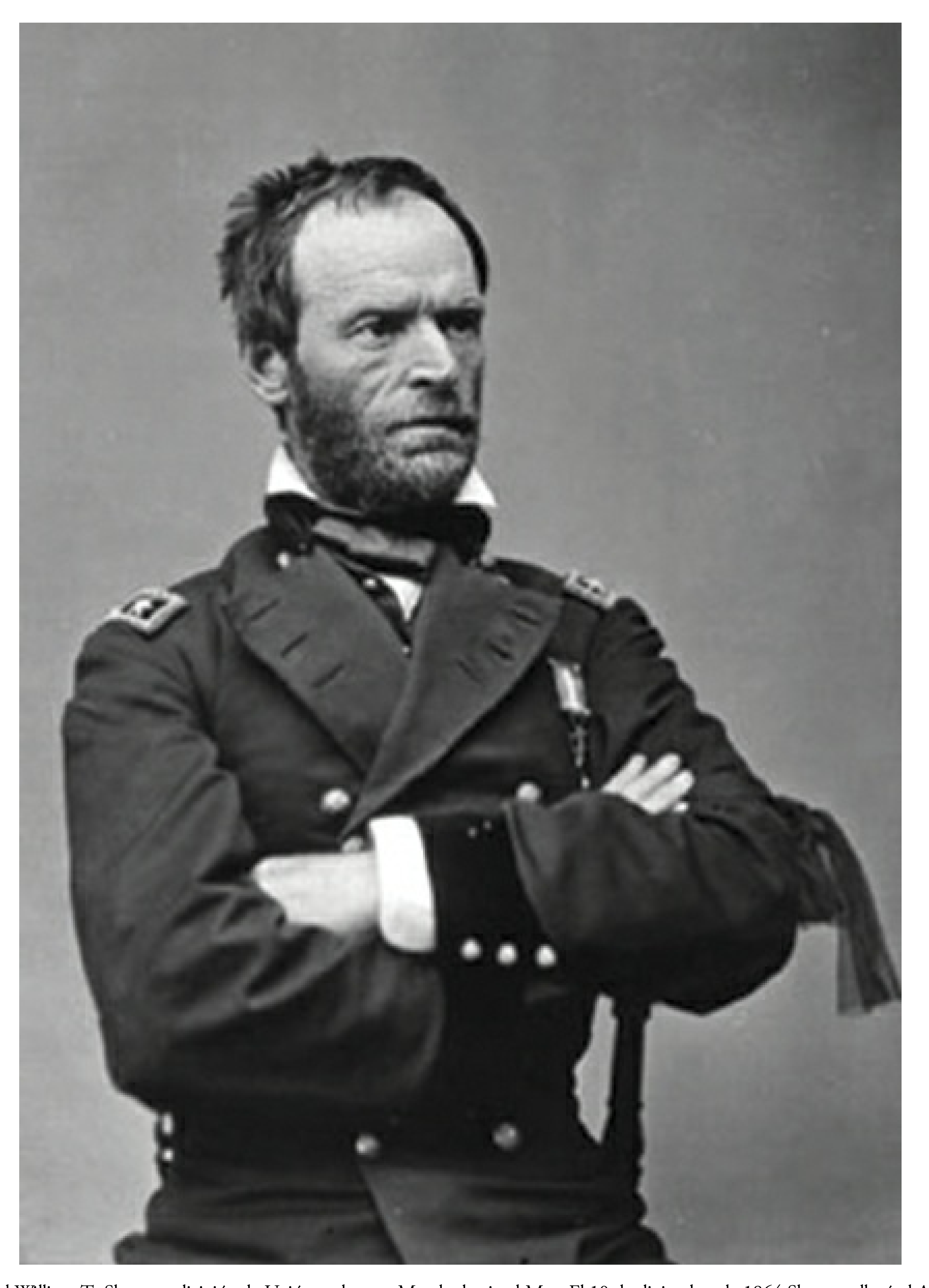
A la altura del verano Grant había decidido que continuar enviando a la infantería contra los soldados atrincherados de la Confederación no iba a producir ningún éxito. Enojado por la resistencia de estas tropas, Grant intentó romper las líneas confederadas encargando a los mineros de Pensilvania que cavasen una galería por debajo de las trincheras rebeldes donde pusieron varias toneladas de explosivos. La detonación, el 30 de julio, abrió un gran hueco en la línea de trincheras sudistas pero en su ataque –batalla del Cráter– las tropas de la Unión quedaron bloqueadas en el agujero producido por la explosión. De modo que de la táctica de Grant no sólo no se derivó ningún éxito para los federales sino muy mala prensa.

Tras este fracaso, Grant retomó su plan sobre el valle del Shenandoah. El valle alimentaba a las tropas de Lee que a su vez ejercían el bandidaje en la zona. La intención de Grant era impedir todo suministro de comida y materiales a las tropas del ejército de Virginia del norte. Philip Sheridan fue el elegido por Grant para llevar a cabo su plan en el valle del Shenandoah. Sheridan era rápido y agresivo, y recibió la orden de arrasar el valle para dejar al ejército rebelde sin sustento. El general partió hacia el valle con cuarenta y cinco mil hombres, tres veces más que el ejército sudista de Early, al que derrotó en Winchester el 19 de septiembre. Early se retiró y el ejército de Sheridan volvió a golpear a su ejército el 22 del mismo mes en Fisher´s Hill. Tal como se le había dicho, los hombres de Sheridan destruían todo a su paso: las cosechas, los edificios… Todavía Early intentó un golpe más sobre los federales. Habiendo sido atacado por sorpresa el flanco derecho del ejército de Sheridan en Cedar Creek, el 19 de octubre el propio general protagonizó una rápida galopada de varias millas desde su posición en Winchester para cargar de frente contra las tropas del Sur en su avance. El contraataque de Sheridan comprimió a los hombres de Early sobre el terreno impidiéndoles moverse. La batalla, denominada como *Sheridan´s Ride,* –la carga de Sheridan– fue definitiva para ganar el valle del Shenandoah.

A comienzos de septiembre el ejército del Tennessee que comandaba Hook, seriamente dañado, pero en absoluto acabado, intentó sacar a Sherman de Atlanta provocando una persecución hacia el noroeste que les llevase hasta zonas altas donde podrían asaltar a los federales. En su retirada los rebeldes atacaban las guarniciones unionistas a lo largo de la línea del ferrocarril. Sherman efectivamente dejó Atlanta, pero mantuvo un importante retén de tropas para proteger su posición en la ciudad. Tal como había planeado Hook se produjeron choques de tropas en el noroeste de Atlanta pero no lo suficientemente decisivos como para minar la posición ganada por los federales.

A partir de noviembre la Unión comenzó a trazar su estrategia definitiva para tomar el Sur. Sherman optó por enviar a Thomas y a Schofield hacia el norte para reforzar el área del Tennessee y él mismo marchar hacia Georgia, cruzarla y marchar hacia el Atlántico, capturando Savannah. Durante aquellos meses finales de 1864, el ejército del Tennessee quedó minado y reducido prácticamente a nada. Sherman comenzaba su Marcha hacia el Mar el 15 de noviembre de 1864. Contaba con sesenta y dos mil hombres bajo su mando sin líneas de refuerzo en la retaguardia, por lo que el ejército debía sobrevivir con los suministros disponibles en el momento de la partida y lo que fuera obteniendo a su paso por granjas y plantaciones confederadas. Sherman optó por la táctica de tierra quemada, arrasando las casas, de las que tras el paso de los federales no quedaba en pie sino la chimenea. Los *Sherman Sentinels* eran los nudos hechos con los raíles del ferrocarril, que los

soldados arrancaban de los trazados, calentaban y luego anudaban a los árboles, formando las «corbatas de Sherman», *Sherman neckties.*



El general William T. Sherman dirigió a la Unión en la gran Marcha hacia el Mar. El 10 de diciembre de 1864 Sherman llegó al Atlántico tras una marcha de trescientas millas y un daño infligido al Sur estimado en cien millones de dólares.

Sherman dividió el ejército en dos columnas que, a modo de ejército de hormigas se infiltró en el territorio destrozando a su paso las plantaciones, las manufacturas, las líneas de telégrafo, los puentes, los ferrocarriles…, todo aquello que Sherman consideraba que podía ser utilizado por los confederados en su esfuerzo de guerra. Puesto que tenían provisiones propias y además tomaban todo lo que encontraban a su paso para aprovisionarse de víveres, las tropas de Sherman comían muy bien, en tanto el ejército de Lee se moría literalmente de hambre por falta de provisiones. El sobrante de alimentos que Sherman daba a la tropa era entregado a los esclavos que vagabundeaban o se unían a la retaguardia del ejército. Sherman había ordenado a las tropas no robar a los ciudadanos pero los soldados entendían el pillaje como una forma añadida de castigo al Sur. El 10 de diciembre de 1864 Sherman llegó al Atlántico tras una marcha de trescientas millas y un daño infligido al sur estimado –señalan los historiadores– en cien millones de dólares. Desde la costa, el objetivo era ahora Savannah. Para defenderla, un ejército confederado, el de William S. Hardee, con unos diez mil soldados, que se retiraba ante la certeza de ser aniquilado si hacía frente al gran ejército de Sherman. El 22 de diciembre Sherman telegrafiaba a Lincoln con la noticia de que Savannah estaba ya en manos de la Unión.

Entretanto los ciudadanos de la Unión elegían presidente. Si habían sido complicadas las primeras elecciones para el presidente Lincoln, las segundas, en 1864, lo serían aún más si cabe. En su contra, la guerra en sí misma, con la magnitud de fallecidos y la sangría económica que la lucha estaba causando a los estados. La maquinaria de guerra era costosísima y, según apreciaba la ciudadanía, poco eficiente, pues tras varios años en guerra no había signos contundentes de que fuera a darse un final victorioso. Entre los oponentes con más posibilidades dentro del Partido Republicano estaba Salmon P. Chase cuyas aspiraciones a la presidencia venían de largo y que además era el rostro que aparecía en el papel moneda federal impreso en 1862 cuando era secretario del Tesoro, un reclamo electoral como ningún otro. No obstante y pese a tener los apoyos necesarios, fue la propia ambición de Chase la que acabó con su oportunidad al hacerse públicas sus maniobras desleales para desplazar al presidente de la nominación en el partido, siendo aún Chase miembro del Gabinete de Lincoln. El presidente no tendría reparos en aceptar la dimisión de Chase. De modo que Lincoln fue, pese a las dificultades de la guerra, de nuevo nominado por su partido, si bien el vicepresidente, Hannibal Hamlin, sería reemplazado por Andrew Johnson, gobernador de Tennessee por el Partido Demócrata. Los republicanos entendían que, al agrandarse el espectro de votantes, se ampliaban las posibilidades de Lincoln en las elecciones. Temporalmente, el Partido Republicano pasó a denominarse Partido de la Unión.

Ahora el principal oponente de Lincoln en la liza electoral de 1864 fue el general George B. McClellan, al frente del ejército de Potomac y reputado general como se vio en varias de las campañas militares durante los años anteriores. Eran bien conocidas las tensas relaciones entre Lincoln y McClellan –que había ganado la nominación por el Partido Demócrata en la convención de Chicago– por la resistencia del oficial a perseguir al enemigo en las batallas, contraviniendo los mandatos de Lincoln al respecto. Por su parte, McClellan desairaba a Lincoln siempre que podía y no hacía nada para ocultar su desdén hacia el político que le daba órdenes. En el proceso electoral Lincoln derrotó a McClellan con el cincuenta y cinco por ciento del voto popular y un margen mayor aún en el Colegio Electoral, con doscientos doce apoyos frente a veintiuno.

1865, EL FINAL DE LA GUERRA

En el inicio del nuevo año de 1865 nada bueno esperaba ya a la Confederación. Todo el valle del Misisipi estaba en manos de la Unión y las fuerzas sudistas apenas podían hacer otra cosa que inquietarse por la disposición de las tropas federales. Ni siquiera las famosas trincheras del ejército de Virginia del Norte eran ya efectivas para detener a los federales de Grant en torno a Petersburg. Desde Savannah, en enero Sherman estaba en condiciones de moverse en cualquier dirección dentro del territorio confederado cuyos soldados, además, carecían ya de víveres, ropa o municiones, pues las líneas de abastecimiento del Sur habían caído. Sherman permanecía en Savannah evaluando sus opciones sin temor a que ningún ejército confederado pudiese atacarle. Decidió que a comienzos de febrero marcharía hacia el norte por la costa atlántica para introducir a sus hombres en Carolina del Norte. Durante esta nueva marcha tomaría las principales ciudades sudistas, seguiría arrasando las fuentes de abastecimiento de las tropas y de la población del Sur. Finalmente se coordinaría con el ejército de Grant en el área de Petersburg para avanzar hacia el sur de Virginia.

Tras su salida de Savannah, el principal enemigo de Sherman era el propio terreno: complicado, recorrido por ríos y tierras enfangadas. De las tropas enemigas sólo podía decirse que estaban muy mermadas: treinta mil soldados confederados comandados por Johnston, y otros diez mil que habían conseguido escapar de la guarnición de la ciudad, procedentes del ejército del Tennessee derrotado en Nashville en diciembre, además de algunos contingentes aislados de la caballería y de la milicia rebeldes. Columbia, la capital de Carolina del Sur, que no pudo resistir una vez sus líneas de ferrocarril fueron cortadas, cayó el 18 de febrero. La actuación de los soldados en Columbia superó en violencia a la de Savannah –relativamente moderada para los usos de Sherman en la marcha hacia el mar– siguiendo las pautas de pillaje y destrucción empleadas en Georgia. Carolina del Sur era el icono de los rebeldes para los soldados federales, pues se consideraba que había sido este estado el instigador de la guerra. Al abandonar Columbia, las tropas dejaron una ciudad en cenizas, y Sherman continuó avanzando hacia Carolina del Norte para encontrarse con las tropas de Grant.

Petersburg sería el escenario más tardío de esta guerra. A finales de marzo de 1865 Lee era consciente de que Grant presionaría con más hombres y recursos para tomarla. Una única línea desde el sur mantenía los suministros que necesitaba el ejército de Lee. De modo que su única opción era atacar al ejército de Sherman, incluso con un número de hombres muy reducido, para evitar el asalto. El día 25 las fuerzas del general confederado John Gordon atacaron sorpresivamente a los federales en Fort Stedman al este de Petersburg, lo que dio ventaja a los atacantes, que pudieron empujar a los unionistas a una segunda línea. Con esta acción se intentaba retrasar a las tropas de Grant dando margen a Lee para que, hacia Carolina del Norte, contactara con las tropas de Johnston. Pero el contraataque de los federales destruyó el frente rebelde, cuyas pérdidas se elevaron a unos cinco mil hombres.

Así, el 29 de marzo la caballería de Sheridan y el grueso de las tropas de Grant atacaron el flanco derecho de Lee en Five Forks. Con el resultado esperado, esta batalla podía haber sido la que diera fin a la guerra. Pero Lee actuó, enviando con éxito a las tropas al mando de George Pickett para hacer frente al asalto de Sheridan, a la espera este de los refuerzos que Grant le enviaba bajo el mando del general gobernador Warren. La batalla por Five Forks fue muy encarnizada, pues Sheridan se empleó a fondo para aniquilar la fuerza de Pickett y tomar la línea central de abastecimiento del Sur. Desde

Washington la prensa fue informada del éxito inminente de la Unión, que consideraba ya fuera de juego a los confederados. La batalla de Five Forks sería narrada por el reportero de guerra George Alfred Townsend para el periódico *World* de Nueva York, como un choque con fuego cruzado y directo, con explosiones de pólvora, terror y desesperación en el bando rebelde. La captura de trece banderas sudistas fue noticia central en el *New York Herald,* que identificó el simbolismo de esta hazaña con la victoria definitiva. Tras la derrota sudista en Five Forks, Grant ordenó a Sheridan que bombardease Petersburg y asaltase sus líneas.

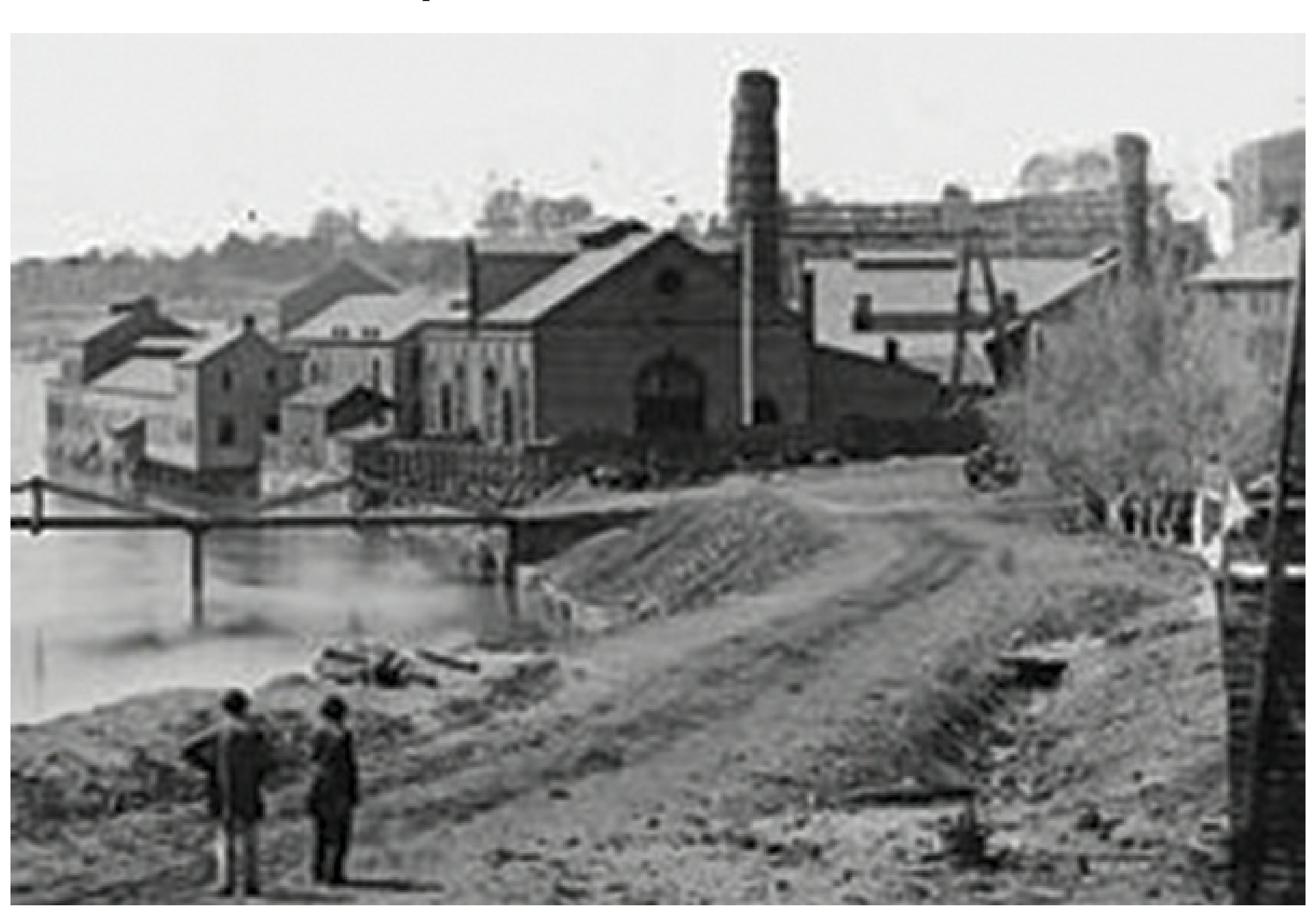
Durante el asedio a Richmond, la Confederación había echado mano de todo aquel que pudiera tenerse en pie para defender la ciudad. Las baterías artilleras rebeldes mantenían la línea de defensa sobre la que Grant lanzó su asalto definitivo el 2 de abril. Puesto que Petersburg estaba perdida, Lee decidió abandonar la ciudad e informó al presidente Davis de la situación y sus planes antes de salir de Petersburg hacia el oeste, al frente de una tropa diezmada y mal pertrechada con el fin de reunirse con el ejército de Johnston. Entonces, Lee dirigió su ejército hacia Danville, Virginia, donde el presidente Davis planeaba instalar al Gobierno de la Confederación. La decisión del cese total de hostilidades no correspondía a Lee sino al presidente y, si bien el general sabía que todo intento de seguir luchando era infructuoso, como militar esperaba órdenes de su comandante en jefe, Davis. El 3 de abril, a veinte millas de Petersburg, en Amelia Court House, Lee esperaba un respiro y provisiones para sus hombres, que llevaban varios días sin comer. Sin provisiones ya no podía mover a los soldados, de modo que esperó un día buscando alimento por la zona. Este imprevisto puso al ejército de Lee en un gran peligro, al albur de ser atacado por las tropas de la Unión desperdigadas por la zona.

El 5 de abril, con la caballería de Sheridan prácticamente encima de los soldados rebeldes hambrientos, Lee tuvo que dar orden de moverse, pues no hacerlo hubiera sido suicida, pero su movimiento ya había sido taponado por la infantería y la caballería de la Unión. Para no enfrentarse directamente con los federales, Lee mandó a las tropas virar hacia Farmville, donde esperaba obtener comida y provisiones. Muchos de quienes marchaban en las lentas columnas de Lee cayeron por el camino, exhaustos. Los federales les presionaban cada vez no permitiendo ya que los restos del ejército de Virginia del norte escapase una vez más. El 6 de abril las fuerzas unionistas sobrepasaron a las divisiones de John Gordon y capturaron los vagones de tren que protegían con las provisiones destinadas a los soldados de Lee. En esta batalla la Confederación perdió siete mil hombres. Quedaban ahora unos quince mil en total, armados sólo con sables y mosquetes, frente a la infantería y caballería de la Unión, con ochenta mil unidades.

El día 7 en Farmville, los supervivientes del ejército de Lee pudieron comer por primera vez en muchos días, y Lee les volvió a situar en el campo de operaciones, forzándoles a cruzar el río Appomattox y quemando los puentes tras él. Pretendía cazar a Grant en la retaguardia. Sin embargo, era Grant quien aún le seguía los talones a pocas millas. Grant envió a Lee una invitación para que se rindiera, que el general confederado rechazó. Aún tenía la esperanza de conseguir llevar a sus hombres hasta la estación de tren de Appomattox donde podría abastecerles y encaminarse hasta Danville. El día 8 Grant forzaba a Lee hacia otra acción en la retaguardia con el fin de preservar los vagones de abastecimiento, en tanto la caballería de Sheridan sobrepasaba a Lee por el flanco sur y llegaba a la estación de Appomattox, para capturar sus vagones de aprovisionamiento. Cuando el ejército de Lee alcanzaba Appomattox Court House, la propiedad de un granjero llamado Wilmer McLean, a pocas millas de la estación de Appomattox, pudo contemplar toda la fuerza de Sheridan

desplegada. La desigualdad entre los contendientes era tan grande que Lee dio por perdida ya cualquier posibilidad de acción. No quedaba más opción que rendirse y evitar con ello la muerte segura de los últimos miles de soldados que aún tenía el Gobierno de la Confederación. De modo que el 9 de abril –en el llamado *Palm Sunday*– un general Lee uniformado con sus mejores galas, incluido el fajín rojo, botas con espuelas, guanteletes de color gris y una espada enjoyada regalo de unas damas admiradoras de Inglaterra, fue al encuentro de Grant para discutir los términos de la rendición. Para Robert Lee aquel episodio –confesaría él mismo al general Gordon– significaba morir mil veces. La capital, Richmond, no iba a tardar en caer.

La noticia de que el Gobierno confederado abandonaba la ciudad corrió como la pólvora. Las propias autoridades locales quemaban y destruían los edificios y recursos de la ciudad para evitar que cayeran en manos del enemigo. El fuego podía contemplarse a muchas millas de distancia. La capital, tras largos meses de asedio, había quedado colapsada antes de ser ocupada por las tropas de la Unión el 3 de abril, en un caos indescriptible.



La fábrica de acero de Tredegar, en Richmond, era un punto logístico fundamental para el Sur antes de la guerra. Armas y municiones salían de sus hornos para abastecer a los ejércitos confederados.



En abril de 1865 Tredegar había sido arrasada por la guerra. Richmond quedó sumida en el caos y consumida por el fuego que las propias autoridades locales provocaban para evitar que los recursos cayeran en manos del enemigo.

Davis –diría su personal más allegado– parecía no reaccionar a las llamadas de Lee para que evacuase y saliese de la ciudad, y hasta el día 2 de abril no dio las órdenes pertinentes. El presidente insistía, eso sí, en sacar a su familia de Richmond al considerar que la preocupación por su suerte entorpecía su función presidencial. Pero Varina, la esposa, se negaba a marcharse sin él. A Davis le producía pavor que Varina y sus hijos cayeran en manos de grupos descontrolados y proporcionó a su mujer un arma, enseñándole a cargar y disparar. Varina y sus cuatro hijos, de entre nueve años y nueve meses, acompañados de algunos familiares salieron finalmente de Richmond, junto a tantos otros refugiados adinerados, que intentaban coger un tren en Danville. Cuando los funcionarios se pusieron manos a la obra para la evacuación del Gobierno, una de las primeras tareas fue la de hacer una pira frente al Capitolio con el dinero confederado nuevo, que aún carecía de la firma de curso legal. Al amanecer del día 3 de abril la ciudad había quedado sin protección ni apenas autoridades, los prisioneros federales ahora libremente circulando por las calles. La ley y el orden habían dejado de existir.

La entrada de los soldados unionistas, uniformados y en perfecta condición, no fue menos impactante para la población de Richmond que la desbandada de las autoridades, el fuego, las explosiones y el pillaje que sufría la ciudad en las últimas horas. La caballería de la Unión, compuesta por soldados negros, tomaba las calles circulando por aquellas que estaban libres de fuego. Se designó al brigadier general George F. Shepley, que ya lo había sido tras su captura en Nueva Orleans en 1862, gobernador de Richmond, y se organizó a las tropas de la Unión para que controlasen el fuego. Al día siguiente el presidente Lincoln entraba en la ciudad y una semana más tarde Lee rendía


sus tropas ante Grant en Appomattox Court House. Un mes después Davis era hecho prisionero en Georgia.

Paz y rendición

Los intentos de plantear las bases para una negociación de paz, llevados a cabo en el verano de 1864 con las iniciativas de Horace Greeley en Niagara Falls y del exsenador Blair en Richmond en enero de 1865, habían fracasado, y a comienzos de 1865 los políticos del Sur comenzaban a percibir que era indispensable definir la forma en que debería llegarse a un estado de paz lo menos lesivo posible para sus intereses. El camino hacia la paz en esta guerra civil había sido estéril sobre todo porque los intentos de aproximar posturas para comenzar a hablar topaban con el escollo del reconocimiento de las partes. Con todo, en ambos Gobiernos existían partidarios de preparar las negociaciones de paz con toda la anticipación posible. Tanto que, en 1861, ya se habían formado comisiones de paz. La documentación recogida por los historiadores muestra la existencia en el Congreso de la Confederación de seis resoluciones de paz impresas durante los años de la guerra. Pero sin duda los detractores de una salida negociada a la guerra en ambos Gobiernos eran más numerosos que sus partidarios.

El único intento sustancial en el campo de las negociaciones de paz corresponde, en las semanas previas al fin de la guerra, a la Conferencia de Hampton Roads, el 3 de febrero de 1865, en la que participó el propio presidente Lincoln y que, aunque fallida, estableció muchos de los principios que regirían las condiciones de la rendición y la restauración en la paz. Esta conferencia sería en su interpretación bastante significativa a propósito del estado puntual de la guerra y de los Gobiernos. La Conferencia de Hampton Roads es hoy interpretada de modos muy diversos: por unos como una muestra del liderazgo de Lincoln, por otros como una maniobra del presidente para elevar las expectativas de la población del Sur en relación a la paz y luego, defraudándolas, perjudicar al Gobierno de Davis. Desde luego las posiciones de Lincoln, restauración de la Unión y erradicación de la esclavitud, eran, en tanto principios inconmovibles, premisas incómodas para iniciar un proceso de negociación.

Lincoln realizó el viaje hacia Hampton Road, primero en tren hasta Annapolis y luego en el vapor *Thomas Colyer* hasta Fort Monroe, pues en el Potomac había aún peligrosas placas de hielo que aconsejaban evitarlo. La noticia del viaje de Lincoln fue críticamente valorada por el Gabinete del presidente en Washington. Para muchos republicanos el mero hecho de ir al encuentro de los comisionados era tanto como reconocer a la Confederación. El 2 de febrero Lincoln llegaba a Hampton Roads, cerca de Fort Monroe. Los comisionados le esperaban ya con Seward a bordo del *River Queen*. La reunión, que tuvo lugar el día siguiente, se abrió con un tono amistoso. El hecho de que Lincoln y Stephens fuesen viejos conocidos de su etapa *whig* en el Congreso ayudó a favorecer una atmósfera cordial. El presidente y su secretario de Estado Seward se entrevistaron con tres autoridades confederadas; el vicepresidente, Alexander H. Stephens, el senador Hunter por el estado de Virginia y el vicesecretario de Guerra, J. A. Campbell. La Conferencia de Hampton Roads duró cuatro horas y no se redactó ningún memorándum, acordándolo así las partes. Las conversaciones fueron reproducidas de memoria tras el evento en el que no se llegaría a ningún acuerdo relacionado directamente con la paz. Para Lincoln, el margen de negociación era prácticamente nulo pues ni siquiera reconocía la interlocución del Gobierno confederado. Tampoco consideró el armisticio que le proponía el senador por Virginia Hunter, reflejo de algunas de las inquietudes de los estados de la Confederación en la Cámara de Representantes, de modo que los delegados confederados regresaron

a casa decepcionados. Pero si de algo práctico sirvió la conferencia fue para organizar un intercambio de prisioneros. El proceso de preparación de la conferencia había comenzado a finales del mes de enero de 1865.

En la trastienda unionista, el ala radical del Partido Republicano condenaba el esfuerzo de paz, temiéndose que Lincoln, ahora que la enmienda antiesclavista había pasado el trámite del Congreso, hiciera concesiones al enemigo, en forma de un armisticio por ejemplo, con tal de alcanzar la paz. El *The New York Tribune* señalaba el miedo y la aprehensión de los radicales por lo que entendían era la capacidad del vicepresidente sudista Stephens de llevar a su terreno en las negociaciones a Lincoln y Seward. En las Cámaras se murmuraba sobre la posibilidad de someter a Lincoln a un proceso de *impeachment* y los radicales temían precisamente que se abriesen indagaciones sobre el tema motivadas por la mala fe de algunos congresistas. De manera que tras el infructuoso evento, Lincoln y Seward regresaron a Washington en medio ya de las especulaciones sobre la así llamada «paz secreta». Y a pesar de la negativa de los comisionados a los términos del Norte para el final de la guerra, Lincoln tenía aún esperanzas de que los estados del Sur, o la Administración confederada, reconocieran lo inevitable de su derrota, desmontando su ejército para regresar al seno de la Unión.

El 6 de febrero, con el recuerdo fresco de cuanto se había hablado en Hampton Roads, Lincoln presentaba a su Gobierno un borrador de propuesta para compensar a los propietarios de esclavos de sus pérdidas y, al mismo tiempo, poner fin a la guerra y asegurarse de que el Sur ratificase la Decimotercera Enmienda. El propio Gabinete del presidente estaba atónito por la generosidad de la propuesta de compensaciones para con los propietarios de esclavos y, anticipando la que probablemente sería la reacción del Congreso, le expresó su más rotunda oposición al proyecto, al considerar que semejante liberalidad para con el enemigo causaría efectos adversos en la opinión pública. De modo que Lincoln retiró el borrador en el que se incorporaba el capítulo de restitución económica a los propietarios de mano de obra esclava.

El 10 de febrero Lincoln proporcionaba al Congreso la información solicitada sobre la Conferencia de Hampton Roads. En el Sur, el efecto de las noticias sobre la conferencia fue también significativo. De entrada el presidente Davis se mostró enojado por lo que entendía era una simple negativa de Lincoln hacia la paz, pues el armisticio que les negaba era condición *sine qua non* de los sudistas. Tras regresar de la conferencia de paz los comisionados confederados, el Congreso de la Confederación emitió una resolución –*Joint Resolution*– informativa y declarativa a propósito del frustrado evento, sugiriendo la responsabilidad de la Unión de no llevar adelante ninguna negociación con los estados de la Confederación, así como su intención de aplicar todas las ventajas que se le suponen al vencedor sobre el vencido. De este modo, el Congreso confederado no tenía más alternativa que mantener la guerra o someterse a las condiciones de paz que implicaban la ruina y el deshonor. Por ello el Congreso declaraba que continuaría la guerra hasta que el Norte desistiese de su intención de subyugar al Sur y este tuviese certeza del reconocimiento de su independencia. Agradeciendo al pueblo y a los soldados su esfuerzo, el Congreso animaba a la gente a renovar en manifestación pública sus votos de apoyo a la causa de la independencia y las libertades, y a apoyar con todos los recursos a su alcance al ejército y a sus familias, confiando plenamente en la justicia de la causa del Sur, concluía.

La rendición de las tropas de Lee se produjo pocas semanas después de la conferencia de paz, en la casa del granjero Wilmer McLean, Appomattox Court House. Un general Lee montando a Traveller, de uniforme y muy acicalado, fue –escoltado por dos oficiales– al encuentro del general

Grant, este en cambio solo y con aspecto agotado. Grant tendió su mano a Lee que se quitó los guanteletes para corresponder al saludo de su rival. A partir de este momento se produjo la ceremonia de la rendición sudista. Seis generales federales entraron en la sala para escoltar al general en jefe de la Unión que en todo momento, y pese a la victoria, evitó ademanes de ostentación. La rendición escenificada ahora era un hecho que Lee y sus oficiales deberían verificar entregando sus armas y a los prisioneros unionistas. Todo el armamento, municiones y material eran ya propiedad capturada por la Unión. Grant permitiría que a los soldados vencidos que así lo deseasen se les entregase un caballo o una mula con los que volver a sus granjas para ponerse a trabajar la tierra. Autorizó igualmente la entrega de provisiones para alimentar a los hambrientos soldados de Lee, gestos ambos que el general derrotado apreció como muestra de conciliación. Tras la firma del documento de rendición Lee y Grant volverían a saludarse, el primero inclinándose en señal de acatamiento a la autoridad del segundo antes de abandonar la sala. En la ladera de la colina el zarrapastroso ejército de Lee aguardaba las noticias.



Lee, de uniforme y muy acicalado, fue al encuentro del general Grant, que le tendió su mano. Lee se quitó los guanteletes para corresponder al saludo de su rival, momento a partir del cual se procedió a la ceremonia de la rendición sudista.

El 12 de abril se requisaron las armas de los soldados que aún integraban el ejército de Virginia del norte, a quienes se entregaron salvoconductos para regresar a casa. En Fort Sumter, donde se había producido el estallido inicial de la guerra, se izó la bandera americana que se había arriado cuatro años antes. Ese mismo día por la noche Lincoln era asesinado en el teatro Ford de Washington. Pero aunque la más significativa para el relato histórico, la de Lincoln no fue ni mucho menos la última baja de esta guerra pues en los días y las semanas siguientes, y aunque se había puesto fin a la guerra y con ella a la Confederación, seguía habiendo escaramuzas y refriegas. En algunos casos las noticias tardaban en llegar y en otros los oficiales rebeldes se resistían a reconocer la evidencia de la derrota. Tres oficiales confederados, Johnston, Smith y Watie, se mantuvieron batallando contra la Unión durante dos meses y medio.

El presidente Davis y su Gobierno habían dejado Richmond ante la inminente captura un día antes de que cayera la ciudad, advertidos por el propio Lee. Davis abandonó la ciudad hacia Danville, Virginia, arropado por seguidores y llevándose las reservas de oro confederado, más de quinientos mil dólares, además de billetes de la banca confederada, bonos negociables y joyas. Semejante ajuar serviría para sostener –pensaba Davis– la nueva capital confederada y mantener la lucha por la independencia del Sur. Pero el 10 de abril, habiéndose Lee rendido, el Gobierno de Davis se dispersó para evitar caer en manos federales. El propio Davis se encaminó hacia Georgia para reunirse con su familia y desde allí viajar a Texas o México, donde se refugiaban algunos simpatizantes de la Confederación. Cuando el Gobierno llegó a Danville, faltaban más de cien mil dólares de la suma inicial desplazada desde Richmond. Aunque la historia nunca llegaría a demostrarlo, el rumor popular que acompañaría siempre al expresidente fue que había sustraído en beneficio propio la cantidad que faltaba.

El Gobierno federal no podía consentir la huida de Davis que el 10 de mayo fue detenido en Irwinville, Georgia, por el 4.º Destacamento de la Caballería de Michigan. Junto con su familia fue conducido a Macon, Georgia. Allí, sin abandonar su actitud altiva y desafiante tendría que oír a los soldados cantar una tonada en la que se decía que Davis sería colgado de una rama de un manzano. El día 22 de mayo Davis –que se resistía y hubo de ser reducido por sus carceleros– fue encarcelado con grilletes en Fort Monroe, Virginia, donde permaneció durante casi dos años privado del derecho a juicio y custodiado por soldados que tenían orden de no dirigirle la palabra. Fueron meses trágicos para Davis, cuyo estado físico y mental se deterioró. Sin embargo se le mantuvo con vida proporcionándole los cuidados necesarios. Su familia había conseguido trasladarse a Savannah, en el Sur profundo, pero el acoso de los exsoldados de la Unión del que eran objeto los hijos de Davis movió a la esposa, Varina, a enviarlos a Canadá con su familia, en tanto ella permanecía cerca de su esposo, moviendo sus contactos para procurar su excarcelación.

6

La marcha de los frentes internos

Dos Estados, dos presidencias

El 21 de enero de 1861 –con el estado de Misisipi a punto de la secesión– Jefferson Davis hizo un discurso de despedida en el Senado federal en el que argumentaba el derecho de un estado a su autodeterminación o, lo que es lo mismo, a separarse de la Unión. Este discurso puede ser considerado el primero del que sería pronto el presidente de la nueva Confederación. En la primera reunión de los estados secesionistas –en Montgomery, Alabama, el 4 febrero de 1861–, se adoptó la Constitución de los padres fundadores de 1787 a modo de texto provisional que había de regir en el nuevo Estado confederado. Pero era preciso adaptar el texto a la situación exigida por los confederados, por lo que se hicieron cambios en el sentido de fortalecer a los estados frente al poder federal, reforzándose por ejemplo los puntos que apoyaban la institución esclavista.

Así la Constitución confederada en su artículo IX, sección 4, hacía prohibición expresa de emitir ley alguna que negase el derecho a poseer esclavos negros, si bien en las secciones 1 y 2 prohibía la importación de negros desde cualquier Estado extranjero, limitándola a los estados de los territorios estadounidenses, y otorgaba poder al Congreso para prohibir la introducción de esclavos de cualquier estado que no fuera miembro o territorio perteneciente a la Confederación. En el artículo IV se garantizaba el derecho de los ciudadanos a viajar con sus esclavos sin riesgo alguno a que les fueran incautados. Se negaba el derecho a la libertad de los esclavos en el caso de huir y refugiarse en territorio libre de esclavitud, y daba vía libre al reconocimiento de la esclavitud en aquellos nuevos territorios que se incorporasen a territorio confederado. El horizonte de las nuevas conquistas extracontinentales, en las islas del Caribe por ejemplo, pretendía ser justificación para este punto de la Constitución.

Los nuevos congresistas de la Confederación no habían sido elegidos por un cuerpo de electores sino que eran delegados previamente designados por los estados, algo que no impidió al nuevo Congreso confederado asumir formalmente un carácter democrático previo a las elecciones previstas para otoño de 1861. Una importante dificultad en el funcionamiento de la democracia en el Sur se derivaba de la ausencia de partidos políticos *ad hoc*, pues sólo había miembros del Partido Demócrata y algunos del viejo Partido Whig, que también estaban en el Congreso federal, y por lo tanto en la Unión. Sin embargo, el Sur no consideraba que esta fuera una deficiencia en el sistema previsto para la secesión. Muy al contrario, los legisladores interpretaban que esta era una particularidad que expresaba la identidad política del Sur y uno de los motivos de identidad que

impulsaban la vida pública de los estados rebeldes. Pero desde sus inicios el Gobierno de Richmond, respaldado por esta forma de democracia limitada, carecía de la fortaleza y capacidad de decisión de las que hacía gala el Gobierno de Washington. Jefferson Davis fue desde los comienzos de su mandato un político de acción muy limitada por la propia esencia de la Confederación, ya se ha dicho, lo que no obsta para que fuera proverbial su carácter imperativo o autoritario. Davis tomaba prácticamente solo todas las decisiones. Así que su mayor dificultad durante la guerra fue controlar a los estados de la Confederación. El Gobierno confederado quedaba limitado por las decisiones de las Cámaras estatales hasta el extremo de que nunca llegó a haber consenso para establecer una Corte Suprema o institución similar. Con el fin de asegurar que los estados confederados mantuvieran todos sus derechos, el Gobierno estipuló que no podrían establecerse tarifas proteccionistas, se restringieron todo tipo de impuestos, los directos y los de exportación, así como las inversiones en infraestructuras, ciñéndose el Gobierno a las imprescindibles, como era el dragado de los ríos. Se permitió a los estados tener sus propios ejércitos y se les otorgó poder para hacer enmiendas a la Constitución nacional. De hecho la Constitución establecía que los estados podían negarse a que sus milicias entrasen en guerra a demanda del Gobierno confederado.

El Gobierno de Richmond no tuvo más remedio que presentar en 1862 una ley, la *Conscription Act,* que dictaba la creación de un ejército nacional compuesto de jóvenes soldados, contraviniendo así el deseo de libertad de los estados también en este particular asunto. La escasez de soldados de tropa llevó a tener que ampliar la recluta también a los varones de mediana edad. Los soldados resultaban ser por lo general ciudadanos con escasos recursos puesto que la ley excluía de la leva a los propietarios de grandes fincas y a sus familias, que eran considerados esenciales para mantener activas las explotaciones y controlada la mano de obra esclava. De modo que la leva forzosa afectó principalmente a los granjeros pobres que no tenían esclavos en propiedad. En este como en otros aspectos de su vida pública, el Sur guardaba aún muchos de los viejos resabios de la organización política y social europea.

La elección de Davis por aclamación, en febrero de 1861, fue provisional hasta poder llevarse a cabo una elección con todas las garantías constitucionales. En abril fue nombrado además comandante en jefe. Davis organizó entonces su Gobierno pensando sobre todo en personas leales a la Confederación y teniendo en cuenta que las diversas sensibilidades regionales tuvieran representación en él. A pesar de lo cual ya en su primer Gabinete tuvo serias dificultades de entendimiento con varios de los secretarios. El Gabinete presidencial estaba aquejado de crisis permanente y las Secretarías en constante baile de secretarios durante la guerra por el afán de Davis en imponer siempre su parecer. Fue en abril de 1861 durante la crisis de Fort Sumter, al trasladarse la capital de la Confederación desde Montgomery, Alabama, a Richmond, Virginia, cuando comenzaron realmente las tareas del Gabinete.

En el territorio de la Unión, a la división interna en el propio Gabinete del presidente Lincoln se unía la desconfianza e incluso hostilidad de una parte amplia del Congreso, además de las dificultades del proceso electoral en plena guerra. Pese a haber pasado a la historia como uno de los mejores presidentes que haya tenido el país y sin duda el más emblemático, Lincoln tuvo, durante sus dos mandatos presidenciales, no pocos enemigos políticos y obstáculos que sortear, unidos a los que concernían a la guerra. Dentro del propio Partido Republicano su nominación a la presidencia había contado con el apoyo de quienes más tarde le acompañarían en el cargo, que no obstante tenían, sobre los asuntos centrales del gobierno, opiniones no siempre coincidentes con las del

presidente. Pero a diferencia de Davis, Lincoln sí escuchaba y reflexionaba a propósito de las opiniones de sus secretarios y asesores en el Gabinete.

De entre las batallas políticas que hubo de afrontar la Administración presidencial la más dura fue la concerniente a la Proclamación de Emancipación. La preparación del documento se realizó en el verano de 1862, pero tanto Lincoln como el secretario de Estado William Seward decidieron esperar a que se produjera un éxito militar relevante para dar a luz el documento. Dicho evento fue la victoria federal en la batalla de Antietam en septiembre de 1862. No obstante, a finales de año se dio la primera gran crisis de gobierno. La derrota de Fredericksburg y las malas expectativas con respecto al proceso electoral en curso proporcionaron a sus más críticos razones de peso para instar al presidente a un cambio de Gobierno que recondujera la situación bélica hacia una pronta victoria de la Unión. Pese a su buena mano para acallar las polémicas en torno al Gobierno, a lo largo de la guerra Lincoln varió la composición del Gabinete.

El asunto político más discutido fue la adaptación de la justicia federal a las exigencias de la guerra, que Lincoln solventó mediante la controvertida supresión del derecho de hábeas corpus. En 1863, tras vulnerarse de modo reiterado a causa de las detenciones de ciudadanos realizadas por el ejército, el Congreso acabó aprobando una ley que autorizaba la suspensión del derecho constitucional de hábeas corpus. Para entender el origen de la disputa en torno a la suspensión de este derecho es preciso situarse en el comienzo de la guerra cuando Lincoln pidió voluntarios para responder a la secesión de los estados del Sur y comenzaron a llegar contingentes de soldados de todas las regiones hasta la capital. Cientos de voluntarios de Pensilvania y Massachusetts tenían que viajar hasta Washington haciendo transbordo en la línea ferroviaria pues no existía aún la línea directa. De modo que primero se apeaban del tren y, caminando por Baltimore, Maryland –estado fronterizo con el sur–, intentaban alcanzar el convoy que les había de transportar hasta la capital. En este trayecto a pie los futuros soldados fueron apedreados por los simpatizantes de la secesión y abrieron fuego contra los ciudadanos y manifestantes de Baltimore que, a su vez, respondieron con armas. El saboteo de infraestructuras y vías de comunicación no se detuvo ya durante toda la guerra.

Lincoln enfrentó el problema activando el privilegio presidencial de suspender el derecho de hábeas corpus cuando así lo recomendase el mantenimiento de la seguridad pública, amparándose en la cláusula de la sección 9 del artículo I de la Constitución. Pero no contaba con topar con la hostilidad del Congreso y del juez Taney. El Congreso se mostró reacio a respaldar la orden presidencial y el juez Roger B. Taney, miembro del Tribunal Supremo, que ejercía temporalmente sus funciones de juez en la ciudad de Baltimore, emitió una resolución como juez de circuito por la que se ordenaba que John Merryman –un detenido por saboteador– debía ser puesto en libertad inmediatamente. Taney estimaba que según la Constitución de los Estados Unidos el presidente no podía suspender el mandamiento de hábeas corpus ni autorizar a los oficiales militares a que lo hicieran, pues sólo el Congreso tenía dicha potestad. Correspondía a la justicia ordinaria y no a la militar juzgar conforme a derecho a los civiles que violasen las leyes de los Estados Unidos, siendo obligación de los militares exclusivamente entregarlos a la justicia ordinaria. La reacción de Lincoln fue reafirmarse en la orden a los militares, ignorando cualquier opinión contraria a la suspensión de hábeas corpus. La ley que suspendía el hábeas corpus se aprobó finalmente en 1863 y tuvo el efecto de que, en los últimos meses de la guerra sobre todo, proliferaran las delaciones y las acusaciones de conspiración de ciudadanos corrientes contra el Gobierno y, con ellas, los juicios sumarios y consejos de guerra para civiles. Sus opositores defenderían que los tribunales militares no tenían jurisdicción


sobre los ciudadanos allí donde la justicia civil funcionara con normalidad.

ACTIVIDAD, TASAS Y BANCA

En la cuestión de la economía del país sumido en la guerra, los dos bandos se comportaron de manera distinta. El Departamento de Guerra confederado tuvo serias dificultades –legislativas– para encontrar argumentos de peso a la hora de recabar de los estados fondos necesarios para el esfuerzo de guerra común. Ninguna instancia central –amparados los estados en una Constitución que anteponía los intereses de los estados a los de la nación– ejercía sobre ellos la presión suficiente como para que aportasen los fondos necesarios para la guerra. De modo que los obstáculos de la política encaminada a financiar la guerra en la Confederación fueron mucho más altos que los que pudieron verse en la Unión. Los recursos humanos y armamentísticos fueron hasta cierto punto un capítulo inicialmente bien resuelto en la Confederación, que no tuvo dificultades en reclutar voluntarios ni tampoco en conseguir que la industria armamentística –fabricantes en Alabama, Georgia y sobre todo de la industria armamentística de Tredegar en Richmond– rindiera lo suficiente en los primeros años de la guerra.



La Confederación hubo de solicitar préstamos para financiar la guerra, pero la moneda confederada carecía del respaldo internacional del dólar federal. Al final de la guerra este billete de cincuenta dólares confederados no tenía ningún valor.

Cosa bien diferente sería la cuestión del dinero y los préstamos bancarios. Los impuestos, los bonos y el papel moneda se convirtieron en las principales fuentes de la financiación confederada. Con anterioridad a la guerra en los Estados Unidos la economía funcionaba con monedas de oro y plata, pero durante la guerra hubo de echarse mano –como suele ser habitual– de papel moneda carente del respaldo de metales preciosos atesorados. Era bien conocida la suspicacia de los estadounidenses hacia el papel moneda, tanta como su desinterés en depositar el oro y la plata en los bancos. De modo que al comenzar la guerra no existían –tampoco en el sur– fondos en instituciones bancarias suficientes para respaldar los elevados préstamos que los Gobiernos necesitaban. El intento de gravar la propiedad en un cincuenta por ciento fracasó, principalmente por la negativa de los

propietarios a aportar las cantidades requeridas, pero sobre todo por la ausencia de registros de propiedad veraces que hicieran viable el inicio del proceso. El impuesto sobre la exportación del algodón que estableció el secretario confederado Christopher Memminger se propuso en un momento en que el bloqueo obstaculizaba el comercio impidiendo la salida de mercancías. Y por lo que se refiere al sistema de bonos, el sur tampoco llegaría a recaudar dinero suficiente, acabando convertidas en basura las diversas emisiones, un total de más de ciento cincuenta millones de dólares. Sí tuvieron éxito en cambio estos bonos en Inglaterra, oficiosamente valedora de la Confederación, al menos hasta los meses previos a la derrota definitiva de la Confederación en 1865.

Comparativamente, en volumen de recursos materiales y humanos, la Unión contaba con algunas ventajas de partida inexistentes en el Sur. De entrada le favorecía una red de infraestructuras y comunicaciones más tejida y conectada, pues el funcionamiento del sistema de transporte ferroviario fue decisivo en el desarrollo de la guerra. Si bien ha quedado ampliamente demostrado que los confederados se enorgullecían de sus modernos ferrocarriles y que las compañías europeas habían invertido en él grandes sumas de dinero durante la década previa, la red del norte era más densa. La Unión aportaba el setenta por ciento del total de las millas de ferrocarril del país. Y no menos importante fue para los federales la posibilidad de construir barcos a resguardo en los astilleros de Nueva Inglaterra, lo que les proporcionaba una buena marina de guerra –frágil en el inicio de la contienda– y el refuerzo de su marina mercante que, pese a los avatares, logró sobrevivir a la coyuntura de la guerra.

El Gobierno federal de los Estados Unidos respaldó el esfuerzo de guerra con el Tesoro Nacional y gracias al apoyo de las instituciones bancarias que controlaban dos tercios de la riqueza de la nación. También vendería bonos que funcionaron mucho mejor que los confederados, y fue capaz con cierto éxito de elevar los impuestos indirectos sobre mercancías y servicios para dotarse de los recursos que se iban necesitando. Al igual que hizo el Sur, el Norte emitió papel moneda –*greenbacks*– que, no estando respaldado por reservas de oro sino por el crédito gubernamental, dio fluidez a la economía. El Gobierno federal adquiría grandes deudas en la banca nacional e internacional, pero como era capaz de ir reintegrando los créditos con fluidez los prestamistas veían su dinero asegurado y continuaban dándole nuevos préstamos.

Como suele suceder cada vez que se imprime papel moneda sin respaldo monetario, la masiva producción de billetes en la Confederación provocó una drástica inflación, muy alarmante en el tramo final de la guerra. El valor del dólar confederado caía y los precios de los productos alimenticios básicos se disparaban hasta hacerse inaccesibles para la mayoría de la población. Ya en 1862 se habían dado levantamientos populares: las mujeres de Richmond habían marchado por las calles al grito de «pan o sangre». Esta forma de inflación expresaba en el último año de la guerra la incapacidad del Sur para afrontar la carga económica de la guerra. Y puesto que además la mayor parte de los escenarios de la guerra tuvieron lugar en las regiones del Sur, se hizo palmaria la destrucción: al contemplarse el paisaje de las plantaciones y de la propiedad aniquilado, en un panorama de desolación y de pobreza que se extendía por los condados de los estados que apenas cinco años antes eran lugares habitables y prósperos. Incluso en la mencionada prosperidad inicial, la escasez fue un problema en el Sur. Escasez referida a todos los ámbitos de la vida cotidiana, en la ropa o en los uniformes militares. Los soldados confederados no tenían prendas de abrigo en la primera campaña de invierno a finales de 1861 e inicios de 1862. El Sur, algodonero, carecía de la lana que, en situación normal les llegaba del comercio con las regiones del norte. De modo que ahora

la gente donaba a la causa de la guerra sus prendas personales de lana y en los hogares hubo de echarse mano de alfombras y tapices para fabricar la propia ropa de abrigo necesaria en la temporada más fría. También escaseaban los zapatos pues muchos cargamentos de manufacturas no llegaban por el bloqueo naval.

Los bancos extranjeros dudaban de la capacidad de las fábricas para devolver los préstamos y eran reacios a concederles dinero. El bloqueo había ahogado las importaciones y evitaba además que los cultivadores pudieran exportar sus mercancías. Algunos cargamentos de algodón y tabaco lograban salir salvando el bloqueo pero en mucho menor volumen de lo habitual. A falta de ingresos, ni los granjeros ni los plantadores podían pagar unos impuestos a los que ya de por sí eran muy reacios, por lo que el Gobierno confederado tampoco podía obtener ingresos. Además, la institución esclavista comenzó, tras el primer año de guerra, a ser la razón esgrimida para negar los préstamos de fondos por parte de los Gobiernos extranjeros. Finalmente, los bonos comprados por los ciudadanos, –ciento cincuenta millones de dólares– nunca fueron pagados por el Gobierno emisor, en buena medida porque para cuando venció el plazo de su reintegro carecían ya de valor.

La guerra en cambio sí estaba impulsando los sectores industriales de las regiones del país que ya contaban con una industria eficaz y competitiva. Los datos sobre la riqueza de los estados del norte son la evidencia de que la mayor parte de las actividades de la industria crecieron durante los años de la guerra. Sin embargo, no resulta tan sencillo sostener la relación directa entre guerra y dicho crecimiento, pudiendo ser igualmente veraz que la guerra actuara frenando o retardara las posibilidades reales del crecimiento industrial que ya estaba en curso desde la década de los años cincuenta. Las bases industriales del norte eran no obstante sólidas. De los casi ciento treinta mil establecimientos industriales estadounidenses en 1860, unos ciento diez mil y más del noventa por ciento del valor anual total en dólares producido por las industrias del país en el inicio de la guerra quedaron en territorio de la Unión después de producirse la secesión. Durante la guerra incluso la producción algodonera, también existente en el norte, dobló allí su magnitud mientras quedaba arrumbada en el Sur. También experimentó un notable crecimiento la potente industria del cuero y el calzado, gracias a los contratos con el ejército. El resto de los sectores de la actividad industrial del territorio federal: carbón, acero, herramientas pesadas y ligeras, armas, municiones... se comportaron de igual manera: creciendo exponencialmente.

El acicate tecnológico alentaba la producción al extremo de que en 1864 el índice de las manufacturas en la Unión se había incrementado en un trece por ciento en relación al de 1860. El Gobierno federal estaba impulsando la renovación en la industria por medio de los contratos que firmaba con las empresas. El despegue de la industria de la ropa y el calzado, bajo los novedosos sistemas de máquinas de coser, fue espectacular, como también lo sería el desarrollo de las técnicas industriales para la conservación de los alimentos, que el Gobierno federal impulsaba con el fin de alimentar a los soldados en campaña. En la guerra tuvo gran utilidad por ejemplo la técnica de la leche condensada, inventada por Gail Borden en 1856, y mejorada durante estos años.

De la prosperidad de la industria, pese al estancamiento de algunos sectores de la producción pesada, se benefició también la agricultura en el Norte, cuyos resultados eran boyantes. En los estados de la Unión, la prosperidad agrícola era fruto de su temprana tecnificación. Las herramientas agrícolas, como el arado de acero de John Deere o la segadora de Cyrus McCormick en Chicago, facilitaron que durante la guerra se mantuviese una revolución agrícola que permitía reducir el empleo de mano de obra, aprovechando a los trabajadores para la tropa. La segadora por ejemplo

hacía el trabajo manual de veinte hombres, de modo que la industria no tardó en ser consciente del rédito de invertir en investigación para la mejora de la producción agraria. De este modo por ejemplo, Chicago durante la guerra se convirtió en un centro de actividad nacional e internacional dedicado a la producción agraria, industrial y al comercio de sus productos. Ganadería, agricultura y producción industrial se aliarían creando una forma de actividad novedosa y muy rentable.



Durante la guerra el Gobierno federal reformó el sistema bancario y financiero del país. En 1861 veía la luz el primer billete, de diez dólares, impreso por el Tesoro federal con respaldo gubernamental.

Para financiar la contienda el Gobierno de la Unión recurrió a los préstamos bancarios y a los bonos de guerra. Entre 1862 y 1863 menos de una cuarta parte de las necesidades federales podía cubrirse con los impuestos, de modo que para atender a las dos cuartas partes restantes, el Congreso autorizó al Tesoro a que imprimiera billetes que no estaban respaldados por las reservas de oro. El Tesoro llegaría a imprimir más de doscientos cincuenta millones de los ya mencionados *greenbacks,* a la vez que mantenía la impresión de billetes garantizados por el oro federal. Con ello cubría casi el veinte por ciento de las necesidades de efectivo. Pero aún quedaban por atender más de la mitad de las exigencias de recursos económicos en razón de la guerra. Las cantidades correspondientes se obtuvieron del capítulo de préstamos públicos, por ejemplo de las obligaciones del Gobierno federal, algo más de dos billones y medio de dólares al final de la guerra. Los mercados financieros respondían bien a las demandas de la Unión. En 1862 el Congreso dio luz verde al nacimiento del sistema bancario nacional (1863) a partir de un programa de reformas impulsado por los *whigs* y los republicanos, que preparó el *Legal Tender Act,* para la emisión de los ‘billetes verdes’ o *greenpapers*. En 1860 más de mil quinientos bancos emitían más de diez mil tipos de moneda. La Ley de Moneda Nacional de 1863 establecía el dólar estadounidense como moneda nacional y los bancos nacionales, ambos sobre normas de carácter federal, creando además un sistema bancario dual, federal y estatal, por el que los bancos podían actuar tanto en el ámbito de sus estados de referencia como en el de la nación.

Las leyes financieras aprobadas durante la guerra cambiaron el sistema monetario estadounidense. La inflación era un problema importante, también en el Norte. Se intentó pues

aplacar mediante la *Internal Revenue Act,* una ley que establecía impuestos para productos de lujo, joyas y tabaco principalmente. Las primeras tasas, de un tres a un diez por ciento se aplicaron en 1861 a los productos de importación de más de ochocientos dólares. Estos ingresos fueron a parar al esfuerzo de guerra.

En el Sur, donde como vimos los impuestos apenas cubrían el diez por ciento de las necesidades, se abusó de la impresión de moneda hasta un tercio del total de los ingresos. Pero, puesto que el Tesoro confederado carecía del prestigio de su homólogo en el norte, obtenía préstamos con altísimos intereses cuyo pago acaparaba la mitad de los ingresos. Así que la inflación se convirtió en un problema técnico irresoluble. A finales de 1861, en el primer año de guerra, la tasa de inflación rondaba el doce por ciento al mes. La sal, el único medio de preservar la carne en aquella época, vio aumentar su precio de los sesenta y cinco centavos el paquete más popular, en mayo de 1861, a sesenta dólares el saco, año y medio más tarde. Otros muchos de primera necesidad se volvieron igualmente inaccesibles: la harina, el maíz, el trigo o la carne se convirtieron en viandas que no llegaban a la mesa de las familias. A la desesperada, las mujeres traficaban, trayendo desde el Norte al Sur productos muy valiosos. Como suele ser habitual en estos casos, proliferaron los acaparadores que acumulaban las mercancías en los almacenes para venderlas luego, en época de escasez, a un alto precio. La inflación en el curso de la guerra en el Sur –por exceso de dinero circulante frente a las escasas mercancías– elevaría los precios hasta el nueve mil por cien, de modo que al final de la guerra el dinero confederado no tenía siquiera el valor del papel en el que estaba impreso. Ni siquiera las victorias militares a mediados de la guerra, que siempre elevaban la moral de los confederados e incrementaban la confianza de los prestamistas en las posibilidades del Gobierno, revirtieron la situación financiera en el sur. En el final de la guerra el dólar confederado no valía nada y la gente debía usar los pocos dólares del Norte que caían en sus manos. El sistema monetario confederado había entrado en colapso.



A pesar de la reducción del comercio, la producción de algodón permitió al Gobierno de la Confederación proveer de armas al ejército. El bloqueo federal intentó con relativo éxito evitar el comercio del Sur con la industria europea.

Pese a la escasez de mano de obra, la situación laboral no se deterioró durante la guerra en el Norte. En realidad en el comienzo de la guerra los asalariados en las fábricas federales no eran una población tan numerosa como podía ser la agrícola. De hecho la agricultura era la actividad principal de la economía en el Norte y los ingresos de sus trabajadores fueron durante la guerra más altos que los del sector de las manufacturas. El conjunto de una maquinaria productiva más grande y eficiente en el Norte favorecía que los recursos se movilizasen mejor y ello controlaba en cierto modo los precios. El Sur, necesitado de importaciones de mercancías, carecía de soluciones alternativas para atajar las carestías puntuales por lo que también se resentía más la economía de precios. Una de las economías más afectadas por la guerra fue la muy próspera del algodón. Producción agrícola principal que abastecía la creciente industria textil europea, durante la guerra la economía del algodón sufrió cambios pero no llegó a sucumbir. Muy al contrario, pese a estar sometida a las alteraciones del modelo de producción y al bloqueo comercial, la economía del algodón se mantuvo incólume fortaleciendo el proceso de recuperación del país a partir de 1865. La actividad del algodón generaba tradicionalmente sumas ingentes de dinero y además garantizaba el sistema de préstamos de la banca

internacional a los Gobiernos estadounidenses de las décadas previas a la guerra. Toda la región del Misisipi dependía enteramente del algodón y fue precisamente el algodón el que permitió al Gobierno de la Confederación proveer de armas al ejército en pie de guerra. Sin embargo, la diplomacia del algodón, intervenida por el bloqueo de la Unión, hizo peligrar las bases del próspero negocio. La estrategia del bloqueo estaba, como se ha visto, orientada a evitar el apoyo de Gran Bretaña a la Confederación, obstaculizando el suministro de materia prima desde el sur a las industrias británicas.

El Gobierno de Jefferson Davis puso en práctica la llamada «diplomacia del algodón», consistente en quemar más de dos millones y medio de balas de algodón para provocar escasez de materia prima en el mercado. Ahora, sólo unos miles de balas de algodón estaban llegando a puerto europeo, cuando Europa recibía antes de la guerra unos tres millones de balas anualmente. Con lo que no contaba el Sur era con el excedente almacenado en Francia y Gran Bretaña, principales consumidoras, durante los años previos: un millón de balas acumuladas en previsión de la guerra y para ajustar la producción y mantener estables los precios de mercado. Los fondos de algodón permitían, ahora que el bloqueo impedía el transporte de materia prima a Europa, seguir adelante con el textil sin que la ausencia de importación se notase apenas en las fábricas.

El *hambre de algodón* en las industrias de Europa no fue inmediato, y ni siquiera cuando se produjo empujó a Gran Bretaña a intervenir en la guerra, sino que alteró las condiciones comerciales a escala global. El precio del algodón subió, de los diez centavos la libra en 1860 a casi dos dólares entre 1863 y 1864, pero Gran Bretaña buscó suministro en países alternativos como Brasil y Egipto demandándoles además el incremento de la producción a fin de conseguir una bajada de precios. Gran Bretaña, que no se caracterizaba por restringir nunca sus opciones, seguiría comerciando con el Sur pese a la fallida maniobra confederada de la diplomacia del algodón. En marzo de 1863, una vez fracasada la mencionada diplomacia, la Confederación intentaría obtener créditos monetarios para el sostenimiento de la guerra, usando el algodón a modo de respaldo o fianza. Fueron los llamados bonos Erlanger, productos de alto riesgo que se convirtieron rápidamente en bonos basura.

Desde el principio de la guerra las regulaciones federales hicieron posible la confiscación del algodón en las zonas del Sur que iban siendo ocupadas. Junto a la finalidad de privar a los rebeldes de su recurso más importante se unió también la necesidad de materia prima en los textiles del Norte. El del Sur era un algodón indistinguible del que se cultivaba en el norte y se vendía en Nueva York multiplicando su precio desde el lugar de origen, de cuatro centavos a casi dos dólares la libra. De este modo, una red corrupta de intermediarios, en la que tomaban parte los oficiales de los ejércitos, los soldados y los civiles, se embolsaba con este tráfico buenos ingresos. El aliciente de una riqueza rápida tentaba a todos, en el Norte y en el Sur. Los negros del Sur –herramienta laboral de primer orden– siguieron ocupándose de producir el algodón, tan valioso para unos y otros, por lo que incluso desde los sectores del norte que trasegaban con el algodón se miraba con recelo que fueran liberados de la actividad en las plantaciones, pues a nadie servían si estaban improductivas. Aunque el algodón no pudiera ser utilizado por la Confederación a modo de aval para obtener dinero con el que adquirir mercancías, fue al menos un instrumento esencial para la compra de armas, municiones y barcos británicos. En Nassau y Bermudas se intercambiaba el algodón por las armas. En el final de la guerra no fue menor la importancia del algodón para la economía del país; de hecho en la reconstrucción general de las zonas más afectadas se reactivaron las plantaciones de algodón, en manos –según los casos– de los antiguos y los nuevos propietarios. Ahora las entidades

financieras del país participaban con ahínco en la actividad, convirtiendo el algodón en un elemento central de las exportaciones y de la recuperación, pues los ingresos por este capítulo ayudaban a reducir la enorme deuda contraída por el país durante la guerra, a estabilizar la economía monetaria e impulsar el desarrollo de otros sectores como el del ferrocarril.

Apenas pueden entenderse las transformaciones de Estados Unidos en la guerra civil sin la referencia a los cambios en la estructura de la propiedad. Lincoln y los republicanos en el Congreso aprovecharon la guerra para impulsar un conjunto de medidas paralizadas durante los años anteriores por la negativa de los demócratas del sur a aprobarlas. Y es precisamente en dichas leyes de los primeros meses de la guerra donde reside la clave de la fuerza industrial, económica y financiera de los Estados Unidos que emergieron tras la guerra civil. Cabe mencionar en primer término la *Homestead Act,* medida que se venía debatiendo de manera regular y periódica desde la década de los años cuarenta. Según esta ley, se otorgaba a los particulares la propiedad de terrenos federales de hasta ciento sesenta acres para ser habitados y cultivados en las regiones al oeste de las trece colonias originales de la Unión. Esta iniciativa, largamente debatida en el Congreso, nunca era apoyada por los demócratas del sur porque el proyecto no contemplaba el derecho de los nuevos colonos a implantar en ellas la esclavitud tal como los demócratas querían.

Los abolicionistas sí apoyaban la *Homestead Act,* que permitiría abrir nuevas explotaciones agrarias libres de esclavitud. El noreste del país recibía todos los días a cientos de nuevos inmigrantes que pedían tierra y trabajo, razón de más para que los republicanos hubieran defendido siempre la medida como garantía de nuevas oportunidades. También los pobres en el este miraban hacia el oeste esperando que la ley les permitiera crear su propio medio de vida, y así lo entendió Lincoln, en cuyo programa electoral de 1861 aparecía el impulso a la *Homestead Act*. La ley fue aprobada el 20 de mayo de 1862. Pero no fue la única porque, también en 1862, salió adelante la *Morrill Act* o *Land-Grant Colleges Act,* que afectaba a las clases obreras del país y ponía las bases de la agricultura industrial en los estados de la Unión. A cada estado se le garantizaba tierra gratis y el coste de las inversiones que pudieran hacerse en ellas con la condición de que se abrieran centros en los que enseñar agricultura industrial y mecánica: los Agricultural and Mechanical (A and M) Colleges, de modo que en plena guerra se estaban aportando fondos públicos para la educación profesional y superior en los diversos estados del Norte.



En el Norte, la actividad y el movimiento de tropas estaban favorecidos por una red de ferrocarriles en expansión dependiente de los ferrocarriles de la Unión y del United States Military Railroads (USMRR) del Departamento de Guerra.

El flujo de actividad y de tropas del país en guerra estaba impulsado por una red de ferrocarriles en expansión dependiente ahora, además de los ferrocarriles de la Unión, del United States Military Railroads (USMRR), en el Departamento de Guerra. La legislación federal autorizó la creación de los sistemas de ferrocarril y telégrafo para el ejército, dos infraestructuras cuya máxima autoridad de control recaía sobre el presidente Lincoln, a través de la gestión de una nueva agencia en el Departamento de Guerra. Pero en la práctica se mantuvo la autoridad civil sobre los ferrocarriles de la Unión, y la USMRR, dirigida por militares sin experiencia en ferrocarriles se ocupó sólo del control de las líneas de comunicación del Sur que se iban capturando, con la cooperación de las autoridades del Departamento Civil de Ferrocarriles cuando era preciso. En el Sur en cambio el Gobierno no pudo configurar un órgano de dirección de las líneas de comunicaciones y obtuvo el control de los ferrocarriles que circulaban en los estados rebeldes sólo en febrero de 1865.

Pero sin duda alguna, la iniciativa más espectacular de todas fue la ley que permitía la construcción de un ferrocarril transcontinental, la *Pacific Railroad Act,* aprobada el 1 de julio de 1862. Durante muchos años esta ley había estado parada en el Congreso, en parte porque los

políticos no acababan de decidir si este asunto era competencia de los poderes públicos o de la iniciativa privada, y también porque los estados del sur querían que el ferrocarril discurriese por las regiones que constituían la frontera virtual del sur con el norte. Los republicanos en cambio solicitaban una vía que discurriese por los estados septentrionales. Ahora, con los demócratas sureños fuera del Congreso, se aprobaría una ruta intermedia, que enlazaba Omaha, en el este, con Sacramento, en el Oeste. En 1850 el Congreso ya había comisionado a varios topógrafos para que diseñasen la mejor ruta, pero la iniciativa privada era reacia a comenzar esta gigantesca operación sin el apoyo del Gobierno. La *Pacific Railway Act* de 1862 gozaba ya de las garantías gubernamentales que solicitaban las compañías, siendo el Gobierno federal el primer interesado en hacerse con un sistema de ferrocarril y telégrafo transcontinental.

Esta primera ley, aprobada el 1 de julio de 1862, autorizaba y garantizaba tierras para la expansión de las compañías ferroviarias –la Union Pacific Railroad, la Central Pacific Railroad y posteriormente la Southern Pacific Railroad– en las tierras occidentales de los Estados Unidos, con bonos gubernamentales a treinta años y al seis por ciento. Sería la primera de un conjunto de leyes para la puesta en marcha del proyecto entre 1862 y 1863. De este modo, las compañías recibían el encargo oficial de construir una infraestructura continental entre la orilla este del río Misuri hasta el río Sacramento, en California. Las líneas obtenían la tierra a cada lado de la vía –61 metros– y cuando no circulaban por ciudades o cruzaban ríos, se garantizaba a las compañías 2.600 hectáreas –10.000 m2 la hectárea– por cada milla –1,609 kilómetros la milla– de ferrocarril construida, dentro de unos límites que no podían superar las diez millas a cada lado de la vía. Los territorios intercalados eran propiedad pública, y custodiados por el Gobierno federal. En las leyes correspondientes se harían especificaciones para áreas específicas como las montañas de Nevada y las Montañas Rocosas. Se estima que entre 1850 y 1870 aproximadamente 71 millones de hectáreas de suelo público, lo que equivaldría al estado de Texas, fueron empleadas en el establecimiento de las líneas de ferrocarril.

Las obras comenzaron en plena guerra, en 1863. La Union Pacific empleó a más de ocho mil trabajadores –inmigrantes italianos, alemanes e irlandeses– para trazar el comienzo de la línea en Omaha. La compañía Central Pacific hizo uso de la mano de obra de diez mil trabajadores chinos para comenzar a construir la línea desde Sacramento. Los problemas con que se enfrentaron las compañías fueron un auténtico reto, reflejado en muchas de las elaboraciones literarias e iconográficas de la época: tiempo adverso, relieve montañoso, ríos e indios, las tribus por cuyos territorios debía circular ahora el ferrocarril. Los últimos raíles se pusieron el 10 de mayo de 1869. El Congreso, que había cedido a las compañías ciento setenta y cuatro millones de acres, había autorizado finalmente cuatro líneas de ferrocarril transcontinental. El ferrocarril sería el símbolo de un territorio integrado y la unión de ambas costas, que ahora podían vincularse comercialmente por tierra. Pero también indicaba una forma de desarrollo este-oeste que hacía de barrera con respecto del sur. La construcción del ferrocarril creó muchos puestos de trabajo, directos e indirectos, pues a la mano de obra que se demandaba para levantar la infraestructura se añadía la que necesitaban las industrias que producían los materiales: las vías, los vagones, las locomotoras. Pueblos y ciudades, granjas y mercados, iglesias y escuelas emergerían allí por donde se construyera la línea.

Todas las medidas legales referidas abundaron en la capacidad de implantación del poder federal sobre los estados de la Unión, un punto crucial en el espíritu político de los republicanos y contrario al de los demócratas, por aquella época todavía remisos a la pérdida de individualidad de los estados miembro. Pero fue este tipo de logros legislativos el que hizo posible la puesta en marcha

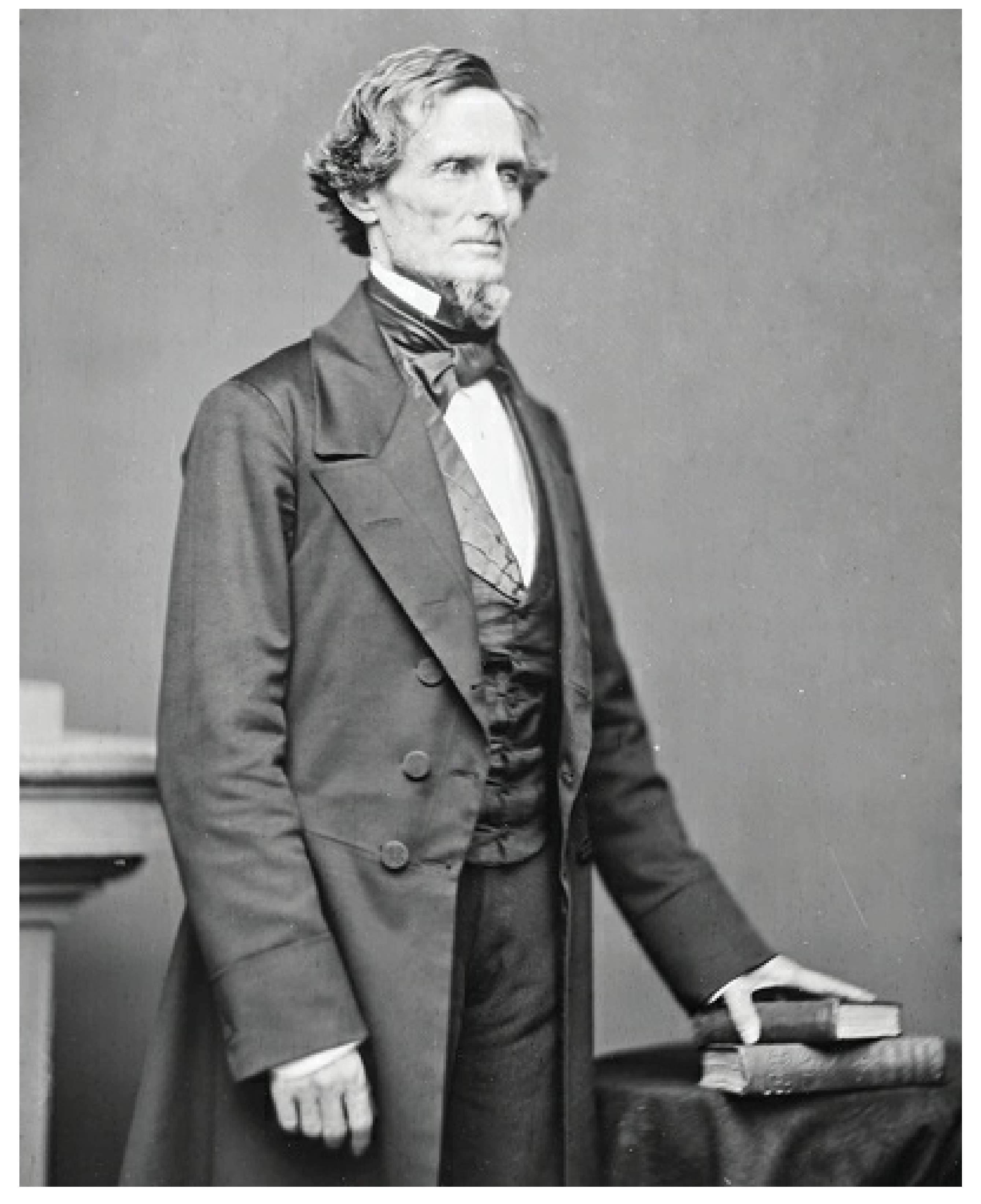
del modelo estructural que iba a proporcionar a los Estados Unidos el liderazgo mundial en el siglo entrante.

7

De protagonistas y mitos

Davis o la fuerza de la convicción

El liderazgo político y militar jugó una baza decisiva en esta guerra. La revisión de algunas de las decisiones tomadas serviría luego para evaluar la naturaleza de los cambios en el liderazgo político y militar del país, y las estrategias esenciales del liderazgo pudieron ponerse a prueba en una guerra sólo hasta cierto punto inesperada y cuyas consecuencias fueron siempre imprevisibles. Generales como Grant o Lee fueron vivos ejemplos de esta magna autoconfianza en las decisiones que tomaban a diario. Lee arriesgaba siempre convencido de que el riesgo era sinónimo de victoria y, pese a que no todas sus acciones tenían éxito, él seguiría confiando en su propia capacidad para cambiar el ritmo de los acontecimientos. Los dos presidentes del país, Lincoln y Davis, fueron los principales líderes durante los años de la guerra y han de tener por fuerza una semblanza confrontada con el fin de poder extraer de sus biografías políticas la esencia de sus decisiones en una perspectiva comparada. Conviene mirar hacia las dos presidencias teniendo en cuenta que ambas coincidieron en el tiempo, bajo el interés de dos proyectos nacionales opuestos y en una compleja coyuntura: la guerra. Así, podemos apreciar que ambos presidentes compartieron la doble condición de mandatarios de la sociedad civil y jefes supremos de los ejércitos, si bien cada uno respondió a idénticos retos según la naturaleza particular de su personalidad, su experiencia de la política y los recursos a su alcance.



El único presidente de la secesión (1861) fue Jefferson Davis que destacó por su vocación militar. Fue designado para dirigir la Confederación en tiempo de guerra y por un mandato de seis años que no llegaría a cumplir.

Mientras Jefferson Davis era ante todo un militar, Lincoln –que no había sido formado en las artes de la guerra ni tuvo nunca especial interés en ella– contaba con una sólida formación política y legal, además de un instinto para la negociación nada desdeñable. Pero como la guerra imponía las necesidades más perentorias, Lincoln tuvo que convertirse de la noche a la mañana en estratega militar. Davis en cambio juzgó que el mandato de la guerra le liberaba de ahondar en la política y jamás consiguió ver sus deberes de presidente de la Confederación bajo la óptica de un político y un

civil. Davis fue un presidente derrotado, aunque longevo y con el tiempo de vida suficiente como para reconsiderar los errores cometidos, algo que sin embargo no hizo nunca. A Lincoln, asesinado como bien sabemos al terminar la guerra, le faltó tiempo para concluir el trabajo empezado y para enjuiciar su propia labor como gobernante. Cómo hubiera afrontado su segunda presidencia y qué decisiones hubiera juzgado dignas de ser reconsideradas es algo que nunca se sabrá. Al mirar el trabajo de Lincoln entre 1861 y 1865 se observa la gran determinación con que hacía valer sus criterios en una época de eminentes y en ocasiones intransigentes personalidades públicas, lo que hace presumir que su segundo mandato hubiera sido al menos tan difícil en términos de actuación como el primero. Su gran capacidad para dialogar y atraer voluntades hacia sus causas probablemente hubiera ayudado a limar asperezas legislativas durante los primeros años de reconstrucción. A su manera, cada presidente gozó de admiradores y detractores. Bien conocidas son las lizas de ambos con sus enemigos políticos, los enfrentamientos de Davis con el senador Louis T. Wigfall, y de Lincoln con el senador Benjamin F. Wade. Davis y el gobernador de Georgia, Brown, sentían mutua hostilidad, al igual que sucedía entre el gobernador de Nueva York, Horatio Seymour y Lincoln. Los presidentes compartieron también las tensiones con los editores de prensa, por ejemplo Davis y John Daniel, del *Daily Richmond Examiner,* y Lincoln con Manton Marble, del *New York World*. Pero este tipo de hostilidad era puntual y en absoluto generalizable. Tanto Lincoln como Davis tenían asesores muy leales y eran aprobados en su personalidad y acciones por la mayoría en sus respectivas naciones pues, cada uno a su manera, inspiraban confianza.

Jefferson Davis fue designado para dirigir la Confederación en tiempo de guerra y por un mandato de seis años que no llegaría a cumplir. El presidente Jefferson Davis, sólo un año mayor que Lincoln, no había destacado en nada durante sus años formativos, ni siquiera en la academia militar de West Point y, como tantos otros hombres de su época, fue producto de unas circunstancias excepcionales, en las que las familias americanas buscaban mediante la migración dentro del extenso territorio nacional las oportunidades para subsistir primero y prosperar luego. Davis era el más joven de una familia de diez hermanos y había nacido en Christian County, Kentucky, el 3 de junio de 1808. Su familia se había trasladado desde Pensilvania hasta Georgia, donde nació su padre, y cuando era niño fue trasladado con ella a Misisipi para comenzar una nueva etapa en la explotación de una pequeña granja. Aunque era baptista, Jefferson Davis se educó en un seminario católico. Como tantos jóvenes de su tiempo, sin demasiados recursos pero ambiciosos, también él acabó entrando, en 1823, en la academia militar de West Point. Tras graduarse, Davis serviría como oficial en territorios de frontera, Illinois y Wisconsin, tomando contacto con la acción militar en la guerra india contra los Black Hawk. Por aquellos años y tras dejar el ejército, se casó con Sarah Knox Taylor, hija del coronel Zachary Taylor, el duodécimo presidente de los Estados Unidos, que se oponía a este enlace. La sociedad americana de aquellos años veinte y treinta era pequeña y los ciudadanos, blancos, gozaban de amplias oportunidades si se mostraban inquietos y lograban los contactos personales adecuados. El matrimonio de Davis con Sarah fue breve pues ella murió víctima de una enfermedad muy común, la malaria, que mantuvo también a Davis muy enfermo durante un tiempo. En los años de la guerra, el férreo carácter de Davis equilibraba la tendencia natural de su salud a jugarle insistentes malas pasadas.

La edad adulta de Davis transcurrió en su plantación de Misisipi. Fue esta la etapa de su vida en que se imbuyó de la mentalidad y del llamado estilo de vida del Sur, identificándose plenamente con la ideología de los terratenientes a propósito de los derechos particulares de los estados. Se involucró

en la vida pública a partir de 1845 cuando ganó un escaño en la Cámara de los Representantes, apoyado por su hermano Joseph. También en 1845 se casa de nuevo, esta vez con la joven hija de un terrateniente llamada Varina Howell. Como Mary, la esposa de Lincoln, Varina tuvo una posición de privilegio junto al líder, lo que hace su figura especialmente interesante durante la guerra y en relación a la política. Davis participó en la guerra con México, un teatro de operaciones que le dio oportunidad de tomar contacto con la actividad que más le satisfaría, la militar, y volvió a la política, ya como senador por Misisipi, para hacerse popular defendiendo la causa del Sur, en especial los derechos de los dueños de los esclavos a mantener su propiedad y a expandir el sistema esclavista a los territorios de frontera. En 1853 fue nombrado secretario de Guerra por el presidente Franklin Pierce, cargo que ocupó durante tres años, proyectando su actividad hacia la política internacional desde la que hizo bandera del sistema de producción esclavista.

De nuevo en el Senado, Davis defendió la esclavitud con ahínco. Es reseñable no obstante que pese a sus posiciones radicales al respecto, en las convenciones de su partido, el demócrata, nunca propuso la secesión del Sur. Fue la elección de Abraham Lincoln –que defendía la restricción de la esclavitud en los nuevos estados incorporados al país– la que le haría cambiar de actitud con respecto a la separación de los estados esclavistas. Quizá viera en la determinación de Lincoln y de los radicales republicanos un obstáculo insalvable para su objetivo de lograr convencer al país a propósito de la exportación del modelo esclavista fuera de los estados del Sur. Con poco más de cincuenta años deseaba comandar tropas confederadas en el campo de la batalla, pero su deseo se vio truncado al ser designado por los delegados de los estados rebeldes presidente de la Confederación. Se le confirió un mandato provisional por seis años, casi la única decisión unánime en medio de un clima de disputas entre los representantes. De modo que no pudo negarse. Nunca habría querido ser presidente y finalmente lo fue de una Confederación de estados que no reconocía el Congreso federal ni tampoco ningún Estado extranjero. A lo largo de la guerra, Davis perdió la escasa confianza depositada en todos sus asesores, generales y subalternos, a excepción quizá de Robert E. Lee, la única persona con quien era capaz de mantener un trato franco. Sostuvo el esfuerzo de guerra contra viento y marea hasta febrero de 1865, cuando abandonó Richmond pocas horas antes de que Lincoln hiciera su aparición en las calles de la que había sido capital confederada.

Como orador, Jefferson Davis carecía de la chispa que permitía a la gente recordar los discursos. Su oratoria tenía el estilo militar de la arenga, construida con argumentos maniqueos, dirigiéndose a la audiencia de forma brusca y sin elegancia. Sin embargo, sus allegados apreciaban en ella las certezas implícitas y la gran confianza que Davis manifestaba en la causa del Sur y en el porvenir de la Confederación. La historia minusvaloró la figura presidencial de Jefferson Davis no tanto por sus errores como porque su oponente fue nada menos que Abraham Lincoln, político y orador brillante, esencia de virtudes para los historiadores de su época y figura mitificada por los estadounidenses. Pero la historia de Davis no terminó en 1865, ya que a lo largo de los años posteriores, el llamado Caso Davis cayó en diversas instancias judiciales hasta llegar a la Corte Suprema. Aunque apresado y encarcelado, el expresidente se benefició, como el resto de los confederados, de las progresivas amnistías concedidas por el Congreso durante y después de la etapa de la recuperación a finales de los años setenta. Pero su caso no dejaba de ser especial, pues además de la figura rebelde más significativa, Davis no se arrepintió ni pidió perdón al país por los efectos desastrosos de su traición, tal como era visto en la mayor parte del país. Davis había sido decisivo en la sinrazón sureña, pero era su empecinamiento el que –a juicio de la versión oficial– había prolongado innecesariamente la

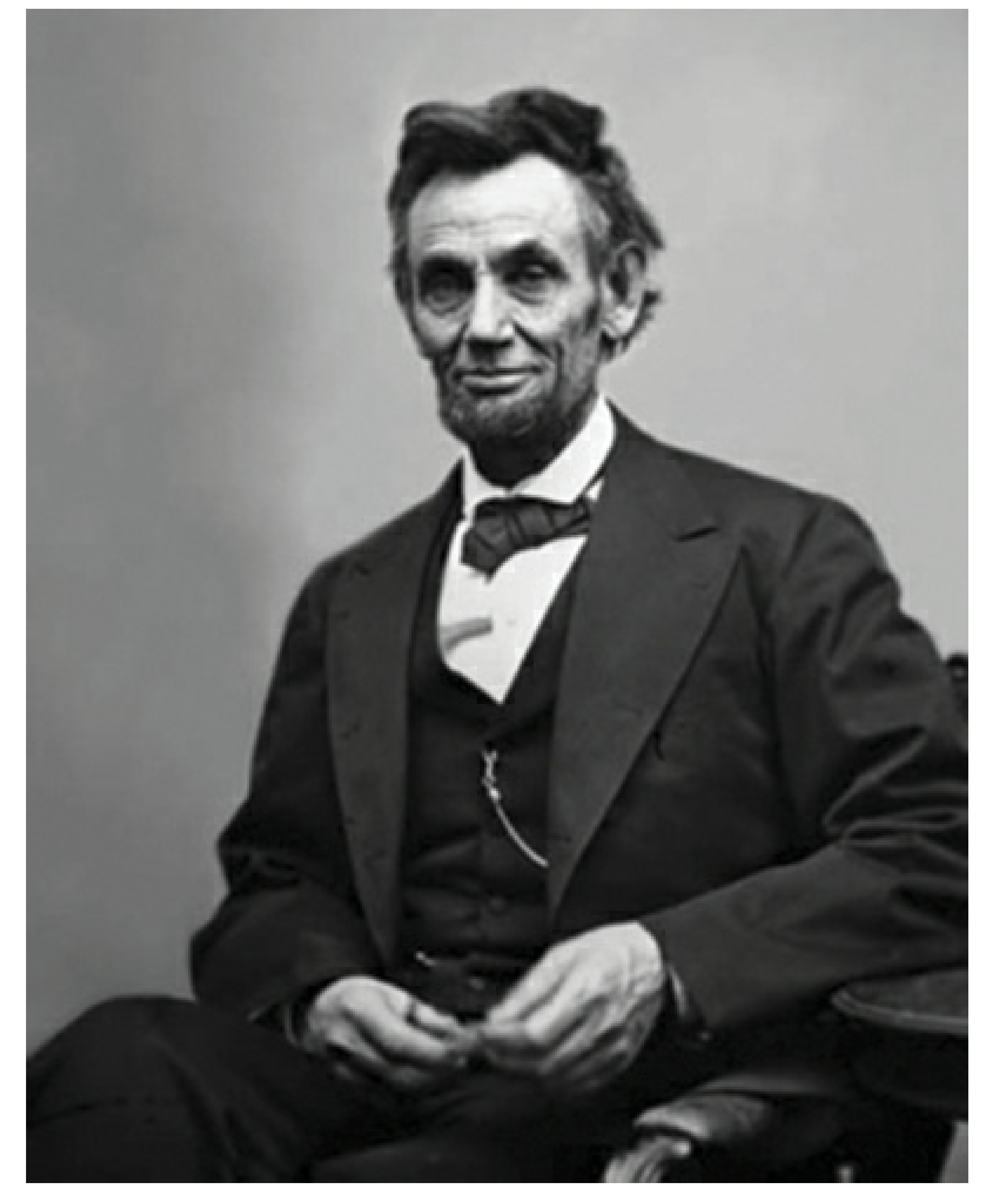
guerra cuando ya todo estaba perdido para los confederados dilatando el sufrimiento de la población.

En diciembre de 1868 el presidente Johnson otorgó un perdón general por Navidad, dirigido a aquellos que habían luchado por la Confederación, si bien prohibía que ninguno de ellos pudiera ser candidato o que ocupara cargo público alguno. Era la cuarta de las amnistías de Johnson que, además, llevaba aparejada la restauración de los derechos de propiedad e inmunidad con respecto a los cargos de traición. En 1872 la Ley de Amnistía fue objeto de una enmienda para hacer posible que los anteriormente confederados –a excepción de los cien primeros mandatarios de puestos oficiales, Davis incluido– pudieran ejercer cargos públicos y votar. Sólo así se explica que Davis, beneficiado de la amnistía, no pudiera sin embargo ejercer el cargo de senador de Misisipi, estado por el que fue reelegido en 1874. En 1876 el Congreso procedió a ampliar los derechos de ciudadanía a los amnistiados, pero se excluyó específicamente a Davis, que por su parte carecía de cualquier inclinación natural a solicitar el perdón público, pues –como manifestó en 1881– personalmente no se arrepentía de ninguna de sus acciones.

Tras la guerra Davis llegaría a gozar de una relativa tranquilidad personal, pero sin recuperar sus añorados derechos de ciudadanía. Cuando fue elegido senador en 1874 no pudo ocupar su escaño en virtud de la Decimocuarta Enmienda de la Constitución, que prohibía expresamente el ejercicio público a quienes hubieran participado en alguna rebelión contra los Estados Unidos. La defensa de Davis argumentó en su favor señalando que se estaba violando la doble cláusula de excepción de la cosa juzgada de la Quinta Enmienda, fundamentada en el principio procesal que impide procesar dos veces a una persona por los mismos hechos, luego de una absolución de culpabilidad, una norma que era tradicional en la cultura jurídica del oeste. En 1978, durante la presidencia del demócrata Jimmy Carter, Jefferson Davis fue públicamente rehabilitado y recuperó sus derechos de ciudadanía, con la firma presidencial de un acta en el Congreso que cerraba formalmente el histórico veto al único presidente que había tenido la Confederación.

LINCOLN, EL PODER DE LA PERSUASIÓN

Los primeros años de la vida del presidente Abraham Lincoln le acercan de algún modo a la figura de su coetáneo Davis, al igual que la intensidad de una vida dedicada al servicio público durante tres décadas. Los diferencia sin embargo el hecho de la repentina desaparición de Lincoln y que este pasase sus cincuenta y cinco años años de vida, los que transcurren entre su nacimiento (Kentucky, 1809) y su muerte (Washington, 1865) en constante y azaroso trasiego vital. Procedía Lincoln también de una familia de agricultores, donde incluso las mujeres trabajaban directamente la tierra. La de Lincoln es tipificada como una familia clásica de honestos y afables trabajadores, que encaran la dureza de la vida con carácter y fuerza de voluntad, hostil por ello mismo al dogma de la esclavitud, que encuentran moralmente reprobable. A los siete años Lincoln se traslada con su familia de Kentucky a Indiana donde fallece su madre, Nancy. El por entonces aún niño desarrolló el carácter triste y en ocasiones depresivo que le acompañará el resto de su vida. La familia regresa temporalmente a Kentucky donde el padre de Lincoln busca una nueva esposa para poder sostener la granja y a la familia, un matrimonio de conveniencia muy al uso en la época. El padre se casa con una viuda –cuyas deudas cubre la familia de Lincoln– que incorpora a tres nuevos niños a la familia, y con todos ellos regresa a Indiana. La reconfiguración familiar es todo un éxito, pues Lincoln se encariña con su nueva madre, Sarah, que se convertirá en una persona esencial en su vida y formación.



El presidente Lincoln fue retratado en múltiples ocasiones, tanto en sus apariciones públicas como en la Casa Blanca y hasta en su vida privada. Su última fotografía corresponde al 10 de abril de 1865, pocos días antes de su asesinato.

La carrera política de Lincoln comenzaría en los años treinta, tras mostrarse poco apto para la vida militar en las campañas contra los indios y en una época crucial en la historia del país, cuando se forjan algunas de las principales reformas legales que dan cuerpo al estado de la Unión. Pero su formación es pobre de partida, ya que Abraham se cría en un entorno en el que apenas hay libros. Lincoln resulta ser un estudiante brillante en las escasas materias escolares que cursa: matemáticas y deletreo de palabras, es buen lector y puede memorizar párrafos enteros de sus lecturas, destrezas que serían en un futuro parte esencial de su éxito político. Desde muy joven realiza todo tipo de trabajos

buscando ganarse la vida lejos de la agricultura y prueba en el ámbito de los negocios, para los que sin embargo no está dotado en absoluto. Así que se decanta por el ámbito del derecho, en el que comienza como autodidacta pensando en el ejercicio de las leyes como un medio para estabilizarse económicamente.

A Lincoln suele conocérsele por sus actividades públicas durante los últimos cinco años de su vida en Washington. Sin embargo, la trayectoria pública del personaje arranca de las décadas precedentes a la guerra. Paulatinamente se involucra en la política de Illinois, en las filas del Partido Whig, consiguiendo un puesto en la legislatura del estado a la edad de veintitrés años. Ocupa su escaño entre 1832 y 1838, años en los que va creciendo su reputación de persona íntegra e idealista y sobresale en la capacidad de manejar situaciones de conflicto pues posee un carácter calmado. Promueve la creación del Banco de Illinois y el establecimiento de la capital en Springfield. Durante este período se pone en evidencia el contraste entre su pensamiento –moralmente contrario a la esclavitud– y su política, pragmática, en la Cámara de Illinois, donde se inclina por no intervenir en la cuestión de la esclavitud en los estados en los que funcionaba la institución. Obtiene su licencia de abogado y comienza, a partir de 1836, su actividad en el circuito estatal. Su travesía por quince condados en el ejercicio de la abogacía le permite tomar contacto con la gente, hacerse una idea de su mentalidad y expectativas, y trazar su perfil de buen orador. Intenta ingresar en la política nacional, y lo consigue finalmente a mediados de los años cuarenta. Ocupará un escaño en la Cámara de Represents entre 1846 y 1849, fecha en la que regresa a Springfield para retomar el ejercicio de la abogacía. Es la Ley Kansas-Nebraska –que favorece la extensión de la esclavitud a los nuevos estados– la que lo devuelve a la arena política, donde Lincoln batalla al frente de los opositores intentando que no se verifique en Illinois. La filiación de Lincoln al recién creado Partido Republicano, en 1856, ayuda a centrar parte de su actividad pública en el tema de la esclavitud. Lincoln respalda al primer candidato republicano, John C. Frémont, que pierde las elecciones de aquel año frente a James Buchanan. Cuatro años más tarde sería el turno de Lincoln, que esta vez obtiene la victoria electoral para los republicanos.

Durante el ejercicio de su mandato, siempre en tiempo de guerra, Lincoln demostró ampliamente sus dotes de convicción. Supo por ejemplo conseguir algo impensable hasta entonces en el sistema de poder estadounidense: ampliar el abanico de poderes, atrayendo a la causa al Poder Judicial que se había mostrado siempre muy mesurado por lo que se refiere a las controvertidas medidas sobre la limitación de las libertades ciudadanas en tiempo de guerra y el reforzamiento del Poder Ejecutivo. Lincoln tenía el poder de persuasión que ayudó a la Corte Suprema, tradicionalmente muy restrictiva en estos aspectos, a ser tolerante ante cambios que significaban una grave restricción de las libertades y la democracia. El presidente hubo de hacer ver a los jueces que la escala del conflicto armado era de tal magnitud que difícilmente podía lograrse una victoria sin ampliar excepcionalmente el marco de acción del Poder Ejecutivo. Lincoln necesitaba mayor espacio para maniobrar en sus decisiones y que las actuaciones derivadas se llevasen a cabo con rapidez. Dicho espacio exigía a su juicio la suspensión temporal del hábeas corpus y el respaldo jurídico para bloquear los puertos del Sur, dos privilegios del Ejecutivo inauditos, pero que Lincoln conseguiría que le fuesen reconocidos formalmente en 1863.

La figura de Mary Lincoln, de soltera Todd, no fue ajena, y no siempre en el mejor de los sentidos, a los modos en que Lincoln actuaba o resolvía los difíciles asuntos que le llegaban a diario. Para muchos historiadores, la sola presencia de Mary al lado de Lincoln fue una distracción, un

quebradero de cabeza innecesario, añadido a la ya cargada agenda presidencial. La historia no ha sido precisamente amable con esta primera dama, considerada, quizá injustamente, la peor de las esposas presidenciales posibles para tiempos tan difíciles como los de una guerra. Pero como no siempre hay plena coincidencia en la valoración de las personas cuya relevancia pública les hace estar en el primer plano de la historia, el juzgar a Mary Lincoln como una mujer caprichosa, corrupta, celosa o desagradable, no le resta el mérito de ser vista también como un soporte fundamental en la vida de Lincoln, capaz de mostrarle todo su cariño y apoyo desde la juventud. Todas las críticas a Mary eran compensadas por la información pública referida a sus actividades patrióticas en la guerra, ayudando a los soldados heridos, buscando debajo de las piedras medicinas y alimentos para los frentes desabastecidos, o negándose a salir de Washington D. C. en las varias ocasiones en que los rebeldes amenazaron con tomar la ciudad.

A lo largo de su vida Lincoln escribió muchas páginas: cartas, discursos, argumentaciones legales… e incluso cartas de amor. En todos sus escritos brilla la capacidad de persuasión. Se había interesado por el arte formal de convencer al oyente y al lector, y había leído con gran aprovechamiento la *Retórica* de Aristóteles, usando sus enseñanzas sobre dicho arte en más de una ocasión. Cuando alcanzó la presidencia era ya un auténtico maestro en la capacidad de trasmitir honestidad y veracidad con sus palabras. Como buen escritor, era forzosamente un lector de grandes textos y autores, no sólo del mencionado filósofo griego, sino también del Viejo Testamento, o de autores de su siglo como Byron, sin despreciar a clásicos de la lengua inglesa como Shakespeare. La lectura de su obra conduce a la visión de su particular mundo mental y, sobre todo, a la distinción de los elementos que configuran sus discursos a la nación. Su influencia en la oratoria de líderes posteriores, como el igualmente malogrado John F. Kennedy, salta a la vista. Suele englobarse a Lincoln, por la calidad de su escritura, en el grupo de presidentes compuesto por Jefferson y Theodore Roosevelt. En realidad, y a diferencia de la mayoría de los presidentes, Lincoln escribía él mismo los textos que luego pronunciaba, dando a leer a los miembros de su Gabinete y asesores los borradores pero teniendo siempre él la última palabra. El secretario de Estado Seward era también muy buen escritor por lo que el duelo intelectual con Lincoln era siempre fructífero. En sus textos políticos que debían ser dichos en los mítines Lincoln procuraba evitar los aspectos económicos sobre las tarifas o los técnicos, pues sabía de antemano que al distraerse con los datos, el auditorio podía perder interés por el mensaje.

Lincoln tenía una memoria prodigiosa que aprovechaba para dictar discursos cortos con ideas profundas –su segundo discurso inaugural de la presidencia tenía unas setecientas palabras–, ajenos al gusto pomposo y superficial de muchos escritores de la época. Los discursos de Lincoln, escritos para ser dichos, se difundían gracias a su impresión en papel alcanzando una enorme resonancia y popularidad, por lo que escritura y oratoria eran para Lincoln partes de un mismo cuerpo. El presidente tenía una visión muy clara de la importancia del medio escrito, de los periódicos, de la opinión pública. Su carrera se había fraguado en partidos pequeños y por ello sólo la prensa podía agrandar la dimensión de los mensajes políticos. Lincoln vinculaba democracia y opinión pública, y siempre manifestó su preocupación por la formación de una opinión pública educada. Al concebir sus textos, Lincoln sabía que los discursos presidenciales se publicaban en los periódicos diarios, de manera que hablaba como si estuviera escribiendo para los lectores de páginas impresas y no para los asistentes al mitin. Pero, al mismo tiempo, al leer el texto de Lincoln en la página del diario, el ciudadano parecía estar escuchando hablar al presidente. Jugaba con el lenguaje para que resultara

sonoro en la cabeza del lector, pues su sensibilidad poética era indiscutible, pero evitando que la forma del texto fuera su finalidad. De ahí que una parte esencial del legado de este presidente haya sido su contribución a la conformación durante la guerra, mediante su escritura, de la mentalidad colectiva estadounidense contemporánea. Su expresión literaria ganó sentido pasado el tiempo de su presidencia porque armonizaba con el mensaje central del nacionalismo americano del tránsito hacia el siglo XX, asequible no sólo a la *inteligentsia* de la que Lincoln procedía sino a todos los ciudadanos.

El conjunto de su obra traza de forma impecable todo el sentido de la democracia americana de mediados de siglo, en plena época de transición. Inspirándose en los textos legales de la nación, la Declaración de Independencia y la Constitución, y adoptando el estilo de la prédica, el tono discursivo de Lincoln aportaba un toque profético a sus palabras que hizo escuela entre la clase dirigente del país. Pueden reseñarse escritos y discursos del presidente, pero el de Gettysburg, el 19 de noviembre de 1863, fue el que mayor dimensión adquirió durante la guerra civil:

> Hace ochenta y siete años, nuestros padres crearon en este continente una nueva nación, concebida en libertad y consagrada a la premisa de que todos los hombres son creados iguales.
>
> Hoy estamos abocados a una gran guerra civil que pone a prueba el que esta nación, o cualquier otra así concebida y así dedicada, pueda resistir mucho tiempo. Nos hemos reunido en el escenario donde se libró una de las grandes batallas de esa guerra. Hemos venido a consagrar parte de este campo de batalla como último lugar de descanso de quienes han entregado su vida por la nación. Es plenamente adecuado y apropiado que así lo hagamos.
>
> Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este suelo. Los valientes hombres, vivos y muertos, que aquí combatieron, lo han consagrado ya muy por encima de nuestro escaso poder para añadir o restarle algo. El mundo apenas advertirá ni recordará mucho lo que aquí se diga, pero no olvidará jamás lo que ellos hicieron aquí. Nos corresponde a nosotros los vivos dedicarnos más bien a completar la obra inconclusa que tan noblemente han adelantado aquellos que aquí combatieron. Nos corresponde ocuparnos de la gran tarea que aún resta ante nosotros: que de estos venerables muertos aprendamos a dedicarnos con mayor ahínco a la causa por la que dieron hasta la última medida de entrega; declarar aquí solemnemente que estos muertos no han perecido en vano; que esta nación, Dios mediante, vea renacer la libertad y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la faz de la tierra.
>
> A. Lincoln

LÍDERES MILITARES Y MITOS DE LA GUERRA

Cuando comenzó la guerra, en el Norte se dudaba de que la formación específica recibida por los oficiales en las academias militares fuera eficiente para el liderazgo militar requerido por las circunstancias, pues se pensaba que mandar tropas exigía una especie de genio innato que no se aprendía en las academias. La historia del país –se decía– había dejado buena prueba de ello en las figuras de George Washington o de Andrew Jackson, quienes habiéndose convertido en líderes militares de primer orden, carecían sin embargo de una formación militar específica. Sin embargo la guerra demostró que por lo común las academias formaban generales de primer orden y que casi todos los que tuvieron algo que decir en el campo de batalla entre los años 1861 y 1865 se habían graduado en West Point. De un modo u otro, tras la guerra, y teniéndola como experiencia reciente, se apostó por una formación aún más técnica para los militares destinados a ocupar los puestos principales en la escala de mando. El general Sherman designó a Emory Upton para dirigir la Escuela de Artillería para oficiales creada en los años setenta, un modelo de la profesionalización del liderazgo militar para los comienzos del siglo XX. La guerra civil enseñó a los mandos a tomar en consideración el factor humano, hasta la época muy poco atendido en los estudios de teoría militar.

Para entender la peculiaridad de cómo se accedía al liderazgo militar en los Estados Unidos en la época en que estalló la guerra de Secesión, hay que recordar que los puestos más relevantes en la carrera militar no se adquirían por edad, éxitos o experiencia, sino por designación política. Las presiones que llegaban a los cargos políticos para otorgar puestos de liderazgo militar a personas sin experiencia o competencia alguna eran enormes, incluso durante la guerra civil. En la Unión, muchos de los primeros oficiales al mando eran miembros del Partido Republicano e incluso personajes públicos a quienes el partido les debía algún tipo de favor. De modo que, por lo general, a los mandos no se les presuponía capacidad alguna para mandar a la tropa o tomar decisiones tácticas en situaciones difíciles. Sin duda también hubo magníficos profesionales, con una intensa carrera militar a sus espaldas, cuyos errores en la guerra sin embargo no habrían de ser achacables a una inadecuada designación por razones de amiguismos e intereses políticos sino a las complejas circunstancias.

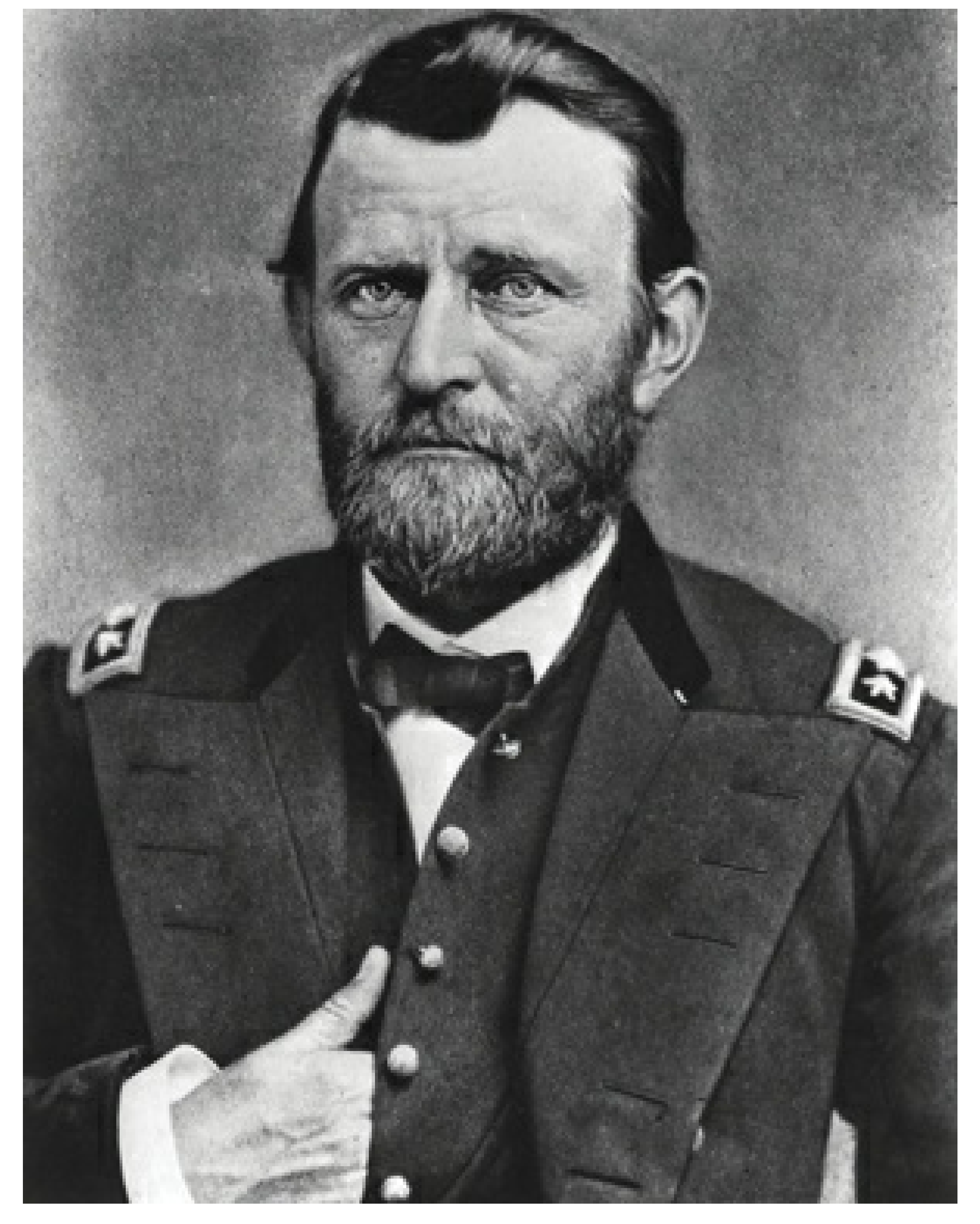
El general Winfield Scott, por ejemplo, tenía a sus espaldas una larga y sobresaliente vida militar en 1861. Era general en jefe desde hacía casi veinte años, lo que le otorgaba la experiencia necesaria para guiar las acciones ordenadas por Lincoln. Fue quien aconsejó al presidente que aprovechara el tiempo ganado por el bloqueo económico sobre el Sur para entrenar al ejército y preparar las estrategias que harían posible el plan Anaconda. La idea de Scott era que Robert E. Lee fuese comandante de campo en los ejércitos de la Unión, sin embargo hubo de renunciar a su plan pues, como es bien conocido, Lee se decantó por comandar las tropas de la Confederación. En su lugar eligió entonces a George McClellan, que manifestó su resentimiento con Scott por no haber pensado en él en primer lugar. Realmente Scott vivió un inicio de la guerra bastante amargo, debido a que las derrotas y pérdidas de hombres le echaron encima a la opinión pública. Tras su renuncia a la jefatura del ejército de la Unión, McClellan ocupó su puesto.

George McClellan era arrogante y sus decisiones se consideraban dubitativas e ineficientes, lo que provocaba malestar y frustración en Lincoln que, finalmente terminó por destituirle también como comandante al frente del ejército de la Unión. Ciertamente había sido un buen alumno de

West Point, donde se había graduado a los dieciséis años como segundo de su promoción –y a donde regresaría para enseñar–, y había ganado su fama por su excelente rendimiento en la guerra con México. En 1861 McClellan lideraba a los voluntarios de Ohio y, tras el desastre de la primera batalla de Manassas, Lincoln le designó comandante del ejército del Potomac. Era un excelente organizador, tal como demostró al dar entidad al ejército del Potomac, y además caía bien a los soldados, que le respetaban. Su intensa experiencia en el ferrocarril fue de utilidad estratégica durante la guerra. Como ingeniero, había tenido responsabilidad en el establecimiento de las líneas Northern Pacific e Illinois Central, y a la altura de 1860 era presidente del Ferrocarril del Misisipi y Ohio. En su demérito, debido quizá a su alta cualificación y capacidad, no terminaba de reconocer la autoridad de Lincoln, cuyas decisiones insistía en cuestionar o cumplía sin la decisión que el presidente esperaba. En el final de la guerra participó en la toma de Richmond.

Mucho más popular que Scott o McClellan fue sin duda Ulysses Grant, un héroe nacional en toda regla, además de ser el decimoctavo presidente de los Estados Unidos, tras Lincoln y Andrew Johnson. Grant es un ejemplo de cómo un episodio tan dramático como una guerra puede, en algunos casos, servir a las personas para reconducir su propia vida. Originario de Ohio, procedía de una familia de trabajadores muy piadosa que pretendía inculcar en Ulysses el valor del estudio. Pero la pasión del joven eran los caballos. Era delgado y de baja estatura, y pese a carecer de inclinación para el estudio, se las ingenió para entrar en West Point, gracias a las influencias de un congresista local que lograron lo que los méritos personales de Grant no hubieran conseguido por sí mismos. Como era de esperar Ulysses Grant no destacó en su paso por la academia militar. Y como sus colegas de profesión, luchó en la guerra de México, aun estando en contra de ella. Esta guerra le enseñó –a Grant y otros oficiales que participaron en la guerra civil– a manejar a la tropa y a habérselas con las necesidades de abastecimiento y equipamiento del ejército. La guerra le aficionó igualmente a la bebida, cuyos excesos se hicieron patentes con la pérdida de su esposa. El alcohol fue la causa de que el ejército acabara amonestándole y expulsándole. Ulysses Grant se refugió entonces en la ciudad de San Luis intentando el desempeño de muy variadas profesiones para las que no servía, véase la de dependiente en un almacén de cueros. Así que la guerra civil dio una nueva oportunidad a Grant para reiniciar su vida.

La leyenda de Grant muestra a un oficial tan nervioso como sus propios hombres, que en el ataque, infructuoso, descubre cómo el enemigo tiene tanto miedo que abandona su posición antes de ser atacado. A partir de este momento –subraya la leyenda del héroe– Grant adquiere la agresividad que le caracteriza en el desarrollo de las batallas y que es, a juicio de sus admiradores, la clave de su éxito.



La leyenda del general Ulysses Grant habla de un oficial atento con los soldados en la batalla, valiente pero también humano y comprensivo con las debilidades ajenas, que completó su brillante carrera militar con la presidencia del país.

Las victorias de Ulysses Grant en la guerra no podían haber sido mayores. Hizó campaña en los escenarios oriental y occidental, mostrando toda la seguridad y agresividad que podía esperarse de un general victorioso. Había conquistado territorio rebelde y los confederados se le habían rendido en Fort Donelson en 1862, en Vicksburg en 1863 y en Appomattox Court House en 1865. Era sin duda el general unionista más brillante en términos de éxitos militares y su enorme fama provocaba que las masas le siguieran allá donde fuera, una experiencia muy parecida a la de los seguidores de los

ídolos en la cultura popular contemporánea. Y puesto que el prestigio de Grant creció aún más después de la guerra, los republicanos le situaron a la cabeza de los elegidos para la presidencia en 1868. Grant no era político ni pretendía serlo, pero se dejó guiar por quienes sostenían que era el heredero natural de Lincoln. Fue presidente durante dos mandatos, iniciados en 1868 y 1872, años de la reconstrucción del país que abrieron la puerta a la edad dorada del crecimiento americano. Lideró la apertura hacia el oeste y las políticas relacionadas con la población india, además de los contenciosos por la guerra pendientes con Gran Bretaña, de manera que a efectos de la historia, la presidencia de Grant se asocia a una etapa de recuperación. Pero también habría de afrontar una crisis económica y los escándalos relacionados con la depresión sobrevenida en 1873, con la corrupción y los obstáculos antifederalistas de algunos estados. Por todas estas razones, en las últimas décadas del siglo XIX la figura de Grant en los estados del Norte alcanzó las cumbres de la mitología nacional, junto a George Washington y Abraham Lincoln, algo bastante sorprendente para un general que, siendo además presidente, cometió errores incalificables. Para el Sur Ulysses Grant fue siempre *the Butcher,* el Carnicero, todo lo opuesto a su gran héroe militar, Robert E. Lee, ejemplo de honorabilidad. Pasado el tiempo, ya en la segunda mitad del siglo XX, la figura de Grant se fue encogiendo a la par que la de Lee se engrandecía, pues en su sencillez, el general sudista había sabido aceptar públicamente la derrota sin perder por ello la dignidad, procediendo a colaborar con la reconciliación y recuperación nacional.

La figura de Grant no se apaga con el final del mandato presidencial. Ulysses Grant dejó la presidencia en 1876 y el año siguiente comenzó una gira mundial de conferencias (1877-1879) que lo llevó a Europa: Gran Bretaña, Francia, Dinamarca, Italia, Alemania, Austria, Rusia, Holanda, España y Portugal, además de China y Japón. Al modo de los ídolos modernos, pero también de los antiguos monarcas, la gente acudía arrobada a escucharle. Grant falleció en 1885 y su funeral, en Nueva York, superó en asistencia –un millón y medio de personas aproximadamente– a cualquier otro de cualquier dirigente americano hasta la época. Su figura evocaba la reconciliación de los bandos tras la guerra y la posibilidad de la prosperidad que nació de ella. Un gran monumento en Manhattan, donde se colocó su tumba, le recuerda e inmortaliza la figura del héroe nacional. Su libro de memorias, titulado *The personal memoirs of U. S. Grant,* que se publicó en 1885, es considerado como un libro magnífico que, muy al estilo de su época, ensalza sus propios éxitos, evitando mencionar los aspectos más íntimos de su biografía que, como su alcoholismo, le avergonzaron.

Otro oficial y no menos destacado en importancia militar fue el general William Tecumseh Sherman de la Unión. Una gran diferencia con Grant es que Sherman sentía simpatía por el Sur, algo que no le impidió sin embargo rechazar el encargo de participar en la dirección del ejército rebelde cuando estalló la guerra. En la Unión fue nombrado inicialmente coronel de infantería y promocionó hasta el puesto de brigadier general en Kentucky. En otoño de 1861 Sherman recibió el mando del Departamento de Cumberland, un puesto que le granjeó enemistades con otros oficiales y con la prensa. A Sherman se le acusaría de inestabilidad mental, lo que le limitaba en sus posibilidades de mando. En sus biografías se menciona que Sherman contempló el suicidio pero, tras superar la depresión, en la primavera de 1862 recibió una nueva oportunidad al frente de la 5.º División, en el ejército del Tennessee. Participó en la batalla de Shiloh en la que llegaría a perder tres monturas, resultando finalmente herido. De los años centrales de la guerra, data la amistad entre Sherman y Grant, que trabajarían coordinadamente hasta el final de la guerra y más tarde, durante la presidencia de Grant. Sherman se mantuvo en los escenarios occidentales a las órdenes de Grant y en

septiembre de 1864 tomó Atlanta, que quemó hasta sus cimientos, y puso en marcha la llamada ya entonces «guerra total», en su avance hacia la costa: la Marcha hacia el Mar. En sus valoraciones sobre la guerra mencionaba sin desdoro que a lo que más se parecía era al *infierno,* y como tal sería recordado su paso por los territorios del Sur. En 1869 relevó a Grant como comandante al frente del ejército estadounidense, mando desde el que dirigió la apertura occidental del territorio para trazar líneas de ferrocarril en tierra de indios, cuyas tribus ordenó aniquilar en la idea de que los aborígenes indios eran un obstáculo al progreso del país. Se retiró del servicio en 1884 y se instaló en Nueva York hasta que murió en 1891.

Otros oficiales en la Unión fueron héroes de guerra o tuvieron papeles muy relevantes. David G. Farragut, sin ir más lejos, se convirtió en un héroe naval. Había nacido en Tennessee en el inicio del siglo y fue hecho prisionero por los británicos en 1812. En la guerra, en 1862, recibió el encargo de comandar la escuadra para aniquilar las defensas navales que defendían Nueva Orleans y tomar luego la ciudad. Para lograr este objetivo, debía primero superar las cañoneras en el río y los dos fuertes que protegían la ciudad. Se le recuerda además por sus actuaciones destacadas en Vicksburg y en la bahía de Mobile. Aunque no es frecuente presentar a los indios americanos en la nómina de los héroes nacionales de la guerra civil, la figura de Ely Parker rebasa todo convencionalismo al respecto. Indio de la tribu seneca, alcanzó el puesto más alto como oficial del ejército de la Unión. Fue secretario militar de Grant con rango de teniente coronel, acompañándole en el momento de la rendición de Lee. El general sudista señaló a Ely Parker como el único americano real del encuentro, observación a la que Parker objetó que en realidad todos ellos eran americanos. Philip Sheridan por su parte había sido un joven comandante que luchó en numerosas batallas, en el este y el oeste, y adquirió fama por su política de tierra quemada durante la campaña del valle de Shenandoah, entre 1864 y 1865.

El famoso general Custer fue más conocido por su actuación en Little Big Horn en 1876 que en la guerra civil. George Custer fue, con veintitrés años, el general más joven del ejército de la Unión y se distinguió en Gettysburg por abordar a las tropas enemigas de *Jeb* Stuart con una serie de ataques frontales. Ambos generales volvieron a enfrentarse en la batalla de Yellow Tavern en 1864. Custer estuvo también presente en la rendición de Lee ante Grant en Appomattox, Virginia, donde con su caballería contribuyó a forzar la retirada de las tropas de Lee. En el anecdotario relativo a este controvertido héroe nacional se menciona la generosidad con que Custer regaló a Philip Sheridan la mesa en la que se había firmado la rendición sudista. Muy interesante sin duda fue también la figura de Joseph Hooker, apodado *Fighting Joe*, que dirigió a la Unión en Antietam, siendo herido y recuperándose a tiempo para dirigir un cuerpo de infantería en la batalla de Fredericksburg tres meses más tarde. Comandante del ejército del Potomac perdió frente a Lee en Chancellorsville en mayo de 1863 y fue retirado del ejército del Potomac en junio, poco antes de la batalla de Gettysburg. Sin embargo participó también en la batalla de Chattanooga y en la toma de Atlanta.

Robert Edward Lee es sin duda el general confederado más conocido y popular. Su perfil y leyenda fueron adquiriendo mayor entidad con los años, tiempo después de terminada la guerra. Era un sudista convencido que se mantuvo fiel a su estado, Virginia, pese a que la Unión le había reclamado para liderar el ejército. Fue, como Grant, Sherman o Farragut, un héroe en batallas y campañas, con la diferencia de que, mientras los anteriores ganaron la guerra, Lee la perdió, sin por ello convertirse en un villano. Su mito creció gracias a su enorme habilidad militar sin que le pasasen factura las derrotas, pérdidas humanas o huidas del campo de batalla de las que fue responsable. La

pericia de Lee se cifraba en su capacidad para reconstruir una y otra vez su ejército, pese a las dificultades, y esto era precisamente lo que le convertía en un enemigo temible. Amaba a sus monturas, y en particular tenía un inquebrantable cariño por Traveller, su caballo preferido y para él sin duda algo parecido a un amigo fiel en los momentos más críticos.

Lee había nacido en Virginia en 1807, en el seno de una influyente familia de políticos y soldados. Su padre, apodado *Light Horse Harry,* había sido el primer gobernador de Virginia y oficial de caballería en tiempos de la guerra revolucionaria, algo que no sirvió a la familia para quedar protegida económicamente cuando Henry, el padre, murió siendo Robert aún niño. Fue su madre quien hubo de criar al joven Lee, que como tantos otros adolescentes de familias de clase alta y pese a carecer de recursos logró entrar en West Point a mediados de los años veinte. En su caso tuvo el respaldo de la clase política virginiana. Fue buen estudiante, de modo que al graduarse se le asignó a un puesto en el prestigioso cuerpo de ingenieros, lo que le permitiría viajar por el país. Trabajó en diversos destinos militares durante los diecisiete años previos al estallido de la guerra, y destacó en la guerra contra México en las tareas de combate que le fueron asignadas. En 1852 obtuvo el cargo de superintendente en West Point, un destino muy distinguido pero poco adecuado a la capacidad de Lee, que prefirió ser transferido, en 1855, a la 2.ª División de Caballería, desde la que actuaría en territorio de Texas.

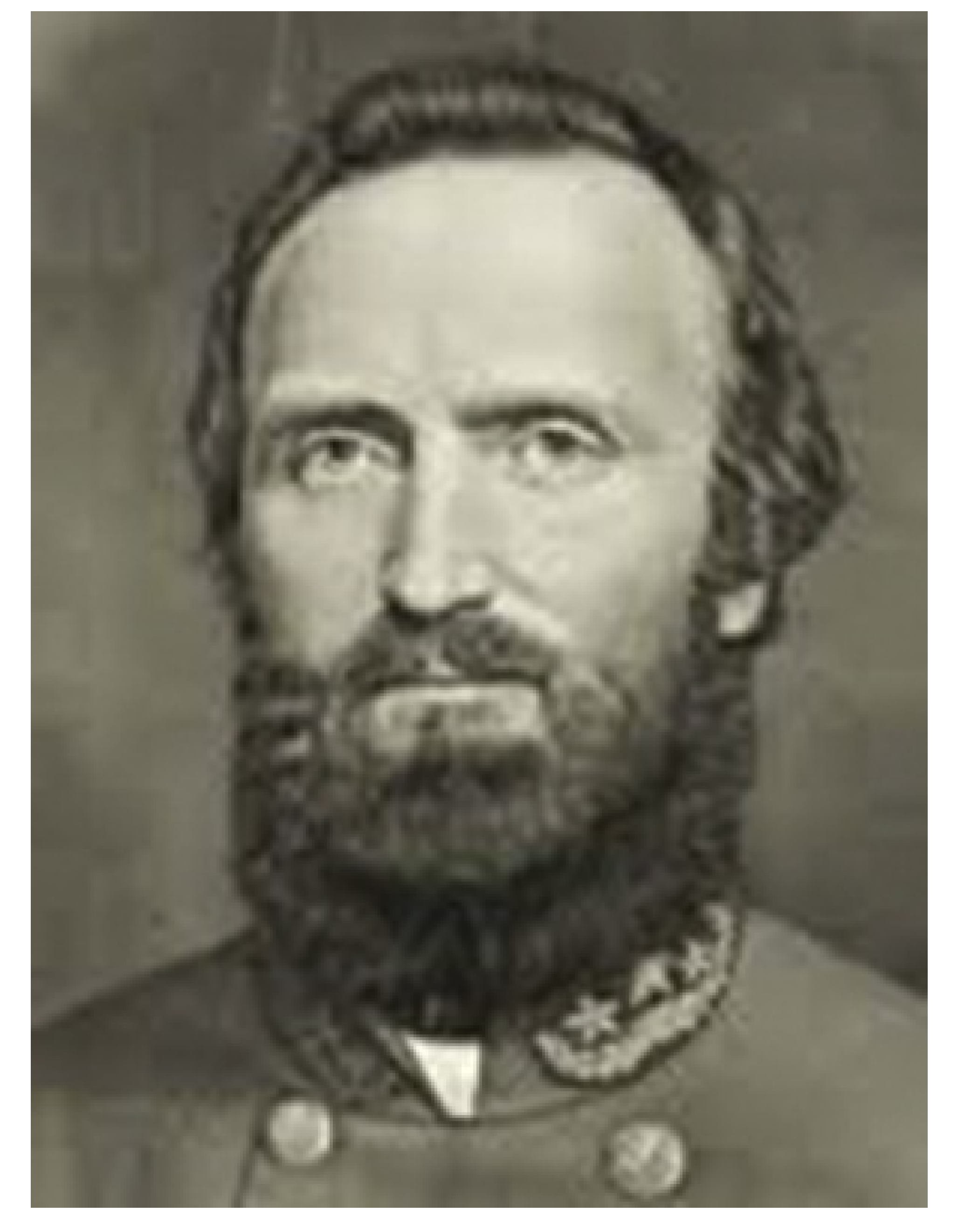
Para entonces, la posición de Lee con respecto a la política nacional era ambigua. No era un defensor de la expansión de la esclavitud fuera de los estados sureños, pero sí un hombre de Virginia e incapaz de luchar contra su propio estado. De modo que, aunque los mandos federales buscaran denodadamente que Lee permaneciera en la Unión, ofreciwéndole el puesto de mayor rango, Lee rehusó, convirtiéndose no sólo en general confederado sino, y sobre todo, en la mano derecha del presidente Davis. Además de una gran tarea organizativa, tuvo entre sus aciertos el haber frenado el avance de la Unión desde Virginia Occidental y la organización de las defensas de la Confederación a lo largo de las costas de Georgia y Carolina del Sur. Tan buen militar como persona discreta, su vida cambió radicalmente tras la derrota cuando aceptó el puesto de presidente de un pequeño instituto, el Washington College, en Lexington, Virginia, apartándose hasta su muerte en 1870, debida a una lesión cardiaca, de la vida pública y la política nacional. El centro educativo, que tras su fallecimiento recibiría su nombre, Lee College, mejoró en su matrícula, enseñanzas e incluso en la preparación física de los alumnos. Lee, siempre profesional, se aplicó con la mejor de sus capacidades e interés a aquello que se le encomendó, ya fuera el ejército de los Estados Confederados de América o un modesto instituto de enseñanza secundaria local.



Robert E. Lee, el principal general de los rebeldes pese a que la Unión le reclamó para dirigir sus ejércitos, representaba la perfecta caballerosidad sureña. Persona discreta, tras la derrota pasó a dirigir un instituto de secundaria en Virginia.

Aunque lejos de los Estados Unidos, Robert Lee sea el general de los rebeldes por antonomasia, lo cierto es que la Confederación tuvo militares muy brillantes que la memoria popular ha conservado. Pierre Gustave Toutant Beauregard fue uno de los mejores oficiales confederados y héroe reconocido del Sur. Sus malas relaciones con Davis jugaron en su contra, pues no obtuvo los destinos en los que hubiera brillado su figura militar. Pertenecía a una próspera familia *creole* de Luisiana, fue educado en West Point y participó en la guerra de México. En la élite del cuerpo de ingenieros, y como tal en Nueva Orleans, había supervisado los trabajos de dragado de la desembocadura del Misisipi. Comandaba las tropas que capturaron Fort Sumter en el inicio de la guerra, por lo que fue el primer héroe reconocido en el Sur. Pero el presidente no confiaba en su

general, a quien acusaba de estrategias excesivamente complicadas, y por ello le relevó de su puesto reasignándole a Charleston, Carolina del Sur, donde pensaba que sería inofensivo. Charleston, que Beauregard defendió impecablemente en todo momento, se convirtió en objetivo recurrente de los ataques de la Unión en 1864, de modo que Beauregard fue retirado del escenario. Por su parte Thomas Jonathan Jackson fue seguramente uno de los profesionales más capaces en el ejército del Sur, considerándose heroicas sus acciones en el campo de batalla. Virginiano occidental, era un hombre religioso, sin malos hábitos, con muchas inquietudes personales, que promocionó rápido y recorrió diversos destinos militares, incluida Florida, donde ayudó a derrotar a los indios seminola. En los años cincuenta Jackson se convertiría en profesor de Táctica y Filosofía Natural en el Instituto Militar de Virginia. Nunca hubo duda alguna a propósito de que Jackson se uniría a los confederados, que le dieron el encargo de entrenar a la infantería. Su apodo, *Stonewall,* surgió en la primera batalla de Manassas y le acompañó durante toda su vida. Aludía a la solidez con que Jackson y sus virginianos rechazaban al enemigo dando cobertura a las tropas confederadas. Fallecería por fuego amigo en la batalla de Chancellorsville.



El apodo del general Thomas J. Jackson, *Stonewall*, aludía a la solidez con que Jackson y los soldados de Virginia rechazaban al enemigo. En los años cincuenta había sido profesor de Táctica y de Filosofía Natural en el Instituto Militar de Virginia.

Con similar talento militar, Joseph Eggleston Johnston incurrió al igual que Beauregard en la falta de no ser apreciado por Davis, que retiró su apoyo a todas las estrategias que le propuso Johnston. De manera que la falta de respaldo presidencial y las derrotas sufridas en los meses siguientes apartaron a Johnston de la primera línea y le valieron ser destinado al ejército del Tennessee con el fin de intentar frenar la marcha de Sherman hacia Atlanta en 1864. De la figura del general James Longstreet se aprecia su ascenso militar junto a Lee, que le denominaba su *warhorse,* 'caballo de guerra'. En la primavera de 1864, junto a Lee, luchó contra el ejército de Grant, siendo herido en la batalla de Wilderness. Por su parte, el general Braxton Bragg protegió la costa entre Pensacola y Mobile durante el primer verano de la guerra y más tarde participaría en la batalla de Shiloh. Dirigió el ejército del Misisipi y lo cierto es que no siempre le acompañó la suerte. Solía estar en desacuerdo con sus superiores, que le consideraban indeciso y mal táctico, pese a lo cual tuvo –él sí– el apoyo de Jefferson Davis. Pero la nómina de oficiales reputados del sur no puede completarse sin el nombre de Nathan Bedford Forrest, siempre a caballo y al frente de la guerrilla tras las líneas

enemigas, azote de los federales desde los Apalaches hasta el río Misisipi. Se le conocía con el apodo de *the Wizard of the Saddle*, algo así como el Mago sobre la Silla de Montar y era un sudista radical. Procedía de una familia pobre de Tennessee, pero se hizo rico como plantador, especulador y negrero en los años cincuenta, siendo considerado en 1861 una de las principales fortunas del Sur. Nunca aceptó la rendición de la Confederación, lo que le llevó a organizar el Ku Klux Klan, transformándose de mítico héroe durante la guerra en promotor del controvertido legado histórico racista del Sur.

8

Contra la esclavitud

Religión y abolicionismo

El activismo de origen religioso fue esencial en la lucha contra la esclavitud antes y durante la guerra civil americana. Los sermones en las iglesias, las acciones proabolicionistas de las mujeres piadosas y de sus familias, en el Norte y en el Sur, mantenían viva la contienda moral, al margen de los debates políticos, reflejando que la mentalidad colectiva estaba también situada en el frente del inconformismo con las leyes y las instituciones. La cuáquera era una Iglesia especialmente sensible a los males de la esclavitud. En la primera convención de la Sociedad Antiesclavista de 1833 una tercera parte de los delegados eran cuáqueros que ayudaban a los esclavos en su huida de las granjas y plantaciones arriesgándose a las penas derivadas de su activismo. La creencia en la doctrina de la abolición incidía en la vida religiosa de las comunidades, y se convertía en seña de identidad de las Iglesias que iban surgiendo: la Iglesia metodista en 1844 o la baptista en 1845. Presente en la cultura presbiteriana, el abolicionismo se asociaba a la reforma de la tierra, de su propiedad y uso. El clérigo Theodore S. Wright usaba la retórica de la religión para presentar la esclavitud como un pecado injustificable. Las prédicas de otros pastores, más pragmáticos, preferían incidir en la idea de que no bastaba con defender la esclavitud desde argumentos economicistas pues la esclavitud era inconsistente en sí misma y por ello contraria a los principios de la Iglesia. En la Convención Nacional de Ciudadanos de Color, celebrada en Buffalo, Nueva York, en agosto de 1843, el ministro presbiteriano Henry Highland Garnet, antiguo esclavo en Maryland, llegó a defender que se actuara con violencia contra los esclavistas.

El abolicionismo estadounidense sirvió también de base para la fundación de numerosas Iglesias independientes. El propio Frederick Douglass –el relevante líder abolicionista– fue pastor de la Iglesia episcopal metodista africana. En la educación superior, el abolicionismo impulsó la coeducación interracial, en centros pioneros como el Oberlin College o el Instituto Oneida, en el que se graduaron los principales líderes afroamericanos. De este modo pronto las mujeres piadosas en la defensa del abolicionismo y la preocupación de algunas Iglesias, entre otras fuerzas sociales, se aliaron enseguida para organizar uno de los eventos más relevantes de la historia del activismo social en los Estados Unidos, la Convención del Seneca Falls (1848), en la que –no sin razón– los abolicionistas negros criticaron el exceso de liderazgo de los blancos. Hasta la guerra, en las prédicas que defendían la necesidad de acabar con la esclavitud era difícil deslindar el abolicionismo de la religión y el activismo social de raíz piadosa. Las sociedades por la libertad de los esclavos negros ocuparon una

posición relevante en la opinión pública nacional. La American Anti-Slavery Society (AASS) (1833–1870), era una sociedad fundada por William Lloyd Garrison y Arthur Tappan, cuyo líder natural fue el antiguo esclavo, activista y escritor mencionado Frederick Douglass. A la altura de 1838, la AASS contaba con mil trescientos cincuenta centros y un cuarto de millón de afiliados. Famosos personajes de la época pasaron por la AASS, cuyo cuartel general se encontraba en la ciudad de Nueva York, y que entre 1840 y 1870 publicó un periódico semanal: *National Anti-Slavery Standard*. En los años cuarenta la Sociedad Antiesclavista Estadounidense pondría en marcha el proyecto Cien, que consistía en realizar giras de intelectuales y escritores por salones del este y medio oeste de los Estados Unidos.



Esclavo antes de convertirse en político y escritor abolicionista, Frederick Douglass fue una figura clave en el proceso que preparó la emancipación. Lideró la poderosa American Anti-Slavery Society (AASS) entre 1833 y 1870.

Los debates públicos más intensos a propósito de la esclavitud, de su permanencia e implantación en los nuevos estados, surgieron del Compromiso de Misuri (1820) que buscó, según vimos, un balance de poder entre antiesclavistas y abolicionistas. Intensos debates se produjeron en Virginia entre 1829 y 1831, y en no pocos lugares se sugirió que los esclavos habrían de ser puestos en libertad y devueltos a África, según el proyecto que pasó a denominarse Liberia. La agitación subió de tono con la publicación en Georgia, Virginia y Luisiana, del libro del escritor negro David

Walker, *Appeal to the Colored Citizens of the World* [Una llamada a los ciudadanos de color del mundo], en 1829, que efectivamente era un aviso en toda regla a la rebelión de los esclavos contra sus dueños, justificable en el derecho de autodefensa del ser humano cuando su vida corre peligro. Los argumentos de Walker instaban a la revolución de la mano de obra esclava: «América» –diría– «es más nuestro país que el de los blancos [...] pues lo hemos enriquecido con nuestra sangre y nuestras lágrimas».

La fundación, en 1833, de la AASS en Filadelfia, aumentó la inquietud de los estados del sur, que sentían el acoso a su independencia de acción por parte de unas leyes federales que se reforzaban en el incremento de las tasas y ante ellas, considerando que sólo el sistema esclavista mantendría rentables sus empresas agrícolas y negocios comerciales. La argumentación moral en defensa de la esclavitud era en este caso, además de una sólida creencia, una justificación de índole práctica. En la convención abolicionista de 1833 de Filadelfia se emitió una declaración que condenaba la institución de la esclavitud y a los propietarios de esclavos por el pecado del robo de personas, criticando el modelo de sociedad colonizadora americana y llamando inmediatamente a la abolición sin reservas de la esclavitud. La respuesta de defensores de la esclavitud adquirió formas violentas, por ejemplo las conocidas *Farren Riots,* que durante cuatro noches del mes de julio de 1834 produjeron ataques de los ciudadanos protestantes de la ciudad de Nueva York contra las propiedades de los defensores del abolicionismo. En las décadas de los años cuarenta y cincuenta, la actividad antiabolicionista se fragmentó, ligándose ahora a acciones locales o estatales, y entrando en la corriente principal de la vida pública con la aparición de partidos nuevos como el Partido de la Tierra Libre o Free Soil Party (1848–1854) y más tarde el Partido Republicano (1854). Sólo en 1870, el desarrollo de las leyes de la emancipación dio por finalizada la actividad de la AASS.

En el Sur durante la guerra se hizo evidente y sin matices la plena identificación entre los pastores, el clero y el proyecto secesionista. El problema desde luego se hacía visible cuando un estado o una región eran ocupados por el ejército enemigo. Si la Confederación conquistaba un territorio de la Unión, la suerte de los ministros declarados como unionistas era nefasta, pues no había margen alguno a la tolerancia entre política y religión. En 1863, a un metodista unionista de Tennessee se le cortaron las orejas y recibió golpes hasta morir. Guerrillas rebeldes también de Tennessee asesinaron al reverendo Levi Carter y a su hijo, mandando luego como trofeo de guerra los globos oculares del chico a una mujer de la zona. Por supuesto, el clero de las Iglesias de los negros se debatía constantemente entre la religión y la política. La mayoría de los negros, esclavos o no, estaba vinculada a la Iglesia metodista episcopaliana africana, que era sin duda muy influyente en la comunidad negra en todo el país. Aunque por lo general los sermones religiosos incidían en que la comunidad debía prepararse para el cambio en curso, también es cierto que la dirección espiritual de dichas comunidades no era uniforme pues se daba una clara división en los temas centrales, por ejemplo los relativos al servicio de los negros en el ejército.

La conexión entre discurso religioso y discurso político fue sin embargo mucho más intensa y relevante en el Norte. Bajo el régimen de la supresión de las libertades civiles impuesta por la Administración de Lincoln, había quedado también en suspenso la libertad de los pastores para construir sus discursos, especialmente en las áreas limítrofes a la guerra, los estados fronterizos o *border states.* Por lo tanto, en el territorio de la Unión no se permitió a las Iglesias hacer dejación de su adhesión a la causa del Norte. En 1863, por ejemplo, el secretario de Guerra Edwin Stanton ordenó que fuesen confiscadas las iglesias metodistas de San Luis –que no manifestaban su fidelidad a la

Unión– y fuesen puestas bajo la autoridad del obispo Edward Ames, este sí claramente leal a la Federación. Los ministros que se oponían a la Unión o bien se negaban a usar el púlpito para dictar los discursos politizados que indicaba el Gobierno, en estados como Nueva York, Pensilvania y Ohio, fueron arrestados argumentándose para ello que dañaban el interés público de la nación. Se elaboró una lista de predicadores –metodistas– desleales, que fueron apartados de la vida pública, censurados en sus prédicas y acusados con cargos. A pesar de todo lo cual, la posición de los pastores y del clero en el norte fue diversa e incluso heterogénea dentro de los diversos credos, pero en conjunto, en 1861 y con excepción de las Iglesias declaradas pacifistas, la gran mayoría de las del norte fue partidaria de la guerra para preservar la Unión.

Numéricamente hablando, existía un dominio cultural de protestantes, seguido por los católicos y los judíos que, también en el norte, apoyaban el hecho de la guerra. La justificación teológica y moral a la necesidad de la guerra venía dada por la mayoría de Iglesias protestantes, cuya capacidad de presión social y política era mayor, y que justificaban el esfuerzo de guerra en razón de dos grandes argumentos: la consecución de un lugar preponderante para América en la historia mundial, ligada al cambio de milenio, y el hecho de considerarse inadmisible la institución esclavista. Los Estados Unidos –argumentaban los protestantes– contaban con instituciones republicanas, ideas democráticas y valores cristianos para ponerse a la cabeza de la civilización, de modo que una hipotética victoria de los rebeldes suponía un freno inaceptable a la idea de progreso y hegemonía de este modelo americano. Si llegaba a desmembrarse la Unión, la república americana fracasaría, y ello era tanto como ver desaparecer la historia de su creación y desarrollo de las décadas previas. Los pastores protestantes, que defendían la Unión a ultranza, sugerían que en la guerra se jugaba no sólo el futuro de la nación sino de la humanidad.

La evolución del pensamiento de las Iglesias nacionales corrió en paralelo a la transformación del discurso público de Lincoln, con tal grado de identidad entre ambos que parece imposible que el presidente procediera como lo hizo –desde el llamamiento a la unidad hasta la defensa de la enmienda constitucional que dictaba la emancipación– sin mediar el concurso de los sermones protestantes en la opinión pública nacional. El propio lenguaje de Lincoln fue tiñéndose de la prédica de los pastores, dando a entender en sus mensajes a la nación que el esfuerzo de la guerra tenía el sentido de un bautismo de sangre purificador y de renovación, que exigía terminar con el principal pecado de la república: la esclavitud. Con el final de la guerra la prédica protestante había calado lo suficiente en la mentalidad de los vencedores como para permitir que el triunfo de la Unión fuese, de hecho, el triunfo de los republicanos radicales antiesclavistas, que dirigieron el trabajo de la reconstrucción nacional de acuerdo a los principios de renovación absoluta expuestos en la Decimoquinta Enmienda sobre el acceso al voto, sin diferencias de raza, color o previa condición de servidumbre.

El debate jurídico

Las leyes de los estados esclavistas consideraban a los negros esclavos bajo la denominación de «bienes muebles animados», con alma, diferenciándolos así de otros tipos de bienes muebles, los «inanimados», que carecían de entendimiento y por lo tanto de responsabilidad ante los posibles daños que pudieran causar a las personas o los bienes. Abundaban los ejemplos cuando un esclavista pretendía explicar por qué un esclavo era un bien mueble animado. Aunque el esclavo no tenía derecho sobre su propia persona, pues era un bien propiedad de una persona, tenía en cambio responsabilidad sobre los daños que pudiera causar su trabajo para el dueño. Un esclavo que cometiera un delito, por ejemplo acuchillar a un hombre blanco –o a otro esclavo, dañando así la propiedad de un amo– sería juzgado y castigado de acuerdo a las leyes comunes, ya que se consideraba que los bienes muebles animados podían ser capaces de premeditación: de concertar un delito y de cometerlo.

Pero culpabilizar a un esclavo de premeditar y ejecutar un delito equivalía a suponerle capacidad para pensar por sí mismo: organizar una trama o tener un manejo de ciertas herramientas intelectuales que, como la lectura o la escritura y las matemáticas, sólo estaban al alcance de los hombres blancos. Por lo que responsabilizar a los esclavos de sus delitos entraba en contradicción con la certeza entre los esclavistas de que los negros no eran *personas* sino hombres en un estadio de desarrollo anterior al humano, tontos e incapaces para guiarse a sí mismos, animalizados incluso hasta los extremos de la deshumanización. Puesto que un esclavo culto podía parecerse en exceso a una persona, resultaba inconveniente al mantenimiento y eficiencia del sistema esclavista educar a los negros no libres y en consecuencia, no se les enseñaba más que aquello para lo que se pretendía que fueran útiles y productivos.

Las revueltas y motines de negros eran más frecuentes de lo que los blancos querían admitir, y también las huidas –algunas con éxito– de las granjas y las plantaciones hacia estados libres. La bondad de los dueños para con los esclavos no era una garantía de bienestar duradero, pues los negocios en los que se les empleaba eran azarosos y los amos tenían que vender a menudo a sus negros para poder mantener en pie sus empresas. Como moneda de cambio, los negros esclavos tenían un alto valor. Pero incluso si las condiciones eran humanamente razonables, los esclavos intentaban escapar causando a los dueños contratiempos económicos. Mantener tres o cuatro esclavos como mano de obra en una propiedad comportaba gastos que a veces los dueños no se veían capaces de afrontar. Las cosechas o las manufacturas podían no ir bien y las herramientas, los esclavos, debían seguir siendo alimentadas para no deteriorarse y perder valor de mercado en caso de tener que ser vendidas. De entre todos los males que padecía un esclavo a lo largo de su vida el más temido, sin duda el peor de todos, era –por encima de las privaciones y de los castigos corporales– el desarraigo y la separación de su familia.

Hubo insurrecciones de esclavos en los estados del sur, incluso en el de Virginia, que era tenido por un estado donde la institución estaba muy asentada y los amos eran por lo común *buenos*. Los levantamientos se aplacaban con severas medidas represivas y castigos ejemplares. A la altura de los años treinta, cuando tuvo lugar la insurrección de Nat Turner, ya se había erradicado no obstante la costumbre de marcar a los esclavos como a las reses propiedad de un amo. Poco antes de la guerra civil, se desató un sonado levantamiento de esclavos. Era octubre de 1859 cuando fue atacado el

arsenal de Harper's Ferry con la intención de instigar una rebelión simultánea de esclavos en diversos lugares de Virginia. Las insurrecciones fueron sofocadas por el general Robert E. Lee y el teniente J. E. B. Stuart al mando de las milicias de Maryland y Virginia, así como por parte de los soldados e infantería de marina de Fort Monroe. Se acusó de ponerse al frente de la rebelión a un abolicionista radical, el capitán John Brown, quien junto con sus partidarios fue cercado en un sector del arsenal. Los insurrectos habían tomado rehenes blancos de entre las familias esclavistas de la zona y rechazaban la propuesta de rendición de Lee del 18 de octubre. Para liberar a los rehenes demandaban paso franco fuera de la ciudad. Tras negarse a las condiciones exigidas por John Brown, Lee envió a la infantería de marina, lo que produjo la muerte de varios marines y de partidarios de Brown. Este fue gravemente herido, capturado y ahorcado, convirtiéndose en una suerte de héroe y mártir entre los abolicionistas del país.

Los blancos esclavistas no dejaban de mostrar su extrañeza ante las actitudes rebeldes y agresivas de los esclavos a quienes se tenía por seres de naturaleza asustadiza y cobarde, y la persistencia en mantener viva la *institution* no restaba peso a sus contradicciones. Durante todo el siglo XIX cada vez más ciudadanos eran conscientes del sinsentido de la esclavitud y, al margen de la crítica a la eficiencia del modelo económico que soportaba, veían en ella un grave delito a los ojos de Dios. Los defensores del sistema esclavista clamaban contra las «gentes del norte» y en especial contra los cuáqueros, a quienes veían como a seres de moral torcida, por su oposición combativa a la esclavitud, una institución –decían– que criticaban por desconocer cómo funcionaba y cuáles eran sus beneficios.

El activismo abolicionista que crecía en paralelo a la consolidación del sistema, ya desde los años veinte, fue especialmente protagonizado por muchas mujeres, blancas, y no sólo del Norte, que desde la moral cristiana que las guiaba en su vida cotidiana desarrollaron sus argumentos antiesclavistas. Pese al aislamiento entre ellas, consiguieron desarrollar un tejido cívico fructífero y muy eficiente que preparó el camino al Decreto de Emancipación de 1863. Lincoln y los abolicionistas durante la guerra civil construirían sus argumentos sobre la tradición antiesclavista de las décadas precedentes. Para entender el peso moral en el abolicionismo de las mujeres americanas del siglo XIX hay que partir de la premisa de que tampoco ellas eran consideradas sujetos civiles, actores de la vida pública con voz y voto en el sistema. Y puesto que su ciudadanía estaba legalmente limitada, las mujeres abolicionistas no podían hacer llegar sus voces al Congreso y el Senado, pues ni siquiera eran escuchadas en sus ciudades y pueblos. De modo que hubieron de buscar la manera de hablar ante la clase política. En 1835 algunas de estas mujeres blancas explicitaron un derecho elemental reconocido por la Constitución: el derecho de petición. La interpretación de la ley natural decía que todos los individuos –en adelante ciudadanos– estaban en posesión del derecho de petición y que los legisladores o representantes de la nación estaban obligados a escuchar y darles respuesta.

En sus peticiones, relativas a la abolición de la esclavitud, apelaban a la compasión desde la autoridad que les otorgaban los argumentos de la religión. Al ser la esclavitud un pecado –aducían– iba en contra de los principios que guiaban la nación, pues no olvidemos que los Estados Unidos se concebía como una democracia constituida por el pueblo elegido de Dios, tras huir de la tiranía de los pueblos europeos, ligada a la ética divina. En 1837 las hermanas Grimké, Sarah y Angelina, habían cursado una gira de conferencias para hablar de la abolición de la esclavitud. Y no eran las primeras, pues la campaña de petición antiesclavista se había iniciado en 1835 impulsada por mujeres de condición burguesa, blancas y favorecidas por un cierto desahogo económico. En 1838

Sarah Grimké, en sus *Cartas sobre la igualdad de los sexos y la situación de la mujer* diría: «Me regocijo porque estoy convencida de que a los derechos de la mujer, lo mismo que a los derechos de los esclavos, les bastará con ser analizados para ser comprendidos y defendidos, incluso por algunos de los que ahora tratan de asfixiar los irreprimibles deseos de libertad espiritual y mental que se agitan en el corazón de muchas mujeres y que apenas se atreven a descubrir sus sentimientos».

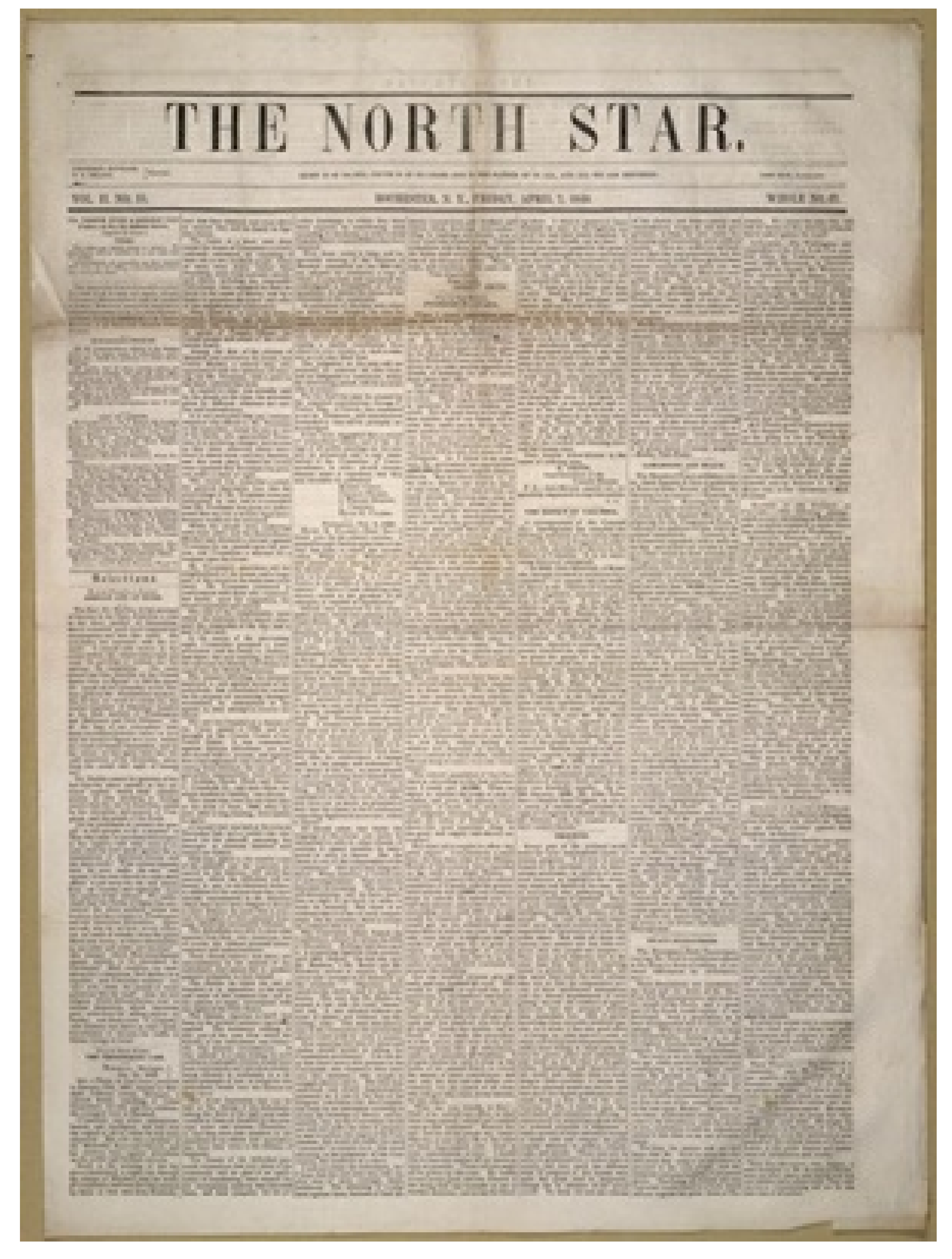
En total entre 1831 y 1865 se presentaron al Congreso unos tres millones de firmas de mujeres –muchas de ellas captadas en las campañas puerta a puerta– de petición antiesclavista. Sabían las peticionaras que sus firmas no iban a abolir la esclavitud, pero confiaban en que ayudaran a mantener el debate abierto en la Cámara de Representantes. La prohibición del voto de las mujeres no tenía por qué significar su inhibición política y, puesto que no podían firmar las peticiones en calidad de ciudadanas, las mujeres escogieron la denominación de *female inhabitants,* ‘habitantes femeninos’, de la comunidad ciudadana de la nación, una denominación muy descriptiva.

En 1857 bajo la presidencia de Buchanan, hubo una involución del abolicionismo que desbarató los avances morales obtenidos por los abolicionistas en las décadas anteriores. El ya mencionado fallo del Tribunal Supremo en el caso de Dred Scott *versus* Sandford supuso un claro retroceso en las esperanzas de los abolicionistas. Dred Scott era un esclavo de Virginia, propiedad de un cirujano del ejército llamado John Emerson, ciudadano este de Misuri. El tal Mr. Emerson había viajado a Illinois, estado no esclavista, y a Wisconsin, territorio no esclavista y convertido en estado en 1848, donde se estableció con sus esclavos, entre los que se encontraba Dred Scott. Emerson retornó a Misuri años después, donde murió, en 1843. La esposa de Emerson heredó la propiedad de los esclavos pero fue poco después, en 1846, cuando a Scott se le ocurrió demandar a la viuda de Emerson. El demandante reclamaba su libertad por haber residido años antes en el estado de Wisconsin no esclavista, lo que le convertía de hecho en ciudadano libre. Diez años más tarde, en 1856, llegaba la demanda de Dred Scott al Tribunal Supremo que, en 1857, falló en contra. El argumento del tribunal recogía la interpretación más habitual de la ley en aquellos días. Scott, al ser negro y esclavo, no era en realidad un ciudadano de los Estados Unidos, de modo que ni siquiera podía presentar demandas al Tribunal Federal. La sentencia vapuleaba el Compromiso de Misuri de 1820 que delimitaba la línea entre los territorios esclavistas y no esclavistas (36º, 30´) y que, pese a haber sido aprobado por el Congreso, era ahora, en 1857, declarado inconstitucional y en la práctica papel mojado.

La literatura sobre la esclavitud

De la rapidez con que se difundían las noticias y las ideas en la América posrevolucionaria fueron muestra el gran número y calidad de los sermones y la prensa. Un público ansioso de información y debate consumía las tiradas, semanales casi siempre. Había periódicos abolicionistas de implantación comarcal, local y nacional.

De entre todas las rotativas fue muy destacable en términos de presencia política *The Liberator* (1831-1865), fundado por el abolicionista William Lloyd Garrison. Se cerraría tras la guerra civil, una vez cumplido el objetivo de la abolición de la esclavitud. En su número 1.820 de 29 de diciembre de 1865, Garrison hacía balance de todo el trabajo periodístico referido a la abolición que sin duda había cubierto una etapa crucial en la historia del país. *The Liberator* estaba vinculado a la American Anti-Slavery Society, y junto al propio Garrison fue declarada *non grata* en muchos estados del sur. Pero es especialmente en el terreno de la literatura donde la cultura abolicionista en los Estados Unidos se mostró brillante y creativa. Autores blancos y negros, hombres y mujeres, desarrollaron en las décadas centrales del siglo XIX todo un conjunto de personajes ficticios que representaban la situación y el trasfondo histórico de la nación en materia de organización social, de esclavitud y de activismo.


THE NORTH STAR.

El periódico abolicionista *The North Star* –del que vemos una edición de 1848– era muestra del poder de la prensa americana a mediados del siglo. Un público ansioso de información y debate consumía sus tiradas, semanales casi siempre.

La experiencia política lastrada por los efectos perversos de la esclavitud sobre la nación fue el tema escogido por Harriet Beecher Stowe para su obra: *La cabaña del tío Tom, Uncle Tom´s Cabin* (1852), en la que la autora reivindicaba los principios de libertad y de igualdad defendidos por los primeros colonizadores en sus asentamientos en Nueva Inglaterra. En 1850 ya había publicado *The*

Freeman´s Dream: a Parable [El sueño del hombre libre], antecedente indudable de *La cabaña del tío Tom*. La ley sobre los esclavos fugitivos –*Fugitive Slave Law*– de 1850 hacía responsable a todos los ciudadanos de mantener la institución de la esclavitud. La indignación de Stowe a propósito de esta norma que obligaba a los estadounidenses a devolver a sus dueños a los esclavos que lograban huir había convertido a Harriet Beecher en activista.



La famosa novela de Harriet Beecher Stowe, *La cabaña del tío Tom* (1852), era una llamada de atención a propósito de la inmoralidad de la esclavitud. Su tono, sentimental, pretendía enseñar que el amor cristiano puede triunfar sobre la maldad.

La famosa novela de Harriet Beecher Stowe guardaba un indudable tono sentimental y pretendía enseñar que el amor cristiano puede triunfar sobre la maldad de los seres humanos. El texto es una llamada de atención a propósito de la inmoralidad, relacionada no sólo con la esclavitud, sino también con los efectos a ella asociados, uno de los más denigrantes por ejemplo, la separación de los miembros de las familias de negros. Así, el protagonista del relato, el tío Tom, es un esclavo de carácter resignado y bondadoso, tolerante con quienes le rodean, bien sean blancos o negros. Cristiana, peticionaria, sufragista…, Harriet Beecher Stowe asocia la maldad a la esclavitud pero sostiene que la maldad radica en la institución, y no en los dueños y capataces de esclavos, que hacen de la práctica esclavista el elemento esencial de su beneficio económico. *La cabaña del tío Tom* fue primeramente editada por entregas en el periódico abolicionista *The National Era*. La historia comenzó a publicarse el 5 de junio de 1851, con tanto éxito que los lectores escribieron al periódico para que editara más ejemplares. Ya en la primavera de 1852 se publica el relato convertido en novela, con un espectacular éxito de ventas. Se lanzaron trescientos mil ejemplares, llegando a ser el segundo libro más vendido del siglo XIX, detrás de la Biblia.

Los defensores de la institución esclavista reaccionaron con prontitud al fenómeno de *La cabaña del tío Tom,* de manera que, paralelamente al éxito de la novela, se formó una corriente de pensamiento y publicaciones denominada «anti-Tom», o «literatura de plantación». El efecto más notable fue la construcción de una imagen muy potente e internacionalmente asociada al carácter del sur. La estampa anti-Tom dibujaba a un terrateniente amo de esclavos de carácter conciliador y bondadoso. El dueño de la plantación era padre de una gran familia feliz. En esta línea, se harían muy populares los casi treinta títulos publicados tras la aparición de *La cabaña del Tío Tom*, véanse por ejemplo: *The Sword and the distaff* [La espada y la rueca] (1852) de William Gilmore Simms, reeditada en 1854 con el título de *Woodcraft*, o *Aunt Phillis's Cabin,* [La cabaña de la tía Phillis] (1852) de Mary Henderson Eastman. Ninguna de estas obras tuvo el éxito del libro de Harriet Beecher Stowe. De modo que puede decirse que en los años que precedieron a la guerra que terminó con la legalidad de la esclavitud, Harriet Beecher Stowe triunfó como escritora y como activista, hizo del abolicionismo una gran causa vital y su fama trascendió las fronteras del país. Nunca obtuvo los réditos económicos que le debía haber granjeado la popularidad de su trabajo ya que aún no existían leyes internacionales sobre derechos de *copyright*, pero sí el honor de tener un encuentro, durante la guerra civil, con el presidente Lincoln para instarle a que proclamara definitivamente la emancipación de los esclavos. Ningún testimonio o documento atestigua la que no obstante pasaría a ser una de las frases más conocidas del presidente, en la que le decía a Stowe que era una «little lady who started the big war» [una mujer pequeña que había comenzado una gran guerra].

Algunos esclavos que lograban apartarse de la esclavitud y tenían la educación necesaria pretendían hacer de su experiencia un gran relato biográfico o que les sirviera de inspiración para una novela. Varios de ellos serían muy importantes en la lucha por la libertad de los negros esclavizados: Frederick Douglass, Solomon Northup, o Harriett Ann Jacobs. Frederick Douglass (1818-1895), conocido como el *León* o el *sabio de Anacostia,* es considerado uno de los intelectuales más brillantes de su época y su siglo en los Estados Unidos. Fue esclavo, pero también sería un gran orador y un escritor fructífero. En sus memorias relató su aprendizaje de la escritura –instruido por su ama blanca eludiendo la ley que prohibía enseñar a leer y a escribir a los esclavos negros– como el hecho más relevante de su vida, más incluso –decía– que su libertad. Tuvo una intensa vida, tanto en América como en los muchos países europeos que visitó por largas temporadas, que acabarían

convirtiéndole en un referente muy respetado en naciones bien distintas entre sí. Fue muy popular por ejemplo en Irlanda, algunos de cuyos ciudadanos trasladaban la lucha de Douglass por la emancipación al lenguaje nacional, algo muy comprensible en un tiempo caracterizado en Europa por los afanes independentistas y revolucionarios. Douglass había tratado de escapar de la esclavitud en numerables ocasiones hasta conseguirlo en 1838. Su trabajo literario más conocido fue *The narrative of the life of Frederick Douglass, an American slave* [Vida de un esclavo americano contada por él mismo] se publicó en 1845.

Pero seguramente, junto con *La cabaña del tío Tom*, fue la autobiografía de Solomon Northup una de las narraciones más seguidas en el país en los años previos a la guerra y, en el presente, uno de los títulos más esclarecedores aún de la vida de los esclavos estadounidenses a mediados del siglo XIX. En 1853, en pleno éxito del libro de Harriet Beecher Stowe, a quien dedica su libro, Northup redactó sus memorias de cautividad ayudado en la tarea por un escritor profesional. De este esfuerzo surgió el libro *Twelve Years a Slave* [Doce Años de esclavitud] un ejemplo temprano de *best-seller* del que se vendieron treinta mil copias en poco más de dos años. Solomon Northup había nacido libre en 1808, hijo de un esclavo emancipado, en el estado de Nueva York. Sus cualidades profesionales no eran pocas, pues además de ser un experto agricultor, propietario de tierra en Hebron, Nueva York, también se ganaba la vida tocando el violín. Northup, como tantos otros negros libres, fue raptado en Luisiana para ser vendido por un grupo de traficantes de esclavos y sometido a trabajos como esclavo en varias plantaciones del sur. Como esclavo, Solomon fue inscrito con el nombre de Platt lo que, a efectos de intentar que se reconocieran sus derechos, dificultó su reconocimiento a la hora de liberarlo.

Durante aquella larga década Platt, que no se resignó nunca a esta situación sobrevenida, protagonizó reiterados intentos de fuga. La suerte de este esclavo dio finalmente un vuelco cuando el carpintero canadiense Bass, que realizaba trabajos itinerantes en las plantaciones, tuvo ocasión de escuchar el relato de su vida. Arriesgándose a ser descubierto, Northup narra en su libro cómo se sincera con el extranjero y le revela su identidad y condición de hombre libre. El canadiense logró poner la suerte de Northup en conocimiento de amigos de Northup, de modo que su familia y amigos recibieron la noticia de que Solomon estaba vivo y esclavizado en una plantación. Los mecanismos de búsqueda se habían puesto en marcha. Fue liberado finalmente el 4 de enero de 1853, tras un proceso lento y clandestino, que pretendía preservar la vida de ambos, de Platt y del propio Bass, considerado en el sur delator y, en consecuencia, en peligro de ser encarcelado. El propio gobernador de Nueva York actuó administrativa y jurídicamente para liberar a Solomon Northup, que denunció su caso en *The New York Times,* lo que le convertía en un activo abolicionista. En los años que precedieron a la guerra daba charlas por todo el país, pero a finales de los años cincuenta se pierde de nuevo el rastro de Solomon Northup, ahora ya para siempre. El mito del hombre libre esclavizado y liberado crecería en la imaginación popular, en la que Solomon habría perdido, o bien habría sido víctima de un nuevo cautiverio, no descartándose que pudiera haber fallecido por causas naturales.

Después de la guerra, para cuando se publicaron *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), de Mark Twain, en plena edad dorada estadounidense, y tras una intensa herencia literaria de textos a propósito de la esclavitud, la del joven Huck es ya una historia de libertad. El contexto histórico del país estaba nuevamente inmerso en la inadecuación de los intereses de la población blanca –sobre todo de los estados en reconstrucción– en relación a los derechos de la población negra, libre aunque

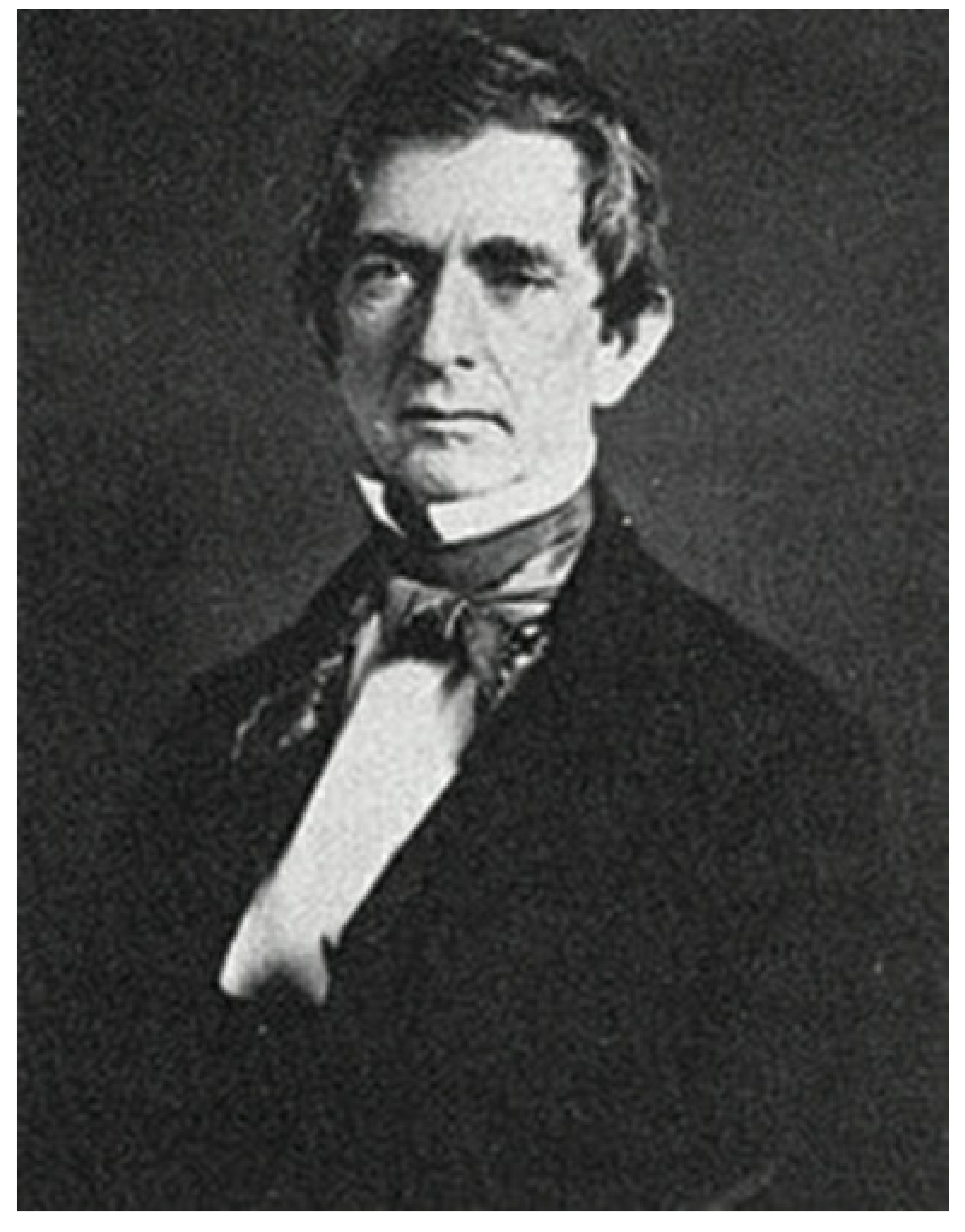
privada de muchos de los derechos de la ciudadanía. En los años ochenta no existía la esclavitud pero sí graves prejuicios raciales que se traducían en la segregación de los negros. Mark Twain mira a la historia que antecede a la guerra civil de manera muy oportuna, pues relata el viaje por el río Misisipi del joven Huck con un esclavo huido, Jim. La fuga como camino hacia la libertad que describe Twain en el último tramo del siglo XIX se inspira en los textos de los autores anteriores, si bien actualizando sus contenidos a una época en la que la esclavitud ya no ocupa la atención del país.

9

La guerra civil americana y el mundo de la época

GUERRA INTERNACIONAL Y OPINIÓN PÚBLICA

Puede pensarse que una guerra civil tiene, en la historia de las naciones, una dimensión esencialmente interna y de hecho, la historia internacional de la guerra civil estadounidense ha sido muy poco relatada por los historiadores de otros países, como si los sucesos en ella hubiesen sido irrelevantes para el mundo. Pero lo cierto es que en todas las guerras nacionales contemporáneas el componente internacional es siempre crucial para el desarrollo de los acontecimientos y en su desenlace. En la guerra civil americana, agentes de la vida internacional como el secretario de Estado federal, William H. Seward, y el embajador estadounidense en Londres, Charles Francis Adams, jugaron papeles decisivos. También, otras guerras asociadas a la estadounidense, como fue la mexicana, o las tensiones europeas entre Rusia, Gran Bretaña y Francia.



El secretario de Estado de la Unión, William H. Seward, abolicionista radical de Nueva York, fue una figura central en el desarrollo de los acontecimientos y especialmente en lo relativo al impacto internacional de la guerra civil americana.

Aunque la guerra era la cuestión central que ocupaba a los Gobiernos federal y confederado, tanto la Confederación como la Unión tuvieron que abordar las relaciones internacionales de sus respectivos estados durante los años del conflicto bélico. Hubo por otra parte eventos locales –el *Trent Affair*– que causaron crisis internacionales y que estuvieron a punto de producir la intervención de las naciones extranjeras, internacionalizando la guerra civil.



En 1862 la prensa se hacía eco del impacto mundial de la guerra, publicando ilustraciones a propósito de conflictos de naturaleza diplomática muy delicados como fue el caso del *Trent Affair,* entre las autoridades federales y británicas.

La Unión intentaba evitar cualquier atisbo de intervención externa en el continente americano para no dispersar sus esfuerzos, teniéndose que ocupar de países como Francia o Gran Bretaña, pero también porque así lo requería la doctrina del Destino Manifiesto a la que estaba ligada la política nacional. El sentido misional –una especie de mirada altruista de la libertad de origen divino– en la doctrina del Destino Manifiesto seguía estando vivo en la mentalidad colectiva del país, que aspiraba a culminar la obra de los estados federados en todo el territorio, de costa a costa, sin la injerencia de las potencias europeas. Aunque la expansión territorial se había producido en los años cuarenta, la gente aún se sentía fascinada por las posibilidades agrícolas y ganaderas del oeste, cuya conquista estaba imbuida por el espíritu de aventura y el romanticismo, de modo que el Destino Manifiesto seguía siendo, aun en guerra, el motor principal de la política expansiva. Ahora, en los años sesenta, se desató un interés añadido por desarrollar el comercio en el Pacífico, el lejano oriente, temerosos los americanos de que otras naciones se les anticiparan en el control del área, interviniendo en las zonas fronterizas del país. De este modo, se entendía que consolidar el territorio continental exigía llevar el Destino Manifiesto más allá de las costas americanas y alejaba el peligro de que los extranjeros alcanzasen la frontera nacional. El lado más oscuro de este movimiento entusiasta de la población hacia el oeste quedaría reflejado en la destrucción a gran escala –iniciada en la primera mitad del siglo XIX– del hábitat y de la población india americana en el último tramo del siglo XIX.

De momento, los dos presidentes americanos, Lincoln y Davis, atentos cada uno a no descuidar

los proyectos territoriales expansivos del Norte y el Sur, prestaban una justa atención a la dimensión externa de sus políticas y al contexto internacional. En el caso de Lincoln, sus biógrafos no han hecho hasta hace poco hincapié en su atención a las relaciones exteriores durante la guerra, pero el presidente tuvo siempre muy presente el papel esencial de las relaciones exteriores en el devenir de la contienda. Muy al contrario de lo que su talla de estadista nacional sugiere, Lincoln fue además un político perfectamente al tanto de la política internacional, que formó equipo con Seward a la hora de tomar las decisiones concernientes a la acción exterior de la Unión y se preocupó constantemente de mantener a flote las difíciles relaciones entre la Unión e Inglaterra. En otras palabras, la diplomacia federal fue a todas luces también la diplomacia que Lincoln quería y trazaba. Sus posibles tensiones con Seward, que veía en la política exterior una panacea para reforzar lo que él consideraba un escaso nacionalismo durante los primeros momentos de la guerra, quedan explicadas en la máxima presidencial contraria a internacionalizar el conflicto: «Sólo una guerra cada vez».

El secretario Seward y los embajadores estadounidenses en Londres, en París o Madrid, trabajaron para que Europa quedase al margen de la guerra, al menos en tanto no fuera previsible la victoria de la Unión. Especial relevancia adquirió la actividad del embajador en Londres, Charles Francis Adams, hijo del presidente John Quincy Adams y nieto del también presidente John Adams. La Confederación, por el contrario, quiso dar a la guerra un perfil internacional e implicar a las naciones de Europa con el fin de neutralizar el embargo a las exportaciones de que era objeto por parte de la Unión. Buscó pues atraer la atención de los Estados europeos que habitualmente le compraban el algodón y podían ayudarle a romper el bloqueo suministrándole bienes y armas. Pero Davis, a diferencia de Lincoln, dejó en manos de terceros la gestión de los asuntos internacionales, y aunque la Confederación mantenía relaciones fluidas con París y Londres, Davis despreció cualquier intento de acercarse a Rusia cuya capital, San Petersburgo, era por entonces un centro de alta actividad internacional.

Las alianzas y alineamientos internacionales durante la guerra de Secesión rompen la imagen que de su política exterior tienen los ciudadanos estadounidenses según las tradiciones del siglo XX. Que la Unión de Lincoln –o sea, los Estados Unidos bajo el mandato presidencial más representativo de la nación– tuviera el pleno apoyo de Rusia y de Prusia, en tanto Francia y Gran Bretaña –aliadas en los conflictos del siglo XX– simpatizasen con la Confederación contraviene la tendencia más moderna, desde la Primera Guerra Mundial, que alinea a los Estados Unidos con el occidente atlántico y la enfrenta a las potencias centrales y orientales de Europa: Alemania, Austria y Hungría primero y, en la segunda mitad del siglo XX, Rusia. El conflicto de la Unión con Gran Bretaña, si bien no llegó a sustanciarse en una guerra abierta, sí fue el más notorio y chocante a los ojos de las ciudadanías británica y estadounidense del siglo XX, empeñadas tras la Segunda Guerra Mundial en la común apuesta antisoviética. Tampoco resultaría aceptable en el terreno de la opinión ciudadana durante la Guerra Fría el recuerdo de la suma de intereses francobritánicos contra los federales y la Unión. Pero ya se sabe –diría el historiador Herbert Butterfield en 1930– que a la historia nada le conviene menos que ser estudiada en función de los intereses del presente.

Con respecto a la implicación de interlocutores internacionales, cabe señalar que en efecto Gran Bretaña y Rusia fueron relevantes. La posición de Prusia, a favor de la Unión, disuadiría en cambio a la Francia de Napoleón III de incrementar la actividad contra el norte. Siendo además Francia la parte más débil de la alianza franco-británica, se había acostumbrado a operar en consonancia con las directrices de Gran Bretaña. Por su parte, el papa Pío IX puso al Vaticano del lado de la

Confederación provocando un gran debate en la época. Resulta peculiar la diplomacia amistosa ruso-estadounidense, especialmente si se pone en comparación con la fría neutralidad franco-británica, que a punto estuvo –para el caso de Gran Bretaña– de transformarse en abierta hostilidad en el invierno de 1861-1862 con el *Trent Affair*.

El primer fenómeno internacional de esta guerra civil fue el bloqueo a la Confederación decretado por el Gobierno federal. El secretario de Estado Seward recomendó adoptar el bloqueo tras la batalla de Fort Sumter en abril de 1861, incluso cuando Gideon Welles, el secretario de la Marina, defendiera bloqueos *de facto* pero no declarados. El presidente Lincoln apoyó a Seward y proclamó el bloqueo el 19 de abril de 1861. Enseguida se extendió el bloqueo para incluir Carolina del Norte y Virginia el 27 de abril. En julio de 1861, la armada de la Unión ya había establecido el bloqueo de todos los principales puertos del Sur. Una parte esencial de la estrategia de la Unión descansaba en la efectividad del bloqueo de la costa sur: tres mil quinientas millas de costas además de doce grandes puertos, bahías, ríos navegables... Aunque, a juicio de Gran Bretaña, la ley internacional no amparaba el mencionado bloqueo, que se consideraba ilegal. Durante la guerra la Unión conseguiría incrementar su flota naval en cientos de unidades propias y además capturar y destruir la mayor parte de los barcos que intentaban superar el bloqueo, interrumpiendo de hecho el grueso del volumen de intercambios internacionales con los estados del Sur y cortando la casi totalidad de las exportaciones de algodón. La eficiencia del bloqueo en algunos momentos estuvo a punto de provocar que Francia e Inglaterra reconociesen la secesión e interviniesen para defender la viabilidad de un nuevo Estado norteamericano, la Confederación.

Desde el punto de vista de la legalidad, la Unión intentó con éxito convencer a las naciones extranjeras de que el bloqueo era un instrumento legítimo de guerra. Pero, según avanzaba el bloqueo efectivo y la armada de la Unión tomaba medidas para hacer cumplirlo, afloraron las polémicas con los Gobiernos extranjeros, que veían con preocupación –y fuera del marco legal– la intervención de la armada del norte sobre los buques neutrales. Los Gobiernos extranjeros reconocerían, no sin inquietud, el derecho federal a detener y registrar los barcos neutrales en aguas internacionales, por ejemplo en el Caribe donde, según la Unión, los buques extranjeros se preparaban para romper el bloqueo sobre la Confederación. El tratamiento conferido a las tripulaciones o la incautación de correspondencia –especialmente británica– fue duramente criticada por las potencias. El embajador británico en los Estados Unidos, Richard Lyons, presentó sus objeciones al secretario de Estado Seward y al propio Lincoln.

Al margen de las consideraciones formales sobre el bloqueo, que no inquietaban especialmente a los federales ni tampoco a la Confederación, el problema del bloqueo para el norte fue durante buena parte de la guerra su más que dudosa efectividad. El contrabando de materias primas y de armas entre la Confederación y sus proveedores era habitual pese al bloqueo, dañando las expectativas estratégicas del Norte. Los comerciantes se arriesgaban en la zona a sabiendas del peligro de ser abordados por los federales y a que su mercancía fuese incautada, porque veían posibilidades reales de éxito en la empresa. Según avanzaba la guerra y la Unión adquiría más territorio, el bloqueo fue ganando en efectividad, perdió peso para los litigantes e interés internacional. Con todo, incluso a punto de ser capturado Fort Fisher en 1865 por las tropas de la Unión, el Sur podía pese al bloqueo seguir recibiendo suministros del exterior.

Así pues y aunque la guerra estaba prácticamente aislada en el territorio de los Estados Unidos, las materias primas y las manufacturas conseguían llegar al Sur, fundamentalmente desde el socio

comercial inglés. La importación del algodón americano en los telares británicos y franceses puede explicar la defensa inicial europea de la política de la Confederación, a pesar de lo cual su «diplomacia del algodón», que pretendía presionar a las potencias para obtener su ayuda, fue una herramienta de nula eficacia. La amenaza de suspender los envíos de materia prima si Francia y Gran Bretaña no tomaban público partido por la Confederación no surtió el efecto esperado, ya que ambas naciones tenían suministros alternativos. Eso sí, Gran Bretaña construiría en sus astilleros los barcos demandados por la Confederación sin que su venta se interpretase como ayuda directa e intervención. Una acción claramente favorable al sur por parte de Inglaterra fue la construcción del navío de guerra confederado CSS *Alabama*. El Gobierno de los Estados Unidos, una vez terminada la guerra, insistió en que Gran Bretaña pagase reparaciones de guerra por las pérdidas directamente relacionadas con las acciones del CSS *Alabama*, de cuya construcción y pese al bloqueo había sido responsable.

La efectividad del bloqueo y su dimensión real en la derrota del Sur es una cuestión en permanente debate, aunque cada vez son más los especialistas que ponen serios reparos a su eficiencia. Igualmente, se estima que aún no se ha dicho la última palabra a propósito del tema dado que, al analizar las cifras, hay que prestar atención a las perspectivas complementarias, por ejemplo el número de barcos que lograron superar el bloqueo y llevar su carga a puertos confederados. Los barcos que eludían el bloqueo eran rápidos debido a que iban poco cargados con el fin de conseguir hacer llegar a su destino algunas mercancías. Lo que sí parece razonable concluir es que el bloqueo consiguió su principal objetivo: evitar que el tráfico masivo de mercancías fortaleciera al sur.

La opinión pública en los países europeos apoyaba a los federales o a los rebeldes con toda la variedad de argumentos y adscripción de grupos sociales, pero sobre todo prestando atención al tema de la abolición de la esclavitud. En 1861 *The Times* o *The Economist* de Londres tomaban partido por la Unión, a la que daban más crédito que a la Confederación en sus objetivos políticos. Pero no de una forma general ni constante, pues en estos mismos medios se opinaba también que los motivos de la Unión eran de una notable rapacidad con respecto a los intereses del Sur. La causa antiesclavista adquiría tintes simbólicos para casi todas las naciones, de cuyas clases trabajadoras los medios de prensa fomentaron por lo general una opinión hostil al Sur, a la vez que impulsaban la figura de Lincoln, que crecía en popularidad internacional sobre todo por la imagen de tenacidad con que se disponía a ganar la guerra. Esta dispersión de opiniones, esta ausencia de un apoyo claro a ninguna de las dos Américas en liza, tiene que ver, entre otros motivos, con los particulares vínculos personales de los ciudadanos y los súbditos de uno y otro lado del Atlántico a quienes unía una más que considerable red de lazos familiares, comerciales y culturales.

En los diversos países europeos era difícil tomar postura cuando se tenían hermanos o amigos en ambos bandos. Por otra parte, Lincoln había dejado muy claro a Gran Bretaña que no deseaba ningún tipo de desacuerdo con ella, sugiriendo que la Unión esperaba que la posición de los países europeos fuese la de la observación distante y respetuosa con la resolución de los problemas internos de los Estados Unidos. Al avanzar la guerra, y especialmente tras la Proclamación de la Emancipación de los esclavos, la opinión pública en Europa, incluso en Gran Bretaña, fue apartándose de la causa de la Confederación, vista ahora como un territorio de grandes plantadores y de esclavistas apoyados por las a su vez clases altas europeas. Tras la guerra, para la mayoría de los ingleses –incluso en ciudades que, como Liverpool, habían sido fundamentalmente defensoras de la Confederación– la abolición de la esclavitud fue el principal logro de la guerra, enfatizándose los discursos abolicionistas

y dando con ello una falsa impresión del apoyo a la Unión durante el conflicto. Personajes de gran influencia en la opinión pública británica como Gladstone o el escocés lord Brougham –de la Glasgow New Anti Slavery Association– eran personalmente contrarios a la esclavitud, lo cual no era óbice para que opinaran que la Confederación estaba luchando por el derecho de las naciones a la autodeterminación. Y no eran pocos los abolicionistas en Gran Bretaña que concebían aceptable conjugar ambas reivindicaciones: abolición y secesión.

La secesión por su parte tenía un claro componente reivindicativo en el derecho de las naciones a decidir sobre su pertenencia o no a los Estados. Así, en un discurso antiesclavista pronunciado en 1863 durante un mitin en Belfast, Irlanda, y recogido por el periódico *Northern Whig* de Belfast, el doctor James MacCosh, un profesor del Queen´s College y más tarde presidente del Princeton College, afirmaría que los americanos no esperaban de los británicos que se plegaran a los intereses de la Unión, sugiriendo las ventajas de la victoria del derecho a la autodeterminación de los confederados junto con la abolición de la esclavitud. Pero «sujetar al Sur», expresión aparecida con frecuencia en la prensa, podía llegar a ser una tarea ímproba y destinada al fracaso. Entre 1862 y 1863 dos reputados autores, Thomas Hughes y John Elliott Cairnes –este último de un libro muy influyente en Europa y América titulado *The slave power: Its character, career, and probable designs: being an attemp to explain the real issues involved in the American contest* (1862) [El poder del esclavo]– solicitaban un «compromiso del Misisipi», reiterando su oposición a que el Sur fuese subyugado para una restauración de la Unión. Dicho compromiso habría de contemplar la separación en los términos restrictivos de una Confederación de los estados algodoneros del Misisipi. El término *Mississippi Compromise* se usaba popularmente en la prensa británica para designar un espacio definido territorialmente al este y al sur del río.

Por lo que respecta a la opinión de la clase trabajadora europea, hay que volver a poner el punto de mira en Gran Bretaña, la más extensa y afectada por el conflicto. Parece lógico suponer una restricción inicial del apoyo a la Confederación, de acuerdo quizá a la impresión de que a mediados del siglo XIX pudiera haber un sentimiento colectivo de clase obrera que empatizara con los esclavos, trabajadores igualmente. Pero esta es una impresión lastrada por la falsa percepción de que las democracias atlánticas estaban implantadas a mediados del siglo XIX y de que los trabajadores constituían una clase consciente de la escala universal de los problemas que les afectaban. Más verosímil resulta la impresión de que el punto de vista en torno a este asunto estaba muy dividido entre los obreros. Los líderes de los mineros escoceses y de los medios de prensa –el *Sentinel* de Glasgow por ejemplo– apoyaban al Sur, y la posición de los trabajadores irlandeses es muy interesante, pues la mayoría respaldaba a la Confederación, al recelar de un posible vínculo atlántico entre dos grandes potencias y también debido a que les disgustaba que el abolicionismo estuviera dirigido por los protestantes y puritanos a quienes tomaban sobre todo por antiirlandeses y anticatólicos.

Los trabajadores que aun estando el país en guerra seguían emigrando a los Estados Unidos tenían correspondencia epistolar con Europa. En ella contaban las dificultades y la miseria de los expatriados europeos, población de blancos empleados en las empresas agrícolas y en las industrias, bajo condiciones laborales menos aceptables, a su juicio, que las de los trabajadores negros. Los inmigrantes tenían además que escuchar cómo su desgracia vital era asociada en los discursos del activismo americano a su propia tendencia a la degradación, pues se les imputaban los malos hábitos de la bebida o la vagancia. Los obreros procedentes de Europa no sentían razón alguna para

empatizar con la suerte de los esclavos negros, por considerar la suya peor aún. Bajo las formas incipientes del que sería un capitalismo industrial salvaje, estos trabajadores se dejaban seducir por una visión ficticia del Sur, donde las granjas y las plantaciones representaban lugares de vida armoniosa y humana. Un panfleto publicado por el Congreso de los *trade unions* –sindicatos– británicos abundaba precisamente en el apoyo al sur entre la clase obrera de Gran Bretaña y la prensa de los trabajadores: el *British Miner,* o el *Reynold´s Weekly,* el *Beehive*… No obstante lo cual, se apreciaba un cambio generacional, por una parte los viejos dirigentes obreros que apoyaban al Sur sin reservas y por otra los nuevos, más proclives a ver las ventajas de apostar por la Unión, quizá previendo un horizonte de futuro dentro del sistema federal.

«Long life to the Czar!»
Los rusos en la Unión

En 1862 una coalición de naciones europeas –Austria, Prusia, Rusia, Francia y Gran Bretaña– solicitó convertirse en mediadora en el conflicto armado, lo que en la práctica significaba reconocer la identidad nacional del Sur y la posibilidad de su segregación del resto del país. La Unión rechazaría de pleno la iniciativa, a pesar de lo cual gozó de la incondicional adhesión a su causa de Rusia. La posición de Rusia durante la guerra civil fue peculiar en su amistosa inclinación hacia la Unión. En la década previa, los rusos habían sido derrotados por Gran Bretaña y Francia en la guerra de Crimea y, sabiéndose debilitados, consideraban beneficioso granjearse la amistad de un joven Estado como el estadounidense. El hecho de que Gran Bretaña y Francia –sus rivales en Crimea– se mostrasen amistosas con la Confederación era razón suficiente para que Rusia lo hiciese con la Unión. Por otra parte, el extenuado imperio de Alejandro II movía al zar a querer desprenderse de Alaska, un territorio lejano y agotado en la intensiva explotación de las pieles de foca bajo bandera zarista ya en el último tercio del siglo XVIII, buscando evitar su caída en manos del enemigo británico. Antes y durante la guerra civil americana, Rusia contemplaba vender Alaska a los americanos por un precio poco menos que testimonial. Tras la guerra, los sucesivos intentos culminaron en el tratado de compra finalmente aprobado por la Cámara de Representantes estadounidense, el 23 de julio de 1868. Por el tratado de compra de 9 de abril de 1867 Rusia se desprendía de Alaska a cambio de siete mil doscientos dólares, menos de dos céntimos de dólar el acre.

Como excepción o anomalía pues, Rusia apoyó a la Unión en su causa contra los rebeldes y frente a las potencias europeas que procuraron mantenerse neutrales aunque se las apañaran de una u otra forma para tomar partido. En esta cercanía ruso-estadounidense, la rivalidad entre Gran Bretaña y Rusia, un antagonismo central en la historia europea tras el final de la era napoleónica, cobró una función relevante. San Petersburgo y Washington hallaban puntos de encuentro en su enemistad y resentimiento con el poder de Londres, vista entonces como la capital mundial de la política imperialista y colonial. La guerra de Crimea había sido decisiva en este peculiar acercamiento ruso-estadounidense, pues Rusia había encontrado un amigo en su defensa del Imperio otomano ante la agresión conjunta de Francia y Gran Bretaña.

Es lógico pensar que durante la fase inicial de la guerra civil, la actitud de Rusia, de adhesión al Norte, fuese una razón de peso para que Francia y Gran Bretaña considerasen muy seriamente tomar parte en la guerra del lado de la Confederación. En 1861 la diplomacia rusa había alertado ya al Gobierno unionista de los movimientos franceses para crear una alianza franco-británica y rusa que interviniera en la guerra a favor de la secesión. El curso inicial de la guerra animaba a las potencias europeas en este sentido, pues la primera invasión del general Lee sobre territorio de Maryland enviaba el mensaje de la debilidad del ejército del Potomac y de la posibilidad real de que los federales de Washington cejasen pronto en su iniciativa de acabar con la secesión. Esta impresión, corroborada por Henry Adams, hijo y secretario del embajador estadounidense en Londres, Charles Francis Adams, en sus memorias, era compartida en medios diplomáticos de Europa, donde se opinaba que Lincoln podía estar cerca de tener que abandonar la Casa Blanca. De este modo, los planes británicos de intervención gozaban de sólidos apoyos.

Sin embargo, los hechos volvieron a quitar la razón a las suposiciones pues en septiembre de 1862 el rechazo del avance confederado en Antietam permitió a Lincoln mandar a la comunidad internacional el mensaje de que la esclavitud iba a ser desterrada de aquellos territorios que fuesen recuperados para la Unión. Téngase en cuenta la alianza –moral– entre Rusia y la Unión en este punto particular, pues el zar Alejandro II había dado la libertad a veintitrés millones de siervos de su imperio en 1861. El vínculo ocasional entre Rusia y los Estados Unidos estaba ahora reforzado por un argumento de índole humanitaria. En octubre de 1862 y pese al rechazo confederado en Antietam, la presión intervencionista en Europa seguía su curso. El apoyo británico a Francia en la cuestión de México podría ser una contrapartida negociable con el socio europeo a cambio del apoyo francés contra la Unión. La presencia de Rusia –el enemigo derrotado recientemente– en esta hipotética coalición serviría a los franceses para encubrir el trasfondo de hostilidad real sobre la Unión, algo de lo que Rusia fue consciente desde un primer momento.

La belicosidad franco-británica contra el Gobierno de la Unión tuvo en Rusia un freno muy valioso, como se verá enseguida. En otoño de 1863 surgió un nuevo motivo de tensión entre Inglaterra y la Unión. La construcción en los astilleros británicos del poderoso acorazado *Laird Rams,* capaz de quebrar el bloqueo, fue interpretada por el Gobierno federal como una amenaza real. El embajador Adams protestó ante el ministro de Exteriores británico sugiriendo que poner el buque en alta mar sería tanto como una declaración de guerra contra el Norte. Por otra parte, se abría una grave crisis en Europa oriental a raíz de la oleada de revueltas contra la dominación rusa en territorio polaco. Detrás de los levantamientos, Francia y Gran Bretaña aparecían como los instigadores. Rusia vería en las revueltas polacas un motivo de comparación con la secesión de los rebeldes en Estados Unidos, fomentando con ello aún más su acercamiento a la Unión.

Entre septiembre y octubre de 1863 fondearon en Nueva York y San Francisco los buques de la flota rusa, que fueron amistosamente acogidos. El favor era mutuo, ya que San Francisco había sido amenazada desde el mar por el buque confederado *Shenandoah.* La oficialidad rusa recibió órdenes de ponerse bajo el mando de la armada americana en el caso de tener que hacer frente a un ataque exterior y de defender las costas de su aliado. La flota permaneció seis meses en aguas estadounidenses, gratamente agasajada por la población y autoridades locales. Había una convergencia de intereses que bien podía permitir una alianza, *de iure* o *de facto*, aunque su significado en el contexto general de la historia de aquella época fuera leve y su futuro a medio plazo, incierto. De momento, el impacto en la opinión pública internacional y americana de la presencia de la flota del Báltico en los puertos estadounidenses fue enorme como puede imaginarse. Se trataba de ir más allá de un mero gesto amistoso y así fue consignado por todos los poderes y cancillerías.

La amistad rusa de aquel otoño de 1863 quedó grabada en la memoria popular de muchas maneras, y recordada con posterioridad en el poema (1871) de Oliver Wendell Holmes, en uno de cuyos versos se loa la amistad del gran duque de Rusia, Alexis, bendiciendo al Imperio y al zar: «God bless the Empire that loves the Great Union Strength to her people! Long life to the Czar!», «Dios bendiga al Imperio […] Larga vida al zar». La alianza produjo réditos de naturaleza cultural: intercambios y viajes de personas interesadas en el conocimiento del otro. Pero quizá, el hecho de que Rusia fuera el proveedor de la mitad del grano de trigo que consumía Gran Bretaña tuvo más peso en la política real, actuando como un argumento que alejaba de Gran Bretaña la idea de intervenir en la guerra americana.

LA DERIVA MEXICANA Y LA AMERICANIZACIÓN DE JAPÓN

Durante la guerra una serie de acontecimientos exteriores, relacionados más o menos directamente con la secesión, afectaron a la configuración de la frontera americana. El conocimiento de los antecedentes inmediatos permite entender mejor por qué hubieron de cruzarse la actuación francesa y la estadounidense en México en 1862. México, escenario de la que hasta entonces había sido la única guerra propiamente nacional de los Estados Unidos, en los años cuarenta, tuvo, directa e indirectamente, una gran relevancia en la guerra civil estadounidense. De momento, como se vio en las referencias biográficas de los principales oficiales de los ejércitos federal y confederado, la guerra con México les había servido de escuela de entrenamiento sobre el terreno.

Desde los comienzos del siglo los Estados Unidos habían abordado un proceso de expansión de su frontera hacia el oeste que se mantuvo muy activo hasta los prolegómenos de la guerra civil. En los años cuarenta la expansión estadounidense entraba en discordia con los intereses británicos en regiones muy remotas como la Alta California y Nuevo México. Territorios como Luisiana, Florida o Texas habían consolidado el mapa de la joven nación pero no lo definían plenamente. Entre 1850 y 1865, las así conocidas como acciones o invasiones «filibusteras», protagonizadas por aventureros estadounidenses, intentaban arrebatar a México las regiones de Sonora y la Baja California. En las mencionadas incursiones, financiadas por capitalistas estadounidenses, se buscaban minas de oro y otros recursos minerales, y no existiendo aún el ferrocarril transcontinental, se intentaba activar un comercio floreciente con Asia desde la costa oeste. El Gobierno estadounidense, y luego el de la Unión durante la guerra, hacía oídos sordos a las quejas del Gobierno mexicano pues apoyaba dichas acciones particulares. El Gobierno de México se mostraba ineficiente, máxime si tenemos en cuenta lo escasamente pobladas que estaban las regiones en cuestión y la penuria económica de los recursos del Estado. La queja de los mexicanos a propósito de la eficiencia de su propio Gobierno federal coincidió con los años de la guerra civil americana, que alimentó en algunos sectores aristocráticos del país el deseo de romper con un federalismo que consideraban ineficiente, en pro de otros sistemas como el monárquico, al estilo europeo.

Sabedor de la debilidad endógena del país –manifiesta por la bancarrota económica, la desafección social, la corrupción política–, el de la Unión favorecía la inestabilidad interna haciendo uso de presiones políticas en modo de reclamaciones territoriales: Baja California, Sonora, Chihuahua, el derecho de tránsito por el istmo de Tehuantepec… Entre 1858 y 1860, poco antes del inicio de la secesión estadounidense, la guerra en México entre conservadores y liberales permitió a los Estados Unidos captar cierta influencia en la región, presionando más si cabe en las mencionadas reclamaciones. El presidente Juárez prometía a los Estados Unidos la península de Baja California y los derechos de tránsito por Tehuantepec, y el presidente Buchanan decantó su apoyo hacia los liberales. Pero Juárez no cumplió su promesa de venta territorial ya que para la mayor parte de los liberales el trato presidencial carecía de justificación alguna, por lo que Juárez no tenía respaldo político. La situación de Juárez empeoraba acuciado ahora por las críticas internas, además de por los conservadores que buscaban apoyo en España a fin de evitar los planes juaristas de desposeer a la Iglesia de bienes y tierras. Así pues, hacia 1858-1859 todo indicaba que México podía ser intervenido desde el extranjero en cualquier momento.

La Administración de Lincoln deseaba partir de cero en las relaciones con México, lo que

equivalía a rebajar la presión sobre el territorio reclamado. En cierto modo parece tan lógico este repliegue de los republicanos frente a la anterior etapa, de largas décadas de presencia demócrata al frente del Gobierno federal, como la evidencia del cambio en el escenario de la frontera. La Administración de Lincoln frenaba pues el afán de adquisición de tierras en aras a una reorganización del territorio federal de los Estados Unidos ya consolidado. Se imponía por lo tanto, antes que la expansión, una cierta mirada hacia el interior del país para, con las leyes y los recursos adecuados, consolidar sus bases. Los estados que se adhirieron a la Confederación sí eran favorables a expandir la nación hacia el oeste y el sur, un plan de imposible realización en plena guerra civil. Y en el estado de división interna de México, algunas zonas del norte del país planeaban separarse de la república mexicana para unirse a los confederados estadounidenses. Para la Unión en cambio cualquier interés expansionista distraía del objetivo principal de poner fin a la secesión. Sin embargo, la amenaza de movimientos confederados hacia México aconsejaba a Lincoln declinar su posición inicial de prudencia pensando en crear un cinturón de seguridad. Solicitó así al Gobierno mexicano la compra de los territorios reclamados, que colindaban con California, estado leal a la Unión, intentando impedir que los confederados o las monarquías europeas interviniesen en México.

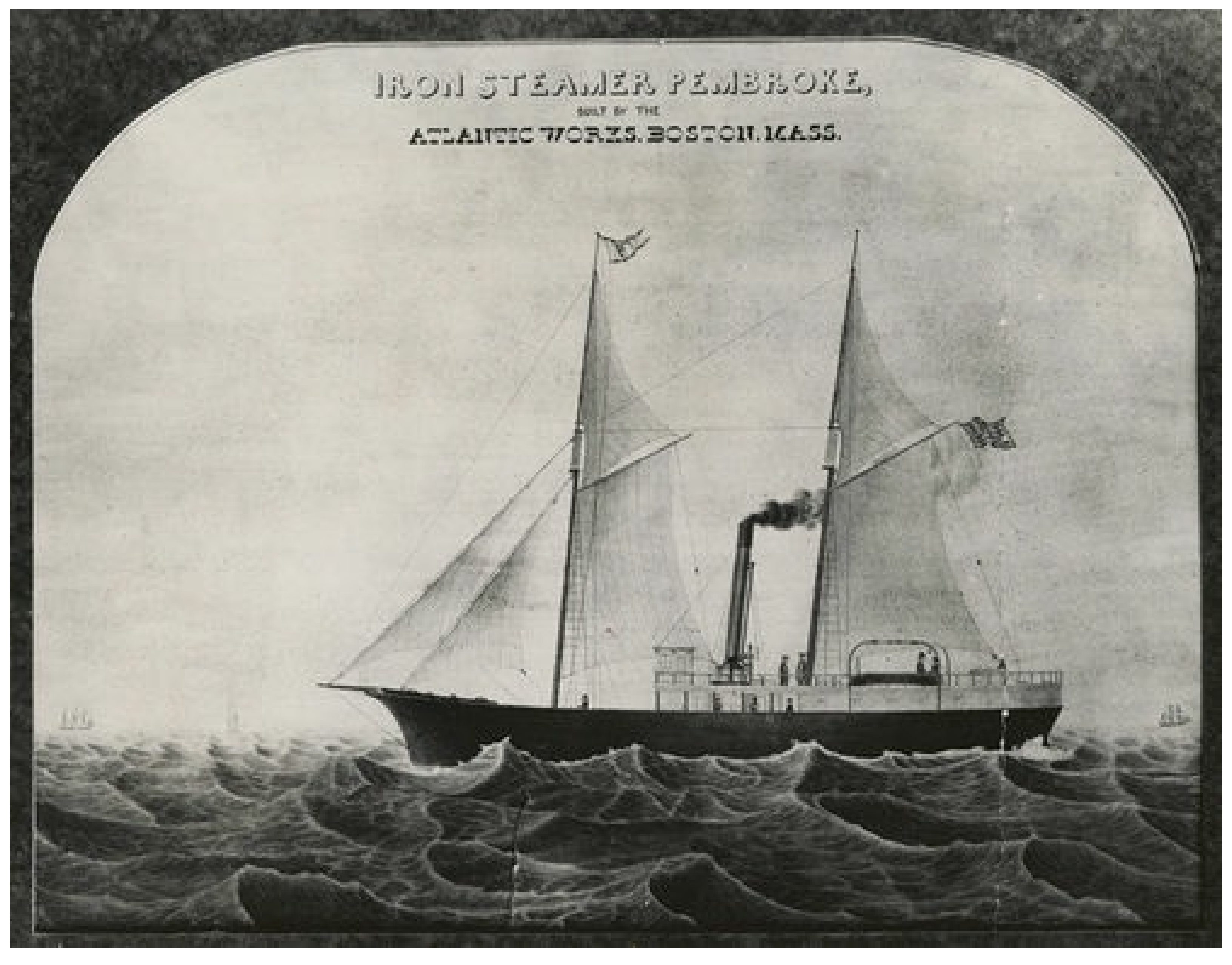
Para contrarrestar el posible apoyo europeo a Juárez –cuya Administración había suspendido el pago de la deuda pública–, Lincoln le ofreció un préstamo con el que conjurar la caída de los liberales y asegurarse la futura jurisdicción sobre la Baja California y el resto de los territorios demandados. Si, como era previsible, el Gobierno de Juárez no devolvía lo adeudado a la Unión, los americanos se quedarían con la propiedad de las tierras. Las condiciones, muy favorables a los Estados Unidos por la debilidad interna del Gobierno de Juárez, produjeron en los mexicanos la impresión certera de que el precio de las cesiones era cuando menos miserable. Por su parte, los británicos también presionaban a las autoridades del país, solicitando la reducción de aranceles a los productos británicos y derogando la supresión de la deuda mexicana con Gran Bretaña. En una situación que sólo cabe calificar de desesperada, el Gobierno mexicano hubo de ceder a ambas presiones, la estadounidense y la británica. Los temas de interés económico con Gran Bretaña fueron resueltos a favor de la potencia y con respecto a los temas territoriales, la Unión obtuvo de México el compromiso de hipotecar todas las tierras públicas y antiguas propiedades de la Iglesia a favor del Gobierno estadounidense a cambio de una cantidad de dinero: once millones de pesos. Sin embargo el auge de la guerra civil estadounidense frenó la concreción de este acuerdo, pues el propio presidente Lincoln era consciente de que modificar la frontera con México en ese momento equivalía a propiciar una declaración de guerra de Francia y Gran Bretaña.

La intervención francesa en México se produjo en 1862, e impulsó a Lincoln a avanzar sobre el territorio de Texas con el fin de asegurar un cordón defensivo si, como parecía factible, Francia invadía el territorio sugiriendo la génesis de un nuevo imperio en el continente norteamericano. En esta empresa no discrepaban la Unión y la Confederación. Al actuar sobre Texas, Lincoln invocaba –tarde seguramente– la doctrina Monroe que había eludido en un principio, dando autorización finalmente a que el secretario de Estado William Seward movilizase tropas –unos cincuenta mil hombres– en río Grande. Bien por la presión de la movilización de las tropas, bien porque había decidido que la aventura colonial en México no iba a tener el éxito supuesto en un principio, Francia no tardó en retirar sus tropas de México. Los Estados Unidos volverían a considerar la penetración sobre la Baja California después de que ambas guerras, la de secesión y la mexicana, hubieran finalizado. Con los franceses fuera del país vecino –y a punto de ser derrotados por la Prusia

bismarckiana en Sedán (1870)–, los Estados Unidos, en plena reconstrucción nacional, tenían por fin despejado el horizonte imperial y usaron la estrategia del amedrentamiento para mostrar a las potencias su intención de no ser un país molestado en *su propio continente*, el americano.

Por su parte, en el comienzo de los años sesenta, Japón reclamaba reconocimiento internacional, y la guerra civil americana llegó a rozar directamente a Japón en 1863. A pesar de la pequeñez en términos cuantitativos del poder marítimo naval de los Estados Unidos en comparación con el de la Royal Navy británica, en 1860 el país ya había desarrollado una cierta presencia en el mar que tenía intención de sostener y ampliar. De momento, y dada la limitación de sus capacidades navales, Estados Unidos no mostraba aspiraciones extracontinentales. Antes de la guerra el pretendido liderazgo naval estadounidense se ceñía a su importante flota ballenera y a los mercantes; de manera que, ya en estado de guerra, la mayor parte de los recursos navales federales y confederados fueron destinados al bloqueo y a la defensa de las costas. De este modo, en aguas internacionales los buques que quedaban libres de obligaciones inmediatas se vieron obligados a mantener la defensa estadounidense contando con muchos menos recursos sobre una mayor porción de millas. El reto era extremo.

En Japón, y a cientos de millas de distancia de puerto amigo, estos buques de la Unión tenían que evitar ser aniquilados por enemigos diversos –los países que simpatizaban con la Confederación, por ejemplo–, proteger la actividad de los mercantes y con ello sustentar el prestigio nacional, en un momento además en que la xenofobia contra los *bárbaros* o extranjeros alcanzaba en Japón sus cotas más altas. Un edicto de 1863 dictaba la expulsión de todos los extranjeros de la isla de Shimonoseki. Apoyándose en él, lord Mori Takachika, del clan Honsu, dirigió sus tropas contra los barcos extranjeros que navegasen por los estrechos que dan entrada a las rutas desde el oeste al mar de la China oriental. Durante dos meses baterías japonesas apostadas en la playa abrieron fuego contra buques de bandera europea y americana, apoyadas por barcos de guerra japoneses –construidos sin embargo por los europeos durante la época anterior, en la etapa de puertas abiertas al comercio–, desde los que se disparaba a los barcos occidentales en circulación. En junio de 1863 Japón estaba expulsando a los extranjeros del país y en lo más álgido de esta fiebre nacionalista dos de sus barcos atacaron al mercante americano USS *Pembroke*. Aunque el mercante logró escapar sin daños, el Gobierno federal expresó al japonés su disgusto por el incidente. Entre tanto, el USS *Wyoming* se preparaba para un posible conflicto en la zona.



En 1863 Japón expulsaba a los extranjeros y en lo más álgido de esta fiebre nacionalista atacó al mercante americano USS *Pembroke*. Aunque el mercante logró escapar sin daños, la diplomacia de la Unión presentó quejas al Gobierno japonés.

El USS *Wyoming* estaba destinado en el Pacífico cuando el Gobierno federal lo destinó a la bahía de San Francisco para proteger el Golden Gate. Su misión incluía proteger a los vapores que transportaban el correo y operaban en la costa californiana. Informado del incidente del USS *Pembroke* por el cónsul americano en Shangái, el USS *Wyoming,* que bajo el mando del comandante David McDougal estaba acechando al CSS *Alabama*, tomó rumbo hacia Shimonoseki. De modo que el 16 de julio de 1863 se puso a tiro de las baterías japonesas. La batalla de no más de una hora se saldó con cuatro muertos y siete heridos del USS *Wyoming*, pero todos los japoneses en las baterías perecieron y sus barcos fueron inutilizados. En palabras del comandante McDougal, Japón había aprendido la lección. El USS *Wyoming* quedó muy dañado, siendo el primer barco de guerra que afrontó una acción contra Japón para mantener los tratados de navegación y comercio en el Pacífico.

Pero este no fue el único choque militar con Japón durante la guerra civil. Poco más de un año después, a comienzos de septiembre de 1864 y junto con otros barcos de bandera occidental, la Unión bombardeó durante dos días las posiciones japonesas que impedían el acceso al estrecho. Dos mil marineros y soldados desembarcaron obligando a rendirse a las tropas imperiales de lord Mori.

El comercio occidental había ganado la batalla precisamente en los momentos más arduos de la guerra civil americana, poniendo en evidencia la debilidad tecnológica y estratégica del ejército naval del Shogunato de Edo, y soliviantando aún más a los señores feudales japoneses que no tardarían en abrir una guerra interna.

10

Reconstrucción: un Estado, un nuevo país

El magnífico trabajo de la destrucción

Las elecciones de 1864, que dieron la victoria a Lincoln, significaron, incluso antes del final de la guerra, el comienzo de una etapa nueva en la historia del país. El segundo período presidencial abría una fase de la historia en la que podían evaluarse ya las condiciones de la más que previsible derrota de la secesión. El hecho electoral en sí mismo fue polémico, precisamente porque se daba en el momento en que la política demandaba tranquilidad para ir previendo las consecuencias de la guerra. De momento, los políticos habían discrepado sobre si era o no conveniente llevar adelante un proceso electoral en plena contienda. Las opiniones estaban divididas entre quienes lo consideraban una pérdida de energías, fundamentales en un momento tan crítico, y quienes pensaban que lo que daba a la Unión argumentos de peso para la victoria era precisamente mostrar a la nación y al mundo que la democracia se mantenía incólume pese a la guerra, algo que no sucedía en la Confederación ya que Davis nunca se había sometido a las urnas y tenía un tipo de mandato excepcional por nada menos que seis años. Se impuso la postura de aquellos que, con el presidente al frente, defendían que el país, incluso en guerra, necesitaba mantener la normalidad a toda costa y que llevar a cabo las elecciones expresaba la existencia de un Gobierno libre y no maniatado por las circunstancias.

En esta ocasión Lincoln, como vimos, se enfrentaba a los demócratas, liderados por su antiguo general y ahora candidato George B. McClellan, en condiciones muy adversas. De entrada, desde la época de Andrew Jackson (1832) ningún presidente de los Estados Unidos había sido elegido en una segunda ronda. Lincoln carecía además del apoyo del Poder Judicial con el que tenía grandes desavenencias por la suspensión del derecho de hábeas corpus, considerada anticonstitucional por Roger B. Taney, presidente de la Corte Suprema. Además, la dureza de las condiciones de la vida de los ciudadanos –los votantes– en tiempo de guerra asociaba la imagen del candidato a las pérdidas y las privaciones. Por ejemplo, existía la queja de que los generales de la Unión, ajenos a los códigos éticos de la guerra aprendidos en West Point, estaban comportándose como desaprensivos. Las bajas en los ejércitos de la Unión se habían incrementado: de cien mil muertos en los tres primeros años de la guerra, a sesenta y cinco mil en un solo año (1864). Pese a tanta desgracia y malestar contra el Gobierno, el cerco y conquista de Atlanta por las tropas de Sherman y la evacuación de la población de la ciudad habían puesto la guerra en manos de la Unión, lo que sin duda ofició de manera positiva en la victoria electoral de Lincoln el 6 de septiembre de 1864. Los republicanos ocuparon tres cuartas partes de los puestos del Congreso, derrotando clamorosamente a los demócratas de

McClellan.

Con la guerra finalizada, ahora podía analizarse cuánto había costado y qué dudas acarreaba el magnífico trabajo de destrucción puesto en marcha en la primavera de 1861. El balance de la guerra, por lo que al número de muertes se refiere, puede calificarse de catástrofe humana sin paliativos. Los archivos gubernamentales preservados aportan datos certeros, como por ejemplo que algo más de trescientos cincuenta mil soldados de la Unión murieron de causas muy diversas: por heridas en la batalla, pero también por enfermedades, deshidratación y golpes de calor, suicidios, ejecuciones o accidentes fortuitos. En esta cruenta guerra murieron soldados de a pie, oficiales, tropa de marinería y todo tipo de asistentes de campo y personal encargado de los suministros o la atención a los heridos. Puesto que sus archivos militares y gubernamentales fueron destruidos o se perdieron durante y tras de la guerra, la información sobre las bajas del bando confederado es menos certera que la correspondiente a la Unión. Pese a lo cual, una cifra verosímil es la de unos cien mil muertos en combate y otros ciento cincuenta mil por enfermedades diversas. No existe información sobre los muertos en la marina del Sur.

Estas cifras son poco clarificadoras en sí mismas, a menos que sean puestas en relación con la población de cada parte del país, con el número de reclutas –más elevados ambos ítems en el Norte que en el Sur– y en referencia a otros episodios bélicos nacionales como pueden ser las guerras mundiales o las contiendas de Corea y Vietnam, todas ellas ya en el siglo XX. De entrada, sí puede indicarse que las muertes directas de estadounidenses en la guerra civil alcanzan al menos la suma de fallecidos en cada una de las guerras que la sucedieron, lo que puede darnos una idea aproximada del enorme impacto demográfico y social de las pérdidas humanas durante esta guerra. Las bajas totales, de aproximadamente un millón de personas a lo largo de la guerra y por las múltiples causas y razones asociadas a ella, estuvieron equitativamente repartidas en ambos ejércitos. También deben considerarse las pérdidas humanas dentro de la población civil, especialmente del Sur, donde se estima que murieron más de cincuenta mil civiles por la acción directa de la contienda, como la munición, además de causas relacionadas con los efectos secundarios de una guerra: enfermedades, malnutrición o accidentes. La pérdida de vidas civiles en el Norte fue menor, pues la mayoría de los escenarios de la batalla se abrieron en el Sur. Un efecto no cuantificable en el balance de pérdidas fue el de la disolución de lazos familiares, ya que en muchas ocasiones unos miembros de la familia luchaban en el Norte mientras otros lo hacían en el Sur. Tras la guerra se interrumpieron muchos vínculos entre los supervivientes, a quienes costó gran esfuerzo superar el duelo y el resentimiento.

Tanta destrucción humana está ligada al momento de auge y desarrollo de las armas de fuego y de la eficiencia de su funcionamiento. Ni siquiera los avances de la medicina militar fueron capaces de amortiguar el destrozo físico que producían las armas de nueva generación. Por lo común, las infecciones asociadas a las heridas causaban la mayor mortalidad, allí donde no existían condiciones higiénicas apropiadas para tratar los casos graves, ni por supuesto las vacunas y antibióticos modernos capaces de frenarlas. Las letrinas de los campos eran una causa certera del cólera, la disentería, la diarrea…, que terminaban con la vida, tanto de soldados heridos como ilesos. El agua raramente era limpia, de modo que gérmenes y bacterias campaban a sus anchas por acuartelamientos y poblaciones. El propio hijo de Lincoln fallecería a la edad de once años en la Casa Blanca, se cree que por las complicaciones infecciosas derivadas de haber ingerido agua contaminada. La elevada mortalidad tuvo además como aliado el mero contacto humano en los acuartelamientos y ciudades hacinadas, donde se concentraba la población sana, los heridos y los enfermos, que anteriormente

habían residido en núcleos pequeños. En este tipo de poblaciones la gente por lo general no se relacionaba demasiado con otras del entorno, y por ello no había desarrollado ningún tipo de inmunidad ante nuevos agentes patógenos. Se valora que la salud de los supervivientes y de toda una generación de estadounidenses salió muy dañada tras la guerra.

El coste material de la guerra no fue menos importante, sobre todo por los efectos sobre el bienestar inmediato. Los historiadores de la economía –y de acuerdo con los Servicios de Historia Económica del país *(Economic History Services)*–, habituados a calcular lo que cuestan las guerras en términos materiales, suelen hacerlo diferenciando costes directos y costes indirectos. En los primeros se consignan las pérdidas ligadas a la destrucción del capital humano y de la propiedad; y en los segundos, las implicaciones indirectas en la economía tras la guerra a partir de 1865. Una combinación de ambos costes en el territorio al completo y en dólares de 1860 da una cantidad total de tres mil trescientos billones, a los que hay que añadir los casi dos billones vinculados a las bajas y otro billón y medio relacionado con la destrucción del Sur. En total más seis mil seiscientos billones de dólares en costes.



Ciudades del Sur como Charleston quedaron devastadas. Los costes globales de la destrucción sugieren más de 6.600 billones de dólares de la época, a lo que hay que añadir las heridas irreparables sobre el paisaje.

Lo que sin embargo no proporcionan los datos de los historiadores son los costes emocionales, los efectos sobre la población de la pérdida de más de seiscientas mil personas y los daños irreparables sobre las miles que quedaron definitivamente destrozadas por las secuelas de las heridas. Tampoco hay referencias precisas a propósito de un tipo de pérdida muy poco reseñada: la del paisaje –la geografía del terreno y el paisaje humano–, gran perjudicado por la guerra y cuyas transformaciones tras las batallas y razias supusieron una profunda alteración del mundo hasta entonces conocido por los habitantes del país. Ciertamente las armas en la guerra provocaron destrozos sobre el terreno de difícil recuperación, pero también lo hicieron los masivos desplazamientos de personas, de los soldados casi siempre, sobre el territorio. Bosques arrasados, ríos contaminados, campos aniquilados…, el paisaje de muchos estados, en el Sur especialmente, fue trastocado para siempre, al menos en los términos hasta entonces conocidos. De hecho, parte de la estrategia de la Unión consistió en deshacer la forma del paisaje humano que constituía la base sobre la que se construía la nación confederada. Al terminar de ser alterado, el paisaje del Sur ya no era reconocible ni siquiera en los mapas existentes previos al proceso de la secesión.

Aunque muchos de los datos disponibles son estimaciones aproximadas, sí nos permiten al menos tener una noción de la magnitud del esfuerzo económico requerido para sostener una guerra durante casi cinco años y del gran agujero en las arcas tras la guerra, máxime si se tiene en cuenta la tarea de la reconstrucción pendiente. Sabemos que el coste directo de la guerra fue la descabellada cifra de los más de seis mil seiscientos billones mencionados, equivalente a una vez y media el producto nacional bruto estadounidense de 1860. Sin embargo, los estudios también nos proporcionan la siguiente información relevante: mientras el coste de la guerra en el Norte fue de aproximadamente ciento cincuenta dólares per cápita, en el Sur llegó a los trescientos setenta y seis dólares por habitante. La comparación de lo que pudo haberse consumido a partir de 1865 en ambos bandos, en el caso de no haberse producido la guerra, con lo que se gastó realmente añade información a propósito de la relación entre costes y beneficios como consecuencia de la guerra. El resultado de esta comparación es sorprendente, pues mientras en el Sur dejaron de gastarse unos seis billones de dólares, en el norte se dejó de consumir poco más de un billón. Así visto, parece obvio que la decadencia del Sur en comparación con el Norte no habría tenido sólo como origen la guerra sino que existían para ella razones de tipo endógeno previas a la guerra. El colapso del mercado del algodón y la emancipación fueron sin embargo las causas definitivas en la caída de la economía del Sur. Sólo en 1873 se dio la recuperación de la economía a valores de 1860 en el Norte, en tanto que el Sur habría que esperar a finales de siglo para alcanzar, en su recuperación, los estándares de 1860.

Pérdidas y costes al margen, las secuelas inmediatas de la guerra no tardaron en manifestarse, siendo la más obvia el retrato de un país fragmentado. Y no era que antes de la guerra no existiera la división cuya naturaleza se ha visto en el desarrollo de estas páginas, sino que la guerra puso nombre y rótulo a las dos Américas, identificando la ruptura del país en el relato de su historia. El vestigio de la guerra en las sucesivas conmemoraciones reflejaría la división original, las diferencias regionales, los asuntos de raza y de los derechos civiles que fueron tomando cuerpo en la guerra. En los años que siguieron a la guerra el republicanismo culparía siempre a los demócratas de traición a la patria, en tanto que el Partido Demócrata atacaría al republicano de echarles encima el peso de la *causa perdida*.

En las campañas presidenciales de 1872 y de 1892 –tal como han mostrado los historiadores– comenzó a modelarse la memoria de la guerra con fines electorales y en la campaña de 1896 la facción de los republicanos del norte utilizó todo lo que tenía a su alcance, incluida la guerra civil,

para ganar la Casa Blanca, pues veían cómo otras secciones del partido propugnaban un acercamiento entre el sur y el oeste que les debilitaría en las instancias más altas del poder. Las campañas de esta facción de republicanos del norte echaban mano del estigma de la «camisa manchada de sangre», *bloody shirt*, cuando les convenía mantener aislados a los estados del sur.

Resulta sin duda excepcional el balance material y militar de la contienda, reseñable en las más de cuatrocientas batallas que se produjeron, en los éxitos de los vencedores y las humillaciones de los perdedores, cuyas cifras, mareantes, dan noticia de las toneladas de acero producido con fines militares y civiles. Pero conviene no olvidar que sobre todo la guerra civil americana fue la primera guerra gestionada en términos modernos y que en consecuencia ha sido definida como una ventana al futuro. La relevancia de las innovaciones tecnológicas no deja lugar a dudas. Sin la línea transcontinental del telégrafo, la región de California no hubiera podido conectar plenamente con los planes de la Unión para el país. Mediante el telégrafo transcontinental las noticias se difundían de modo que se diera la inmediatez de las órdenes militares, o el conocimiento de los hechos por las ciudadanías dispersas en tan extensa geografía continental. Y esta peculiaridad de la difusión de la experiencia provocaba el sentimiento de adhesión y repulsa que deviene de la empatía con la realidad en curso, antesala de la más reciente contemporaneidad. La opinión podía igualmente implicarse en los asuntos de la guerra sintiéndose concernida por ellos, algo a lo que contribuyó el nuevo fotoperiodismo. A la verdad contada se añadía ahora la verdad que lo era por haber sido vista. Este fue un trabajo casi anónimo, realizado por aproximadamente un millón de fotógrafos dispersos por los escenarios de la guerra, cuyas numerosísimas placas de colodión húmedo utilizadas en el proceso de fotografiar acabarían siendo, tras la guerra, utilizadas a modo de paneles de ventana para los invernaderos.

Ahora, tras la guerra comenzaron a difundirse mundialmente los nombres de los pioneros del gran capital y de los negocios americanos, siendo el ferrocarril en su última fase de expansión vehículo de creación de rápidas fortunas y prometedor negocio para los años de la reconstrucción. El nombre de Cornelius Vanderbilt está asociado al ferrocarril de Erie, entre 1866 y 1868. George M. Pullman creó ya en 1865 el primer coche-cama o vagón-dormitorio para realizar largos viajes transcontinentales en condiciones de comodidad jamás imaginadas. Los trenes, anticipando el transporte suburbano, invadieron las ciudades del futuro, como Nueva York –reinventándose una vez más–, o la entonces modesta Chicago, pivote para la explotación de los Grandes Lagos. El crecimiento natural de una población que se recuperaba poco a poco de las pérdidas y la siempre constante inmigración dieron a los Estados Unidos a finales de la década de los años sesenta una población superior a la de sus futuras competidoras hegemónicas, las potencias europeas clásicas a las que no alcanzaba aún en la producción industrial pero a cuya estela de crecimiento e innovación ya se había adherido. Pero la realidad del país en 1865 mostraba una ruptura *de facto* entre la América triunfadora y la perdedora. La guerra acentuó el contraste entre el norte y el sur en las regiones orientales del país. En los territorios de la que había sido la Confederación la marca de la guerra sería visible en las décadas siguientes por varias razones. De momento, la mayoría de las batallas se habían librado en los estados de Virginia y de Tennessee, razón por la que allí la destrucción del territorio y de las poblaciones era más evidente. En otros estados, especialmente en Carolina del Sur y Georgia, la acción de los ejércitos de la Unión fue directamente devastadora. Por el contrario, el Norte permaneció, en términos materiales, casi intacto.

RECONSTRUCCIÓN Y FRACTURA

El 3 de abril de 1865, Lincoln entraba en Richmond, la capital del Sur que tan sólo unas horas antes había sido abandonada por el presidente Davis. Iba escoltado por diez marineros y las crónicas relatan que en las calles de la ciudad los negros gritaban a su paso: «¡Gloria a Dios, Gloria, Gloria… Aleluya, el Gran Mesías!». Poco pudo Lincoln disfrutar de estas alabanzas y homenajes populares, pues recién proclamado el final de la guerra el presidente fue asesinado. Sin ser desde luego ningún mérito, lamentablemente Lincoln tiene en su nómina presidencial el haber sido el primer presidente del país asesinado. El impacto del hecho y de la noticia no tuvo parangón en la época y sigue aún fascinando a historiadores, narradores y al público en general. El magnicidio de Lincoln sigue sorprendiendo por el poder de sugestión de un evento de esta naturaleza sobre quienes miran hacia el pasado buscando respuesta a un suceso tan trágico e inesperado como históricamente inoportuno.

Ateniéndonos a los datos, el presidente Lincoln fue asesinado poco después de las diez de la noche el 14 de abril de 1865 cuando asistía a una representación junto a su esposa en el teatro Ford de Washington. Se trataba de una comedia de Laura Keene titulada *Our American Cousin* [Nuestro primo americano]. Durante la representación un actor llamado John Wilkes Booth entró en el palco presidencial y disparó sobre Lincoln que se derrumbó de inmediato hacia atrás en su asiento. Booth entonces saltó al escenario donde profirió su famoso verso que alude a la venganza del Sur ante la tiranía: «Sic semper Tyrannis! The South is avenged!», escapando a continuación por bambalinas y huyendo por la puerta trasera del teatro. De nada le sirvieron al presidente los intentos de su esposa Mary para proteger con su cuerpo el de su esposo, fatalmente herido de muerte. Un doctor que asistía a la representación entre el público se apresuró al examinar al ya paralizado presidente que enseguida fue llevado al otro lado de la calle, hasta la Petersen's Boarding House, donde murió a primera hora de la mañana siguiente. Entre tanto, los conspiradores intentaban sin éxito acabar con la vida del secretario de Estado William H. Seward y del vicepresidente Andrew Johnson. Errores y pánico de parte de los conspiradores salvaron a ambos, pues aunque Seward fue herido se recuperó, y Johnson no llegó a recibir ningún disparo. La pregunta abierta desde aquel fatídico 14 de abril de 1865 es por qué aquel actor, Booth, y sus compinches actuaron como lo hicieron. La respuesta oficial e instituida en las enseñanzas de historia americana alude al intento a la desesperada de los conspiradores por contrarrestar la rendición del Sur con el magnicidio. Sin embargo, el asesinato de Lincoln logró precisamente lo contrario de lo que pretendía, pues no solamente confirió su aura, hasta la fecha inexistente, al presidente asesinado sino que también, al anular la dirección de Lincoln, favoreció el desarrollo de unos planes de reconstrucción más rígidos o menos generosos que aquellos que Lincoln había fraguado pensando en la Unión y en una pronta concordia nacional.



SURRAT.



BOOTH.



HAROLD.

War Department, Washington, April 20, 1865,

$100,000 REWARD!

THE MURDERER

Of our late beloved President, Abraham Lincoln,

IS STILL AT LARGE.

$50,000 REWARD

Will be paid by this Department for his apprehension, in addition to any reward offered by Municipal Authorities or State Executives.

$25,000 REWARD

Will be paid for the apprehension of JOHN H. SURRATT, one of Booth's Accomplices.

$25,000 REWARD

Will be paid for the apprehension of David C. Harold, another of Booth's accomplices.

LIBERAL REWARDS [illegible]

[illegible]

EDWIN M. STANTON, Secretary of War.

DESCRIPTIONS.—BOOTH [illegible]

JOHN H. SURRAT [illegible]

DAVID C. HAROLD [illegible]

NOTICE.—[illegible] TWO HUNDRED THOUSAND DOLLARS.

En el cartel de busca y captura de Booth, asesino de Lincoln, se aportan datos de los supuestos cómplices y se indican las recompensas. Booth no llegaría a ser juzgado pues murió en circunstancias confusas durante su captura.

En la historia ya mitificada y reelaborada de aquellos sucesos, destaca la campaña puesta en marcha para capturar al asesino y a sus colaboradores. El cartel en el que se solicitaba a los ciudadanos su captura aportaba datos sobre la identidad y la recompensa. Enseguida la fotografía de Booth, distribuida por todas partes, hizo harto difícil su escapatoria. Diez días después del asesinato, tras una intensa búsqueda llevada a cabo por autoridades, ciudadanos, el ejército y el servicio secreto, se descubrió a Booth escondido en un granero de Virginia. El lugar fue incendiado y Booth murió en circunstancias confusas, quizá fruto de los disparos y el fuego, quizá por su propia mano antes de ser apresado. Al no tener el testimonio de Booth, la mitología popular rodearía el caso de misterio y de complots. Lo que sí sabemos es que el asesino de Lincoln era miembro de una familia conocida de actores y un ardiente simpatizante del Sur, cuya carrera se había desarrollado no obstante en el norte, especializado en interpretaciones de las obras de Shakespeare. Tuvo cuatro cómplices en su acción, cuyo cometido era asesinar a los ya mencionados vicepresidente Andrew Johnson y al secretario Seward, además de a Ulysses S. Grant. Los cómplices de Booth fueron arrestados, acusados de conspiración y finalmente ejecutados.

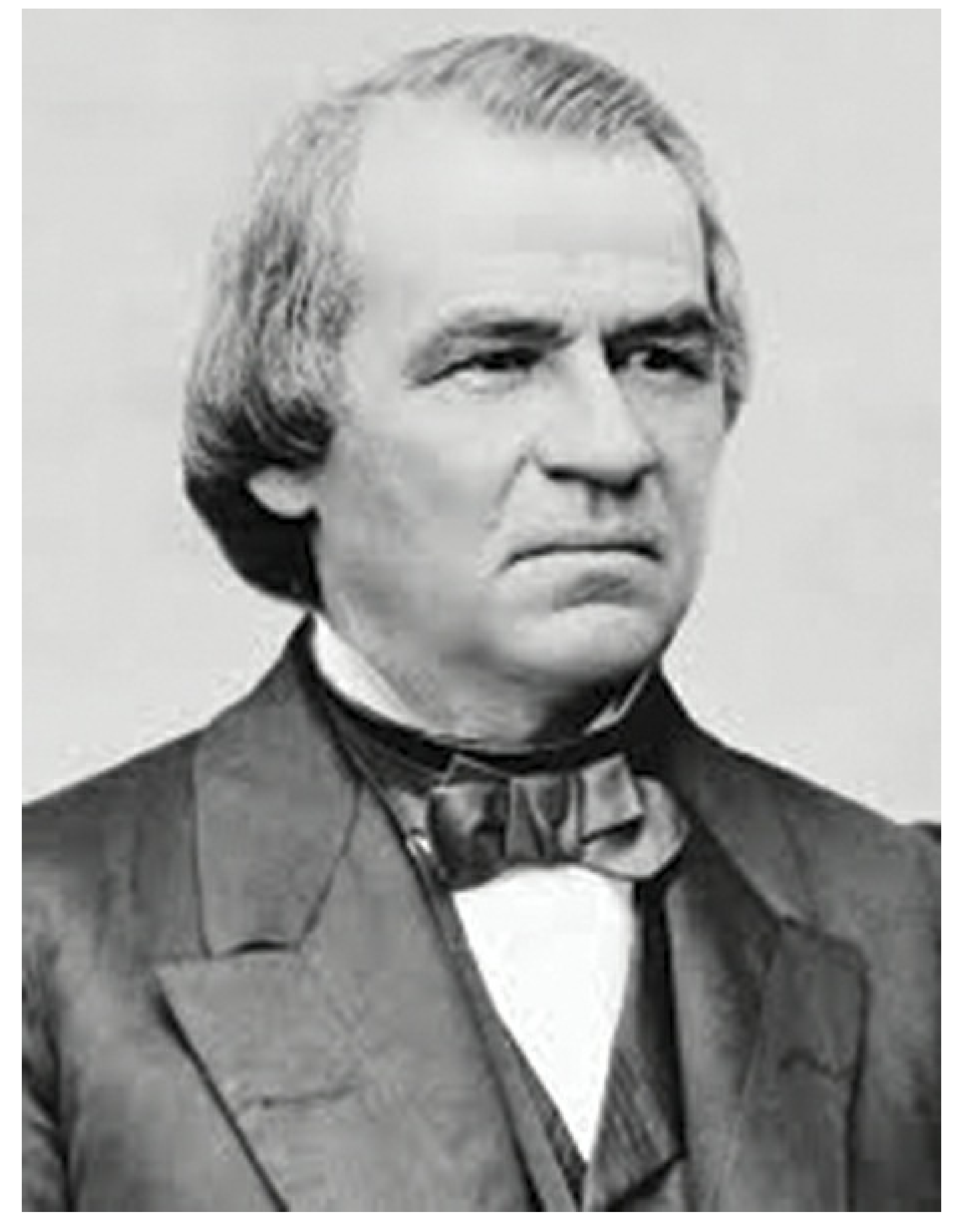
Dadas las trágicas circunstancias sobrevenidas, la alegría unionista por la victoria duró muy poco, transmutada enseguida por el estupor ante la muerte del presidente. El duelo oficial se prolongó siete días, durante los cuales el féretro de Lincoln recorrió mil setecientas millas en un tren de nueve coches entre Washington y Springfield, Illinois, para su entierro y funeral en la ciudad natal del presidente. En el trayecto el convoy atravesó cuarenta ciudades, incluida Nueva York, donde la gente –escribirían los cronistas– acudía en masa hasta las estaciones ferroviarias para rendir sus respetos al difunto presidente, a quien ya entonces comenzaba a llamársele el Gran Emancipador. La conmoción general era palpable. Una de tantas anécdotas que rodean el paso del convoy fúnebre por las ciudades del este y del medio oeste, la protagonizaría un joven e impresionable Theodore Roosevelt, futuro presidente de la nación, que vio pasar la comitiva con el féretro desde la ventana de su casa familiar en Manhattan.

La impronta de la guerra se mantuvo viva y el rastro del conflicto latente en la naturaleza de la reconstrucción de los estados rebeldes. La reconstrucción, como proceso histórico, fue una cuestión institucional, económica y social, que acentuó algunas de las señas de identidad con que los estados vencedores observaban a los perdedores de la guerra. En términos generales, la actitud de las ciudadanías del Sur fue la de aceptar con resignada dignidad el haber perdido la lucha por la defensa de lo que ellas estimaban eran sus señas de identidad. En buena ley sólo cabía acatar las normas del vencedor. Pero la reconstrucción pensada y diseñada por Lincoln no fue la reconstrucción que finalmente pudo llevarse a cabo. El presidente había dispuesto los términos de una recuperación complaciente con las características de los estados del Sur, a fin de –evitando los maximalismos de los que se había mostrado enemigo durante la presidencia– poder cohesionar el proyecto federal. Pero la postura radical del sector dominante dentro del Partido Republicano, ahora bajo el mandato del presidente Johnson, y pese al talante moderado del propio Johnson, terminó imponiendo un modo de recuperación institucional bajo cláusulas ciertamente duras.

Lincoln había previsto hacer de la generosidad un acto de conciliación, amnistiando a los vencidos con amplitud de miras y exigiendo el juramento de lealtad sólo a un diez por ciento de los

votantes de los estados secesionistas. Pero el 14 de abril de 1865, sólo cinco días después de la rendición de Lee en Appomattox Court House, Virginia, Lincoln era asesinado y su puesto era ocupado por el vicepresidente Andrew Johnson, un político de Tennessee cuya nula cultura general y política no había impedido que en los años de la guerra hubiese tenido responsabilidades de gran envergadura como el de gobernador militar de su estado, y fuera elegido vicepresidente en el segundo mandato de Lincoln. Johnson se propuso mantener las políticas de Abraham Lincoln, incluidas las que atañían a la reconstrucción, pero esta mera voluntad careció de efectividad, pues el nuevo presidente no tenía la fuerte personalidad de su predecesor en el cargo, necesaria para imponerse al ala radical del partido.

De este modo, los radicales presionaron para que bajo el mandato de Johnson se proclamase la Decimotercera Enmienda, el 18 de diciembre de 1865, por la que se hacía formalmente ilegal la esclavitud, es decir, se abolía. Durante los dos años siguientes, el presidente Johnson vetó sistemáticamente en las Cámaras, aunque sin éxito, casi todas las iniciativas surgidas de su propio partido. Se enfrentaba al radicalismo republicano que en el Legislativo contaba con los tres cuartos de los votos de los estados, lo que significaba que el veto de Johnson terminaba siendo testimonial. Pero la insistente postura presidencial de veto surgía de su convicción de que, para abundar en la cohesión del país en la situación posbélica, había que tener cierta manga ancha con respecto a la aplicación de la igualdad de los derechos civiles entre blancos y negros, o dicho de otro modo, había que sacrificar la igualdad plena de derechos civiles de la población afroamericana.



El vicepresidente Andrew Johnson, de Tennessee, durante el segundo mandato de Lincoln, le sucedió tras el magnicidio y se propuso mantener las políticas comprensivas con los derrotados previstas por Lincoln para la reconstrucción del país.

La situación de la población de origen afroamericano y esclava no mejoró en términos prácticos con la abolición, pues la desigualdad y el maltrato a la población negra era un hecho cotidiano que los propios afectados denunciaron incansablemente. En Richmond, en junio de 1865 los negros residentes celebraron un gran encuentro en la primera Iglesia baptista africana, y redactaron un documento en el que pedían al Gobierno de los Estados Unidos que garantizase a los antiguos

esclavos todos los derechos de ciudadanía, incluyendo el del voto. Las estrictas ordenanzas municipales, que durante la guerra pretendían impedir la organización de los negros esclavos, apenas habían tenido eficacia pues se había incrementado poderosamente el número de los fieles de esta Iglesia y otras similares, a cuyo servicio dominical acudían miles de personas. Por su parte, algunos blancos de los estados del sur, fundamentalmente oficiales del ejército confederado disuelto, cuya actitud desafiante contra los federales no había cesado tras la guerra, habían organizado al concluir esta, en diciembre de 1865, un grupo social al que bautizaron con el nombre de *Kyklos,* 'círculo' en griego. Se trataba de una organización compuesta por varones blancos de ascendencia escocesa o británica, que sobre todo se autodefinía como el *Klan*, aliteración de la palabra clan. El Klan, como puede ya suponerse, se convirtió en el Ku Klux Klan, cuyo primer gran maestre sería Nathan Bedford Forrest, el oficial de caballería de trayectoria imbatible al que ya se he hecho referencia. Las primeras iniciativas del Klan, en rebeldía contra el triunfo de la Unión en 1865, fueron las acciones de guerrilla, cuya finalidad era resistir a una ocupación federal que consideraban injusta y humillante.

En el Congreso, en las batallas internas por el control de las Cámaras, a la altura de 1867 el dominio de los republicanos radicales era pleno. Del programa de reconstrucción planteado por Lincoln en 1864, posibilista y moderado, no quedaba más que el nombre, pues por el Decreto de Reconstrucción de 2 de marzo de 1867, vetado sin éxito por el presidente Johnson –republicano moderado–, los diez antiguos estados confederados pasaban a ser ahora provincias conquistadas, repartidas en distritos militares:

1. Virginia;
2. Carolina del Norte y Carolina del Sur;
3. Georgia;
4. Alabama y Florida;
5. Misisipi y Arkansas; y, finalmente,
6. Luisiana y Texas.

Al frente de cada distrito se destinó un gobernador militar con plena capacidad de acción. A los estados, ahora distritos, se les exigió que, para salir de esta penosa condición, convocasen una convención constitucional en la que participaran los ciudadanos mayores de edad de los estados –los negros incluidos– en edad de votar.

Cada convención tenía el mandato de redactar una constitución estatal, quedando reflejada en todas ellas la enmienda de 16 de junio de 1866 en la que se recogía el derecho al voto de todas las personas nacidas en los Estados Unidos o naturalizadas allí, prohibiéndose expresamente que los estados aprobaran leyes –los llamados «códigos de negros»– que redujesen los derechos de los ciudadanos, tal como estaba sucediendo. Además, se excluía de la vida política a los exfuncionarios confederados que, habiendo ocupado puestos nacionales, se consideraba que habían traicionado a la nación, y quedaba también prohibido el pago de cualquier deuda de guerra a los confederados. Esta enmienda era una poderosa rampa de acceso de la población afroamericana a la plenitud de derechos civiles y ahogaba la intención de continuidad de cualquiera de las iniciativas nacionalistas o racistas de los antiguos estados confederados. La enmienda prohibía incluso la representación en la Cámara a los estados confederados que no la aprobaran en sus respectivas constituciones. Huelga señalar que todos los estados concernidos –excepto Tennessee–, con el visto bueno del propio Johnson, se negaron a aceptar la enmienda, por lo que quedaron sin representación en el Congreso nacional.

No es posible entender plenamente el nivel de crispación institucional a propósito de la reconstrucción tras la muerte de Abraham Lincoln sin referirnos al papel jugado por la figura de Thaddeus Stevens, abolicionista y congresista del ala radical del Partido Republicano cuyos enemigos aseguraban que tenía en casa una esposa negra. Stevens impulsó una oposición contundente a cualquier atisbo de moderación con respecto a los estados antes esclavistas, poniendo el foco de atención en acabar con el veto del presidente Johnson a las medidas propuestas por los radicales. Stevens expresaba en la Cámara el sentimiento más intenso en favor de la plena incorporación de los negros a la vida cívica del país, sin consideración alguna a las razones de conveniencia o de estrategia política. Odiaba profundamente la vergüenza de la esclavitud y estaba convencido de que los estados del sur seguían siendo estados renegados contra los que había que actuar con mano firme. De modo que Stevens lideró la Comisión Conjunta de los Quince, un grupo constituido por seis senadores y nueve diputados, republicanos radicales, cuyo único cometido desde el momento de la victoria fue proteger los derechos de los negros y sustentarlos con nuevas legislaciones. De la mano de esta comisión saldría la enmienda de 16 de junio de 1866 por la que los negros ya no solamente eran «no esclavos» sino que se convertían en ciudadanos de pleno derecho. Esta enmienda debía garantizar que los estados no pudieran aprobar leyes destinadas a limitar los derechos de ningún ciudadano.

La reconstrucción de país fue guiada pues desde las premisas de los republicanos radicales que, en el Cuadragésimo Congreso superaban a los demócratas por ciento cuarenta y uno a cuarenta y nueve en la Cámara de Representantes, y cuarenta y dos a once en el Senado. Con esta distribución de fuerzas la moderación en las decisiones que afectaban a la reconstrucción del país se hacía imposible, y el presidente Andrew Johnson no podía hacer efectivo su derecho a veto que él seguía ejerciendo a sabiendas de que era infructuoso, y de que los radicales conseguían siempre los dos tercios de las Cámaras en cada votación de los proyectos de ley. La disparidad de opiniones dentro del Partido Republicano sustituyó de hecho al bipartidismo tradicional en el sistema político, más preocupados radicales y moderados de sus diferencias e intereses que de situarse frente al languideciente Partido Demócrata. Con los estados sometidos a la ocupación del ejército y bajo la acción de los gobernadores militares, durante los primeros meses de la paz se acentuó la división física y anímica en el país, algo que seguramente Lincoln hubiera intentado evitar con estrategias políticas. Ciertamente los negros fueron incorporándose a la vida pública, pero lo hacían atrapados en un círculo viciado, pues su voto, siempre orientado por los radicales, carecía de la independencia merecida. Como eran analfabetos en su mayoría, los votantes negros iban a las urnas guiados por sus principales valedores en la política, que a su vez necesitaban el voto negro para reforzar y hacer prevalecer la postura radical dentro y fuera del partido.

Durante los dos primeros años de la reconstrucción Johnson se mostró resistente al radicalismo de las Cámaras, creyendo sinceramente que muchas de las medidas que el Legislativo pretendía poner en marcha eran inconstitucionales. Buscaba subterfugios para no aplicarlas, irritando con ello a sus colegas de partido entre los cuales se encontraba el todopoderoso secretario de Estado Edwin McMasters Stanton. La tensión entre ambos prohombres iba en aumento, llegando Johnson a exigir la renuncia de Stanton. Las Cámaras, lideradas por Stanton, castigaron la pretensión de independencia del presidente, articulando un recurso constitucional de enjuiciamiento al presidente. El recurso se fundamentaba en el derecho de las Cámaras a destituir a un funcionario público cuyo comportamiento se juzgase improcedente. Si bien Johnson no podía ser sometido a las acusaciones de traición, soborno o de cualquier otro delito, sí fue acusado bajo la vaga fórmula de cometer «malas

acciones», en referencia a la relajación intencionada con que aplicaba las leyes orientadas a la reconstrucción que proponían las Cámaras.

Thaddeus Stevens se aplicó en elaborar un listado exhaustivo de las malas acciones de Johnson para un proceso que, en 1868, pondría al Ejecutivo estadounidense en el punto de mira nacional e internacional. La debilidad de las acusaciones, pese al clima de radicalismo imperante, evitó sin embargo que Stanton o Stevens ganaran esta apuesta contra el presidente Johnson, de modo que este fue finalmente exculpado. Sin embargo, esta derrota puntual de los radicales, que permitiría al sucesor de Lincoln seguir siendo presidente durante el resto de su mandato y que forzó la dimisión de Stanton, no significó en absoluto una pérdida de fuerza real de las Cámaras ante el Ejecutivo. Antes bien, el Poder Legislativo dominaría la vida pública e institucional durante las décadas siguientes y la reconstrucción siguió adelante según la línea dura trazada por los radicales, en oposición a la más indulgente prevista por Lincoln y, a su asesinato, la que el propio Johnson pretendía aplicar. De este modo, la reconstrucción ahondó la fractura nacional previa a la guerra sin conseguir en absoluto la igualdad de hecho entre las razas y en la vida civil del país. Con todo, en 1870 ya había un primer afroamericano electo en la Cámara de Representantes, Joseph Rainey de Carolina del Sur, y durante la reconstrucción llegaría a haber catorce congresistas y dos senadores negros, ocho de los cuales habían nacido esclavos. En 1901, sin embargo, y debido a la discriminación derivada de la aplicación de las leyes de Jim Crow, dejó de haber representantes afroamericanos en las Cámaras.

En el terreno práctico, una buena parte de los ciudadanos del sur colaboró en la rehabilitación inicial de los estados. La creación de una Oficina del Departamento de Guerra para los Refugiados, los Liberados y Tierras Abandonadas, popularmente conocido como *Freedmen´s Bureau,* u Oficina para los liberados, tenía el encargo fundamental de hacer posible la transición de los esclavos hacia la libertad. La oficina proporcionaba a estos hombres y mujeres, muy desorientados en el mercado laboral libre, algunos empleos, pero la mayoría de estas personas intentaban valerse por sí mismas sin acudir a las autoridades oficiales. La actitud de los sureños ante estas iniciativas fue no obstante de incómoda resistencia pasiva, especialmente si tenemos en cuenta que se hallaban bajo el control de gobernadores militares impuestos por el Gobierno de Washington. Con inversiones millonarias, a finales de 1865 las autoridades de ocupación habían puesto en funcionamiento el sistema de comunicaciones del sur, que enseguida reintegraron a las compañías particulares dueñas de los transportes antes de la guerra.

Mientras las Cámaras debatían sobre las leyes para la reconstrucción de los antiguos estados esclavistas, estos habían encontrado una fórmula de eludir la igualdad de derechos de los ciudadanos redactando y poniendo en práctica los así llamados *códigos de negros*. Estas normas particulares de los estados permitían y alentaban nuevas formas de discriminación y de opresión ya que, pese a que las personas no podían ser propiedad de otras personas, sí se privaba a la población negra, y no sólo a la emancipada, de los derechos civiles esenciales. Así por ejemplo, puesto que las compañías de transporte ferroviario tenían el derecho de organizar el convoy y el pasaje según las necesidades que estimaran adecuadas, a la clásica separación de vagones de hombres y de mujeres –a las señoras se las colocaba en los posteriores para librarlas de la incomodidad de los humos de la combustión de la locomotora– se añadió la de blancos y negros, poniendo además a las mujeres negras junto a los hombres negros, en los primeros vagones. Esta nueva práctica, como otras similares, fue objeto de denuncia y pleitos judiciales desde 1865, batallas largas y penosas en las que los negros –y pese al

respaldo legal de muchos congresistas y senadores– solían llevar las de perder. La intensidad con que los republicanos radicales atacaron los códigos de negros en el Congreso y el Senado durante los años 1865 al 1867 fue equiparable a la pasividad con que el presidente Johnson y los demócratas reaccionaron al respecto.

Finalmente, en el Decreto de Reconstrucción de 2 de marzo de 1867, vetado igualmente sin éxito por el presidente Johnson, los diez antiguos estados confederados pasaban a ser provincias conquistadas, repartidas en los ya mencionados distritos militares y bajo la exigencia de una nueva constitución para cada estado. Tampoco hacían falta muchos códigos para que se empezara a poner en marcha la segregación racial, pues era la población de muchas áreas del sur la que durante la reorganización de los condados agredía directamente a los negros que ahora se movían libremente e intentaban tomar parte en los trabajos de reconstrucción a cambio de un salario: en las ciudades, en el campo, en los ferrocarriles, en los puertos..., blancos y negros solicitaban puestos de trabajo por igual, lo que produjo las fricciones que anticipaban levantamientos, véase en el verano de 1865 el de Aquia Creek en Richmond, Virginia, por la intromisión de los exesclavos en el mercado de empleo para la recuperación del ferrocarril de la zona.



Personas de origen humilde a las que los lugareños denominaron *carpetbaggers,* en alusión a sus bolsas de viaje hechas de viejas telas de alfombra, fueron enviadas por el Gobierno tras la guerra para ocuparse de las antiguas haciendas y granjas.

La radicalidad de la reconstrucción supuso una victoria moral de los abolicionistas, pero enmascaraba también razones particulares de avaricia en ciertos legisladores, preparados para hacerse con las ventajas de negocio que comportaba el control militar sobre los antiguos estados rebeldes. Tras la guerra abundó el pillaje y el saqueo, que se prolongó durante la reconstrucción. Los republicanos enviaron contingentes de nuevos propietarios –calificados por la población del sur como «intrusos»–, personas de origen humilde a las que los lugareños denominaron *carpetbaggers,* en alusión a sus bolsas de viaje, confeccionadas con un tejido de alfombra barata. Estos nuevos colonos se hicieron con el control de las propiedades de los antiguos granjeros y con los Gobiernos locales, desplazando a los anteriores. Los *carpetbaggers* favorecieron la participación de la población negra en las elecciones, incluso manipulando el voto en su propio interés. La deuda de estos estados intervenidos crecía además como fruto de las inversiones para la recuperación, pero también de la corrupción que las autoridades advenedizas fomentaban.

Hacia 1868 empezaba a decaer la pujanza de los radicales en el Congreso, ya que los derechos civiles de los negros no eran ya un tema de tanto relieve como lo había sido tres años atrás. De modo que en las elecciones presidenciales celebradas durante aquel año, la victoria del candidato de los radicales, el general Ulysses Grant, fue posible en parte por el amplio respaldo de los votantes negros, guiados ahora como ganado al redil del voto por los propios republicanos. Los blancos en los diversos estados repartieron su voto entre el candidato republicano y el demócrata Seymour, mostrando con ello a los radicales que, a tres años del final de la guerra, el país fijaba su atención en otros asuntos, marginando la cuestión de los derechos civiles de la gente de color. Este giro de la política permitió la amnistía de Navidad de 1868: el perdón incondicional a muchos de los antiguos confederados, dictado por el presidente en funciones, Johnson, y que afectó incluso al presidente Jefferson Davis, que estaba en prisión desde el final de la guerra. Davis no se había apartado de su postura ni un ápice, de modo que tras su liberación jamás aceptó la ciudadanía americana que requería al menos una actitud de arrepentimiento.

A partir de la amnistía, los antiguos estados rebeldes fueron rehaciendo sus estructuras locales de poder, expulsando a los intrusos, los *carpetbaggers,* y alterando sus legislaciones estatales para eludir el cumplimiento de las enmiendas decimocuarta y decimoquinta que permitían a los negros el ejercicio de los derechos civiles. Bajo la presidencia de Grant, y pese a haber sido anulada la esclavitud, el racismo ocupaba ahora su lugar en las regiones del así llamado «profundo sur» o de la «causa perdida», y no sólo en ellos, pues se extendería a todos los estados.

11

La guerra civil en la historia americana

Pasado perdedor, futuro ganador

A efectos de casi todas las interpretaciones de la guerra civil americana, el desenlace del conflicto vino a significar la derrota de un modo de entender la organización económica y social del territorio frente a otro que abriría las puertas a un futuro lleno de expectativas y de ventajas nacionales. Con el desenlace de la guerra, el futuro ganaba la partida definitivamente al pasado. El Sur perdió la guerra, pero el Sur no desapareció, ssio que encillamente dejó de intentar respirar por sí mismo y de aspirar a tener la preeminencia que imaginaba. Históricamente hablando no es difícil entender por qué perdió el sur la guerra. En el comienzo de la guerra el Sur contaba con indudables ventajas de tipo militar. Sin duda tenía muy buenos oficiales y además una geografía dotada de una gran extensión costera muy difícil de bloquear. El miedo permanente de Lincoln a que la Confederación tomase la capital refleja la permanente zozobra del Norte con respecto a la ventaja estratégica del Sur. Además el territorio confederado, muy compacto, tenía fronteras naturales como los Apalaches, que prevenían el ataque a Virginia desde el oeste. La península de Florida, zona confederada, era vulnerable pero afortunadamente para el sur estaba muy poco poblada en aquellos días. Incluso conquistada para la Unión, no suponía una victoria fundamental sobre la Confederación en el decurso de la guerra.

Ciertamente las fuerzas en presencia y capacidades de la Unión eran más que respetables. A la numerosa población había que unir una industria cuya potencialidad en desarrollo no era equiparable con la del Sur, menor en dimensiones y sin capacidad para crecer. Hemos visto cómo las comunicaciones y los transportes jugaron a favor también del Norte, facilitando el acceso de tropas para la defensa de territorios remotos y, viceversa, la obtención de soldados desde el medio oeste para apoyar las campañas militares del este. En el lejano oeste ninguno de los bandos tenía capacidad logística para abordar campañas semejantes a las del este y el sur, de modo que el desenlace de la guerra tuvo un impacto relativo en aquellas áreas del país.

Sí fue un factor definitivo para que el Sur perdiera la guerra el hecho de no ser consciente en ningún momento de la relación entre presente y futuro. Mientras el norte sabía desde un principio qué tendencias iban a regir la hegemonía en el mundo, el Sur carecía de la visión de en qué tipo de guerra se estaba implicado. Sus ideas, escasamente pragmáticas a propósito de la guerra eran propias de un mundo preindustrial y carecían del ingrediente de eficiencia que sí tuvo en todo momento el ejército del norte, limitándose a estrategias casi siempre defensivas o a tácticas de protección. Constituida por estados en los que primaba el arte de la manufactura sobre la capacidad productiva,

la Confederación no midió ni la magnitud real de la guerra, ni las consecuencias inmediatas sobre los llamados frentes internos, esto es: los recursos y la economía, ni sobre los externos, principalmente la reacción de los Estados europeos. Como entenderían incluso los militares, la caída del Sur sólo era cuestión de tiempo. Al avanzar la guerra, el Norte recuperaba los recursos que consumía, algo que en el Sur no era posible.

A los estadounidenses de las generaciones siguientes a la guerra civil les asombraba que el país hubiera sobrevivido a la guerra civil, tal era su impresión de un conflicto devastador y único en su historia. Una guerra civil, en cualquier época y circunstancia es sin duda un fenómeno que brutaliza las relaciones entre iguales y anula toda capacidad de acción propia del sentido común que opera en época de paz. Conflictos menos arduos han llegado a borrar a países del mapa dejando a las naciones divididas o sometidas a dictaduras inconcebibles. Sin embargo, la guerra civil estadounidense no disolvió al país ni sometió la paz *postbellum* a condiciones políticamente inaceptables. Muy a pesar de las deficiencias con que el Gobierno abordó la derrota del Sur, generales y políticos confederados detuvieron las hostilidades y afrontaron la derrota sin reproches profundos hacia el Norte. La máxima del general Lee: «Hemos perdido. Adelante, pasemos a otra cosa» refleja un pragmatismo en los dirigentes que facilitó hasta cierto punto la posguerra. Refleja también el modo de hacer de este país, en el que la historia tiene sin duda un papel relevante a la hora de construir el discurso nacional pero no obstaculiza las acciones del futuro que, en este caso, habrían de pasar por una acción conjunta y en una sola dirección.

El pasado, por el mero hecho de serlo es ya perdedor, más aún si lo que se lleva con él son los restos de un sistema, el esclavista en este caso, inadecuado al capital y a la moral de los tiempos modernos. Otra cosa bien distinta es que todo futuro sea ganador *per se*. La esperanza en lo que se espera de él tiende a nublar la visión del caos del que surge –la guerra–, el camino que a él conduce. Las décadas que siguieron al final de la guerra, el futuro en curso, fueron una época de cambio radical en los Estados Unidos, un salto hacia adelante sin impedimentos ni red. Un futuro que no hubiera sido posible sin embargo de no haberse producido las reformas del país en los años que precedieron a la guerra civil, lo que no implica sin embargo que, de haberse evitado la guerra, dicho futuro no se hubiera edificado con las características que finalmente tuvo. Puede que la guerra se hiciese necesaria para romper con el pasado, pero también es posible que hubiese sido superflua en el camino de la nación hacia su propio futuro. Este debate está abierto aún en los Estados Unidos, relacionándose en cada generación con los acontecimientos del presente y esas famosas causas del hoy que empecinadamente se siguen queriendo encontrar en el pasado recuperando la vida de los muertos.

Negros y veteranos

Durante los tres años siguientes al final de la guerra la atención de los estadounidenses estuvo puesta en los asuntos y problemas de la reconstrucción. Para los negros que sobrevivieron a la guerra civil se abría una época diferente a la que conocían. El analfabetismo y la ausencia de educación media y superior seguirían siendo un estado natural para la población de origen afroamericano hasta bien entrado el siglo XX. La pervivencia del llamado «estilo de vida sureño», del que hacían gala muchos estados, significaba en realidad que los trabajadores negros domésticos, los que se aplicaban a la agricultura o en las industrias, tenían salarios míseros, vivían en chamizos segregados de la población blanca, carecían de atención sanitaria, escuelas y de los derechos laborales de los blancos, véanse las indemnizaciones por accidentes, por despidos injustificados, etcétera. A la ahora llamada «gente de color» se le negaban los derechos fundamentales. Muchas familias negras huirían hacia el norte –a los guetos de Washington o Chicago– a mediados del siglo XX, en busca de unas condiciones de vida menos opresivas. Algo que tampoco lograron con facilidad en las ciudades septentrionales, destino de las oleadas migratorias internas y raciales, pues también en estos lugares los negros eran confinados en barrios específicos donde, supuestamente, al estar todos juntos –argumentaban los blancos– podían recrear con mayor facilidad el estilo de vida meridional al que estaban acostumbrados.

En la cultura contemporánea estadounidense, la memoria del esclavismo y de la emancipación lejos de disolverse es muy intensa y creativa, ya que produce en torno a sí misma variantes artísticas alimentadas por el presente de cada época y generación. En un principio, muchos de los aspectos que rodearon a la guerra habían sido objeto de reconstrucción romántica, un camino seguramente útil para cohesionar la memoria de la guerra con la idea de nación. La fuerza icónica de las imágenes –la guerra fue fotografiada minuciosamente– trascendió los discursos históricos más o menos certeros fundiéndose además con cada uno de los hitos de la cultura popular americana del siglo XX. Del esclavismo estadounidense han derivado muchas de las señas de identidad de las culturas afroamericanas posteriores. La impasibilidad o el sentimentalismo, la frialdad ante las desgracias, el silencio cargado de dolor han constituido rasgos propios de la culturas del *blues*, del *jazz*, de los movimientos *cool* o del *hip hop*. Las clases populares americanas y las corrientes alternativas o las vanguardias estuvieron, desde el último tercio del siglo XIX, plenamente imbuidas de esclavitud y emancipación. Unos fenómenos históricos que inspiraron la escritura de Walt Whitman, cuyos poemas, absolutamente actuales, fueron a su vez fuente para los movimientos contraculturales en los años cincuenta del siglo XX.

También en la primera mitad del siglo XX estuvo muy vivo el recuerdo de los combatientes en la figura de los longevos veteranos de guerra. El último veterano reconocido de la Unión fue Albert Woolson, de Minnesota, un niño tamborilero que falleció en 1956. Todo un símbolo, pues con su desaparición terminaba una época, casi un siglo después de los acontecimientos bélicos. El tema, dentro de la cultura americana relativa a la historia de la guerra civil, no era anecdótico pues durante años hubo ancianos que aseguraban haber combatido también en la guerra, aferrándose a una práctica muy común por entonces, la de mentir con respecto a la edad para ser alistado, algo que daba explicación a la inusual supervivencia de quienes falseaban la historia de su servicio militar. La finalidad del engaño no podía ser más espuria, en la medida en que estos ancianos aspiraban a ocupar el puesto relevante que, en buena ley, le correspondía a Albert Woolson, recordado con todos los

honores civiles y militares tras su fallecimiento a la edad de ciento nueve años. Por su parte, la así llamada última viuda de la Confederación moría hace poco más de diez años, en 2004. ¿Viuda?, nos preguntamos. Sin duda, ya que Alberta Martin –que así se llamaba esta mujer– falleció con noventa y siete años, habiendo sido la esposa –por matrimonio de conveniencia– de William Jasper Martin, él sí veterano confederado. El veterano tenía ochenta y un años cuando se casó con Alberta, de veintiuno. Con ello, el soldado Martin evitaba que se perdiera la pensión de cincuenta dólares al mes cuando él falleciera, yendo a parar a una joven necesitada.

La memoria de los veteranos de la guerra civil está ampliamente documentada y no sólo por parte de las instituciones oficiales. Lo está también por parte de quienes han entendido ser herederos de los soldados de la guerra, y de las diversas minorías que encuentran en su vínculo con la guerra y la reconstrucción una razón de peso que justifica plenamente su americanidad. Así por ejemplo, en 1895 nacía una base de datos cuyo directorio era publicado por Simon Wolf, bajo el título de *The American Jew as Patriot, Soldier and Citizen* [el judío americano en calidad de patriota, soldado y ciudadano]. En la mencionada base de datos aparecen, estado por estado, los nombres de los veteranos de guerra tanto de la Unión como de la Confederación, indicándose el cuerpo de pertenencia de los soldados, su estatus, si fueron heridos o capturados, e incluso los méritos militares que obtuvieron. A lo largo de los años la lista llegaría a identificar a unos diez mil judíos americanos que habían sido soldados en la guerra civil. Por su parte, al concluir la guerra no tardaron en edificarse los monumentos y lugares en memoria de los soldados. Una red de cementerios y enterramientos de la guerra civil se extiende hoy por todo el país, son los National Cemeteries and Veteran Burials. Su función actual es, además de conmemorativa, también económica y turística. Los cementerios nacionales, administrados por el Servicio de Parques Nacionales y el Departamento de Guerra, no permiten que se ice en ellos la bandera de los Estados Confederados de América, algo que sí está permitido en cambio en cada *Memorial Day* pero sólo en los cementerios administrados por el Departamento de Asuntos de los Veteranos. Y como si la guerra civil hubiera terminado ayer, su vitalidad en la memoria del país es pujante. La Daughters of Union Veterans of the Civil War 1861-1865, Hijas de los veteranos de la guerra civil 1861-1865, por ejemplo, es una muy antigua sociedad genealógica –se fundó en 1885– que aún hoy pretende reunir a las descendientes directas de quienes lucharon en pro de la Unión en veintiséis estados, con la finalidad de «proteger la historia y promover el patriotismo» –señalan– llegando a tener su propio museo de la guerra civil en Springfield, Illinois.

No menos importante ha sido la memoria de los afroamericanos que lucharon como soldados en la guerra. La United States Colored Troops (USCT) se disolvió en el otoño de 1865, pero en 1867 se establecieron dos regimientos de caballería, el 9.º y el 10.º, y cuatro de infantería constituidos por soldados negros veteranos. Con la reducción casi a la mitad de los regimientos de infantería en 1869, también sufrieron el correspondiente recorte los formados por tropas de color: el 24.º y el 25.º. La importancia de la contribución de la USCT en la guerra cobraría su dimensión real pasadas las décadas y muy especialmente en la segunda mitad del siglo XX cuando el país se hallaba en medio de graves disturbios raciales y los negros ponían sobre la mesa su contribución histórica a la nación. El legado de las tropas de color en la guerra civil fue, en dichos años, un sólido argumento para la actualización de los derechos de las minorías. La historia de los soldados veteranos comenzó entonces a desempolvarse para ocupar las páginas de libros y las secuencias de algunas producciones cinematográficas. En el último tercio del siglo XX los negros de la guerra civil dejaban de ser

exclusivamente personas liberadas de la esclavitud para convertirse en personas que habían aportado su esfuerzo y hasta su vida por la causa vencedora, en un frente de lucha común con el resto de los ciudadanos, el de las libertades. Este mensaje llevaba adherida la exigencia del reconocimiento nacional al valor de estas personas. Así, emergerían las historias de los soldados negros ignorados por las autoridades y que nunca recibieron condecoración alguna por sus hazañas pues, o bien carecían de domicilio preciso donde poder comunicárseles su condecoración, o bien del dinero de franqueo que debía ser pagado por el receptor del paquete, que podía contener dinero o una medalla al valor.



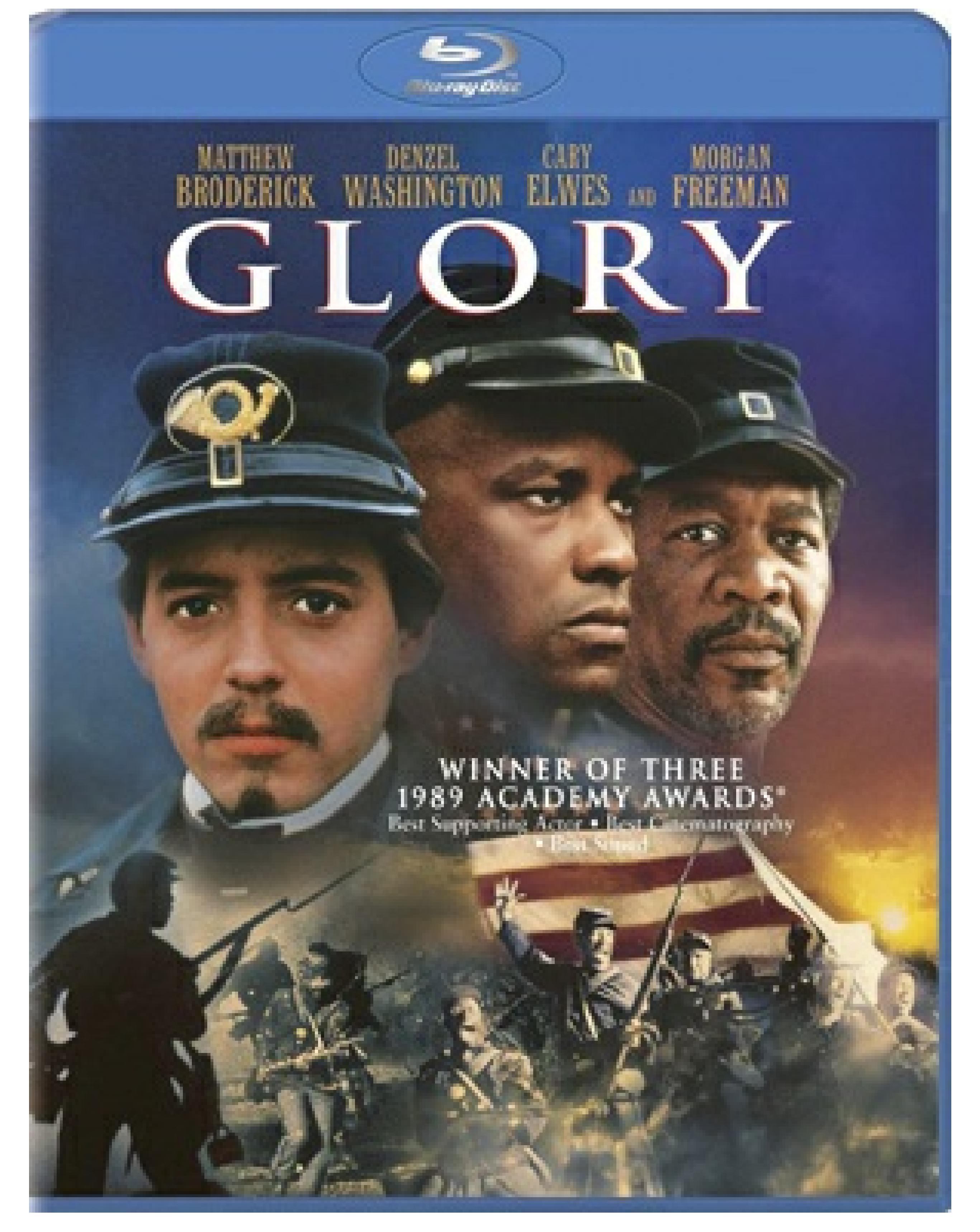
Los veteranos de guerra afroamericanos –estos fotografiados en 1935– mantuvieron encuentros periódicos para reivindicar su labor patriótica y exigir el reconocimiento del país, pues muchos, sin pensiones, habían sido ignorados.

Cine y guerra civil americana

La cinematografía estadounidense comienza su andadura en la primera década del siglo XX, a poco más de cuatro décadas del inicio de la guerra civil americana. La cómoda relación entre ambos procesos, guerra y cine, se va a poner de manifiesto rápidamente. En la primera mitad del siglo XX los tres títulos más universales que tratan sobre la guerra civil en alguno de sus aspectos serían *Birth of a Nation* (1915), *The General* (1926) y *Gone With the Wind* (1939) –*El nacimiento de una nación, El maquinista de la General y Lo que el viento se llevó* respectivamente en su versión española–, las primeras aún pertenecientes a la etapa del cine mudo. Las tres –consideradas obras maestras– siguen siendo hoy clásicos indiscutibles de la historia del cine.

En los años cincuenta y sesenta del siglo XX, se producen películas –y no sólo estadounidenses– que tocan temas más particulares referentes a la guerra civil estadounidense. *The Red Badge of Courage* (1951) –en español *El rojo emblema del valor*–, película dirigida por John Huston sobre la famosa novela de Stephen Crane (1895) con el mismo título, trata de un soldado de la Unión que entra en batalla por vez primera. La francesa *An Occurrence at Owl Creek Bridge, Un suceso en Owl Creek Bridge,* también conocida como *La Rivière du Hibou* (1962), es la adaptación de un relato corto sobre la guerra civil de Ambrose Bierce titulado: *An Occurrence at Owl Creek Bridge*. Aquí la guerra es sólo un telón de fondo para hacernos entender lo más universal en la experiencia humana. La muy taquillera *The Horse Soldiers* (1959), *Misión de audaces* en español, fue dirigida por John Ford. Cargada de ideología patriótica, la película *Shenandoah* (1965), nuevamente con un título bien distinto en español, *Paraíso perdido,* narra la historia de un próspero ciudadano de Virginia, encarnado por el actor Jimmy Stewart, empeñado en evitar que sus hijos se enrolen en el ejército y participen en la guerra civil. A la altura de 1965 esta película fue leída en la clave del pacifismo que defendían sectores cada vez más numerosos de la industria americana del cine. Es esta una película cargada de épica y de buenos sentimientos, que para nada tiene que ver con otra, realizada poco después y también muy popular: *The Good, the Bad and the Ugly* (1966), o si se prefiere, *El bueno, el feo y el malo* –en español se alteran los términos–, una trama sobre las peripecias de tres hombres en el suroeste del país donde buscan denodadamente doscientos mil dólares enterrados, pertenecientes al ejército de la Confederación.

En los años setenta algunas producciones utilizaron el trasfondo de la guerra para abordar temas como las relaciones entre los sexos, muy presente en las preocupaciones de la sociedad americana de aquella década: *The Beguiled* (1971), *El seductor,* dirigida por Don Siegel, *The Outlaw Josey Wales* (1976), *El fugitivo Joseu Welles*, película dirigida ahora por el propio Clint Eastwood, sobre un granjero pacifista de Misuri que se une a las guerrillas confederadas. Considerada como la gran película sobre la guerra civil americana, *Glory* (1989), cuenta la historia del 54.º Regimiento de Massachusetts, el primero de la Unión formado por voluntarios negros. Con una gran fidelidad, llena de detalles muy precisos en la recreación militar, *Glory* es una de las mejores películas realizadas sobre el tema. A finales de los años ochenta del siglo pasado los actores negros tomaban posiciones en la industria del cine americano. En la estela de las producciones audiovisuales sobre la guerra civil americana queda como un hito en la memoria colectiva la serie de televisión *North and South* (1985), *Norte y Sur,* un compendio de relatos y personajes tipo en el que prima la sencillez del mensaje: en la guerra lo malo y lo bueno puede estar en ambos bandos.



Glory, referido a la batalla de Antietam, es una de las películas (1989) más interesantes a propósito de la guerra civil. Cuenta la historia del 54.º Regimiento de Massachusetts, el primero de la Unión formado por voluntarios negros.

La batalla de Gettysburg y el campo de prisioneros de Andersonville tienen sus propias películas de referencia. *Gettysburg* (1993) es una película excepcionalmente larga, de cuatro horas de duración, construida a partir del relato galardonado con el Pulitzer: *The Killer Angels, Ángeles asesinos*, (1974) de Michael Shaara. Por su parte la película *Andersonville (*1996) de John Frankenheimer, aborda la difícil cuestión de los campos de prisioneros, en particular el confederado de Andersonville, que

funcionó entre febrero de 1864 y abril de 1865. A comienzos del siglo XXI, dos películas estrenadas en el mismo año, 2003, aunque con éxito desigual, *Cold Mountain* y *Gods and Generals*, son ejemplos muy diversos de cómo afrontar el relato de una guerra. La vida, obra y asesinato de Abraham Lincoln son en sí mismas materias específicas de numerosos relatos fílmicos, por ejemplo la magnífica *Lincoln* (2012), dirigida por Steven Spielberg. *The Conspiration* (2010), *La Conspiración,* dirigida por Robert Redford, plantea un drama judicial sobre el caso de Mary Surratt, la viuda acusada de participar en la conspiración para asesinar al presidente.

Bibliografía recomendada

ALONSO, Martín. *Ahora y para siempre, libres. Abraham Lincoln y la causa de la Unión.* Madrid: Gota a Gota, 2012.

BARRETT, Jenny. *Shooting the Civil War: Cinema, History and American National Identity.* Londres: I. B. Tauris, 2009.

BOSCH, Aurora. *Historia de los Estados Unidos, 1776*-1945. Barcelona: Crítica, 2005.

BROOKS, Geraldine. *March.* Waterville, Maine: Thorndike Press, 2005.

CANALES, Carlos y REY, Miguel del. *A sangre y fuego.* Barcelona: Edaf, 2012.

DOCTOROW, E. L. *The March.* Nueva York: Random House, 2005.

HERNÁNDEZ, Jesús. *Norte contra Sur. Historia total de la Guerra de Secesión.* Madrid: Roca, 2012.

HUGUET, Montserrat. «El derecho a defender la patria: mujeres soldado estadounidenses en la guerra de Secesión». En: *Claves del mundo contemporáneo. Debate e investigación.* Granada: Comares, 2013.

KEEGAN, John. *Secesión. La guerra civil americana.* Barcelona: Turner, 2011.

Martínez, Fernando. *La guerra de Secesión.* Madrid: Sílex, 2013.

MILLER, John J. *The first assassin.* Woodbridge, Virginia: Woodbridge Press, 2009.

OLIVEIRA, Robin. *My name is Mary Sutter*. Londres: Penguin Books, 2010.

PYNCHON, Thomas. *Mason y Dixon.* Barcelona: Tusquets, 2000.

REES, Bob. *Living through the American Civil War.* Londres: Pearson Education, 2013.

REID, Mitchell. *The vacant chair: The Northern soldier leaves home.* Nueva York: Oxford University Press, 1994.

SACHSMAN, David; RUSING, Kittrell y MORRIS, Roy. *Memory and myth: the Civil War in fiction and film*

from Uncle´s Tom Cabin to Cold Mountain. Lafayette, Indiana: Purdue University Press, 2007.

Shaara, Jeff. *Dioses y generales.* Madrid: Biblíópolis, 2007.

Stout, Harry S. *Upon the altar of the nation: a moral history of the Civil War.* Nueva York: Penguin Books, 2007.

Thomas, William G. *The iron way: railroads, the Civil War and the making of Modern America.* New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2011.



BREVE HISTORIA de la...

GUERRA CIVIL DE LOS EE.UU.

Montserrat Huguet

Una mirada a las claves de una guerra civil sin paliativos, en la que se jugó el futuro de una nación: agraria o industrial, de esclavos o de hombres libres.

Breve historia de la guerra civil de los EE.UU. cuenta la estrategia o la táctica militar aprendida y desarrollada en academias míticas como West Point, así como la revolución social en el trasfondo del escenario de la batalla, la tecnología o la medicina de urgencias. La obra se detiene en la transformación de un país en secesión, cuyos habitantes –hombres, mujeres, blancos, indios o negros, autóctonos y emigrantes– se dejan atrapar por las redes de la política nacional y afrontan la guerra al dictado de los líderes civiles –Lincoln o Jefferson– y militares –Grant o Lee– que la época les otorga.

Una visión integrada de las situaciones bélicas en el contexto nacional y de los hombres y mujeres que hicieron posible la renovación de la sociedad y de las formas de vida de los Estados Unidos de América a finales del siglo XIX.

Su autora, Montserrat Huguet, le llevará de la mano para que conozca todos los pormenores de una cruenta guerra que significó el fin de una época. Un enfrentamiento en el que Norte y Sur, demócratas y federalistas resolvieron sus diferencias, sacrificando más de seis millones de vidas.

BREVE HISTORIA de la...

GUERRA CIVIL DE LOS EE. UU.

Montserrat Huguet

1861-1865, la cruenta guerra de secesión y sangrienta batalla contra la esclavitud que significó el fin de una época. Custer, Grant, Sherman, Whitman. La Unión contra los Confederados, Gettysburg, el asesinato de Lincoln y el resurgimiento de los Estados Unidos como Estado moderno

